

CURSO DE INICIACIÓN A LA BIBLIA

3ª PARTE: LOS LIBROS HISTÓRICOS

**CELESTINO GÓMEZ JALDÓN
AÑO 2.003**

Portada: Judit y Holofernes de Tintoretto

CURSO DE INICIACIÓN A LA BIBLIA

3ª PARTE: LOS LIBROS HISTÓRICOS

DEDICATORIA

A todas las comunidades parroquiales de nuestro arciprestazgo. A todo el que quiera utilizarlo para conocer un poco mejor la Palabra de Dios.

Esperamos que este libro sea para ti un instrumento para conocer mejor **la Divina Revelación**.

Equipo que está elaborando esta obra:

Autores:

Celestino Gómez Jaldón, Párroco de San Juan del Puerto.

Francisco J. Vélez García, Diácono de San Juan del Puerto.

Secretarias-coordinadoras:

Esperanza y Juana Mari González Barrera, Catequistas.

Bajo la dirección y colaboración de:

Víctor Manuel Bermúdez Bermejo, Párroco de Trigueros.

ÍNDICE

Prólogo	7
Presentación	9
Tema 1. Introducción a los libros históricos.....	10
Tema 2. Josué, la conquista de la tierra prometida.....	17
Tema 3. El libro de los Jueces de Israel.....	25
Tema 4. Rut, la bisabuela de Jesús.....	33
Tema 5. Samuel: sacerdote, profeta y juez de Israel.....	36
Tema 6. Saúl, primer rey de Israel, rechazado por Dios.....	41
Tema 7. David, futuro rey de Israel.....	46
Tema 8. David, rey de Israel, pecador y santo.....	51
Tema 9. Salomón, el rey sabio	57
Tema 10. La división del reino: Judá e Israel	64
Tema 11. Elías, padre de los profetas	71
Tema 12. Eliseo, discípulo de Elías	77
Tema 13. Libros de las Crónicas de Israel.....	82
Tema 14. El exilio y la vuelta a casa: Esdras y Nehemías.....	86
Tema 15. Libro de los hechos de Tobit y su hijo Tobías.....	95
Tema 16. Judit, figura de María de Nazaret	101
Tema17. Ester, otra figura de María de Nazaret	105
Tema 18. Los Macabeos, la fidelidad a la Ley de Dios.....	109
Bibliografía utilizada.....	115

PRÓLOGO

Estimado lector:

Este libro que tienes en tus manos forma parte del Curso de Iniciación a la Biblia que te estamos haciendo llegar en entregas anuales. Son un instrumento que tu Parroquia te facilita para ayudarte en el conocimiento de la Palabra de Dios, la única que puede salvarnos.

Los tiempos han cambiado una barbaridad. Hasta hace unas décadas vivíamos la fe con un fuerte componente ambiental. La sociedad española era católica y sostenía al creyente en su fe. La gente iba a misa y cumplía con la Iglesia. Frecuentemente se vivía la llamada fe del carbonero, es decir, creíamos lo que creía la Iglesia y listo, aunque no supiéramos muy bien qué era lo que la Iglesia creía.

Los cambios continuos en la sociedad y, sobre todo, la gran renovación que supuso el acontecimiento más importante del siglo XX en el seno de la Iglesia Católica, el Concilio Vaticano II, lo han modificado todo. Las exigencias son otras. Ya no es suficiente la fe sociológica. Es necesaria una respuesta personal a Dios. La *Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación*, que tienes en las páginas 185-197 del libro primero de este Curso de Iniciación a la Biblia, exige a todos los cristianos que aprendan el sublime conocimiento de Cristo con la lectura frecuente de las Sagradas Escrituras.

Pero la Biblia no es un libro de fácil lectura. Más que de un libro habría que hablar de una biblioteca de 73 libritos, escritos a lo largo de más de mil años, por autores muy distintos y con intenciones muy diversas, expresadas en géneros literarios también dispares.

Los sacerdotes y diáconos permanentes del Condado Occidental, como suponemos que los de las restantes zonas pastorales, somos conscientes de que el futuro de nuestra Iglesia va a depender de que tengamos en nuestras comunidades cristianos bien preparados que puedan prestar un serio servicio a nuestras familias y grupos parroquiales.

Por eso hemos emprendido esta tarea: preparar un material que sea sencillo y, a la vez, lo suficientemente profundo para que, conocido y asimilado, podamos dar razón de los “*sólidos fundamentos de la fe en que hemos creído*” (Lucas 1, 4). Nos mueve una razón tan evangélica como la que animó al médico Lucas a escribir su evangelio tras una minuciosa investigación. Suponemos que, teniendo la misma actitud de servicio que movió al evangelista, también Dios nos echará una mano para suplir nuestras carencias.

Queremos que estos libros estén en la línea de unas charlas familiares, seguidas de diálogo, con nuestro pueblo cristiano. Cada año te entregaremos un libro de este mismo formato y tamaño. En la **Presentación** que sigue al **Prólogo** de cada libro te iremos explicando su contenido.

Estos libros están dirigidos a todos, pueblo sencillo y personas cultas, que gracias a Dios cada día son más entre nosotros. Aquí está la gran dificultad para quienes los preparamos. Por una parte, las palabras que conoce nuestro pueblo sencillo tal vez no lleguen al millar. Y, por otra, resulta difícil precisar bien lo que necesitamos decir, utilizando tan pocas palabras. Hemos procurado evitar palabras y frases raras, dando a corregir el borrador de estos libros a personas sencillas de nuestras parroquias, que no tienen una cultura superior. Ellos han eliminado del libro las palabras y frases que no entendían.

No basta con leer estos libros. Hay que estudiarlos y aprenderlos, ya que es posible que a la primera lectura no te quedes con todos los detalles. Si lo haces, los convertirás en un instrumento de trabajo y tú mismo te vas a sorprender de los resultados.

Nada más, que recibas este libro con el cariño con que se ha escrito para ser una ayuda más en tu formación cristiana.

Un saludo afectuoso de

Tu Parroquia.

PRESENTACIÓN

Tienes en tus manos la 3ª **Parte** del *Curso de iniciación a la Biblia*, que comenzamos el año 2001. La 1ª Parte tuvo un carácter introductorio, lo que conllevaba una cierta dosis de aridez, propia de toda introducción. La segunda parte ya fue distinta, por lo que te resultó más amena. Te dije el primer año que, si yo fuera un guía de la ciudad de Sevilla y tuviera que enseñártela, lo primero que haría sería subirte a la giralda para que, desde arriba, te grabaras en tu mente una postal de la ciudad que te permitiera no perderte posteriormente por sus calles. Ése fue el primer libro que te dio una visión panorámica de la Biblia. A partir del año pasado comenzamos a callejear por cada libro y empezamos a contemplar desde cerca todas las maravillosas enseñanzas que contiene la Palabra de Dios y que fueron escritas, precisamente, para enseñanza nuestra.

Este tercer tomo va a constar de 18 temas, todos divididos en dos partes: el desarrollo del tema y una propuesta de trabajo, en la que te ofrecemos unas lecturas y algunas preguntas, cuyas respuestas te llevarán a una reflexión sobre lo que has leído. La propuesta de trabajo versará siempre sobre los puntos más importantes del tema, a modo de resumen y profundización. Comenzaremos y terminaremos cada tema con la oración que tienes en la portada posterior de este libro. En cuanto a los temas, en el primero hacemos una presentación general de los **Libros Históricos** y en los restantes te acompañaremos en un recorrido por los dieciséis libros de que consta este segundo bloque de la Biblia.

Como son tantos libros, sólo a David le dedicaremos dos temas (7º y 8º). En el índice tienes una visión de conjunto de todos los demás. Algunos libros, como Josué, Jueces, Rut, Tobías, Judit y Ester llevan un capítulo cada uno. Otros, como Crónicas, Macabeos y Esdras y Nehemías llevan un capítulo para dos libros. Y en otros temas es el personaje el que está por encima del libro y hemos seguido su vida, como son los casos de Samuel, Saúl, Salomón o los profetas carismáticos Elías y Eliseo. Siempre procurando seguir el hilo de la lectura y aclarándote las dificultades que hemos podido prever que necesitan una aclaración especial. Continuamente te vamos remitiendo a la lectura del texto bíblico. Usar la Biblia puede resultarte mas trabajoso, pero nos evita poner aquí citas demasiado extensas.

Te recuerdo que en el primer tomo de este *Curso de Iniciación a la Biblia* (páginas 141-184) tienes un extenso vocabulario con explicación de las palabras que pudieran necesitar alguna aclaración, incluidos todos los libros de la Biblia. También tienes en ese libro la Constitución del Concilio sobre “La Palabra de Dios” y algunos mapas que te ayudarán a situarte. Si no tienes ese primer libro, pídelo en tu Parroquia o, si no lo tienen allí, en la de San Juan del Puerto, donde es más fácil que lo tengan. Un afectuoso saludo

Tu Parroquia.

Tema 1º. - LOS LIBROS HISTÓRICOS

1. - Introducción. En el libro anterior, la 2ª parte de este Curso de Iniciación a la Biblia, vimos el Pentateuco, los cinco libros atribuidos a Moisés por la tradición judía y cristiana. Seguimos avanzando en nuestra Biblia y, tras el Deuteronomio, nos encontramos con el libro de Josué. En este libro se narra la entrada, conquista y reparto de la Tierra Prometida. Con el libro de Josué se inicia un bloque de dieciséis libros, a los que se conocen con el nombre de Libros Históricos, Escritos Históricos o Narraciones Históricas. Los tres nombres se refieren a lo mismo. En algunas biblias pueden cambiar el orden de presentación de estos 16 libros, pero sus nombres siempre serán los mismos, al menos en las que nosotros utilizamos habitualmente.

Los libros históricos son Josué, Jueces, Rut, 1º y 2º Samuel, 1º y 2º Reyes, 1º y 2º Crónicas, Esdras, Nehemías, Tobías, Judit, Ester y los dos de los Macabeos. Estos 16, más los cinco del Pentateuco, más los 25 sapienciales y proféticos suman los 46 que componen el Antiguo Testamento. Junto con los 27 del Nuevo Testamento componen los 73 libritos que contiene esta biblioteca en la que Dios nos ha dejado manifiesta su voluntad, de cara a nuestra salvación.

En este tema te voy a ofrecer sólo una panorámica general de los 16 libros históricos. Posteriormente explicaremos cada uno de ellos partiendo siempre de los personajes que protagonizan la acción.

2. - Composición de este bloque de 16 libros. Los 16 libros que te he citado narran mil años de la historia de Israel: desde la entrada en la tierra prometida, en el siglo XIII antes de Cristo, hasta la rebelión de los Macabeos en el siglo II también antes de Cristo. Por lo tanto diez siglos de historia, en los que se suceden acontecimientos muy importantes que son interpretados a la luz de la fe como la Historia de la Salvación.

Muerto Moisés, le sucede Josué que conquista y reparte la tierra prometida. Antes de morir renueva la Alianza en presencia de todas las tribus reunidas en la gran llanura de Siquén (Josué 24). Se suceden los jueces y el último de ellos, Samuel, unge con óleo al rey Saúl al que siguen David y Salomón. A la muerte de éste se produce el cisma, la ruptura del reino en dos partes, al norte Israel y al sur Judá, que aunque más pequeño y más pobre tiene a Jerusalén y el Arca de la Alianza. Los libros de los Reyes nos cuentan las historias paralelas de estos dos reinos, hasta la destrucción de Israel (año 622 antes de Cristo) y de Judá (año 586 antes de Cristo). Sigue el destierro, la reflexión sobre todo lo ocurrido, la vuelta a casa, la reconstrucción del templo y la lucha de los Macabeos para mantener la fe de los mayores.

Esta gran obra histórica tiene un prólogo que, como siempre, sirve para explicarla: ese prólogo es el Deuteronomio, que hace de la fidelidad de Dios e infidelidad del pueblo a la Alianza la clave para entender toda la historia narrada en estos libros. A la hora de estudiar los acontecimientos, los autores suelen dividir el

bloque en varios grupos de libros, atendiendo a su contenido. No se ponen de acuerdo a la hora de clasificarlos, pero yo te voy a ofrecer la división más común y la que me parece más sencilla. Vamos a hacer cuatro grupos de libros.

Primer grupo: la Historia Deuteronomista. Josué, Jueces, 1º y 2º de Samuel y 1º y 2º de Reyes, son los seis libros que forman este grupo. ¿Por qué se llama a esta media docena de libros Historia Deuteronomista? Muy sencillo: porque contienen una interpretación de la Historia de la Salvación a la luz de los grandes temas que vimos en el capítulo 19º del curso pasado, al estudiar el Deuteronomio. Es el bloque más importante. Narran setecientos años de la historia de Israel, desde la conquista y el reparto de la tierra de Canaán (Josué) hasta su pérdida y abandono con el exilio de Babilonia (2 Reyes 25). Fueron escritos a mediados del siglo VI antes de Cristo, sobre materiales y datos anteriormente existentes, y pretenden hacer una reflexión sobre toda la historia de Israel, a toro pasado diríamos nosotros, es decir, después de ocurridos los acontecimientos de la destrucción de Jerusalén y el destierro en Babilonia.

Esta terrible situación a la que el pueblo de Dios había llegado debió ser angustiada para ellos. No tanto el hecho del destierro en sí que, como veremos, no fue de dura esclavitud, como el hecho de percibir que Dios había abandonado a su pueblo. Se sentían olvidados de Dios. ¿Está o no está Dios con su pueblo? ¿Qué quedan de las antiguas promesas? ¿Nos ha sido Dios infiel? Ante estas preguntas el pueblo siente una pena profunda, muchas dudas de fe y nostalgia por el recuerdo de Jerusalén, la ciudad santa en la que Dios habita. El salmo 137 nos describe perfectamente la situación interior del judío desterrado en Babilonia:

*“Junto a los canales de Babilonia
nos sentábamos a llorar con nostalgia de Sión;
en los sauces de sus orillas
colgábamos nuestras cítaras.
Allí los que nos deportaron
nos invitaban a cantar;
nuestros opresores a divertirlos:
“Cantadnos un cantar de Sión”.
¡Cómo cantar un cántico del Señor
en tierra extranjera!
Si me olvido de ti, Jerusalén,
que se me paralice la mano derecha;
que se me pegue la lengua al paladar
si no me acuerdo de ti,
si no pongo a Jerusalén
en la cumbre de mis alegrías.*

Pero Dios no se ha olvidado de su pueblo, ni le ha sido infiel, ni le ha retirado su promesa. Es el pueblo el que ha ido acumulando infidelidades a Dios, el que no le

ha obedecido ni ha hecho lo que le ha mandado; es el pueblo el que se ha ido tras otros dioses y, por tanto, quien ha faltado a la Alianza. Ahora, en el exilio y tras la vuelta, viene el momento de la reflexión. Y los teólogos de Israel, partiendo de los principios establecidos en el Deuteronomio sobre cómo deben de ser las relaciones de Dios con su pueblo, van a repensar y escribir la historia sobre la base de la fidelidad de Dios y la infidelidad del pueblo. Y esta reflexión es la Historia Deuteronomista que contienen estos seis libros, un escrito teológico que podemos considerar una sola obra en seis volúmenes, como este Curso de Iniciación a la Biblia que tienes en tus manos: todos forman una sola obra, aunque se componga de varios libros.

Para los judíos, este bloque de libros forma parte de los escritos proféticos. Ellos los llaman “profetas anteriores” para distinguirlos de los “profetas posteriores” que estudiaremos en los 18 libros que van desde Isaías hasta Malaquías, como veremos dentro de unos años. Tal como nos han llegado a nosotros, cada uno de los libros tiene un tema muy definido. Josué narra desde la muerte de Moisés hasta la suya. Jueces abarca desde la conquista hasta el establecimiento de la monarquía. Los dos de Samuel se centran en el período que va desde el establecimiento de la monarquía hasta el rey David. Y los dos de Reyes desde la llegada de Salomón al trono hasta el final de la monarquía con la salida hacia el destierro en Babilonia.

Al **segundo grupo**, dentro del bloque de Libros Históricos, lo podemos llamar Historia Cronista y comprende cuatro libros: los dos de Crónicas, Esdras y Nehemías. Pueden ser obras de un solo autor que, movido por la misma idea de reflexión teológica, aprovecha hechos históricos para enseñar ideas religiosas. Estos libros pudieron escribirse en el siglo IV antes de Cristo. Al menos podemos afirmar que con anterioridad al año 300 antes de Cristo.

Un **tercer grupo** estaría formado por cuatro libros que llevan el nombre de otros tantos personajes que no son propiamente históricos: Rut, Tobías, Ester y Judit. Son cuatro narraciones ejemplares que pretenden transmitir el mensaje de la presencia de Dios en medio de su pueblo. Son relatos que tienen una finalidad didáctica, de enseñanza, más que histórica. Sus protagonistas, posiblemente, no existieron en la vida real, aunque en estos libros hay un trasfondo histórico (se nombra en ellos a personajes históricos) y están enmarcados en un contexto histórico. Pretenden dar una visión teológica de los duros acontecimientos que está viviendo Israel. Y lo hacen en estas hermosas narraciones noveladas, en las que se fija la posición de Israel ante los problemas de la nueva situación que vive el pueblo tras la vuelta a casa al regreso de Babilonia.

El **cuarto grupo** estaría compuesto por los dos libros de los Macabeos, que narran las hazañas de esta familia desde dos versiones distintas. Los hechos narrados sucedieron entre los años 175 y 134 antes de Cristo. En la página del primer libro de este Curso de Iniciación a la Biblia hablamos de esta familia y la encuadramos en el momento histórico en que apareció. Te cito aquellas líneas:

*“Alejandro Magno, rey de Macedonia y de Grecia, comienza en el año 333 antes de Cristo la conquista de todo oriente medio desde Babilonia hasta Egipto. A su muerte, diez años después, su inmenso imperio se divide en tres grandes dinastías: **los antigónidas** en Grecia, **los lágidas** en Egipto y **los seléucidas** en Siria. Israel queda dentro del dominio de los lágidas. Viven un periodo de paz, ya que los reyes egipcios son respetuosos con las diferencias nacionales. Los judíos están repartidos en tres centros: Babilonia, Egipto y Palestina. El año 198 a. C., el rey seléucida Antíoco III arrebató a Egipto el dominio de Palestina. Quiere imponer a toda costa la cultura griega y comienza para los judíos palestinos la época de los mártires. En el año 167 antes de Cristo, Antíoco IV suprime los privilegios de que gozaban, igualmente la circuncisión y el sábado. Incluso el templo es profanado, instalando en él una estatua de Zeus, que era el padre de todos los dioses, según la mitología griega.*

Una familia, que no puede soportar tanto, se rebela. Judas Macabeo encabeza la rebelión, mata a un emisario del rey Antíoco y logra liberar a Jerusalén, restableciendo el culto judío en el templo el 15 de diciembre del año 164 a. C. El hecho se conmemorará con la fiesta de la Dedicación, que todavía hoy celebran. Llegan a fundar la dinastía de los macabeos o asmoneos, que acaba corrompiéndose hasta que en el año 63 a. C. los mismos judíos piden el arbitraje de Roma. Ésta envía a Pompeyo, dando comienzo la dominación romana”.

El primer libro de los Macabeos debió escribirse hacia finales del siglo II o comienzo del I, mientras que el II Macabeos pudo escribirse hacia el año 160 antes de Cristo, con lo que sería muy anterior. El mensaje de ambos es el mismo: Dios sigue actuando en la historia y está dispuesto a liberar a su pueblo de la situación en la que lo tiene sumido el pecado de la infidelidad. Ya los estudiaremos detenidamente porque aportan ideas muy importantes para nuestra vida cristiana.

3. - Valor histórico de estos libros. Este punto es fundamental y vamos a explicarlo detenidamente. ¿Qué valor histórico tienen estos libros, en el sentido que hoy damos a la palabra historia? ¿Ocurrieron los hechos tal como se nos narran? A responder a estas preguntas viene este punto. Pongamos, como ejemplo, una de las batallas más conocidas e importantes ganada por Josué a su llegada a la tierra prometida: la conquista de Jericó.

“Jericó estaba cerrada a cal y canto ante los israelitas. Nadie salía ni entraba. El Señor dijo a Josué: Mira, entrego en tu poder a Jericó y su rey. Todos los soldados rodead la ciudad dando una vuelta alrededor; y así durante seis días. Siete sacerdotes llevarán siete trompetas de cuerno de carnero delante del arca; al séptimo día daréis siete vueltas a la ciudad, y los sacerdotes tocarán las trompetas. Cuando suene el cuerno de carnero, cuando oigáis el sonido de la trompeta, todo el pueblo dará un gran grito de guerra: la muralla de la ciudad se derrumbará sobre sí misma. Entonces el pueblo se lanzará al asalto, cada uno desde su puesto.

Josué, hijo de Nun, llamó a los sacerdotes y les dijo: Llevad el Arca de la Alianza, y que siete sacerdotes lleven las trompetas de cuerno de carnero delante del arca del Señor. Se hizo como Josué había dicho al pueblo. Los siete sacerdotes que llevaban las siete trompetas de carnero pasaron delante del Señor haciéndolas sonar mientras el Arca de la Alianza del Señor les seguía; la vanguardia iba delante de los sacerdotes que tocaban las trompetas y la retaguardia marchaba detrás del arca mientras sonaban las trompetas. Josué había dado órdenes al pueblo diciendo: No gritéis. Que no salga una palabra de vuestra boca hasta que yo os diga: ¡Gritad! Entonces gritaréis. El Arca de la Alianza dio una vuelta alrededor de la ciudad y regresó al campamento. Allí pasaron la noche.

Josué se levantó al amanecer y los sacerdotes tomaron el arca del Señor. Siete sacerdotes iban delante del arca del Señor con siete trompetas de carnero que hacían sonar mientras caminaban. Las tropas de vanguardia iban delante de ellos y el resto iba detrás del arca, caminando mientras sonaban las trompetas. Aquel segundo día dieron una vuelta a la ciudad y se volvieron al campamento. Así hicieron seis días. El día séptimo, al despuntar el sol, madrugaron y dieron siete vueltas a la ciudad, conforme al mismo ceremonial. La única diferencia fue que el día séptimo dieron siete vueltas a la ciudad. A la séptima vuelta los sacerdotes tocaron las trompetas y Josué ordenó al pueblo: ¡Gritad! Que el Señor os entrega la ciudad.

La ciudad y todo lo que hay en ella serán entregados al anatema (se hará desaparecer) en honor del Señor. Sólo sobrevivirá Rajab, la prostituta, y quienes se encuentren en su casa, porque ella escondió a los mensajeros que enviamos. Tened mucho cuidado con el anatema, no sea que vayáis a dejar algo de lo consagrado al anatema sin destruir y os lo quedéis, porque entonces haréis recaer el anatema sobre el campamento de Israel y le ocasionaríais una desgracia. Toda la plata, el oro y los objetos de bronce y de hierro están consagrados al Señor: se depositarán en su tesoro.

Sonaron las trompetas. Al oír el toque, lanzaron todos el alarido de guerra. Las murallas se desplomaron sobre sí mismas. Entonces el pueblo se lanzó al asalto de la ciudad, cada uno hacia lo que tenía delante, y la tomaron. Consagraron al exterminio todo lo que había en ella: hombres y mujeres, muchachos y ancianos, vacas, ovejas y burros; todo lo pasaron a cuchillo. Josué dijo a los dos hombres que habían explorado la tierra: Id a casa de la prostituta y sacadla de allí junto con sus pertenencias, tal como se lo habíais jurado. Los jóvenes exploradores fueron y sacaron a Rajab, a su padre, a su madre, a sus hermanos y todo lo que tenía... Josué dejó con vida a Rajab, la prostituta, a sus parientes y a todo lo que tenía” (Josué 6, 12-25).

Todo el capítulo 6º del libro de Josué está dedicado a narrar la toma de Jericó. Te lo he puesto casi entero para poder comentarlo ahora. Pero antes de comentarlo, te

aclaro dos cosas de esta cita. La primera el significado de “dar al anatema”: en contra de la costumbre de los pueblos vecinos que se apropiaban de todo lo conquistado, personas, animales y cosas, el pueblo de Israel no podía apropiarse del botín de guerra, ni podían tocar nada de lo conquistado. Así daban a entender que todo le pertenece al Señor: la tierra y lo que en ella hay. Ellos no podían sacar ningún provecho de la conquista, sino que tenían que destruirlo todo: eso es “*dar todo al anatema, exterminarlo todo, destruirlo todo*”. Para Israel, la conquista de la tierra prometida, no es tal conquista, sino un don de Dios. Por esto, aunque lo conquistado es una tierra pobre y seca, un pedregal, le parece “*una tierra que mana leche y miel*”, cuando nada más lejos de la realidad. La tierra es un don de Dios. (Recuerda que, según las creencias de la época, la leche y la miel eran las bebidas de los dioses).

La otra cosa a aclarar del texto citado es la figura de Rajab. Si lees el capítulo 2º de este libro de Josué, la conocerás. Es una prostituta que salvó, escondiéndolos, a los dos jóvenes que Josué mandó por delante para espiar y explorar la ciudad de Jericó antes de asaltarla. Era una mujer creyente en Dios, como nos recordará más tarde el autor de la carta a los Hebreos: “*Por la fe se derrumbaron los muros de Jericó. Por la fe, la prostituta Rajab no pereció con los incrédulos, por haber acogido amistosamente a los exploradores*” (Hebreos 11, 30-31). Los Santos Padres han visto la casa de Rajab como una figura de la Iglesia (también santa prostituta): los que permanecieron dentro de ella se salvaron, como se salvan los que permanecen dentro de la Iglesia.

Pero volvamos a lo nuestro: Esta preciosa historia ¿es verdad o no es verdad? ¿Ocurrieron los hechos así, como nos narran los libros sagrados?, es la pregunta que nos podemos hacer. Y ante estas preguntas caben tres respuestas: una **fundamentalista**, que tomaría al pie de la letra todo lo que aquí se nos narra. Dicen los fundamentalistas: si la fe mueve montañas, por qué no pudieron caerse las murallas de Jericó. Otra respuesta podría ser una actitud **incrédula**, escéptica de creer que todo lo que se nos cuenta está vacío de contenido histórico: se trata sólo de una catequesis, como la de Adán y Eva. Y, finalmente, cabe una postura **intermedia** de reconocer que hay datos históricos en este texto y en todos estos libros históricos, pero que no nos podemos tomar al pie de la letra estas narraciones, como si se tratara de unas crónicas de guerras sucedidas hace tres mil años, sino narrarnos la Historia de la Salvación que hace Dios con su pueblo.

Vamos a seguir comentando el texto citado. Por ejemplo, la arqueología ha demostrado la existencia de Jericó ya en el año 6.800 antes de Cristo. Era conocida como la más antigua de las ciudades de Israel. Ya en el neolítico tenía un templo y un santuario rodeados de casas de adobe. Muchas veces fue amurallada y otras tantas destruida (consta por las excavaciones que hasta dieciséis veces fue destruida por guerras y terremotos y levantada otras tantas). Hacia 1.850, a la llegada de Abrahán a Canaán, Jericó era una ciudad poderosa, con una muralla ovalada de más de 5 metros de altura y de 4 metros de ancho y con otro muro, un poco más pequeño, a 5 metros de distancia del grande.

Esta antigua y famosa ciudad de Jericó, impresionantemente fortificada para su defensa, es la que quedó en el recuerdo de los israelitas como una ciudad inexpugnable (*“cerrada a cal y canto”*, dice el relato que hemos leído) y que servirá de inspiración al autor de este relato. También se sabe por excavaciones arqueológicas que en el año 1.700 antes de Cristo un incendio destruyó por completo la ciudad y que en la época de la llegada de los israelitas, hacia el año 1.260 antes de Cristo, no quedaba en pie ni una piedra de las antiguas y famosas murallas de Jericó.

Setecientos años después de los acontecimientos, el autor del libro de Josué utiliza varias tradiciones que permanecían vivas en los santuarios del pueblo judío y compone esta narración en lenguaje **teológico, no histórico**, para darnos una serie de enseñanzas, que son las que nosotros hemos de aprender, pues han sido escritas para nuestra salvación. Es como una parábola, basada en la historia, escrita para darnos enseñanzas religiosas. Por ejemplo, la primera ya la hemos mencionado antes: que la tierra es un don de Dios. Al comienzo del capítulo 6º se nos dice: *“Jericó estaba cerrada a cal y canto”*. Por tanto, imposible entrar en ella. Y sigue: *“El Señor dijo a Josué: Mira, pongo en tus manos a Jericó, a su rey y a sus valientes guerreros”*. El Señor va a ser el protagonista de la conquista. Al pueblo le bastará con obedecer los planes dictados por Dios.

La segunda enseñanza es que todo el texto suena a una **liturgia sagrada**, y no a una conquista. Más que una crónica de batalla, parece un relato religioso: entran los sacerdotes en escena y todos se disponen para vivir primero una solemne procesión del silencio que acabará con un enorme griterío (semejante al de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén) y con la entrada del arca en la ciudad. Este arca representa la presencia de Dios en medio de su pueblo. Los objetos preciosos son entregados en el templo, en agradecimiento a Dios, y el incumplimiento de esta obligación se considera un sacrilegio que es castigado severamente (como ya sabéis, el templo lo construyó Salomón tres siglos más tarde, pero ese dato histórico no importa en la narración). Y sobre todo, para nosotros, queda la fuerza de la fe ante lo imposible: *“Es el Señor quien lo ha hecho. Ha sido un milagro patente”*, dice el salmo.

Como ves, la fidelidad al dato histórico pasa a un segundo término. Lo histórico está puesto al servicio de la verdad de fe que se pretende transmitir. Todos estos 16 libros pretenden enseñarnos que Dios intervino en la historia de Israel para salvarlo, como está interviniendo en la nuestra con la misma finalidad. Dios es fiel y actúa con fidelidad, mientras que Israel, como nosotros, es infiel a Dios, que a pesar de todo mantiene su Alianza, la que selló en el Deuteronomio. La Biblia para la Iniciación Cristiana comenta esta idea, clave para entender este bloque de libros, con esta comparación:

“Tal vez un ejemplo sirva para aclarar este modo de narrar la historia bíblica. Podemos tomarlo de la comparación entre una fotografía y un cuadro artístico de una persona. La fotografía capta lo externo con una fidelidad sorprendente. Los

detalles más insignificantes quedan reflejados de una manera real. En cambio el pintor que quiere hacer un retrato artístico necesita conocer a la persona que va a pintar. Quiere saber su modo de ser, sus reacciones, su mundo interior, porque todo eso es la realidad de esa persona. Intentará reflejarlo en el cuadro, aunque descuide otros detalles. Al final el cuadro perderá un poco de exactitud externa, pero ganará en fidelidad profunda. La historia que recogen estos libros de la Biblia puede ser comparada con un retrato artístico. Contiene con toda verdad la realidad de la promesa salvadora de Dios. Pero muchos rasgos y colores verdaderos de esa realidad no se pueden captar desde fuera. Sólo la fe alcanza a descubrirlos”.

Hay un trasfondo histórico en todos ellos, pero los mismos historiadores no pueden encajar todavía muchos de los datos de estos libros en la historia profana. Pero no nos preocupemos de esto. No leamos estos libros con ojos de historiadores, aunque haya datos históricos en ellos, sino con ojos de fe, con ojos de creyentes. La historia de Israel ya la vimos en el tema 2º del primer libro de este Curso de Iniciación a la Biblia. Ahora lo que nos interesa es la interpretación religiosa que de esa historia hicieron los teólogos que la escribieron a la luz de los acontecimientos que estaban viviendo, tras una experiencia tan difícil para su pueblo como fue el exilio en Babilonia y la reconstrucción del país y del templo después del destierro.

PROPUESTA DE TRABAJO:

Lecturas:

Deuteronomio 7, 17-26

Romanos 10, 1-13

Mateo 21, 33-46

Preguntas:

1. - Lee la primera cita y dime por qué el afán de Dios de que se dé al anatema (es decir, que se destruya por completo) todo lo que hay en la ciudad que ha sido conquistada.
2. - La historia de los libros que vamos a estudiar este curso, es la historia de la fidelidad de Dios y la infidelidad de Israel. ¿Por qué es infiel Israel a Dios? Lee la segunda cita y contesta a esta pregunta.
3. - En la parábola de los viñadores homicidas nos enseña Jesús el destino que nos espera si somos infieles al amor de Dios. El versículo 43 nos da esa enseñanza. ¿Qué aplicación le ves tú a esa sentencia de Jesús?

Tema 2º. - JOSUÉ, LA CONQUISTA DE LA TIERRA PROMETIDA

1. - Introducción. Este apartado de la introducción está siempre destinado a centrarnos en el tema que vamos a estudiar. Lo mismo que el primer tema estuvo dedicado a explicarnos el conjunto de estos 16 libros, éste pretende introducirnos a un libro concreto, el de Josué. La mejor presentación que podemos hacer nos la ofrecen los primeros nueve versículos del libro. Fíjate bien en la cita que vas a leer: más que de la conquista de una tierra, se trata de un don, un regalo. Dios va a dar una tierra a su pueblo, según la promesa. El pueblo no tiene nada que temer, porque el Señor irá delante de ellos. Te subrayo también, antes de comenzar la cita, cómo varias veces Dios da palabras de ánimo a Josué que va a emprender una empresa de enormes dificultades. Veamos:

“Después que murió Moisés, siervo del Señor, dijo el Señor a Josué, hijo de Nun, ministro de Moisés: Moisés, mi siervo ha muerto. Anda, pasa el Jordán con todo este pueblo, en marcha hacia el país que voy a darte. La tierra donde pongáis el pie os la doy, como prometí a Moisés. Vuestro territorio se extenderá desde el desierto hasta el Líbano, desde el gran río Eufrates hasta el Mediterráneo en occidente. Mientras vivas, nadie podrá resistirte. Como estuve con Moisés estaré contigo; no te dejaré ni te abandonaré.

¡Ánimo, sé valiente! Que tú repartirás a este pueblo la tierra que prometí con juramento a vuestros padres. Tú ten mucho ánimo y sé valiente para cumplir todo lo que te mandó mi siervo Moisés; no te desvíes a derecha ni a izquierda, y tendrás éxito en todas tus empresas. Que el libro de esta Ley no se te caiga de las manos; medítalo día y noche, para obrar en todo conforme en él está escrito; así prosperarán tus empresas y tendrás éxito. ¡Yo te lo mando! ¡Ánimo, sé valiente! No te asustes ni te acobardes, que contigo está el Señor tu Dios en todas tus empresas” (Josué 1, 1-9).

En esta cita está explicado el espíritu con que hemos de acercarnos a este libro. Ciertamente, el libro nos presenta una conquista, una empresa que ha de acometer Josué. Y esa conquista, en contra del planteamiento que veremos en el libro de los Jueces, es obra de todo Israel unido. Todo el libro es una historia idealizada, una hazaña bélica. Pero esa tierra que conquistan es también, y sobre todo, un don de Dios. Se repite en el texto la idea de la asistencia de Dios a Josué: el pueblo tiene asegurada la posesión de la tierra prometida. No nos olvidemos que estos 16 libros contienen la reflexión teológica, es decir desde la fe, que los sacerdotes del pueblo de Israel hacen sobre su historia muchos siglos después de que ocurrieran los acontecimientos y en un momento de desánimo general (el destierro en Babilonia y la vuelta a casa, a un país pobre y arruinado donde había que comenzar a reconstruirlo todo de nuevo, comenzando por el templo de Jerusalén).

Y no nos olvidemos tampoco del sentido espiritual que para nosotros tiene la Escritura. Nuestra tierra prometida es el cielo. Una difícil empresa, pero en la que contamos siempre con la ayuda de Dios. Todas esas palabras de *“¡Ánimo, sé valiente! El Señor tu Dios está contigo en todo momento”*, las tenemos que oír

como dichas a cada uno de nosotros en nuestros momentos difíciles porque, como hemos repetido en varias ocasiones, estas palabras fueron escritas para enseñanza nuestra. Y la verdad de estos textos no la tenemos que buscar en la fidelidad histórica de cada detalle, sino en esa palabra de ánimo que el Señor dio a Josué y nos da a nosotros en nuestro difícil caminar por esta vida.

Por tanto conquista y don; pero más don que conquista. Más que lo que se dice en estos libros, interesa lo que se quiere decir, la catequesis que los sacerdotes y catequistas de Israel dan a su pueblo en el exilio y al regreso a casa. Esto que se nos quiere decir es la verdad revelada; el cómo se nos dice es una catequesis sacerdotal, dada con un género literario llamado histórico. Cuenta la conquista como una maravillosa hazaña bélica, pero siempre insiste en que fue Dios el protagonista. A Josué, a nosotros en nuestro caminar, se nos pide sólo esto: ***“No te desvíes a derecha ni a izquierda... que el libro de la Palabra no se te caiga de las manos; medítalo día y noche para poner por obra toda la Palabra”***. Es decir, fidelidad a cambio de protección. Por eso Josué, antes de morir, reunirá a todas las tribus en las llanuras de Siquén y en una impresionante liturgia renovará con ellos la Alianza (Josué 24). Al final de este tema la veremos.

2. - ¿Conquistaron una tierra inmensa que manaba leche y miel? ¡Qué va...! Eso es lo que les parecía a ellos. Ya vimos en el segundo tema del primer libro de este Curso de Iniciación a la Biblia que se trataba de un trozo de tierra más pequeño que nuestra provincia hermana de Badajoz. Además pobre, un auténtico pedregal. Pero era un regalo de Dios y todo lo que producía esa tierra les parecía leche y miel, bebidas de los dioses, según creencia de la época. Si, además, los autores de estos libros estaban en tierra extraña, en la que nada poseían, su país de origen lo tenían idealizado, como nos pasaría a cualquiera de nosotros. *“No crece mejor un árbol que en tierra donde se creía”*, dice un fandango de Huelva. No es tanto la tierra concreta en sí cuanto lo que esa tierra significa para ellos.

Hablando de cómo hay que leer la trastienda del texto en el libro de Josué, el padre Epifanio Gallego pone un ejemplo: *“Si yo te digo que soy hombre de sotana, tú has comprendido muy bien que soy sacerdote, aunque de hecho no lleve sotana. Es verdad lo que te he querido decir, aunque no lo es lo que te he dicho”*. Igual pasa con el libro de Josué. Contiene datos demostrados históricamente, pero antes que historia es enseñanza, profecía, revelación de Dios. Y ésta es la que tenemos que buscar ante todo y sobre todo. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que el autor invente el contenido del libro, sino simplemente que el autor del relato lo que pretende es enseñar a su pueblo cómo Dios lo ha ido llevando a lo largo de los siglos en una maravillosa Historia de Salvación.

Un solo ejemplo para aclararte definitivamente la distinción entre verdad histórica y verdad de fe, distinción muy importante. ¿Qué tribus entraron en la tierra prometida? Josué nos presenta la conquista como un don de Dios a todo Israel y un esfuerzo de todas las tribus. ¿Para qué lo presenta así? Muy sencillo: para reforzar la

unidad del pueblo e incluir a todo Israel dentro de la Historia de la Salvación. Pero la realidad histórica fue muy otra. Las tribus del norte, como siempre más ricas que las del sur, no tuvieron que bajar nunca a Egipto y, por lo tanto, no pudieron volver. Además es muy posible que otros grupos de pastores nómadas del desierto se unieran a los que volvían, buscando una vida más tranquila. Pero el autor del libro, utilizando la situación social y política de la época en que lo escribe, va a repartir la tierra entre todas, como si todas hubieran vuelto de Egipto.

Más aún, ya dijimos en las páginas 32-33 del primer libro que no siempre se trató de una conquista, sino que a veces fue una infiltración pacífica mediante la cual, poco a poco, se fueron mezclando con los cananeos residentes a lo largo de varias décadas. Toda esta realidad histórica se está estudiando y es la Arqueología la que con sus excavaciones nos va iluminando el camino. Por ejemplo, se sabe por la Arqueología que muchas ciudades de las que nombra el libro como conquistadas por Josué ya hacía siglos que ni existían, como la ciudad de Ay que llevaba mil años destruida, o las murallas de Jericó, como ya explicamos en el tema anterior.

Por tanto no insistimos más en estas ideas. Vamos a acercarnos al libro buscando la verdad de fe, lo que el Señor nos quiere decir hoy en esa Palabra inspirada, que es la que nos va a salvar. Algo vimos ya al estudiar la conquista de Jericó en el tema anterior. Vamos a ver los otros puntos que pueden servirnos para nuestra vida cristiana y para entender un poco más este libro que hoy estudiamos. Podemos dividir el libro en tres partes: la conquista de la Tierra Prometida (capítulos 1 al 12), el reparto de esa tierra conquistada (capítulos 13 al 21) y el fin de la jefatura de Josué, incluida la gran asamblea de Siquén (capítulos 22 al 24).

3. - Primera parte del libro (capítulos 1-12): la CONQUISTA. Puedes ir leyendo estos doce capítulos porque no tienen especial dificultad. Ya vimos parte del primero, el resto de ese capítulo nos indica que la conquista fue concebida como obra de todo el pueblo y no como el resultado de esfuerzos aislados: las tribus de Rubén, Gad y media de la de Manasés vivían al otro lado del Jordán (Transjordania), pero son invitadas a ayudar a sus hermanos en la conquista. Nadie puede desentenderse de la gran empresa y, por eso, responden afirmativamente a la invitación de Josué: *“Dondequiera que nos envíes, iremos”*. Asegurada la participación de todos, Josué envía espías a Jericó. Allí Rajab, la prostituta, los salva de una muerte segura como Josué la salvará a ella, cuando conquiste Jericó. En el capítulo 3º pasan el río, pero más que un ejército en marcha, es una liturgia de fe, una procesión. Dios, presente en el Arca de la Alianza que llevan los sacerdotes, camina junto a ellos.

El capítulo 4º nos cuenta el paso del Jordán, cuyas aguas se abrieron hasta que pasó el último israelita. Para memoria perpetua de este paso milagroso, el Señor ordena a Josué levantar un monumento, con doce piedras sacadas del Jordán, para que *“cuando el día de mañana vuestros hijos os pregunten ¿qué son esas piedras?, les digáis para que lo sepan: Israel pasó el Jordán por tierra seca, pues el Señor, vuestro Dios nos secó las aguas del Jordán hasta que pasamos, lo mismo que les*

secó el mar Rojo a nuestros padres; así todos los pueblos de la tierra sabrán qué poderosa es la mano del Señor y temerán siempre al Señor nuestro Dios” (Josué 4, 21-25).

Ya dijimos en el Vocabulario del libro 1º (página 146) que la **circuncisión** era para muchos pueblos un rito de iniciación a la madurez y que Israel le había dado un sentido religioso al considerarlo como el rito de incorporación al pueblo de la Alianza. En el capítulo 5º vemos cómo Dios manda a Josué que circuncide a todo su pueblo para que pueda celebrar la primera pascua en la tierra prometida pues en ella no podía participar el incircunciso. También podemos ver el gesto de la masiva circuncisión como un signo de que Israel ha llegado a su madurez de pueblo de Dios, tras su largo peregrinar por el desierto. En este capítulo hay otra enseñanza muy bonita: Dios deja de enviar el alimento del cielo (el maná) porque ya tienen el fruto de la tierra. Dios les retira el milagro diario. Prefiere que su pueblo vuelva al camino ordinario de alimentarse de la tierra. Para nosotros, que preferimos el milagro continuo, es interesante este deseo de Dios de dejar los caminos extraordinarios; a ver si evitamos la tentación continua del milagro, como también la evitó Jesús (Mateo 4, 5-7).

En el capítulo 6º se nos narra la toma de Jericó y en el 2º la intervención de Rajab. Ya los vimos en el tema anterior. No podemos ver uno por uno cada capítulo del libro, pero vamos a ir escogiendo los que tengan una catequesis más provechosa para nosotros. En Josué, 7-8 se nos cuenta la conquista de Ay, otra ciudad cananea. De principio a fin estos dos capítulos forman una estupenda catequesis y vamos a detenernos en ellos. La palabra Ay en hebreo significa escombros, ruina: en los dos capítulos se habla de unos montones de ruinas o escombros *“que duran hasta el día de hoy”*. Apunto este detalle, sin mayor importancia, para que veas cómo el autor del libro aprovecha hasta un detalle tan insignificante para incluirlo en el contexto religioso (dos escombreras que existían en tiempo de la redacción del libro son aprovechadas por el redactor para convertirlas en destino final de dos pecadores). Pero volvamos a la catequesis que es más profunda y bonita.

Dios va a entregar Ay a su pueblo, pero antes tiene que resolverse un problema. Un israelita, Acán, ha pecado quedándose con parte del botín de Jericó que, por voluntad divina, estaba destinado entero al anatema, a la destrucción. En hebreo, la palabra “acán” significa “perturbación”. Acán, con su pecado, perturbó la paz de su pueblo. Ha desobedecido a Dios, rompiendo la Alianza. Siempre el pecado, aunque sea de uno solo, rompe la paz e introduce el dolor y la muerte en toda la comunidad; el pecado tiene una dimensión comunitaria que no podemos olvidar (treinta y seis inocentes del pueblo de Dios murieron en esta ocasión: Josué 7, 5). A Dios no se le puede engañar y Acán quiso hacerlo. Pagará con una muerte cruel que hiere nuestra sensibilidad, pero que dejó claro ante aquel pueblo que nadie tenía derecho a nada de lo conquistado porque no había tal conquista, sino que Canaán fue un don de Dios a su pueblo, según promesa.

Esta misma catequesis de la responsabilidad social de nuestras acciones, la volverá a dar San Pablo comparando a la Iglesia con un cuerpo, el cuerpo místico de Cristo: ***“Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres hemos sido bautizados en un mismo espíritu, para formar un solo cuerpo... Ahora bien, no hay división en el cuerpo. Porque todos los miembros por igual se preocupan unos de otros. Cuando un miembro sufre, todos sufren con él; cuando un miembro es honrado todos le felicitan. Pues bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo y cada uno es un miembro”*** (1 Corintios 12, 12-27). Podéis leer entera esta cita, que yo he puesto abreviada. Frente al individualismo de la sociedad moderna, la conclusión de esta catequesis es que no somos islas, sino cuerpos y nuestras acciones –buenas o malas- repercuten en los demás.

Josué 9-11 narra la conquista del resto de Canaán. Puedes leerlos y yo te voy a destacar un par de cosas. Los tres capítulos comienzan con la misma idea: cuando los restantes reyes de Canaán oyen la fama victoriosa de Josué y los suyos, se unen para ***“hacer un frente común contra Josué y contra Israel”*** (Josué 9, 2). Todo sería inútil, porque Dios lucharía con su pueblo. Sólo los habitantes de Gabaón, con astucia, hicieron alianza con Josué y consiguieron de él y de los príncipes de Israel que respetaran sus vidas: ***“sin consultar al Señor, Josué hizo con ellos un acuerdo de paz y se comprometió mediante una alianza a dejarlos vivir”*** (Josué 9, 14). Aquí fue Josué el que se equivocó, no oyendo al Señor que no quería pactos con nadie en evitación del peligro de idolatría que llevaba consigo la mezcla con otros pueblos.

A pesar de esto Josué cumplió sus alianzas e ***“hizo con ellos lo que había dicho, protegiéndolos de los israelitas para que no le dieran muerte. Entonces Josué los destinó a ser leñadores y aguadores al servicio de la comunidad y del altar del Señor hasta el día de hoy”*** (Josué 9, 26-27). Si a Josué hay que anotarle el pecado de la infidelidad a Dios, también tenemos que reconocerle que fue un hombre de palabra. Los entendidos opinan que este punto fue incluido en el libro sólo para buscarle una justificación sagrada al hecho históricamente cierto de que cuando se escribió el libro (siglo VI antes de Cristo) había hombres de Gabaón trabajando de leñadores y aguadores al servicio del culto en Israel.

Fíjate que hay ideas que se repiten machaconamente en estos capítulos 9, 10 y 11: ***“El Señor, Dios de Israel, luchaba a favor de su pueblo”*** y otra ***“No dejaron supervivientes, tal como había ordenado el Señor”***. Sin duda, históricamente, las cosas no fueron tan tremendas, pero la idea que quiere dar el autor es que la tierra iba siendo purificada con el anatema, es decir, con la destrucción total, a medida que iba siendo conquistada. Una vez más, la verdad histórica parece ceder sitio a la catequesis de que es una tierra nueva la que Dios da a su pueblo, purificada de toda vida vieja. La lectura de estos tres capítulos nos puede chocar bastante, pero con esta aclaración espero que algo menos. Además, pensemos que la gente de aquella época no entendía de derechos humanos, como hoy los concebimos nosotros.

Para terminar este bloque, vamos a hablar del sol que se detiene en el firmamento a petición de Josué. Te pongo la cita. En el capítulo 10 vemos cómo los reyes del centro y del sur de Canaán hacen alianza para atacar a Gabaón que había hecho la paz con Israel, como vimos antes. El rey de Gabaón pide ayuda a Josué, que acude y derrota a los que tienen sitiada a Gabaón. El enemigo se dispersa y huye. ***“Y sucedió que el Señor hizo caer sobre los que huían una granizada tan grande que dio muerte a muchos. Murieron más por las piedras de granizo que por la espada de los israelitas... Ese día, Josué habló al Señor y dijo en presencia de los israelitas: ¡Sol, detente en Gabaón, y tú, luna, en el valle de Ayalón! Y se detuvo el sol y la luna se paró, hasta que el pueblo se vengó de sus enemigos... El sol se paró en medio del cielo y demoró su puesta casi un día entero. No hubo un día como aquel ni antes ni después. El Señor obedeció la voz de un hombre porque luchaba a favor de Israel”*** (Josué 10, 11-14).

Esta cita no tendría más importancia si no fuera por las consecuencias que le acarreó a algunos, sobre todo al bueno de Galileo que se emperró en decir que el sol no se pudo parar porque no se estaba moviendo, sino que era la tierra la que se movía. Además, lo dijo antes de que la Iglesia oficial estuviera preparada para oírlo y le costó un serio disgusto. Te explico la anécdota. Siempre se había creído que el centro del mundo creado era la tierra y todo giraba en torno a ella; el sol, la luna y las estrellas. Así lo había explicado todo el mundo, como el sabio Tolomeo mucho antes de Cristo. Además la experiencia parecía demostrarlo, pues todos veían cómo el sol se desplazaba a lo largo del día por encima de sus cabezas hasta ocultarse cada atardecer en el horizonte.

Aunque en la antigüedad algunos habían hablado sobre la posibilidad de que fuera la tierra la que se moviera y no el sol, hubo que esperar hasta el siglo XV para que Copérnico (1473-1543) afirmara que el sol no se movía y que eran la tierra, la luna y los astros quienes giraban en torno a él, a pesar de las apariencias. Copérnico no se atrevió a publicar estas afirmaciones y un amigo suyo las publicó un año después de su muerte, con lo que nada le pudieron hacer, salvo declarar sus escritos como mentirosos y heréticos. Poco después otro sabio, llamado Galileo (1564-1642) retomó el planteamiento de Copérnico y, mejorándolo, lo hizo público en 1632. La Inquisición, un tribunal creado por el Papa Gregorio IX el año 1231 para luchar contra las herejías, arremetió contra el anciano Galileo y a sus 70 años le obligaron a renunciar a sus teorías puesto de rodillas delante del tribunal inquisitorial. Cuentan que el buen hombre lo hizo humildemente, pero cuando se levantó dio un zapatazo en el suelo y dijo a la tierra que pisaba: *“¡Y sin embargo te mueves!”*.

Es una anécdota muy importante porque demuestra cómo la Biblia no es un libro científico, sino de fe. Y cuando la misma Iglesia no ha entendido esto ha provocado problemas como el de Galileo, al que el mismo Papa Juan Pablo II recientemente ha pedido perdón en nombre de la Iglesia. Buen gesto el del Papa, pues más vale tarde que nunca. La Biblia no es un libro científico, sino religioso: lo suyo

no es la ciencia positiva sino la teología. Cuando la Biblia, en Josué 10, 12, dice: **“Y el sol se detuvo y la luna se paró hasta que el pueblo se vengó de sus enemigos”**, no pretende hacer ciencia en el sentido que modernamente se entiende por ciencia positiva y no hay, por tanto, una afirmación científica porque no es ése el campo ni la intención de la Biblia. Tenemos que pasar, como dijimos antes, por encima de lo que se dice para ver qué nos quiere decir esa frase.

Se trata simplemente de un recurso literario para indicar que el día se les debió hacer muy largo o que, después de la gran tormenta de granizo que oscureció el día, salió el sol y volvió una fuerte claridad que pareció alargarles de nuevo el día para acabar con el enemigo. Sin buscarle nunca una interpretación literal porque fe y ciencia no pueden chocar, como no chocan un avión, una bicicleta o un submarino que se mueven en lugares muy distintos. Cuando han chocado –y lo han hecho a veces- es porque uno de los tres ha cometido el error de salirse de su terreno. Por ejemplo, si un avión se cae en una autopista o un ciclista despistado cae en el puerto sobre un submarino que esté allí amarrado. Un despiste parecido tuvo la Iglesia con Galileo, pues se metió en el terreno que no era suyo sino el del científico Galileo. *“Cada uno en su casa y Dios en la de todos”*, como dice el refrán.

4. - Segunda parte del libro (Josué 13-21): el REPARTO de la tierra: Nueve capítulos en total, desde el 13 al 19, tratan del reparto, por sorteo, de la tierra de Canaán entre las nueve tribus y media que no tenían tierra y la habían conquistado con la ayuda de las tribus hermanas de la Transjordania (te recuerdo que eran las tribus de Rubén, Gad y media de la de Manasés). Estos siete capítulos te los puedes saltar, ya que no tienen mayor interés. Y los capítulos 20 y 21 léelos, si quieres, pero también conoces ya su contenido. Hablan de las ciudades de asilo y de los levitas que ya te expliqué ampliamente en el libro anterior que trató del Pentateuco. En Números 35 se habla de estas dos clases de ciudades.

Te recuerdo: en una sociedad donde la venganza privada estaba por encima de la justicia, el que mataba a un hombre de forma involuntaria encontraba en estas ciudades un refugio seguro hasta que se juzgara su caso. Ésas eran las seis ciudades de asilo. Por otra parte, en Josué 13, 14 leemos: **“La tribu de Leví fue la única a la que no se le dio heredad. Su heredad es lo sacrificado al Señor, Dios de Israel, tal como Él le había dicho”**. Por tanto esta tribu, consagrada al Señor, no tenía autonomía política ni territorio. Vivía del altar y al servicio del altar. No obstante, ya desde tiempos de Salomón, se les había concedido unos lugares de residencia a ellos y a sus ganados. A esto puede aludir el texto de Josué 21.

5. - Tercera parte del libro (Josué 22-24): La Asamblea de Siquén: Veamos los tres últimos capítulos del libro de Josué. El 22 comienza con el agradecimiento y bendición de Josué a las tres tribus de la Transjordania (Rubén, Gad y la media de Manasés), que han ayudado a sus hermanos en la conquista de la tierra prometida. Seguidamente, en el resto del capítulo, se va a dar cuenta de un problema que surgió entre estas dos tribus y media con el resto de Israel por razones culturales. Tras pasar

el río Jordán, de vuelta a casa, estas tres tribus levantan un altar, lo que enfurece a los demás israelitas asentados en Canaán porque consideran que multiplicar altares va contra la unidad del culto prescrita en Deuteronomio 2, 2-3.

Pinjás, hijo de Eleazar, que ya había actuado vengando el pecado de idolatría cometido por el pueblo en Peor (ver Números 25), es enviado a informarse de las intenciones de quienes han construido un altar en contra de lo establecido. Vuelve satisfecho porque la explicación que le dan es que el santuario no tiene intenciones idolátricas sino sólo de testimonio, ante las futuras generaciones, de que ellos también forman parte del pueblo elegido, aunque vivan al otro lado del Jordán. Por eso al santuario construido le pusieron por nombre “testigo” porque su finalidad será **“dar testimonio entre nosotros de que el Señor es Dios”**.

Transcurrido mucho tiempo desde estos acontecimientos, Josué ha envejecido y quiere dar a su pueblo un testimonio de su experiencia de creyente. En el capítulo 23 tienes el discurso de Josué a su pueblo. El autor de este capítulo es distinto del que redacta el capítulo 24, aunque se inspira en él. Esto nos demuestra lo que tantas veces hemos dicho: los libros se van haciendo en redacciones sucesivas, añadiéndole nuevos textos y nuevas experiencias. Es muy bonito: léelo. Contiene palabras preciosas del viejo patriarca a los suyos. Te pueden dar mucho ánimo en momentos de desaliento.

Con el buen sabor de boca que nos ha dejado la lectura del capítulo 23, llegamos al momento cumbre del libro de Josué: la ratificación de la Alianza en Siquén. Te voy a poner el texto y después lo comentamos, pero fíjate cómo prepara Josué el momento cumbre del encuentro, que es aquel en que dice a todos: ***“Escoged hoy a quién vais a servir. Yo y mi casa serviremos al Señor”***. Para no alargarnos demasiado voy a resumir un poco la cita. Tú léelo entero, si tienes tiempo:

“Josué reunió a las tribus de Israel en Siquén y les dijo: Así dice el Señor, Dios de Israel: Al otro lado del río Eufrates vivieron antaño vuestros padres, Teraj, padre de Abrahán y de Najor, sirviendo a otros dioses. Tomé a Abrahán, vuestro padre, del otro lado del río, lo conduje por todo el país de Canaán y multipliqué su descendencia dándole a Isaac. A Isaac le di Esaú y Jacob. Jacob y sus hijos bajaron a Egipto. Envié a Moisés y Aarón para castigar a Egipto con los portentos que hice, y después os saqué de allí. Los egipcios persiguieron a vuestros padres, con caballería y carros hasta el Mar Rojo. Vuestros ojos vieron lo que hice en Egipto. Después vivisteis en el desierto muchos años. Os llevé al país de los amorreos que vivían en Transjordania; os atacaron y os los entregué.

Pasasteis el Jordán y llegasteis a Jericó. Los jefes de Jericó os atacaron: los amorreos, fereceos, cananeos, hititas, heveos y jebuceos; pero yo os los entregué. Sembré el pánico entre ellos y os di una tierra por la que no habíais sudado, ciudades que no habíais construido, y en las que ahora vivís, viñedos y olivares que no habíais plantado, y de los que ahora coméis.

Pues bien, temed al Señor, servidle con toda sinceridad; quitad de en medio los dioses a quienes sirvieron vuestros padres al otro lado del río y en Egipto; y servid al Señor. Si no os parece bien servir al Señor, escoged hoy a quién queréis servir; a los dioses que sirvieron vuestros padres al este del Eufrates o a los dioses de los amorreos en cuyo país habitáis: yo y mi casa serviremos al Señor. El pueblo respondió: ¡Lejos de nosotros abandonar al Señor para servir a dioses extranjeros! El Señor es nuestro Dios; él nos sacó a nosotros y a nuestros padres de la esclavitud de Egipto; él hizo a nuestra vista grandes signos, nos protegió en el camino que recorrimos y entre todos los pueblos por donde cruzamos. También nosotros serviremos al Señor: ¡Es nuestro Dios!

Josué insistió: sois testigos contra vosotros mismos de que habéis elegido servir al Señor. Respondieron: ¡Somos testigos! Aquel día Josué selló el pacto con el pueblo y le dio leyes y mandatos en Siquén. Josué escribió esas palabras en el libro de la Ley de Dios. Tomó una gran piedra y la colocó debajo de la encina del santuario del Señor, y dijo a todo el pueblo: Mirad, esta piedra será testigo ante vosotros, pues ella ha escuchado todas las palabras que el Señor nos ha dicho. Será testigo ante nosotros, para que no engañéis a vuestro Dios. Josué despidió al pueblo y cada cual se fue a su casa” (Josué 24).

Esta asamblea de Siquén tiene una enorme importancia religiosa para el pueblo de Israel. Ya están en la tierra prometida. Dios ha cumplido su promesa. Ya dijimos al comenzar la explicación del Pentateuco, el curso pasado, que algunos consideran más oportuno hablar de Exateuco (seis libros) que de Pentateuco (cinco libros), como suele hablarse, porque con este libro y en esta asamblea de Siquén es cuando realmente concluye la promesa y la Alianza, que son las dos caras de las relaciones de Dios con su pueblo. Por eso el autor de este libro de Josué subraya la presencia de todos los jefes de Israel, aunque en realidad no parece que fuera así, como dijimos en el primer libro de este curso (página 33). Igualmente fíjate que les dice **“Vuestros ojos vieron lo que hice en Egipto”**. En realidad allí ya no quedaba ninguno de los que estuvieron en Egipto, pero busca dejar constancia de que es la comunidad israelita la beneficiaria porque los portentos hechos con sus padres fueron hechos con ellos mismos en las personas de sus mayores.

El año pasado, cuando te expliqué el libro del Deuteronomio, en el tema 18º (punto 4º), te dije que el contenido de ese libro podemos verlo como un pacto a la antigua usanza. De este capítulo 24 de Josué, con el que termina el primer libro de la historia deuteronomista, podemos decir lo mismo: tiene estructura de pacto. Hay un recuerdo de los beneficios recibidos, un compromiso mutuo de fidelidad que se exige y se promete y un rito que sella la Alianza: la colocación de una piedra debajo de la encina del santuario del Señor. La conciencia del pueblo y la perennidad de la piedra serán testigos para siempre de la alianza religiosa que es, a la vez, ley a cumplir por todo el pueblo.

En este texto, como en todos, tengo que repetirte la muletilla de siempre: todo esto se escribió para enseñanza nuestra, para nuestra salvación. Al margen de todos los detalles de fidelidad histórica, lo que nos interesa es meternos dentro del tema. Todo el que quiera aceptar el desafío de hacer de Dios su único y verdadero Señor, puede asumir la propuesta de Josué como dicha a él mismo. Hasta once veces se habla de “*servir al Señor*”. Y, por supuesto, abandonar a los otros dioses, que siempre nos impedirán tener al único Dios como nuestro único Señor. También queda dicho en el texto que el Señor es un Dios santo y celoso, que no tolera la infidelidad. Y siempre con sumo respeto a la libertad: cada uno tenemos que elegir y, una vez elegido, asumir las consecuencias de nuestra elección. Vemos cómo el amor libre del hombre a Dios exige y garantiza el cumplimiento de la ley.

PROPUESTA DE TRABAJO:

Lecturas:

Jeremías 7, 16-20

Apocalipsis 7, 9-17

Lucas 6, 20-35

Preguntas:

1.- Una idea repetida en el libro de Josué es la exclusividad del amor a Dios. Dios es celoso y no quiere compartir el amor de los suyos con dioses falsos. Lee la primera lectura y aplica a tu vida la reflexión de Jeremías al pueblo de Israel.

2.- Hemos dicho que nuestra tierra prometida es el cielo. El autor del Apocalipsis tuvo una visión de él que nos narra en la tercera lectura. Léela y coméntala. ¿Quiénes llegarán a ella?

3.- Para conseguir nuestra tierra prometida, el cielo, no tenemos más camino que el de vivir el espíritu de Jesús que Él nos revela en las bienaventuranzas. Fíjate en la segunda lectura y ve si te encuentras muy lejos de ese espíritu.

1. - Introducción. Como hacemos siempre en las introducciones, vamos a intentar situarnos en el tema. Comenzamos la explicación del séptimo libro de la Biblia, el libro de los Jueces. Recordemos brevemente el hilo de la historia: todo comenzó en torno al año 1900 antes de Cristo. Numerosos grupos, clanes o familias de pastores nómadas iban y venían a lo largo y ancho de la que conocemos como “*media luna fértil*” que va desde los ríos Tigris y Eufrates, en Mesopotamia, hasta el gran Nilo en Egipto. Lo más probable es que, al comienzo, cada clan o familia guardara en su memoria las hazañas de sus antepasados, cuyos recuerdos se perdían en la noche oscura de los tiempos. Las familias o tribus se fueron mezclando y los recuerdos también, formándose un árbol genealógico común que unía las tradiciones de las distintas tribus en las personas de unos antepasados que se fueron aceptando como comunes: Abrahán, Isaac y Jacob, que así emparentados se convertirían en nuestros padres en la fe. Todo esto a lo largo de seis o siete siglos.

Más tarde, el siglo XIII antes de Cristo vive continuas sacudidas en toda esa zona de la media luna fértil, en la que Canaán es centro y lugar de paso. Entre esos movimientos migratorios de los que nos dan cuenta arqueólogos e historiadores se produce el más importante para la Historia de la Salvación, aunque pasara desapercibido para la historia profana por ser uno más de los muchos que se sucedieron: Moisés conduce a un grupo que sale de Egipto y llega a las puertas de Canaán. Aproximadamente estamos en el año 1200 antes de Cristo. Ahora, durante unos doscientos años, se van a producir la entrada y conquista de la tierra prometida y, poco a poco, se preparará el camino para una confederación de las distintas tribus, las doce tribus de Israel, cuyo vínculo de unión se buscó en el culto, la fe común y la sangre, hasta que hacia el año 1000 antes de Cristo David consigue unificarlas y formar un reino que si bien no fue nada del otro mundo, al menos sí fue lo bastante importante como para que las futuras generaciones pudieran tener sueños de gloria.

De esos doscientos años largos que van desde Moisés a David tenemos dos versiones distintas. **Una** nos la ha dado el libro de Josué: todos unidos como un solo hombre en torno a la figura de Josué conquistan de manera fulminante la tierra prometida y se la reparten. En la asamblea de Siquén ponen el broche de oro a su hazaña; la tierra conquistada es vista como un don de Dios en cumplimiento de la promesa hecha a quien consideran padre común en la sangre y en la fe, Abrahán. La **otra** versión, posiblemente más próxima a la historia real, nos la va a suministrar el libro de los Jueces que estudiamos en este tema: más que de una conquista se trató de una infiltración pacífica de los distintos grupos que fueron llegando, aunque no faltaran escaramuzas cuando las ciudades de Canaán se resistían a los que llegaban.

Otra cosa a tener en cuenta: fuera como fuera la entrada, no podemos olvidar que no hubo cámaras que grabaran los hechos, ni siquiera historiadores que los contaran. Esta historia no la escribieron los historiadores, sino los teólogos y la escribieron a la luz de su fe. Algunos siglos más tarde de ocurridos los hechos se comienzan a escribir los primeros recuerdos colectivos en tiempo de Salomón. Todavía hubieron de pasar quinientos años más, siglos VI y V antes de Cristo, para

que los teólogos de Israel escribieran la historia completa, en los tiempos difíciles del regreso del exilio babilónico, como una intervención salvífica del Señor, incluso atribuyéndole a Dios las órdenes de exterminios sanguinarios de las que quedan recuerdos, como si el mismo Dios las hubiera dado. *“No se trata de una orden de Dios, sino de una interpretación a la luz de la mentalidad de aquellos pueblos, que concebían la divinidad como exigiendo esa contribución para prestar su ayuda”* (Cepedal, página 128). Esto es importante para no sentirnos escandalizados por tanta sangre como se derrama en estas historias.

Todo fue escrito para enseñanza nuestra y de cara a nuestra salvación, pero como fue escrito en una cultura tan distinta y distante de la nuestra, no está de más que recordemos estas cosas. Desde la fe, hemos de acercarnos a estos libros en los que Dios va preparando a un pueblo que ha de ser el que *“llegada la plenitud de los tiempos”* dé patria a la segunda persona de la Santísima Trinidad, encarnada en una mujer judía para salvar a la humanidad. Hubo un pueblo y ese pueblo tuvo una historia humana, social, pero también tuvo una Historia de la Salvación que está constituida por las distintas intervenciones de Dios con ellos. Ésta es la que a nosotros nos interesa y la que tenemos que rastrear en el texto. Entremos en el 7º libro de la Biblia.

2. - ¿Quiénes fueron los jueces? Después hablaremos de los más importantes, pero lo primero es preguntarnos quiénes fueron. ¿Hombres como nuestros jueces dedicados sólo a administrar justicia en casos de disputas personales o colectivas? No. El juez bíblico no se dedicaba a impartir justicia, aunque en algunos casos también lo hiciera. Era un libertador, un héroe carismático que surgía en el momento preciso impulsado por el Espíritu de Dios. Sólo tenían en común dos cosas: haber recibido el Espíritu de Dios y conseguir reunir a los distintos clanes, familias o tribus frente a un enemigo común, en una época en que todavía la unión entre las tribus era tan débil que, prácticamente, no existía. Cuando decimos que eran impulsados por el Espíritu de Dios queremos indicar que era la fe en Dios la que les impulsaba, de modo que se sentían sólo un instrumento en manos de Dios que era quien realmente dirigía sus acciones.

Sus vidas se cuentan en este libro que nos proporciona una versión de la entrada en la tierra prometida complementaria a la del libro de Josué. A la luz de Jueces no podemos hablar tanto de conquista como de infiltración pacífica en los lugares menos poblados, sin que faltara alguna que otra escaramuza con los residentes. El libro lo podemos dividir en **tres partes**: a) una introducción (Jueces 1 al 3, 6); b) hazañas de los jueces que terminan con la muerte de Sansón (Jueces 3, 7 a 16, 31) y c) los últimos cinco capítulos que narran algunas aventuras de las tribus de Dan y Benjamín. Lo mismo que hablaremos en su día de profetas mayores y menores, también podemos hablar de seis jueces mayores (Otniel, Ehúd, Débora y Baraq, Gedeón, Jefté y Sansón) y otros seis menores, de los que apenas se habla (Samgar, Tolá, Yair, Ibsán, Elón y Abdón).

Vivieron entre la muerte de Josué (hacia el año 1200 antes de Cristo) y la aparición de Samuel (hacia el año 1000 antes de Cristo), es decir, ocupan doscientos años de historia. Sus vidas y hazañas se transmitieron oralmente durante varios siglos. Más tarde en el reino del norte, Israel, se escribió el “Libro de los libertadores”, que es citado algunas veces pero que se ha perdido. En este libro se narraban antiguas historias tribales de algunos de los citados jueces mayores, como héroes históricos y de leyendas, que habían dirigido a Israel en las guerras santas. El momento histórico era muy importante porque Israel se estaba configurando como pueblo, cuya unión total llegará con la monarquía de David. Como siempre, en estos siglos a las narraciones orales se añadieron hazañas de estos héroes, engrandeciéndolas. Incluso se recogieron vidas de personajes como Sansón, que ocupa cuatro capítulos del libro y cuya misma existencia tiene mucho de legendaria. Hasta los siglos VI y V antes de Cristo no tuvo lugar la redacción final del libro, en la forma como lo tenemos nosotros hoy.

Pero volvamos a lo que más nos interesa: la Historia de la Salvación. El libro de los Jueces que estamos estudiando está dentro de la **historia deuteronomista**, como el de Josué que ya hemos visto. Su contenido expresa la teología de la gracia del Deuteronomio, en cuatro momentos que se repiten una y otra vez y en los que tenemos que centrarnos para aprender de ellos. **Primero**: los israelitas son infieles a Dios rompiendo la Alianza. **Segundo**: Dios corrige a su pueblo, entregándolos en manos de sus opresores y pone a prueba su fidelidad. **Tercero**: el pueblo se acuerda de Dios y lo invoca desde el sufrimiento. Y **cuarto**: el Señor no puede soportar el sufrimiento de su pueblo y tiene misericordia, mandándole un libertador que lo saca de su situación de sufrimiento. Más tarde vuelven las infidelidades del pueblo y la historia se repite. Ésta es la historia del pueblo de Israel, nuestro padre en la fe, de la Iglesia y nuestra. Pecado, dolor, conversión y respuesta misericordiosa de perdón por parte de Dios, ante el arrepentimiento sincero del pecador.

Como hicimos con el libro de Josué, vamos a ir leyendo los tres bloques en que se divide el libro y comentamos su contenido aclarando los puntos que veamos más oscuros.

3. - Introducción al libro (capítulos 1 al 3, 6): Su lectura no tiene problemas. Alguna que otra salvajada, que las ha habido en todas las épocas, como cortarle “*los pulgares de las manos y de los pies*” al rey Adoní cuando lo cogieron preso (Jueces 1, 6) y el esquema repetido que hemos dicho: Pecado, castigo, arrepentimiento y perdón. Fíjate en dos cosas: por una parte las tribus van por separado y, por otra, es frecuente la convivencia pacífica con los nativos cuando les resulta difícil la conquista de una tierra habitada por gente más fuerte que los que llegan de cruzar el duro desierto, aunque la interpretación que da el autor desde la fe es que Dios permitió eso por las infidelidades del pueblo a la Alianza. En cambio, en el libro de Josué las tribus llegaron unidas y exterminando con el anatema a todo lo que había en la tierra conquistada.

El libro de los Jueces está compuesto basándose en relatos cortos sobre las guerras emprendidas por Israel. Las derrotas se interpretan como una corrección divina, consecuencia fija del pecado de idolatría. El pueblo tiene que tener siempre una actitud de entrega y confianza en Dios. Si es así, la vuelta a Dios siempre le traerá el perdón y el éxito. Te voy a poner una cita para que veas el esquema que te acabo de decir (pecado, castigo, arrepentimiento y perdón). Es la teología de la gracia propia del espíritu que late en todo el Deuteronomio:

“Los israelitas hicieron lo que el Señor reprueba y dieron culto a los ídolos. Abandonaron al Señor, Dios de sus padres, que los había sacado de Egipto, para seguir y adorar a los dioses de las naciones vecinas. La ira del Señor se encendió contra Israel y los entregó en manos de saqueadores que los despojaron; los vendió a los enemigos de alrededor y los israelitas no pudieron resistir ante ellos. En todo lo que emprendían, la mano del Señor se les ponía en contra, exactamente como él les había dicho y jurado. Les sobrevino entonces una angustia tremenda.

Entonces el Señor hacía surgir jueces que los libraban de las bandas de salteadores; pero ni a los jueces hacían caso, sino que se prostituían con otros dioses y los adoraban. Se apartaron enseguida del camino por el que habían marchado sus padres, obedientes al Señor. No siguieron el ejemplo de sus mayores. Cuando el Señor hacía surgir jueces, el Señor estaba con el juez; y mientras vivía el juez los salvaba de sus enemigos, porque le daba lástima verlos gemir bajo la tiranía de sus opresores. Pero en cuanto moría el juez recaían y se portaban peor que sus padres, yendo tras otros dioses, rindiéndoles adoración. No se apartaban de sus malas acciones ni de su camino perverso.

La ira del Señor se encendió, pues contra Israel y dijo: Puesto que esta gente ha violado la Alianza que impuse a sus padres y no han escuchado mi voz, tampoco yo seguiré quitándoles de delante ninguna de las naciones que quedaron cuando Josué murió. Con ellas pondré a prueba a Israel, a ver si se cuida o no de andar por los caminos del Señor como lo hicieron sus padres. Por eso el Señor permitió que algunas naciones siguieran allí: no las expulsó de inmediato ni las entregó en manos de Josué” (Jueces 2, 11-23).

Cuando el autor del libro escribe, bajo el impacto del destierro de Babilonia, el mensaje que quiere dejar claro es que la desgracia que viven no es consecuencia de un debilitamiento del poder de Dios sino de la repetida infidelidad del pueblo a la Alianza.

4. - Los jueces de Israel (capítulos 3, 7 a 16, 31). Dice Dios, por boca del profeta, que aunque una madre se olvide del hijo de sus entrañas, él no se olvidará de su pueblo. Y así fue, es y será siempre. El pueblo de Dios que va ocupando progresivamente la tierra prometida, según la versión de Jueces, tiene que enfrentarse continuamente a los ataques de sus enemigos. Las tribus están desunidas, cuando no enfrentadas entre sí. Es el momento en que Dios suscita jueces en Israel. Ya sabemos

que los jueces son unos hombres, más guerreros que magistrados, que unen, animan, organizan a una o varias tribus ante el enemigo común y siempre movidos por el Espíritu de Dios que los elige y empuja. Ya hemos hablado de ellos antes y hemos dicho que hay seis mayores y seis menores. Siguiendo la Biblia, te los voy a ir presentando, pero no te pongo cita porque serían una repetición de la que acabas de leer en el punto anterior.

El resto del capítulo 3º nos cita a dos jueces mayores suscitados por Dios para salvar a su pueblo de la situación de servilismo a que lo había conducido el pecado. A la cultura de la época no le repugna que Ehud se valga de la mentira y el crimen con tal de salvar al pueblo de Dios de la esclavitud. A Samgar, un juez menor, sólo le dedica la Biblia un versículo (Jueces 3, 31). Muy dotado del espíritu de Yavé debía estar para, con una pica, liquidarse él solito a 600 enemigos. Lo que pretende el autor es resaltar la enorme fortaleza que daba el Espíritu de Dios. Estas exageraciones las vamos a ver repetidas. No nos extrañemos de ellas, ni de lo pintoresco de los relatos, ni de la rudeza y brutalidad de los personajes. Fijémonos en el fondo de los relatos, dentro del esquema que hemos dicho que en Otniel y Ehud están muy claros.

Y llegamos a una jueza importante, cuyas hazañas ocupan los capítulos 4 y 5. Léelos primero. Como ves, Israel lleva veinte años oprimido por Yavín, rey de Canaán. Débora, que era profetisa y jueza al estilo de hoy, es decir que impartía justicia en nombre de Dios, ve la necesidad de intervenir para salvar al pueblo. Recurre a Baraq y le transmite la orden de Dios de luchar contra Sísara, general de Yavín. Él accede a hacerlo pero con tal de que la profetisa le acompañe para poder consultar la voluntad de Dios durante la campaña. Van los dos y la victoria les sonríe. Fíjate que tampoco hay reparos en utilizar el engaño y la traición para acabar con Sísara. Y, por supuesto, el exterminio total sin posibilidad de perdón al enemigo. ***“Todo el ejército de Sísara cayó al filo de la espada. Y no quedó ni uno”*** (Jueces 4, 16).

Estos dos capítulos tienen algunas cosas importantes. En primer lugar es interesante el capítulo 5º porque es de los trozos más antiguos de la Biblia. Un viejo himno que cantaba el pueblo para celebrar una victoria memorable que le trajo 40 años de paz después de 20 de servidumbre. Su contenido es semejante al cántico de María, la hermana de Moisés, cuando pasan el Mar Rojo (Éxodo 15, 1-21) o al de Judit, cuando vence al general Holofernes (Judit 16, 1-17). A partir de este himno y de los recuerdos que quedaban de la valerosa Débora se pudo componer este relato. En segundo lugar, debió ser chocante para la cultura machista de la época ver cómo Dios recurre a la intervención de mujeres para salvar a su pueblo en momentos difíciles. Todas ellas son figuras de la Virgen por su intervención en la Historia de la Salvación.

En torno al 1.100 antes de Cristo surge Gedeón. El relato de sus hazañas ocupa tres capítulos, del 6 al 8. Léelos primero y te explico las enseñanzas más importantes. El relato comienza con los cuatro puntos del esquema de siempre: ***“Los israelitas***

hicieron el mal a los ojos del Señor, que los entregó en manos de Madián durante siete años... Cuando los israelitas clamaron al Señor a causa de Madián, el Señor les envió un profeta” (Jueces 6, 1.7). El capítulo 6º narra la llamada de Dios a Gedeón. Se parece a la de los profetas. Y el saludo del ángel a Gedeón es el mismo que recibió María: ***“El Señor está contigo”***. Es sacado de su trabajo diario para ser revestido del Espíritu de Dios que le dará fuerzas para salvar a su pueblo. Él duda y pide pruebas de que se realizará la Palabra del Señor. Obtiene esas pruebas y, sobre todo, la paz. Es un relato de vocación precioso que bien merece un rato de oración.

Aunque ya sabemos que los números no suelen tener un significado real, sí queda claro que el Señor quiere dejar constancia de que la victoria va a ser sólo suya. Treinta mil soldados había conseguido reclutar Gedeón de las distintas tribus de Israel y, a pesar de que el enemigo tenía ciento veinte mil hombres, el Señor le dice: ***“Te acompaña una tropa demasiado numerosa para que ponga yo a Madián en tus manos; no vaya a ser que Israel se gloríe frente a mí diciendo: Me he salvado con mis propias fuerzas”***. Al final se queda con trescientos hombres armados con cántaros, trompetas y antorchas. Dios se vale de ellos para confundir al enemigo que es puesto en sus manos. Esta idea de la intervención de Dios, por medio de Gedeón, para salvar a su pueblo es con la que nos tenemos que quedar. En el relato de los tres capítulos se mezclan detalles de distintas tradiciones e, incluso, venganzas y muertes muy propias de las costumbres de la época que para nosotros hoy son muy poco edificantes.

Entre las cosas poco edificantes, choca especialmente el que Gedeón se dedique a recoger anillos de oro del botín de guerra para hacerse un pequeño ídolo, llevando al pecado a Israel. Puede tratarse de un añadido posterior. De hecho no pega aquí este pecado de Gedeón pues el relato lo deja en buen lugar: tuvo setenta hijos, signo patente de la bendición de Dios y fue enterrado con toda dignidad junto a su padre. Incluso un poco antes (Jueces 8, 21-23) dice a quienes le piden que gobierne sobre Israel: ***“Vuestro jefe será el Señor”***. Tras su muerte, la historia de pecado vuelve a repetirse: ***“En cuanto murió Gedeón, los israelitas volvieron a prostituírse con los ídolos, eligiendo como dios suyo a Baal Berit”*** (Jueces 8, 33).

Algunos estudiosos opinan que para resaltar la idea de que el único rey de Israel es el Señor, el autor del libro introduce la historia de Abimelec, hijo de una esclava de Gedeón que se hace coronar rey de Siquén, la ciudad que había servido para renovar la Alianza y unir a todo Israel, como ya vimos (Josué 24). Mata a todos sus hermanos, menos al menor que se escapa por voluntad de Dios y pronuncia una preciosa fábula antimonárquica que acaba cumpliéndose (Jueces 9, 7-15). Léete en el capítulo 9 la historia de Abimelec y fíjate como, por contraste, nos enseña que sólo Dios, en la persona que él elija, será el rey de Israel. Abimelec no tenía el espíritu de Yavé ni deseo de servir a su pueblo, sino un afán desmedido de poder. Su final es indigno de un guerrero de la época: una mujer lo mata de una pedrada: ***“Así retribuyó Dios el mal que había hecho Abimelec a su padre, al matar a sus setenta hermanos”*** (Jueces 9, 56).

Los capítulos 10, 11 y 12 nos presentan a dos jueces menores (Tolá y Jaír) y al penúltimo juez que vamos a conocer. Se repite la historia y, por eso, no nos detenemos mucho: el pecado del pueblo, el castigo de Dios, la conversión del pueblo y la misericordia de Dios que manda a un juez a salvar a su pueblo. Dios elige a quien quiere. Jefté es hijo de una prostituta, a quien sus hermanos echan de casa, convirtiéndolo en un bandolero. Pero *“el Espíritu del Señor vino sobre Jefté”* (Jueces 11, 29). El resto como siempre: Dios protege a su elegido en todo lo que emprende. Choca el voto que hace a Dios de sacrificarle a la primera persona que se encuentre al regresar victorioso. La fatalidad quiere que sea su propia hija la que pague con su vida el voto absurdo. Sin duda, el autor de este libro ha querido conservar alguna tradición recibida en la que se recalca la importancia de cumplir los votos sagrados. Los sacrificios humanos, si alguna vez los hubo en Israel, habían sido abolidos hacía mucho tiempo.

Y terminamos con Sansón, el más conocido de los jueces de Israel. Se trata de una pequeña novela corta de cuatro capítulos (Jueces 13-16) donde abundan, entre exageraciones y prodigios, datos históricos, relatos familiares y sociales, religiosos y míticos. Realizó toda su actividad en el valle de Sora, de la tribu de Dan, entre los montes de Judá y las llanuras de los filisteos. Puedes comenzar la lectura desde el capítulo 13. El pueblo vuelve a pecar y Dios lo corrige con un largo castigo de cuarenta años en manos de los filisteos. Una mujer estéril es visitada por un ángel del Señor, que le anuncia la próxima concepción y la consagración de ese niño al Señor desde su nacimiento. Sansón es nazareo de Dios de por vida. Ya explicamos en el libro 2º, tema 16, lo que era el nazireato. No probaría vino ni licores, ni se cortaría el pelo. *“La mujer dio a luz un hijo y le puso por nombre Sansón. El muchacho creció y el Señor lo bendijo y el Espíritu del Señor comenzó a inspirarle”* (Jueces 13, 24).

En el capítulo 14 se prepara la narración para justificar el odio de Sansón a los filisteos y en el 15 cuenta el enfrentamiento abierto con ellos. Lo habitual de los jueces que hasta ahora hemos visto era congregarse a la gente de las diversas tribus para salvar al pueblo, en cambio Sansón lucha solo. Lo mismo estrangula a un león con las fuerzas de sus brazos que caza, sin ayuda de nadie, a trescientas zorras, les ata mechales en el rabo e incendia los campos filisteos. Un día, enfurecido, mató a mil filisteos con la quijada de un burro y otro arrancó, él solito, las pesadas puertas de Gaza y se las llevó a hombros. Como puedes suponer son relatos míticos que pretenden enseñarnos hasta dónde puede llegar un hombre cuando sobre él posa el Espíritu de Dios. En el capítulo 16 entra en escena Dalila, su segunda mujer, que tras varios intentos consigue averiguar que el secreto de su fuerza está en su pelo largo de nazireo. Se lo corta y pierde la fuerza: *“El Señor se había apartado de él”* (Jueces 16, 20). El relato concluye con la muerte de un Sansón, que muere matando, rehabilitado por Dios con su primitiva fuerza.

Como hemos dicho muchas veces en este Curso de Iniciación a la Biblia que todo fue escrito para enseñanza nuestra, nos podemos hacer ahora esta pregunta: esta historia de Sansón ¿qué me enseña? Te voy a apuntar algunas enseñanzas y tú puedes sacar otras en la oración personal sobre el texto. Dios no nos abandona en el momento preciso, como no abandonó a Israel ante el peligro de los filisteos. Otra: Dios siempre escucha la oración del que está en el sufrimiento, como estaba Sansón cuando se moría de sed o cuando se divertían de él, al final del relato. El éxito acompaña en todo lo que emprende al hombre consagrado a Dios. Y los malos pasos de Sansón también pueden enseñarnos algo: cuando desobedeciendo la ley del Señor y el consejo de sus padres, se va con las dos mujeres extranjeras, simplemente porque *“le gustan”* todo le sale mal. Esta razón de *“porque me gusta”* suelen utilizarla algunos jóvenes ante sus sorprendidos padres para unirse, incluso con personas casadas, en contra de la ley del Señor. Sea Sansón una figura histórica o legendaria, podemos aprender mucho de su vida.

5. - Tercera parte del libro (Jueces 17-21): Conclusión. Ya dijimos que estos cinco últimos capítulos narran algunas aventuras de las tribus de Dan y Benjamín. Los podemos dividir en **dos bloques** escritos con la misma intención: preparar el camino a la monarquía, que se inaugurará pronto con la unción de Saúl por parte de Samuel. Veremos cómo el rey de Israel, al ser ungido de Dios y aunque no esté a la altura deseable, tiene siempre carácter sagrado y pastorea a su pueblo llevándolo por el buen camino, al menos ése es su deber.

Veamos el **primer** bloque. Puedes leer Jueces 17 y 18. *“En aquel tiempo no había rey en Israel, sino que cada uno hacía lo que le parecía”* (Jueces 17, 6). Por ejemplo, a Miqueas le pareció bien robarle a su madre sus ahorros y lo hizo; con el dinero robado hizo ídolos que se adoran en casas privadas porque no tenían templos. Un levita es contratado como sacerdote. Más tarde llega la tribu de Dan y se apodera de los ídolos y del levita, con lo que los ídolos son ya frutos de un doble robo. Este relato puede ser, probablemente, una vieja tradición que pretende contar la historia del santuario de Dan y de su sacerdocio. Además de preparar la próxima llegada de la monarquía, como ya dijimos antes: *“Por aquel tiempo no había rey en Israel”*, vuelve a repetir el texto (Jueces 18, 1).

El **segundo** bloque, Jueces 19-21, comienza y termina con la misma frase: *“En aquel tiempo no había rey en Israel”* (Jueces 19, 1 y 21, 25). Al comenzar y terminar el texto con la misma frase, nos encontramos con una *“inclusión literaria”*. ¿Te acuerdas lo que era una *“inclusión literaria”*? Búscala en el vocabulario del primer libro para recordarla. Los autores creen que el objetivo de este largo y cruel relato es preparar la llegada de la monarquía que veremos en los libros siguientes. Está patente la situación de desorden social y moral a que ha llegado el pueblo. Esa situación es la causa de una guerra civil entre hermanos: todos contra la tribu de Benjamín que está a punto de desaparecer. La causa que motiva esta guerra es el quebranto de la ley sagrada de la hospitalidad.

Si quieres, compara este texto con Génesis 19. Recuerda que los dos ángeles que llegaron a Sodoma se disponían a dormir en la plaza de la ciudad cuando Lot los acoge en su casa. Por la noche, los habitantes de la ciudad golpean la puerta de Lot para que les entregue a los forasteros, con el fin de abusar sexualmente de ellos. Lot se niega y les ofrece a sus dos hijas vírgenes, para que hagan con ellas lo que les parezca. Aquí igual. Hasta ahí llegaba la ley sagrada de la hospitalidad en el antiguo Israel. Y la corrupción tenía tal arraigo entre ellos que en vez de castigar a los culpables se unen para defenderlos. El relato, compuesto a la vuelta del exilio de Babilonia, está presentado en tres actos: el pecado de los habitantes de Guibeá, la reparación con sangre de ese pecado y, finalmente, la paz con el intento de que la unión de las doce tribus no se rompa con la desaparición de la de Benjamín.

Una última cosa: dice Jueces 19, 22. ***“Entrégnos al hombre que ha venido a tu casa para que lo conozcamos”***. Y tres versículos más adelante, cuando ha entregado su concubina a los que estaban exigiendo la entrega del forastero, dice: ***“Ellos la conocieron y la maltrataron durante toda la noche”***. Y María, la Virgen, cuando el ángel la visita proponiéndole ser madre de Dios, contesta: ***“¿Cómo será eso, si yo no conozco varón?”*** (Lucas 1, 34). **“Conocer”**, en el sentido semita significa tener relaciones sexuales. María estaba desposada con José, pero no había convivido con él. El desposorio era como nuestra toma de dichos. Explico esto porque las intenciones de quienes llamaron a la puerta no eran saludar al levita y preguntarle por su familia, sino otras muy distintas.

Todo lo demás lo puedes entender fácilmente. Ya hemos visto el nivel de crueldad que tenían y también la exageración de los números. Demasiados muertos cada vez. Parece que se cumple entre estos autores sagrados el dicho de nuestro filósofo D. José Ortega y Gasset: *“la exageración es didácticamente muy eficaz”*. Si quieres, lee estos tres capítulos.

PROPUESTA DE TRABAJO:

Lecturas:

Jueces 6, 11-24

II Timoteo 4, 1-8

Mateo 4, 18-25

Preguntas:

1.- El libro de los Jueces nos narra muchas vocaciones, llamadas del Señor para servir a los demás. Vamos a dedicar esta propuesta de trabajo al tema de la vocación. La primera lectura nos relata la de Gedeón. Léela y comenta lo que te sugiera.

2.- Todos estamos llamados a ser apóstoles ante los demás, sobre todo ante los nuestros. Timoteo fue un discípulo de Pablo. Lee estas recomendaciones que le hace y procura llevarlas a la práctica en el trato familiar y social.

3.- A lo largo de la Historia de la Salvación, Dios ha ido sacando a hombres de entre los hombres para ponerlos al servicio de los demás. En la cita del

evangelio lo vemos así. ¿Te has sentido llamado por Dios en algún momento para hacer un servicio a los demás? Pon los ejemplos que recuerdes.

1. - Introducción. Con el libro de los Jueces hemos terminado la historia de la ocupación de la Tierra Prometida. Historia cruel, pero sagrada. Historia de pecado y de gracia, de elección de Dios y de idolatría del pueblo. Antes de seguir con los libros de Samuel, la Biblia se toma un descanso y nos pone una novelita corta o ejemplar. Sin ninguna intención irreverente, casi podríamos decir una novelita rosa, en la que todo sale bien. Es el libro de Rut. No pertenece a la historia deuteronomista, aunque todas nuestras biblias lo colocan en este lugar. Vamos a detenernos en él y con eso descansamos un poco en la lectura de tantas guerras y tantos anatemas. Es un libro muy cortito, de sólo cuatro capítulos que se leen en diez minutos. Rut, historicidad aparte, será considerada en la tradición judía bisabuela o antepasada de David en virtud de su incorporación voluntaria al pueblo de Israel (Rut 4, 22). Léelo y vamos a estudiarlo.

2. – Contenido del libro de Rut. Si yo hubiera escrito este libro, estaría dedicado *“A todas las mujeres de mi tierra que, por razones económicas, tuvieron que emigrar a un país extranjero”*. Ése es el punto de partida de este pequeño drama: la vida de dos mujeres viudas que tuvieron que emigrar buscando el pan de cada día. Como telón de fondo vemos la actitud de una suegra más preocupada por el futuro de su nuera que por su propia vida y la de una nuera ejemplar dispuesta a seguir unida a su suegra, sin que nada ni nadie pueda separarlas: *“No me obligues a marcharme y a alejarme de ti. Donde tú vayas, iré yo; donde tú vivas, viviré yo; tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios; donde mueras moriré y junto a ti recibiré sepultura. Sólo la muerte podrá separarnos; y si no, que el Señor me castigue”* (Rut 1, 16-17).

El libro tuvo una enorme actualidad cuando se redactó y la tiene ahora. Y explico esta afirmación. Tuvo actualidad en su tiempo porque se escribió en los siglos VI-IV a.C. cuando Esdras y Nehemías estaban llevando a cabo una gran reforma religiosa, tras la vuelta del exilio babilónico. Uno de los pilares de esta reforma fue la prohibición tajante a los israelitas de tomar mujeres extranjeras para ellos o sus hijos. Había que salvaguardar la identidad del pueblo de Dios para evitar la idolatría. En aquel momento el libro de Rut sirvió para mostrar dos cosas: la primera que en todas partes hay mujeres tan buenas y fieles a Dios como las mujeres judías; y la segunda que la voluntad divina de salvación tiene una dimensión universal y a todos llega: Dios quiere que todos los hombres se salven.

Hoy sigue teniendo actualidad. En nuestra cultura y entre nosotros es conocida la historia de eterna enemistad entre nueras y suegras. El continuo chiste que sobre esas relaciones se hace, puede ser indicativo. ¿Quién no puede dar testimonio de mujeres que enfrentan a sus maridos con sus madres? Todos conocemos casos de hijos que tienen que ir a visitar a sus madres a escondida de sus esposas, si quieren tener paz en casa. Desgraciadamente, el libro de Rut tiene una asombrosa actualidad entre nosotros. Dos mujeres, unidas por amor y el recuerdo de un hijo y marido difunto, están dispuestas a ayudarse y convivir hasta que la muerte las separe, como hemos visto en la cita.

3. - La lectura del libro. Como el libro es tan corto, es fácil quedarse con la historia: **el capítulo primero** nos cuenta cómo una familia, matrimonio y dos hijos varones, tiene que emigrar desde Belén a Moab por razones económicas. Elimélec, el padre de familia, muere y su esposa Noemí casa a sus dos hijos que, al poco tiempo, también mueren. Noemí decide volver a Belén, su tierra, porque tiene noticias de que allí la situación económica ha mejorado. Antes intenta convencer a sus dos nueras de que marchen a sus casas maternas y les desea suerte para que encuentren otros maridos que cuiden de ellas. Una se deja convencer por la lógica de Noemí, pero Rut se niega a dejarla sola. Suegra y nuera llegan a Belén donde son bien acogidas por sus paisanas que recuerdan a Noemí con cariño.

Si en el primer capítulo hemos visto la bondad de Rut que, por fidelidad a la familia de su marido, se incorpora voluntariamente al pueblo de Dios, en éste **segundo capítulo** vamos a ver cómo Dios no se deja ganar en generosidad por Rut y, sin recurrir a milagros extraordinarios sino de forma sencilla, va a ser providente con ella. Dios siempre fue providente con el huérfano, la viuda y el peregrino. Fue Dios quien dio esta ley a su pueblo: *“Cuando cosechéis la mies en vuestros campos, no llegaréis hasta la linde del campo, ni rebuscaréis las espigas después de segar. Dejaréis esas espigas para el forastero, el huérfano y la viuda. Y tu Dios os bendecirá por esa acción”* (Deuteronomio 24, 19). Nuestra joven viuda pide permiso a su suegra para ir a rebuscar las espigas caídas tras los segadores. En el resto del libro se van a dar varias “casualidades” que, para un creyente, no son tales casualidades sino la providencia de Dios.

Dice el texto: *“He aquí que la suerte la condujo casualmente a la parcela del campo de Booz, que era de la familia de Elimélec”* (Rut 2, 3). Estando la muchacha en su tarea, llega Booz a su finca y se interesa por tan hermosa espigadora. Cuando le dicen que es Rut, se produce el flechazo y le habla con palabras preciosas pues, como en los pueblos se sabe todo, ya se comenta en Belén el comportamiento de Rut con Noemí. Booz se deshace en piropos hacia Rut y, llegando más allá de la protección legal de Dios con las viudas, dice a sus segadores: *“Dejadla espigar también entre las gavillas y soltadle algo de los manojos para que espigue”* (Rut 2, 9-10). A la caída de la tarde la muchacha se presentó en casa con un buen jornal en especie: un **efah** de cebada, que era una medida de más de 20 kilos.

Cuenta a su suegra todo lo que ha vivido durante el día y Noemí cae en la cuenta de que Booz puede ser la salvación de ambas, al ser pariente de su marido. Me explico. Existía una ley dada por Moisés en Deuteronomio 25, 5-10 para que, cuando un marido moría sin dejar descendencia, su nombre no se perdiera en Israel. Era la ley de **Levirato**: el hermano del difunto se casaba con la viuda y el primer hijo que tuvieran llevaría el nombre del hermano muerto. Éste no era el caso de Rut porque Noemí no tenía más hijos y ya *“era demasiado vieja para tomar esposo”*. Y aunque los tuviera ¿*“Acaso ibais a absteneros de contraer matrimonio hasta que crecieran”*? (Rut 1, 12-13). Pero había otra ley dada por Dios para proteger a las viudas. Era la ley del **goel o rescatador**. Fíjate que, cuando Rut acaba de contar a

Noemí todo lo que ha vivido ese día, su suegra le dice de Booz: *“Ese hombre es pariente nuestro, es uno de nuestros goeles”* (Rut 2, 20), es decir, uno de nuestros posibles rescatadores.

La ley de Dios buscaba siempre el equilibrio social, favoreciendo la conservación del patrimonio en cada familia. Dice la ley: *“La tierra no puede venderse para siempre, porque la tierra es mía, ya que vosotros sois para mí como forasteros y huéspedes. En todo terreno de vuestra propiedad, concederéis derecho a rescatar la tierra. Si se empobrece tu hermano y vende algo de su propiedad, su goel más cercano vendrá y rescatará lo vendido por su hermano”* (Levítico 25, 23-25). Como Elimélec, el marido de Noemí, había tenido que vender la tierra para emigrar, ahora Noemí piensa en Booz como posible goel que se la rescate y traza un plan con Rut. En el **capítulo tercero** vamos a ver la ejecución de ese plan de Noemí. Terminada la siega, que debió ser abundante, Booz se queda en la era para vigilar su cosecha. Noemí le dice a su nuera: *“Báñate, perfúmame, ponte tu manto y vete a la era... cuando se acueste, fíjate dónde lo hace y te acuestas a sus pies”* (Rut 3, 3). La estrategia femenina no falló.

“Booz comió, bebió y se alegró su corazón; y cuando se tumbó junto a un montón de gavillas, ella se acercó sigilosamente, descubrió un sitio a sus pies y se acostó. A media noche, el hombre sintió frío y, al revolverse, la vio y le preguntó ¿quién eres? Ella le respondió: soy Rut, tu esclava. Extiende el borde de tu manto sobre tu esclava ya que tú eres su goel” (Rut 3, 7-9). Con el gesto del manto, Rut está pidiendo a Booz que sea su goel y que se case con ella. Booz encantado. Aunque Rut no sea israelita y, por tanto, no la alcanza la ley del goel, él está dispuesto a comprar los campos que fueron del suegro de Rut y a casarse con ella. Pero hay un problema. Rut tiene un pariente más cercano, con más derecho que Booz a ser goel de Noemí y Rut.

En el **capítulo cuarto**, Booz habla con ese pariente, en presencia de diez ancianos de la ciudad, y al decirle que quien compre el campo tiene que casarse también con Rut, el hombre deja el camino libre a Booz. Delante de todos, el pariente cercano *“se quitó su sandalia y se la dio a Booz, como se hacía antiguamente en Israel. En Israel esto tenía la misma validez que un documento”* (Rut 4, 7). Booz dijo a los ancianos y a todo el pueblo: *“Os tomo hoy por testigos de que adquiero todas las posesiones de Elimélec de mano de Noemí; y de que adquiero por esposa a Rut, la moabita, viuda de Majlón, con el fin de conservar el apellido del difunto en su heredad, para que no desaparezca el apellido del difunto entre sus parientes y paisanos. ¿Sois testigos? Todos los allí presentes respondieron: Somos testigos”* (Rut 4, 9-11).

En la genealogía de Jesús, Rut figura entre sus ascendientes: *“Salmón engendró, de Rajab, a Booz. Booz engendró, de Rut, a Obed. Obed engendró a Jesé y Jesé engendró al Rey David”* (Mateo 1, 5-6). Al margen de la historicidad de Rut, la lección es preciosa. Dios está por encima de nacionalidades. Su voluntad de

salvación es universal. El libro termina como una novela rosa: todos felices. Y quiero subrayar dos detalles más de actualidad. Como tantas nueras de hoy día, Rut es para su suegra mejor que un hijo: *“tu nuera te ama y es mejor para ti que siete hijos”*, le dicen las vecinas (Rut 4, 15). Y ella responde al cariño de su nuera como lo hacen tantas benditas abuelas de hoy: *“Noemí adoptó al niño y se encargó de educarlo”* (Rut 4, 16). Como ves, más actualidad no puede tener el libro. Aunque el texto no lo diga, supongo que tanto Noemí como Rut tendrían sus rarezas, pero el amor pudo más y se sobrellevaron con paciencia en sus debilidades. *“Yo a mi suegra no la aguanto”*, se suele decir hoy. Vamos a aprender la lección de Rut y Noemí.

PROPUESTA DE TRABAJO:

Lecturas:

Eclesiástico 3, 1-16

Hechos de los Apóstoles 10, 34-48

Mateo 6, 25-34

Preguntas:

1. - Rut se juró no abandonar a su suegra Noemí mientras viviera. Así nos lo enseña la Palabra. Lee la cita del Eclesiástico, reflexiónala y saca de ellas las ideas que más te gusten.

2. - El libro de Rut nos enseña que el que es bueno agrada a Dios, sea de la nación que sea. En la cita de Hechos de los Apóstoles, se confirma esa idea. ¿Cómo reaccionó Pedro?

3. - Otra enseñanza muy bonita que hemos sacado de la vida de Rut es cómo Dios cuida con su providencia de quien es bueno. El evangelio nos habla de esa providencia. Léelo y coméntalo.

Tema 5º. - SAMUEL: SACERDOTE, PROFETA Y JUEZ DE ISRAEL

1. - Introducción. Tras el breve descanso del libro de Rut, volvemos a la historia deuteronomista. Una historia real y concreta. Hecha, como veremos, a base

de abrazos y puñaladas, de amigos y traidores, de valientes y cobardes, de amores y amoríos, de fracasos y triunfos, de lágrimas y gozos y, sobre todo, de pecado y gracia, como cualquiera de nuestras historias. Todo lo visto y lo que vamos a ver sobre la Palabra de Dios refleja los distintos momentos de nuestra vida. Nos vamos a centrar hoy en los primeros siete capítulos de I Samuel. Veremos la vida de este gran hombre, juez, sacerdote y profeta. Han pasado doscientos años desde la llegada de Josué a la tierra prometida.

Cada tribu ha ido marchando por su lado, con agrupamientos puntuales en torno a unos jueces elegidos por Dios y llenos de su espíritu. Pero la presión de los filisteos, los hombres del mar, es constante y las derrotas del pueblo de Dios se suceden. La definitiva se produjo en Afec. No sólo fueron derrotados los israelitas, sino que los filisteos se llevaron hasta el Arca de la Alianza, símbolo de la presencia de Dios. Elí, el juez que había juzgado a Israel durante cuarenta años murió del susto cuando le comunicaron la noticia del secuestro del Arca a manos de los filisteos (I Samuel 4). Prácticamente, podemos decir que con Elí termina el tiempo de los jueces. Samuel es también juez, pero no sólo juez: **es el hombre de la transición**. En él se produce el cambio. El Israel de las tribus del sur (Judá) llegará con él a ser una nación organizada en torno al monarca Saúl, a quien Samuel ungirá con óleo santo. Más tarde, con David y Salomón, conocerán todas las tribus unidas sus años más gloriosos: el reino del gran Israel que siempre recordarán, pero que en realidad apenas duró ochenta años.

2. - Samuel: sacerdote, profeta y juez. Este hombre, amado por Dios, fue el fundador de la monarquía en Israel. Para muchos de nosotros es un reflejo de nuestra existencia. Hijo de una madre muy religiosa, se crió en el templo y allí oyó la llamada de Dios. Su vocación es muy parecida a la de todos los que con diez o doce años estábamos a diario en el templo. Allí oímos una palabra que nos puso en pie, como a Samuel: *“Habla, Señor, que tu siervo escucha”* (I Samuel 3, 10). Por esto he de comenzar confesando que me siento muy cerca de este hombre de Dios. También en mi vocación estuvieron presentes las manos delicadas de una madre religiosa que cuidó mi fe, como Ana cuidó la de Samuel y *“cada año le hacía una túnica pequeña y se la llevaba cuando subía con su marido al templo para hacer la ofrenda anual”* (I Samuel 2, 19). Tras esta breve confesión personal, volvamos al libro para seguir sistemáticamente su lectura y explicación.

El libro de Samuel se escribió poco antes, o durante, el exilio en Babilonia, es decir, en el siglo VI antes de Cristo. No fue obra de Samuel ni de un solo autor. Más bien parece tratarse de la recopilación que hacen sucesivos autores de piezas muy distintas, algunas de ellas antiguas tradiciones. Es el mismo proceso de composición que tuvieron muchos libros de la Biblia. Un acontecimiento importante, por ejemplo la sucesión de David, se pone por escrito y en torno a él se va componiendo una historia con un antes y un después basándose en antiguas leyendas populares que están en la memoria colectiva del pueblo llano o en torno a los santuarios. Los dos

libros de Samuel se continúan y la única razón de su división es de orden práctico, es decir, para que fueran más manejables. Su lectura no ofrece ninguna dificultad.

Por razones de orden vamos a dividir este tema en **cuatro** puntos. El **primero**: nacimiento de Samuel y destino de los perversos hijos de Elí. El **segundo**: el primer encuentro de Samuel con la Palabra de Dios. **Tercero**: captura y posterior regreso del Arca de la Alianza. Y en **cuarto** lugar: Samuel, juez de Israel. Como siempre, el método será acompañarte en la lectura, aclarándote los puntos que lo necesiten. Nos detendremos más en el primer apartado porque, desde el punto de vista espiritual, es el más rico, aunque también los demás nos pueden aportar enseñanzas prácticas. Veamos:

3. - Nacimiento de Samuel. Son los dos primeros capítulos. Los puedes leer y te explico lo más importante. Los acontecimientos tienen lugar en Siló, el santuario más popular durante el periodo de los jueces. Allí se guardaba el Arca de la Alianza. Con la monarquía el lugar de culto se desplazará a Jerusalén. En el relato hay cuatro personajes importantes: una madre santa, Ana; un hijo consagrado a Dios, Samuel; y dos personajes siniestros, JofnÍ y Pinjás, hijos del buen sacerdote Elí, que serán los últimos sacerdotes de Siló y morirán castigados por Dios. Por supuesto, por encima de todos, Dios. Es el que lleva la historia con una intervención directa en la vida de cada personaje y en el desarrollo de los acontecimientos. Vamos a comenzar con Ana, humilde y creyente, como muchas de nuestras madres.

Ana es estéril, como las madres de Isaac, Jacob, Sansón o el Bautista. Es la forma de poner de relieve la intervención divina y la importancia del niño que va a nacer. Su marido, Elcaná, la quiere pero tiene dos mujeres y la otra humilla a Ana, que reza y llora su pena. Sólo en Dios pone su confianza. Un día va a rezar al santuario. Se acostumbraba a hacerlo en voz alta y como ella lo hacía en voz baja, el sacerdote Elí pensó que estaba bebida. Ella explica al sacerdote su problema y éste la comprende, bendice y reza con ella: ***“Que el Dios de Israel te conceda lo que has pedido”*** (I Samuel 1, 17). La oración perseverante de Ana consigue que Dios la oiga y le concede un hijo, Samuel, que significa *“lo he pedido al Señor”*. Borrada la humillación de su esterilidad, Ana cumple su promesa sobre el niño y ***“lo devuelve al Señor para que durante toda su vida le esté consagrado”*** (I Samuel 1, 28). La consagración de Samuel a Dios convierte a Ana en fuente de vida y bendición, recibiendo de Dios cinco hijos más y, si te fijas, más varones que hembras, lo que entonces significaba mayor bendición.

El capítulo segundo comienza con una oración de acción de gracias que el redactor final del texto pone en boca de Ana, aunque debió ser compuesto en tiempos de la monarquía. Este salmo de acción de gracias es especialmente importante porque en él se inspira el himno de María cuando visita a su prima Isabel, la madre del Bautista. Ana, objeto de burla por su esterilidad, ahora es madre de un niño que será famoso. Los soberbios, los satisfechos, los engreídos bajarán, mientras que las estériles, los pobres, los hambrientos, los débiles serán redimidos por Dios de su

situación. Dios tiene predilección por ellos porque conoce los corazones de todos y sabe en cuál anida la maldad y la arrogancia y quién se siente necesitado y dependiente de Él. No es la abundancia material sino la actitud del corazón la que interesa a Dios. ¡Cuántos ricos administran y comparten generosamente unos bienes recibidos de Dios, poniendo sólo en Él su confianza, mientras que otros pobres odian su pobreza y ponen su esperanza en el juego de azar!

El resto del capítulo segundo está dedicado a los pecados y castigo de los hijos de Elí. Éstos cometen dos pecados. Uno contra el culto. Ciertamente, el que sirve al altar tiene que vivir del altar. Así estaba dicho: ***“Daréis al sacerdote la pierna derecha y el pecho del animal sacrificado. Pertenecerán a Aarón y a sus hijos por decreto perpetuo”*** (Levítico 7, 31-34). Ellos, en cambio, quieren tomar por la fuerza lo que les viene en gana, sin respetar el sacrificio ni la ley que lo regula. Este segundo capítulo termina como un oráculo de perdición para los malos sacerdotes. ***“Sin embargo, yo suscitaré un sacerdote fiel que obre conforme a mi corazón y a mi voluntad. Le edificaré una casa firme y caminará siempre en presencia de mi ungido”*** (I Samuel 2, 35). De forma inmediata esta profecía apunta a Samuel, cuya vocación narra enseguida, pero los Santos Padres ven anunciado en ella a Cristo, sumo y eterno sacerdote y la Iglesia será su casa firme.

El otro pecado de los hijos de Elí es que no respetan a las mujeres que sirven en el templo, sino que ***“dormían con ellas”***, corrompiéndolas en sus costumbres. Aquí hay una cosa que explicar. Dice el texto que Elí corregía a sus hijos, ***“pero ellos no escuchaban a su padre, porque el Señor había decidido que murieran”*** (I Samuel 2, 25b). La frase subrayada no hay que entenderla al pie de la letra. Se trata de una forma de hablar del Antiguo Testamento que todo lo atribuye a Dios, lo bueno y lo malo. Lo que quiere decir es que se acerca el final del sacerdocio de Elí y sus hijos. Nadie está predeterminado al bien ni al mal. Es la libertad de cada uno la que rompe la voluntad de salvación de Dios sobre todos. Estos sacerdotes fueron libremente tozudos en pecar y por eso murieron. Es una expresión equivalente a la que nos encontramos cuando vimos que Dios entregaba al anatema a ciudades enteras, con sus hombres y animales. Es una forma de expresarse que hoy nos escandaliza, pero que en aquella época y cultura se veía normal.

4. - El primer encuentro de Samuel con la Palabra de Dios. Es el capítulo tercero. Sin lugar a dudas estamos ante una pieza maestra de la narrativa bíblica. Es el relato del encuentro de Samuel con la Palabra. Veremos otros muchos a lo largo de este Curso de Iniciación a la Biblia, sobre todo cuando estudiemos a los profetas. Cada encuentro es distinto, pero siempre es cosa de tres: los dos protagonistas, Dios que habla y el hombre libre que escucha. Y un tercer personaje o acontecimiento en la sombra a través del que la Palabra de Dios se hace presente en la vida de ese hombre. En este caso es Elí que comprendió que era Dios quien hablaba al muchacho y le invitó a responder: ***“Habla, Señor, que tu siervo escucha”***. Veamos el texto: No se trata de un sueño, ni de una visión rara, puesto que no vio nada, sólo oyó (***“la fe entra por el oído”*** dirá San Pablo):

“El joven Samuel seguía sirviendo al Señor junto a Elí. En aquel tiempo la palabra del Señor era escasa y no abundaban las visiones. Un día Elí estaba acostado en su habitación. Sus ojos empezaban a apagarse y no podía ver; la lámpara de Dios todavía no se había apagado y Samuel estaba acostado en el santuario del Señor donde estaba el arca de Dios. El Señor llamó a Samuel y respondió: aquí estoy. Fue corriendo a donde estaba Elí y le dijo: aquí estoy, pues me has llamado. Respondió Elí: no te he llamado. Vuelve a acostarte. Y fue a acostarse. El Señor lo llamó de nuevo: ¡Samuel! El joven se levantó, fue hasta Elí y le dijo: Aquí estoy pues me has llamado. Pero Elí contestó: No te he llamado, hijo mío. Vuelve a acostarte. Aún no conocía Samuel al Señor, pues no le había sido revelada la palabra del Señor. Por tercera vez llamó el Señor a Samuel y él se fue a donde estaba Elí y le dijo: Aquí estoy; vengo porque me has llamado.

Elí comprendió que era el Señor el que llamaba al muchacho y dijo a Samuel: Anda, acuéstate y si te llama alguien, responde: Habla, Señor, que tu siervo escucha. Samuel fue y se acostó en su cama. El Señor se presentó y lo llamó como antes: ¡Samuel, Samuel! Él respondió. Habla, Señor, que tu siervo escucha. Y el Señor le dijo: Mira, voy a hacer una cosa en Israel, que a los que la oigan les retumbarán los oídos. Aquel día ejecutaré contra Elí y su familia todo lo que he anunciado sin que falte nada. Comunícale que condeno a su familia definitivamente, porque él sabía que sus hijos maldecían a Dios y no les riñó. Por eso, juro a la familia de Elí que jamás se expiará su pecado, ni con sacrificios ni con ofrendas.

Samuel siguió acostado hasta la mañana siguiente, y entonces abrió la puerta del santuario. No se atrevía a contarle a Elí la visión, pero Elí lo llamó: ¡Samuel, hijo mío! Él respondió: Aquí estoy. Elí le preguntó: ¿Qué te ha dicho? No me ocultes nada. Que el Señor te castigue si me ocultas una sola palabra de lo que te ha dicho. Entonces Samuel le contó todo sin ocultarle nada. Elí comentó: ¡Es el Señor! Que se haga lo que le parezca bien. Samuel crecía, y el Señor estaba con él; ninguna de sus palabras dejó de cumplirse; y todo Israel, desde Dan a Berseba, supo que Samuel era profeta acreditado ante el Señor. Y la palabra del Señor llegaba a todo Israel” (I Samuel 3-4, 1).

Este encuentro de Samuel con la Palabra es su vocación al profetismo que nace en Israel con esta llamada a Samuel. Dura misión la del profeta: comienza nada menos que profetizándole a su maestro el final de su casa. Después la ruina de Israel a manos de los filisteos, como veremos. Incluso Dios lo convierte en padre de la monarquía cuando lo manda a ungir a Saúl. También tuvo que ser un mal trago respaldar a la monarquía en un pueblo que no era monárquico, sino más bien lo contrario pues sólo a Yavé consideraba rey de Israel. Nada le importó a Samuel pues “*el Señor estaba con él y ninguna de sus palabras dejó de cumplirse*”. El autor de este encuentro de Samuel con la palabra es presentado por su autor en forma de

drama, no falto de suspense, para darle más fuerza al relato. El drama tiene **tres momentos** y un desenlace.

Comienza presentando la situación y a los personajes. Son los tres primeros versículos: estamos en Siló, el santuario donde está el Arca, signo de la presencia de Dios en su pueblo. Dios parece guardar silencio: *“La palabra era rara y no abundaban las visiones”*. Elí en la oscuridad; Samuel junto a la luz de la lámpara del Señor *“que aún ardía”*. En un **segundo** momento, Dios rompe su silencio y habla para llamar a Samuel, pero *“aún no conocía Samuel al Señor, pues no le había sido revelada la palabra del Señor”*. La obediencia a su sacerdote y maestro le hace correr por tres veces a donde estaba Elí. A la cuarta, instruido por su sacerdote, reconoce la voz de Dios y se abre a la palabra: *“Habla, Señor, que tu siervo escucha”*. El **tercer** acto del drama es el envío, como profeta, a su pueblo: unas veces tendrá que decir una palabra de ánimo y otras de condena, como hemos visto antes. Pero nunca se podrá guardar para sí la palabra que Dios le diga, ni inventarse lo que no le ha sido dicho.

El desenlace no podía ser otro: *Samuel crecía, y el Señor estaba con él; ninguna de sus palabras dejó de cumplirse; y todo Israel, desde Dan a Berseba, supo que Samuel era profeta acreditado ante el Señor. Y la palabra del Señor llegaba a todo Israel”* (I Samuel 3, 19-4, 1). Lucas, el evangelista, dirá algún día *“Y Jesús iba creciendo, en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres”* (Lucas 2, 52). La Palabra hace crecer en sabiduría. La Palabra es eficaz. Lo fue en Samuel, en los profetas (Isaías 55, 10-11) y en todo el que la acepte. La Palabra acredita, autentifica al profeta ante el pueblo. Posiblemente a ti este texto te sugiera más cosas. Hoy lo vamos a proponer como lectura, reflexión y oración.

5. - Captura y devolución del Arca por parte de los filisteos. Este punto comprende I Samuel 4 al 6. No tiene ninguna dificultad y, por tanto, no nos extendemos en su explicación. Léelos, simplemente. Los pecados de Israel son la causa de la desaparición del santuario de Siló, de la muerte de Elí y sus hijos y, sobre todo, de la pérdida del Arca, lo que significaba casi tanto como después significó el destierro en Babilonia, a tenor de la frase de la nuera de Elí: *“La gloria de Israel ha sido desterrada porque ha sido capturado el arca de Dios”* (I Samuel 4, 22). Los filisteos, ante la lluvia de desgracias que continuamente les acarrea la presencia del poderoso Dios de Israel, simbolizada en el Arca, deciden devolverlo con una ofrenda de reparación por el pecado cometido.

6. - Samuel, juez de Israel. Con el regreso del Arca se derrota a los filisteos, se hace la paz con los vecinos y Samuel vuelve a aparecer en escena, tras veinte años de silencio, como sacerdote, profeta y juez, el último juez de Israel que prepara la instauración de la monarquía en la persona de Saúl. El redactor del libro pone a Samuel nada menos que a la altura de Moisés, intercediendo por su pueblo en los momentos de aprietos. Pero para que la intercesión de Samuel sea posible, es indispensable un cambio en las actitudes del pueblo. No basta añorar al Señor para

que Dios escuche al pueblo: *“Toda la casa de Israel añoraba al Señor. Entonces Samuel les dijo: Si queréis convertiros al Señor de todo corazón, quitad de entre vosotros los dioses extranjeros y sus imágenes, dirigid vuestros corazones hacia el Señor y servidle sólo a Él; así os libraré de la mano de los filisteos”* (I Samuel 7, 2-3).

Este capítulo, además de confirmar a Samuel como juez de Israel, prepara un periodo de paz anunciando la recuperación de todas las ciudades que habían caído en manos de los filisteos y su derrota definitiva. *“También hubo paz entre los israelitas y amorreos. Samuel fue juez durante toda su vida. Cada año recorría los santuarios de Betel, Guilgal y Mispá ejerciendo allí su función de juez sobre los israelitas. Después volvía a Ramá, donde estaba su casa y donde desempeñaba su función de juez. Allí también edificó un altar al Señor”* (I Samuel 7, 14-17). En esta situación de calma que sigue siempre a la tormenta, dada la avanzada edad de Samuel y que *“sus hijos no se portaron como él, sino que se inclinaron al propio provecho”*, los ancianos de Israel van a pedirle un rey que los gobierne. Pero ya esto lo veremos en el próximo tema.

PROPUESTA DE TRABAJO:

Lecturas:

I Samuel 3

II Corintios 4, 7-15

Lucas 1, 46-55

Preguntas:

- 1.- Lee el encuentro de Samuel con la palabra y comenta qué es lo que más te gusta.
- 2.- Para Samuel, como para Pablo fue difícil ser profeta, pero la fe los llevó a hablar. Todos estamos llamados a ser profetas entre los nuestros. Mira el ejemplo de Pablo en la segunda lectura.
- 3.- María como Ana, la madre de Samuel, es humilde y, desde esa actitud, dirige a Dios un himno de acción de gracias. ¿Qué enseñanzas te ofrece?

Tema 6º. - SAÚL, PRIMER REY DE ISRAEL, RECHAZADO POR DIOS

1. - Introducción. Veamos los capítulos 8 al 15 del I libro de Samuel. Es la historia de Saúl, el primer rey de Israel. Te adelanto que la existencia de este hombre, indeciso y arbitrario, es trágica y desdichada. Saúl no muere hasta el final de este libro, en el capítulo 31, pero en el capítulo 15 Dios lo rechaza definitivamente y entra en escena David, pasando Saúl a un segundo plano. Ya lo iremos viendo. Ahora vamos a centrarnos en estos ocho capítulos. Con la elección de Saúl se establece la monarquía en Israel y va a durar hasta el destierro de Babilonia. 500 años de triste recuerdo para Israel, si quitamos algunos periodos excepcionales, como los reinados de David, Salomón y algún que otro rey piadoso y reformador. Incluso en estos reyes buenos hay mucho de criticable y la Biblia no lo oculta, sino que presenta las grandezas y miserias de cada personaje: David, por ejemplo, fue un hombre según el corazón de Dios pero que también tuvo en su vida pecados horrorosos, como matar a Urías para quedarse con su mujer. Y no digamos Salomón.

Antes de comenzar, te recuerdo, una vez más, que esta historia se escribió a toro pasado, es decir, no en el siglo XI antes de Cristo que fue cuando comenzaron a suceder los hechos, sino quinientos años más tarde, tras la experiencia monárquica que, aunque representa un gobierno firme y una mejor defensa militar, en general fue negativa para Israel tanto por la idolatría a la que el rey llevó muchas veces al pueblo como por lo cara que resultó. Y fueron los escritores teólogos del siglo VI antes de Cristo, quienes interpretaron esa historia humana a la luz de la fe como Historia de Salvación. Fíjate que, aunque la historia es turbulenta, no faltan alusiones continuas a la acción de Dios que lleva esa historia. Dios nunca permanece indiferente a la vida de los hombres, por mucho que parezca que en algunos momentos guarda silencio: *“Por no haber obedecido al Señor...”*, o al contrario *“Yo he obedecido al Señor”*. En estas frases cortas podemos ver la presencia de Dios en medio de su pueblo haciendo de su historia una **Historia de la Salvación**.

2. - Elección y unción de Saúl como rey. Lee los capítulos 8, 9 y 10. En el 8º vemos esas reacciones antimonárquicas que te justifico en el punto anterior. El primer antimonárquico es Samuel que, en contra de la costumbre de Israel, parece dispuesto a hacer su cargo de juez hereditario en sus hijos: *“Cuando Samuel se fue haciendo viejo, designó a sus hijos como jueces de Israel... Pero sus hijos no se comportaron como su padre; atentos sólo al propio provecho, aceptaban sobornos y juzgaban contra justicia. Entonces los ancianos de Israel se reunieron y fueron a entrevistarse con Samuel en Ramá y le dijeron: mira, tú eres ya viejo, y tus hijos no se comportan como tú. Nómbranos un rey que nos gobierne, como se hace en todas las naciones”* (I Samuel 8, 1-5). A Samuel no le agrada la idea y le recuerda al pueblo que la monarquía hay que pagarla con duros impuestos. El pueblo insiste en sus intenciones y Dios y Samuel ceden: *“hazles caso y nómbrales un rey”* (I Samuel 8, 22).

Pero la verdad es que la monarquía era necesaria. Las tribus dispersas necesitaban a alguien que reuniera a sus hombres: un jefe común puesto al frente de una institución firme, que se perpetuara en el tiempo de padres a hijos. Lo contrario

sería desaparecer del mapa. El Israel del tiempo de los jueces, que sólo se reunían puntualmente, no podía mantenerse por más tiempo. El poder viene de Dios, ciertamente, pero también es necesario un hombre, elegido al servicio de Dios, que aglutine y oriente el esfuerzo de los demás. Lee los capítulos 9-10 y fíjate como hay dos tradiciones sobre la elección de Saúl. En ambas, Dios elige. Samuel se limita a cumplir las indicaciones de Dios. Las dos son bonitas: en la del capítulo 9 vemos como los acontecimientos de la vida diaria (unas burras que se perdieron) llevan a Saúl hasta el hombre de Dios y es “designado a dedo” rey de Israel. La segunda tradición parece “más democrática” (I Samuel 10, 20-24) hay un sorteo público, del que Dios se vale, y la suerte recae en un Saúl, que es sacado de su escondite y proclamado rey, aunque no por unanimidad. Estamos entre los años 1.030 y 1.020 antes de Cristo.

3. - Saúl, elección y rechazo. Para entender toda la vida de Saúl, que calificamos antes de trágica y desdichada, no podemos olvidar una cosa: los libros de Samuel quieren destacar la figura de David como depositario de la promesa. En su descendencia edificará Dios un reino que permanecerá para siempre, la Iglesia. El autor subraya las desobediencias de Saúl. Incluso su falta de fe: hasta ahora el pueblo había confiado sólo en Dios a la hora de las batallas. Saúl, en cambio, confía en sus ejércitos profesionales formados de hombres fuertes y aguerridos. En estos capítulos vemos que también se destaca la timidez de Saúl que parece sonrojarse cuando Samuel lo señala como rey: *“¿No soy yo de Benjamín, la tribu más pequeña de Israel, y mi familia la menor de la tribu de Benjamín? ¿Por qué me dices esas cosas a mí?”* (I Samuel 9, 21). En la otra versión de la elección, que se hizo por sorteo ante todas las tribus de Israel, cuando resultó elegido rey, se escondió y *“lo buscaron, pero no aparecía”*. Le preguntaron al Señor por su paradero y éste les respondió *“Está ahí, escondido entre los aparejos”*.

Pero es a este hombre tímido e incluso depresivo, que contrata a David para que lo alegre con su cítara, a quien Dios elige y llena de su espíritu. Así se lo prometió Samuel: *“También a ti te invadirá el Espíritu del Señor, profetizarás y te transformarás en otro hombre. En efecto, apenas había vuelto la espalda para alejarse de Samuel, le transformó Dios el corazón y en el mismo día le ocurrieron cosas maravillosas”* (I Samuel 10, 6-9). Y en los momentos difíciles para su pueblo, Saúl *“se sintió invadido por el Espíritu de Dios”* y ante sus proezas *“el temor del Señor invadió al pueblo”* (I Samuel 11, 5 y 7). Incluso se enfrenta a Samuel, que quiere castigar a quienes se opusieron a su elección, perdonando la vida de sus enemigos: *“Que nadie muera hoy, porque el Señor ha llevado a cabo la salvación de Israel”*. Y se van todos felices y contentos al santuario de Guilgal, inaugurando allí la monarquía *“con mucha alegría”* (I Samuel 11, 13-15).

Pero Saúl será pronto rechazado. Usó mal su libertad y desobedeció al Señor. La primera desobediencia se narra en el capítulo 13: ofrece un sacrificio al Señor en contra de lo ordenado por Samuel en el capítulo 10, 8. Samuel, cuando lo encuentra, le dice: *“Has actuado como un necio. No has guardado los preceptos que el Señor*

tu Dios te ordenó. El Señor habría consolidado tu reinado sobre Israel para siempre, pero ahora tu reinado no se mantendrá. El Señor se ha buscado un hombre según su corazón y le ha constituido guía de su pueblo porque tú no has guardado lo que el Señor te había ordenado” (I Samuel 13, 13-14). Este aviso solemne y dramático se verá confirmado en el capítulo 15 cuando Dios, tras otra desobediencia clara de Saúl, dice: *“Me arrepiento de haber constituido a Saúl rey porque se ha apartado de mí y no ha cumplido mis palabras*” (I Samuel 15, 11).

Dios había puesto en sus manos una importante victoria sobre Amalec con la orden de dar al anatema todo lo que encontrara allí, sin tener compasión de nada. Saúl se reservó lo bueno que encontró y dio al anatema sólo *“lo inútil y sin valor”*. Cuando Saúl intenta disculparse ante Samuel diciéndole que él y su pueblo habían reservado lo mejor del botín para ofrecérselo a Dios en el santuario de Guilgal, el profeta le contesta: *“¿Se complace el Señor en holocaustos y sacrificio o más bien en quien escucha su palabra? Obedecer vale más que un sacrificio; ser dócil más que la grasa de carneros. Pecado de hechiceros es la rebeldía, crimen de idolatría es la obstinación. Por haber rechazado la palabra del Señor, Él te rechaza como rey. Entonces Saúl dijo a Samuel: He pecado, quebrantando el mandato de Dios y tu palabra; tuve miedo a las tropas y les hice caso. Pero te ruego que perdones mi pecado, vuelve conmigo y adoraré al Señor. Samuel le contestó: No volveré contigo. Por haber rechazado la palabra del Señor, Él te rechaza como rey de Israel*” (I Samuel 15, 20-25).

En lenguaje de hoy podemos traducir estas palabras en *“menos promesas y más obediencia a la Palabra”*. A Dios no lo vamos a convencer con lo que le ofrezcamos, ya que Dios no necesita de nada. Mucha gente quiere chantajear a Dios ofreciéndole promesas, como si Dios necesitara dos velas de nadie. Dios lo que quiere es que vayas el domingo a misa, escuches su palabra y la pongas en práctica. Dios no quiere promesas, sino amor a Él y al prójimo. En el último capítulo de este libro I de Samuel veremos el trágico final de Saúl: el suicidio, pero para dar el mínimo número de saltos en la lectura de la Biblia y hacerla así más fácil, seguiremos el orden de los capítulos. Todavía le queda mucha vida a Saúl, aunque ya está rechazado por Dios. Las cosas le irán siempre mal, como veremos. En este tema vamos a ver sólo dos puntos más: el testimonio de Samuel y la figura de Jonatán, hijo de Saúl e íntimo amigo de David. Son dos puntos que nos pueden servir.

4. - El testimonio de Samuel. Estamos en I Samuel 12. Léelo que te gustará. Samuel ha ungido a Saúl como rey de Israel y se retira a un discreto segundo plano. Hace su testamento para dar al pueblo testimonio sobre su conducta personal y sobre la de Dios con Israel, su pueblo. Y va a interpretarles su historia en clave de alianza, de compromiso de Dios con ellos. Éstas son sus palabras centrales que contienen la teología de la Alianza: *“Si teméis al Señor y le servís, si escucháis su voz y no despreciáis lo que os diga; si vosotros y el rey que reine sobre vosotros seguís a Yavé, vuestro Dios, todo os irá bien. Pero si no escucháis la voz del Señor y despreciáis lo que os diga, su mano caerá sobre vosotros y sobre vuestro rey*” (I

Samuel 12, 14-15). La cuestión, por tanto, no está en monarquía sí o monarquía no, sino en la fidelidad a Dios que se demuestra en la obediencia a su palabra. Como signo, Samuel hace un milagro en presencia de todo el pueblo: caen truenos y lluvia en una época impropia en aquel país.

A quienes, por respeto humano, no dan testimonio de su fe, estas palabras de Samuel les pueden ayudar a cambiar su actitud. Moisés también terminó su vida testimoniando la obra de Dios con su pueblo (Deuteronomio 29 y 30) y Josué igual (Josué 23 y 24). El mismo Jesús lo hizo, como nos deja escrito el evangelista Juan en los capítulos 13 al 17. La monarquía no sale muy bien parada en este texto, que termina diciendo: **“si os obstináis en el mal, pereceréis vosotros y vuestro rey”**. González Lamadrid comenta este versículo diciendo: *“las desviaciones y el mal comportamiento de la mayor parte de los reyes han sido precisamente la causa del destierro en que se encuentra el pueblo cuando el deuteronomista publica la última edición de su obra”* (1997: 396). Los teólogos del destierro y posteriores se inclinan por la época de los jueces, frente a la de la monarquía. Piensan que los reyes quitan protagonismo a Yavé, el único rey de Israel.

5. - Jonatán, el hijo de Saúl. Para terminar este bloque de I Samuel 8 al 15 al que estamos dedicando este tema, tenemos que ver el capítulo 14 que cuenta una actuación contra los filisteos por parte de Jonatán, hijo de Saúl y amigo íntimo de David. Ya nos encontramos con Jonatán, hijo mayor de Saúl, peleando también contra los filisteos en el capítulo 13, 3 de este mismo libro. Fue un buen guerrero al servicio de su padre. Ya te he dicho alguna vez que, en aquella época y cultura, los nombres que se les ponían a las personas estaban llenos de significado. Por ejemplo, Jonatán significa “regalo de Dios”, mientras que Saúl significa “rechazado por Dios”. Y la verdad es que Jonatán fue un regalo de Dios para David, por su ejemplo de amistad. Un amigo es un regalo de Dios.

En este capítulo 14, que lo puedes leer, nos encontramos al joven y valiente Jonatán infiltrándose entre los filisteos a los que produce veinte bajas. Jonatán, que va solo con su escudero, confía en Dios **“al que nada le importa que sean pocos o muchos los enemigos para concedernos la victoria”**. Jonatán percibe la presencia de Dios en los signos y en las palabras que oye, por muy insignificantes que parezcan. Fíjate en este detalle: en la época de la Biblia, en la vida de la Iglesia y en nuestras vidas diarias, Dios se manifiesta mediante signos visibles o en acontecimientos más o menos importantes. Por ejemplo, Dios habla a través de los signos de los sacramentos: el agua, el vino, el aceite; también en una palabra o consejo que te den o en la enfermedad.

En contraste con esta confianza en Dios que muestra Jonatán, tenemos la actitud de Saúl que prefiere confiar en su fuerza. Me explico. La hazaña de Jonatán y su escudero ha sembrado el espanto en el campamento filisteo: **“el terror invadió el campamento... y cundió el pánico a Dios”**. Saúl aprovecha la situación para atacar a su mortal enemigo, pero hay dos detalles que demuestran su falta de confianza en

Dios. El primero es que cuenta sus ejércitos y el segundo es que le dice al sacerdote Ajías que no consulte al “**efod**”. El efod era una especie de escapulario que contenían dos piedras grabadas, llamadas urim y tummim (Éxodo 28, 6-14). Formaba parte de la vestimenta sacerdotal y tenía un carácter sagrado. Con la mano puesta sobre las piedras grabadas, los sacerdotes consultaban la voluntad de Dios. Cuando Ajías lo va a hacer, Saúl le dice: “**Retira tu mano**”. Es como decirle: “*Yo sé lo que me hago; no tienes que consultar nada*”.

El resto del capítulo manifiesta claramente la intención del autor de exaltar la figura de Jonatán, mientras que el rey Saúl tiene un papel cada vez menos acertado. Los versículos 24-52 nos van a contar un roce que hubo entre padre e hijo, en el que el hijo sale mejor parado. Saúl hizo el inoportuno juramento de que nadie probara bocado en todo el día, a pesar del agotamiento de la dura batalla que libraban contra los filisteos. Jonatán no conocía el juramento y probó un poco de miel. La gente le advierte del juramento de su padre y él responde: “**Mi padre ha causado un grave daño al país. Si hubiéramos comido todos... ¿No habría sido mayor la victoria contra los filisteos?**”. Y el pueblo, siguiendo el consejo de Jonatán, se comió los animales cogidos en el botín de guerra con tanta hambre que no esperaron ni a desangrarlos, lo que estaba prohibido (Levítico 3, 17: “**no comeréis grasa, ni sangre**”).

Saúl se entera de lo que han hecho, se indigna contra el pueblo, levanta un altar al Señor y ofrece sacrificios de reparación. Esa noche decide pelear con los filisteos hasta exterminarlos a todos. El sacerdote le dice que consulte antes a Dios, pero Dios guarda silencio. La causa de este silencio de Dios se atribuye a Jonatán que comió e hizo comer al pueblo sin deber hacerlo. Saúl está dispuesto a cumplir el juramento sacrificando a Jonatán, pero el pueblo se opone porque el joven guerrero los había llevado a la victoria. Además, Jonatán pecó por ignorancia, independientemente de que considerara absurdo el ayuno impuesto por su padre en plena batalla. La voz del pueblo es la voz de Dios y Saúl tiene que respetarla. Esta confianza en Dios define la figura de Jonatán, que ahora se encuentra entre el rechazado, su padre Saúl, y el elegido David, con quien se unió en una gran amistad: “**Jonatán se sintió unido a David y lo quiso tanto como a sí mismo**” (I Samuel 18, 1).

PROPUESTA DE TRABAJO:

Lecturas:

I Samuel 9

Santiago 1, 16-27

Juan 13, 1-35

Preguntas:

1.- Dios habla a través de los acontecimientos. Unas burras que se pierden, la muerte de un ser querido, el nacimiento de un niño o una enfermedad. Lee la primera lectura y piensa en algún acontecimiento que te haya ayudado a descubrir la presencia de Dios en tu vida.

2.- Hemos visto que el rechazo a Saúl le vino por la desobediencia a Dios. Santiago nos invita a aceptar la palabra. Lee y comenta la 2ª lectura.

3.- Los grandes hombres (Moisés, Josué, Samuel) hicieron testamento antes de morir dando testimonio de su fe. También Jesús lo hizo. Lee la tercera lectura y destaca la idea principal del testamento de Jesús.

Tema 7º. - DAVID, FUTURO REY DE ISRAEL

1. - Introducción. David, antepasado de Jesús, es el rey más importante de Israel. Nació en Belén de Judá, hijo de Jesé y biznieto de Rut, la moabita, como

vimos en el capítulo 4°. Más o menos corría el año 1.030 antes de Cristo. Junto con Abrahán y Moisés son los tres personajes más importantes del Antiguo Testamento. En sus vidas se mezclan siempre historia y leyenda, recuerdos y fantasía, resultando muy difícil, después de tantos siglos, distinguir qué corresponde a cada una. Sí podemos decir que Abrahán es el origen remoto de un pueblo que nace de la mano de Moisés y que con David llega a su mayoría de edad. El Antiguo Testamento dedica muchas páginas a estos tres personajes. Nosotros, que dedicamos dos temas a Abrahán y a Moisés, haremos ahora lo mismo con David. Mil veces se le nombra en la Biblia; su nombre significa “el amado”. Para nosotros lo importante es que sus vidas nos dan una gran lección: la historia de estos hombres, escrita con renglones unas veces derechos y otras torcidos, es asumida y dirigida por Dios para salvar a su pueblo, que somos también nosotros.

Otro punto a explicar en esta introducción es el título del tema. La mayoría de los libros que estoy consultando encabezan estos 16 capítulos que vamos a ver en este tema con el título de “Saúl y David”, sin más. Y está bien puesto ese título porque el contenido de estos capítulos responde a las relaciones entre los dos. Sin embargo, yo he preferido el que encabeza esta página porque nos va a explicar el fondo de esas relaciones. Veamos:

Recuerda que estamos en plena **“historia deuteronomista”**. El primer tema de este libro lo dedicamos a explicar el sentido de la historia para Israel. Te voy a recordar en unas líneas las dos palabras: “historia” y “deuteronomista”. “Historia”: estos libros tratan de contarnos más de mil años de la historia de Israel; el periodo comprendido entre la entrada en Canaán capitaneados por Josué (año 1.250 antes de Cristo) y la época de los Macabeos (año 130 antes de Cristo). ¿Cuándo, quiénes, para qué cuentan esa larga historia? Siempre sobre documentos y datos preexistentes, la historia definitiva de lo que vivieron sus antepasados se reflexiona en el exilio de Babilonia y se escribe a la vuelta a casa (siglos VI y V antes de Cristo).

Los teólogos de Israel en el destierro miran hacia atrás y buscan una explicación a lo que les está pasando: Jerusalén destruida, la monarquía desaparecida para siempre; incluso lo que es mucho peor para ellos: Yavé vencido por los dioses babilónicos. ¿Qué ha pasado aquí, se preguntan? ¿Dios no ha sido fiel a su pueblo y se ha olvidado de él? La respuesta de los teólogos es un no rotundo a esta pregunta. Es el pueblo el que ha sido infiel a Dios. Esta es la idea que late en todos estos libros. La culpa es del pueblo y no de Dios. La historia real sirve de pretexto, la historia es teología, catequesis. ¿Ocurrieron realmente los hechos tal como se nos narran aquí? Ni podemos caer en la actitud fundamentalista de tomarnos al pie de la letra lo que aquí se nos dice, ni en la contraria de vaciar de contenido histórico la Biblia.

La actitud a tomar nos la marca la Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación que tienes en las páginas 185 y siguientes del primer libro de este Curso de Iniciación a la Biblia. No estamos ante libros históricos en el sentido que podemos dar hoy a la palabra “históricos”, sino ante un testimonio de fe de Israel que proclama

así su historia. Una historia que es la acción de Dios en sus vidas y se convierte así en Historia de Salvación. Los investigadores e historiadores buscan, como es su obligación, la verdad histórica; nosotros tenemos que buscar la verdad de fe que late en el texto. Nos interesa el “para qué escribe” el autor más que lo que escribe. Hay contenido histórico y hay verdad teológica. Esto lo tenemos que tener en cuenta en toda la Biblia. El mismo Jesucristo, protagonista de toda la Biblia, está enmarcado en la historia: vivió y murió durante la dominación romana en Palestina.

Ya está explicado lo de “historia”: hay historia y es la fe la que interpreta la historia. A nosotros nos interesa más la interpretación que la historia, de la que se encargan los historiadores. ¿Y qué quiere decir lo de “deuteronomista”? Que los grandes temas del libro del Deuteronomio están presentes en estos libros: Dios es único, la Alianza, la elección y el rechazo, la promesa, la tierra, etc. Los vimos en el tema 19 del curso pasado. El libro del Deuteronomio es una síntesis de todo el pensamiento teológico de Israel. Por ejemplo, este tema de David y Saúl es el tema de la elección y el rechazo: eso es lo que nos quiere explicar el autor. Busca siempre el fondo del tema. Todo está escrito en una cultura determinada en la que, por ejemplo, todo lo bueno y lo malo se le atribuía a Dios. No te escandalices cuando veas que Dios manda auténticos disparates y crímenes. Es fruto de la atribución de todo a Dios por parte del hombre, no es que realmente lo mandara Dios.

Te he recordado estas ideas porque son fundamentales antes de seguir con los reyes de Israel: una historia llena de intriga y de pecado pero que, precisamente por eso, nos muestra la paciencia infinita de Dios con su pueblo entonces y con nosotros hoy. Y ésta es la enseñanza, porque todo lo que se escribió, se escribió para enseñanza nuestra. Estos libros, como toda la Biblia, tratan la historia de la fidelidad de Dios y la infidelidad del pueblo. La teología de este trozo de historia hay que buscarla en pequeñas frases, que en estos 16 capítulos van a repetirse continuamente, y mediante las cuales Dios indica lo que tiene que decirnos. Dios conduce la vida de David: ésta es la lección. Y va a conducir la nuestra, dentro del proyecto divino de nuestra salvación, si contamos con Dios como contó David.

2. - David, elegido por Dios. Ya sabes, David el elegido y Saúl el rechazado por no querer obedecer a Dios. Lee el capítulo 16. No tiene ninguna dificultad especial. Observa que se mezclan varias tradiciones y, por tanto, hay repeticiones continuas, como nos ha pasado otras veces. Más adelante, en el segundo libro de Samuel, veremos otra unción de David por parte de los ancianos de Judá (II Samuel 2, 4) y por los ancianos de Israel (II Samuel 5, 3), con lo que queda el reino unificado. Esta unción que vamos a ver ahora procede de una tradición profética y está puesta aquí para justificar el encumbramiento de David, que es lo que tratan estos capítulos. Es ignorada por la tradición que cuenta II Samuel. Ten en cuenta que el redactor final de los libros sagrados prefería siempre recoger distintas tradiciones de los acontecimientos claves en la historia de Israel antes de que se perdiera ninguna de ellas.

Te subrayo algunas ideas importantes del capítulo 16 y tú piensa en otras: la elección de David por parte de Dios es gratuita y se produce en un contexto familiar. Dios elige al más pequeño de los hermanos, lo que subraya la teología de la gracia: no son los méritos, sino el amor de Dios, la causa de la elección. Su familia es humilde, desconocida, y su pueblo pequeño (Belén, *“la más pequeña de las ciudades de Judá”*). La elección no es directa: Dios lo llama a través de Samuel, sacerdote y profeta. Me gusta también la idea del profeta Samuel como epifanía o manifestación de Dios: la gente tiembla ante su presencia: *“Los ancianos de la ciudad salieron al encuentro de Samuel temblando y le dijeron: ¿Es pacífica tu venida? Samuel respondió: es pacífica. He venido para ofrecer un sacrificio al Señor. Purifícaos y venid conmigo”* (I Samuel 16, 4-5).

Otra idea: Samuel tenía mirada humana y se fijó, entre los siete hermanos, en Eliab por su mejor apariencia. Pero la mirada de Dios es otra y dice a Samuel: *“No mires su apariencia ni su gran estatura, pues yo lo he descartado. La mirada de Dios no es como la mirada del hombre: el hombre mira las apariencias, pero Dios mira el corazón”*. El corazón de Eliab no era como Dios quería. Cuando Samuel se halla delante de David, Dios le dice: *“Levántate y úngelo. Es él”*. Es Dios el que elige. Y todo lo que digamos en lo sucesivo sobre David tiene su origen en esta elección de Dios y unción de Samuel: *“El Espíritu del Señor invadió a David desde aquel día”*.

Me recuerda las palabras de Jesús a sus apóstoles: *“No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros”* (Juan 15, 16). En nuestras relaciones con Él, la iniciativa siempre parte de Dios. Nosotros respondemos o no a su llamada, según queramos, pero es Él quien elige y llama. Para siempre David quedará ungido, como quedó Saúl. Cada uno de nosotros es ungido en el bautismo, y por tanto, quedamos consagrados por Dios y para Dios por siempre, independientemente de que respetemos o no esa consagración. Fíjate también cómo David respetará siempre a Saúl, porque también fue ungido. Pudo haber acabado con él varias veces y no lo hizo *“porque es un ungido del Señor”*. Una bonita lección para nosotros: somos de Dios en cuerpo y alma.

Entre este episodio y el de la muerte de Goliat, el autor nos pone en ambiente sobre lo que va a ser el resto del libro. Un joven David muy vital y acompañado por el Espíritu del Señor y un Saúl en decadencia porque lo había dejado el buen Espíritu de Dios, adueñándose de él un mal espíritu que lo atormenta. Ya sabemos cómo tenemos que leer esto de que *“le perturbaba un mal espíritu enviado por Dios”* (I Samuel 16, 14). Es la costumbre hebrea de poner en Dios el origen de todo, lo bueno y lo malo. Dios no tiene malos espíritus; sucede simplemente que Saúl está enfermo, tal vez de depresión, si tenemos en cuenta que el suicidio suele darse frecuentemente en los depresivos. Además se va volviendo cada vez más envidioso y susceptible. David, músico y poeta, toca la lira para el rey y *“Saúl se aliviaba y se sentía mejor, y el mal espíritu se alejaba de él”*. El autor atribuye al alejamiento de Dios la depresión del rey. Todo dentro de su propósito de elevar a David y desplazar a Saúl.

3. - David y Goliat. Dentro del objetivo del redactor del texto de ir reemplazando la figura de Saúl por la de David, nos encontramos con uno de los textos más conocidos de la Biblia. ¿Quién no recuerda la figura de Goliat caído de bruces con la pedrada en la cabeza? Otros dibujos nos presentaban a David empuñando la cabeza ensangrentada de un Goliat de ojos saltones. Teníamos tan asumido que había que vencer al enemigo que ni siquiera se nos movían los sentimientos ante tan macabra escena. Goliat era el malo y David hizo lo que debía: no darle cuartel. Recuerdos entrañables aparte, vamos a ver la pelea del joven David con el rambo filisteo, sus consecuencias y, sobre todo, sus enseñanzas para nosotros.

Lee el capítulo 17. Se trata de un texto perteneciente a una tradición distinta a la del relato anterior y que desconoce el hilo de la historia que traemos. Aquí Saúl no conoce a David y tiene que preguntar quién es el muchacho, siendo así que en el capítulo anterior ya lo habíamos dejado sirviéndole de músico y escudero. Pero eso no importa; en cambio sí importa la conversación que mantienen David y Saúl en los versículos 32-37 de este capítulo. Léela: el hombre que confía en Dios, nunca queda defraudado. Fíjate cómo un humilde pastor, armado con una honda, vence a un soberbio guerrero profesional de más de dos metros de altura y armado hasta los dientes; humanamente hablando tan invencible como la ciudad de Jericó que estaba cerrada a cal y canto y cuyas murallas cayeron como si fueran de cartón. Esto se escribió para enseñanza nuestra. ¿Cuántas veces nos quejamos de que no podemos con las dificultades que la vida nos acarrea? Lo que suele pasar es que lo intentamos sólo en nuestras fuerzas.

En la nueva presentación de David que nos deja esta tradición, su figura resalta porque Dios, que desde el día de la unción por Samuel estaba con él en todo cuanto hacía, le dio fuerzas y puntería para hacer lo que habitualmente hacía pero con la rapidez y precisión que el momento requería: manejar la honda, sin darle tiempo a Goliat a cubrirse con el escudo. No te olvides de que el pastor David es figura del buen pastor Jesucristo. Confiando sólo en Dios, libra a su pueblo del poder del mal, incluso exponiendo su vida: “*¿Quién es ese filisteo incircunciso para desafiar al ejército del Dios vivo?*” (I Samuel 17, 26). Jesús se presenta como el buen pastor, que da su vida por sus ovejas. Saúl, en cambio, no sabe cumplir este oficio de pastor de su pueblo y pasa a un segundo lugar porque ha sido rechazado por Dios. El protagonismo cambia de persona.

Como consecuencia de la victoria, Saúl y su corte quedan impresionados y el pueblo se vuelca con su nuevo héroe al que cantan una canción que le complica la vida: “*Saúl mató a mil y David a diez mil*” (I Samuel 18, 7). La envidia se come a Saúl que “*desde aquel día no miraba a David con buenos ojos*”. A pesar de que tiene que darle a una hija por esposa y de la amistad de David con Jonatán, hijo de Saúl, ya toda la trama del texto tiene de fondo la manía persecutoria de Saúl a David y el respeto de éste por la figura del rey ungido por el profeta y, por tanto sagrado: “*Que el Señor me libre de extender mi mano contra el ungido del Señor*” (I Samuel

26, 11). El resto del libro es un calvario para David que hasta de bandolero tuvo que hacer para poder sobrevivir. Merece la pena destacar la amistad de David y Jonatán, a la que dedicaremos el próximo punto.

Como venimos haciendo, veamos capítulo a capítulo por si tengo que aclararte algo. Lee el capítulo 18. Te aclaro que al pedirle Saúl (como dote por su hija) cien prepucios de filisteos, no pedía una cosa rara pues una de las formas de contar los muertos en batalla era cortándole el miembro viril al cadáver. Si tenían el prepucio era porque no estaban circuncidados, luego eran filisteos. Los “terafím” que salen en el capítulo 19 eran unas imágenes que tenían en las casas, como dioses protectores, por lo menos hasta que fueron suprimidos por el rey Josías: **“También los terafím y los ídolos fueron eliminados por Josías”** (2 Reyes 23, 24). El capítulo 20 lo comentaremos en el punto siguiente, al hablar de la amistad de David y Jonatán. En el 21 se habla de los **“panes de la Presencia o Proposición”**: eran los panes sagrados que sólo podían comer los sacerdotes (Levítico 24, 5-9). Excepcionalmente el sacerdote de Nob se los da a David, junto con la espada de Goliat que estaba allí, en reconocimiento a su gesta.

Los capítulos 22, 23 y 24 puedes leerlos porque no tienen nada nuevo, ya que el “efod” que sale en el versículo 6 del capítulo 23 sabemos que era como un escapulario que llevaban los sacerdotes para consultar a Dios poniendo la mano sobre él. El capítulo 25 comienza con la muerte de Samuel: **“Todos los israelitas se congregaron para llorarle y lo sepultaron en su heredad, en Ramá”**. Es un capítulo muy bonito porque aparece en escena Abigail, que acaba siendo otra esposa de David, cuando enviudó de Nabal: **“Era una mujer prudente y hermosa; el marido, en cambio, era grosero y de malos modos”**. Precioso elogio de esta mujer en aquellos tiempos. Abigail le profetiza a David: **“El Señor te dará una casa que permanecerá para siempre, puesto que has peleado sólo las batallas del Señor y no vendrá mal sobre ti en toda tu vida”** (I Samuel 25, 28).

El capítulo 26 va a servir para justificar las andanzas bandoleras de David por tierras filisteas: a pesar de que perdona otra vez la vida de Saúl, el odio sigue en pie y comprende que **“mejor será refugiarse en la tierra de los filisteos”** (I Samuel 27, 1). Hasta el espectro de Samuel viene a dar la sentencia definitiva a Saúl en el capítulo 28, sentencia que se cumple en el capítulo 31 tras el breve paréntesis del 29 y 30 en los que se narra la vuelta de David y su victoria sobre los amalecitas. Como verás, estos catorce capítulos son como una novela de intriga con el único argumento de prepararnos a la subida al trono de David, tras el rechazo de Saúl.

4. - David y Jonatán. Estos capítulos nos traen una lección más: la amistad entre Jonatán y David. Corren tiempos en que la amistad desinteresada, comprometida y sana no abunda mucho. Por esta razón nos puede venir bien reflexionar sobre este ejemplo de amistad. I Samuel 17 nos muestra la prodigiosa victoria de David sobre el filisteo Goliat. Ha salvado a su pueblo de sus más peligrosos enemigos y es recibido en palacio con todos los honores. El rey Saúl lo

agasaja, una hija suya se enamora de él y el príncipe heredero, Jonatán, se siente atraído por la personalidad del joven pastor, sellando con él un compromiso mutuo que, siguiendo la costumbre de la época, acompañan del rito de intercambio de ropa que es lo más íntimo y personal que todos tenemos.

“Cuando David terminó de hablar con Saúl, Jonatán se sintió unido a David y le tomó tanto afecto como a sí mismo... Establecieron un pacto Jonatán y David... Se quitó el manto que llevaba y se lo dio a David, así como las demás vestiduras, incluso la espada, el arco y el cinturón” (I Samuel 18, 1-4). Al destacar esta íntima amistad de David con el príncipe heredero, el autor del libro nos quiere indicar que en ningún momento hubo un intento de usurpación del trono por parte de David, sino que fue la voluntad de Dios la que lo llevó al trono. El pacto de amistad es muy importante porque es un pacto en el Señor, al que David apela cuando su vida corre peligro: **“Muestra tu lealtad con este siervo tuyo puesto que quisiste que yo, tu siervo, estableciera contigo el pacto del Señor”** (I Samuel 20, 8).

De la actitud de Jonatán, David deduce que puede estar tranquilo: está comprometiendo su posición de príncipe heredero y no siente la menor envidia de David, incluso le anima con estas palabras: **“No temas, no te alcanzará la mano de Saúl, mi padre. Tú reinarás sobre Israel y yo seré tu segundo.”** (I Samuel 23, 17). Además de los cuatro primeros versículos del capítulo 18 que te he citado, puedes leer todo el capítulo 20 y la visita de Jonatán a David en el desierto de Zif que se narra en I Samuel 23, 15-18. Es una lección sobre la amistad. Es un pacto en el Señor. Ni Jonatán envidia el futuro de David, ni éste duda de la amistad del príncipe. La nobleza de sus almas jóvenes desconoce la ambición. Jonatán se abraza a David y lloran juntos la persecución de que éste es objeto. Más tarde, una vez muerto su amigo, David llorará por él: **“Siento angustia por ti, Jonatán, hermano mío, tan grato para mí. Era tu amor para mí máspreciado que el amor de las mujeres”** (2 Samuel 1, 26). Vamos a aprender todos esta bonita lección.

PROPUESTA DE TRABAJO:

Lecturas:

I Samuel 16, 1-13

Romanos 8, 28-39

Juan 21, 15-23

Preguntas:

1. - En la elección de David vemos cómo Dios no se fija en las apariencias, sino que mira el corazón. ¿Y nosotros? ¿Juzgamos antes de escuchar y nos quedamos en las apariencias o buscamos comprender las razones que salen del corazón del otro?

2. - San Pablo, en la carta a los Romanos que te cito, nos habla del plan salvador de Dios. Él elige a quien quiere, como eligió a David. Pablo se siente elegido por Dios para ese plan y le da gracias de corazón. Dios cuenta contigo en su plan de salvación, ¿das gracias por ello?

3. - David vivió una amistad sincera con Jonatán. También Jesús la vivió con Pedro y el evangelista Juan. Éste no le falló, pero Pedro lo negó tres veces. ¿Eres fiel amigo de tus amigos o los niegas con facilidad?

Tema 8º. - DAVID, REY DE ISRAEL, PECADOR Y SANTO

1. - Introducción. Ya vimos en el tema anterior cómo Dios lo preparó todo para que David fuera el gran rey de Israel. Él estaba con David en todo lo que hacía. No así Saúl, rechazado por Dios. Ahora vamos a continuar, en todo este segundo libro de Samuel, con la figura del gran rey. David es una de las personas más importantes en toda la Historia de la Salvación y figura de Jesús. En orden a la claridad te adelanto que el tema lo vamos a dividir en **tres** bloques, dejando de lado lo que carezca de importancia: **comenzaremos** con la subida y consolidación de David en el trono de Judá e Israel (capítulos 1-10); en **segundo** lugar veremos el gran pecado de David y su conversión (capítulos 11-12); **finalmente** las relaciones del rey con su hijo rebelde, Absalón (capítulos 13-19). En la conclusión veremos por qué decimos que David es figura de Jesús, Mesías y Rey.

David es el amado de Dios, el héroe nacional, pero también el pecador. La historia está descrita con imparcialidad. Parece una historia profana y cruel. No hay grandes intervenciones de Dios, como en el Pentateuco, en Josué o Jueces. Aun dentro del género literario narrativo, aquí podemos encontrar más historia hecha por los hombres, siendo sus libres decisiones las que van entretejiéndola. La presencia de Dios en este libro hay que buscarla en pequeñas indicaciones, siempre en torno a la obediencia o desobediencia a Dios. En esta clave de obediencia o desobediencia a las órdenes del Señor, es donde tenemos que descubrir que Dios es el Señor de toda esta historia y que también entre los renglones torcidos de los pecados de aquellos hombres va Dios escribiendo la Historia de Salvación de su pueblo. Y, sobre todo, no olvidemos que todo lo escrito está inspirado por Dios y que se escribió para enseñanza nuestra y en orden a nuestra salvación. Puestos a la escucha, como Samuel, vamos a comenzar la lectura y explicación del libro.

2. - La subida de David al trono. Son los diez primeros capítulos del II Samuel. En este bloque hay **tres momentos** importantes: La **unción** de David como rey de Judá y de Israel, unificando bajo su trono a todo el pueblo de Dios. El segundo momento es la **consolidación** de David en el trono: conquista Jerusalén, se traslada a vivir en ella, y lleva a la ciudad el Arca de la Alianza, signo de la presencia de Dios en medio de su pueblo, con lo que Jerusalén queda convertida en la ciudad santa para siempre. Y el tercer momento que yo destacaría en este bloque es la **profecía de Natán** que está en el capítulo 7º: *“El Señor te anuncia que él te edificará una casa. Cuando hayas completado los días de tu vida y descanses con tus padres, suscitaré después de ti un linaje salido de tus entrañas y consolidaré su reino. Él edificará una casa en honor de mi nombre y yo mantendré el trono de su realeza para siempre”* (II Samuel 7, 11). Jesús, descendiente de David, edificó la Iglesia, casa de Dios que durará para siempre.

Comencemos por la subida de David al trono, consolidando en su persona la unidad de todo el pueblo de Dios que pasó de ser una nación deshecha a ser un reino fuerte y unido. Lee II Samuel 1, 1 a 5, 5. Como vimos en el tema anterior Saúl murió

y la noticia es recibida con pena por David a pesar de sus diferencias. Y para que quede claro que en ningún momento se aprovechó de esa caída, el autor del relato pone aquí una reacción violenta de David, que manda matar al mensajero criminal, y un precioso poema en honor de Saúl, ungido por Dios, y de su amigo Jonatán. A partir de aquí y hasta el final, todo el libro va a ser una novela de intrigas por la sucesión en el trono de Saúl, primero por su familia, que sigue aspirando al trono, y después por los hijos de David. Lo importante para nosotros es ver cómo todos los episodios que se van contando ponen de relieve que es el mismo Dios el que los dirige, dentro del proyecto salvífico de su pueblo.

Por indicación directa de Dios, David va a Hebrón, ciudad en la que reposan los restos de los patriarcas, y centro de la vida en el reino del sur, como Siquén lo era en el reino del norte. Allí ***“los hombres de Judá fueron y ungieron a David como rey”***. Ya había sido ungido en privado por Samuel (I Samuel 16, 1-13). Esta unción tiene más bien un carácter político, democrático de entronización de David. La reacción de la oposición a esta elección de David no se hizo esperar y un primo de Saúl, el general Abner, nombra a Isbaal rey de todas las tribus del norte, es decir de Israel. Así comienza una guerra civil entre Judá e Israel que duró dos años y se nos narra en los capítulos 2 al 4. ***“La guerra entre la casa de Saúl y la casa de David fue larga, pero David se iba fortaleciendo, mientras que la casa de Saúl se debilitaba día tras día”*** (II Samuel 3, 1).

Todo termina con la muerte del general Abner y su protegido Isbaal. Las tribus del norte, decapitadas, bajan a Hebrón en son de paz, ***“el rey David hace un pacto con ellos ante el Señor. Luego ungieron a David como rey de Israel. David tenía treinta años cuando comenzó a reinar, y reinó cuarenta años: en Hebrón reinó siete años y seis meses sobre Judá, y en Jerusalén reinó treinta y tres años sobre Israel y Judá”*** (II Samuel 5, 3-5). Aunque las fechas hay que darlas con cautela, podemos decir que David subió al trono hacia el año 1.000 y estuvo hasta el año 961 antes de Cristo. Si tenía 30 años cuando subió al trono, quiere decir que murió con setenta, es decir, su vida fue una vida ***“en completa plenitud”*** que es lo que significa el número setenta y es lo que, sin lugar a dudas, nos quiere indicar el autor de esta cita.

En estos cinco primeros capítulos quiero aclararte un par de cosas. La primera: ***“El libro de los justos”*** que se cita en el capítulo 1, 18 y que ya se citó en Josué 10, 13 debió ser un libro de cantos militares y de exaltación del espíritu nacional que se perdió. Otra cosa a subrayarte: fíjate que David no interviene en la guerra civil de los suyos contra Israel, aunque las victorias se van inclinando hacia su parte; el autor del relato quiere presentar a David como artífice de la unidad y lo deja al margen de las discordias. En este mismo sentido de exaltación de la figura de David hay que entender su brutal reacción de cortar las manos y los pies de los dos comandantes traidores que con sus manos mataron a Isbaal y con sus pies corrieron a traer la noticia con la equivocada intención de agraciarse con David. La intención del autor es liberar a David de toda complicidad en el asesinato del rey de Israel. Ni siquiera la

muerte de Abner, el conspirador, se atribuye a David, quien proclama su inocencia ante esta muerte: **“Ante el Señor y para siempre, yo y mi reino somos inocentes de la sangre de Abner”**, manda hacer duelo por su enemigo y acude a sus funerales (II Samuel 3, 28 ss).

Prosigamos la narración. Con la elección de David como rey de Judá e Israel podemos decir que todas las tribus, dispersas durante el tiempo de los jueces e incluso de Saúl, adquieren conciencia de pueblo unido por la sangre, la fe y el destino común. David busca consolidarse en el trono y lo primero que hace es pensar en Jerusalén como capital de su reino; estaba en el centro del país; no pertenecía ni al norte ni al sur pues era de los jebuseos y se llamaba Jebús. Y para que en lo sucesivo ni Judá ni Israel puedan reclamarla como propia por derecho de conquista, prescinde de los ejércitos profesionales y la asalta con un comando de hombres voluntarios que penetran por los canales de conducción de agua, sorprendiendo a sus habitantes. **“David iba creciendo en poder y el Señor, Dios de los ejércitos, estaba con él”**; Dios lleva su historia: **“David reconoció que el Señor lo había confirmado como rey sobre Israel y que había engrandecido su reino por razón de su pueblo Israel”** (II Samuel 5, 10.12).

Para afianzar su reino, David amuralla la ciudad, hace un pacto de paz con el rey fenicio Jirám que le regala cedros para que se construya su casa y ocasiona una y otra derrota a los filisteos. En todo consulta al Señor, obediéndole siempre. Sólo le falta una cosa y va a hacerla. Lee el capítulo 6. Quiere traer a Jerusalén el Arca de la Alianza, signo de la presencia de Dios en medio de su pueblo. Así Jerusalén será no sólo la capital del reino sino también el centro religioso de Israel. Organiza una gran procesión de treinta mil hombres y entre cantos y danzas traen el Arca a Jerusalén. Para recalcar el sentido religioso del acto, el autor introduce un par de detalles: un hombre, llamado Uzá, cae fulminado por el simple hecho de tocar el Arca sagrado. Y Mical, esposa de David e hija de Saúl como ya sabemos, recibió el peor de los castigos que podía sufrir una mujer en Israel: la esterilidad. Sólo porque se sintió molesta de ver a todo un rey danzando delante del Arca: **“Y Mical no tuvo ya hijos hasta el día de su muerte”** (II Samuel 6, 23). Dios está todavía muy distante del hombre; Jesús nos lo acercará hasta llamarlo Padre.

Nos queda que explicar el capítulo más importante de toda la historia de David, el 7°. Dios va a hablar haciendo historia. Natán va a ser el instrumento de esa palabra profética de Dios. **“Cuando el rey se estableció en su casa y el Señor le había concedido la paz con los enemigos de alrededor, dijo el rey al profeta Natán: Mira, yo habito en tienda de cedro, mientras que el Arca del Señor habita en tienda de lona. Natán dijo al rey: ve y haz lo que te dicta tu corazón, porque el Señor está contigo. Pero aquella noche recibió Natán esta palabra del Señor: Vete y dile a mi siervo David: ...Nunca he habitado en una casa desde el día en que hice subir a los hijos de Israel de Egipto, sino que siempre he caminado en una tienda... ¿Me he quejado alguna vez por eso?”** (II Samuel 7). David es bien nacido y, por tanto, agradecido. Dios le ha dado mucho y él quiere devolverle al Señor algo de lo mucho

que ha recibido de Él. Natán, un profeta que vivía en la corte real, ve con agrado la nobleza del corazón de David y lo anima, pero los planes de Dios son otros y se los comunica al profeta.

Él, Dios, quiere habitar en medio de su pueblo y lo va a hacer, pero no en una casa destructible, sino en una casa viva, una familia, un linaje que permanecerá para siempre: la casa y familia de David. Por pura iniciativa suya, Dios cambia las tornas. Será Él quien edifique una casa a David, no el rey quien edifique una casa a Dios: ***“El Señor te anuncia que Él te edificará una casa. Y cuando los días de tu vida se hayan cumplido y te acuestes con tus padres, un hijo nacido de tus entrañas construirá una casa para mi nombre y yo consolidaré el trono de su realeza para siempre. Yo seré para él un padre y él será para mí hijo; si se tuerce lo corregiré con varas y golpes como suelen los hombres, pero no les retiraré mi lealtad como se la retiré a Saúl, al que aparté de mi presencia... Tu casa y tu reino durarán por siempre en mi presencia; tu trono permanecerá por siempre”*** (II Samuel 7, 11-16).

David da gracias al Señor con una oración preciosa que termina pidiendo su protección: ***“Tú eres el Dios verdadero, tus palabras son de fiar, y has hecho esta promesa a tu siervo. Dígnate, pues, bendecir la casa de tu siervo para que siempre esté en tu presencia. Porque Tú lo has dicho, siempre será bendita la casa de tu siervo”*** (II Samuel 7, 18-29). Supongo que has comprendido que esa casa es figura de la Iglesia. La promesa es hecha a David, a su pueblo y a todos nosotros. Los profetas posteriores mantendrán viva esta esperanza: ***“Aquel día brotará un renuevo del tronco de Jesé y de su raíz florecerá un vástago. Sobre él se posará el Espíritu del Señor: espíritu de prudencia y sabiduría, espíritu de consejo y valentía, espíritu de ciencia y temor del Señor”*** (Isaías 11, 1ss). Jesé era el padre de David y el renuevo que brotará es Jesús, que es de la casa y familia de David. Es una profecía mesiánica, es decir, que se refiere al Mesías, a Jesús.

El redactor del libro que, mirando hacia atrás, interpreta la historia de Israel a la luz de la fe quiere dejar clara esta idea: el rey es amado de Dios y ha recibido una promesa. Y esto no hay quien lo mueva. Ahora vendrán los pecados, las sombras, y Dios corregirá a su pueblo con mano dura, pero también en la corrección resplandece el amor y la misericordia de Dios que busca acarrearlos siempre al buen camino. Incluso la misma experiencia del destierro en Babilonia, no es interpretada por estos teólogos catequistas de Israel como un castigo, sino como una corrección de Dios. Si nosotros aprendiéramos de estas lecturas a ver la mano de Dios no sólo en las luces sino también en las sombras de nuestra vida, en las pruebas y correcciones de Dios, nunca perderíamos la paz, porque Él permanece siempre con nosotros, como un padre con su hijo. Este capítulo 7º lo debes de releer despacio. Puedes leer también los capítulos 8º, 9º y 10º, fijándote sobre todo en una frase que se repite: ***“El Señor protegía a David en todo lo que hacía”***. Con David, que conquistó Jerusalén y algunas otras ciudades cananeas, se veía cumplida plenamente la vieja promesa hecha a Abrahán: ***“A tu descendencia he dado esta tierra, desde el río de Egipto hasta el río Grande”*** (Génesis 15, 18).

3. - Pecado y arrepentimiento de David. Capítulos 11 y 12. Léelos despacio y te los comento a continuación. En aquellos tiempos, el rey tenía todas las mujeres que quería. De mil dispuso Salomón. Pero ya sabemos cómo tiente lo prohibido. Recuerda a Adán y Eva: ***“La mujer vio que el árbol era apetitoso, atrayente y deseable”*** (Génesis 3, 6). Eva se dejó llevar por ese atractivo de lo prohibido, dio de comer a su marido e introdujo el pecado en el mundo y con el pecado el miedo, el dolor y la muerte. Ya conoces la historia. Pues lo mismo le pasó a David. Al levantarse de la siesta, David se pone a pasear por la terraza de palacio y ve cómo un grupo de muchachas se está bañando en la piscina. Se le viene a la vista una desconocida. Pregunta quién es y, a pesar de que le dicen que es la mujer de su capitán Urías, David no se lo piensa dos veces, cede a la tentación y, aún sabiendo que estaba cometiendo adulterio, se la lleva a la cama, dejándola embarazada.

Es posible que cuando David cometió este pecado, la ley del Pentateuco que mandaba apedrear a las adúlteras no fuese conocida, por lo que se salvó Betsabé, que así se llamaba la adúltera. Pero es que la cosa no quedó ahí. Como le falla el intento de responsabilizar a Urías del embarazo, no se le ocurre otra cosa que matarlo. ¿Cómo? Pues muy fácil: manda al general de sus ejércitos que en la próxima batalla lo ponga ***“en primera línea, donde más recio es el combate, y lo dejen solo para que sea alcanzado y muera”***. Si has leído despacio el capítulo 11, habrás comprendido hasta dónde es capaz de llegar el hombre que cede a la tentación: no le apenó la derrota de su ejército ante la satisfacción de ver despejado su camino hacia Betsabé, una vez muerto Urías. Parece otro David distinto del que vimos en el capítulo 7. Naturalmente, ***“todo esto que David había hecho desagradó al Señor”***. Así termina el capítulo 11, con un David enfangado hasta el cuello pero satisfecho con su situación. También esto es Historia de la Salvación: Dios escribe derecho con los renglones torcidos que los hombres trazamos usando mal nuestra libertad.

El Señor dejó pasar un tiempo y, cuando le pareció oportuno, mando a Natán con un recado para David en forma de parábola: ***“Había dos hombres en un pueblo: uno rico y otro pobre. El rico tenía muchos rebaños de ovejas y bueyes; el pobre sólo tenía una corderita que había comprado: crecía con él y con sus hijos, comiendo de su pan, bebiendo de su vaso, durmiendo en su regazo: era como una hija. Llegó una visita a casa del rico y le dio pena de tomar una de sus ovejas o de sus vacas para obsequiar al recién llegado; así que robó la corderilla al hombre pobre y se la preparó a su amigo viajero”*** (II Samuel 12, 1-4). La parábola no necesita mucha explicación y es de total actualidad. David es el rico y Urías el pobre. Y la única razón que David tuvo para robar al pobre Urías su único tesoro es que le gustó. Esto está pasando todos los días. ¡Cuántos(as) adúlteros(as) andan sueltos(as), entrando en casa del otro a robarle su tesoro máspreciado, con el único argumento de que les gusta!

“¿Qué harías con ese hombre?”, le pregunta Natán. David, que sigue ciego por la pasión, no se ve reflejado en la parábola. Enfurecido dijo: ***“Ese hombre es reo***

de muerte". Natán le dijo. **"Tú eres ese hombre"**. Y lo hace reflexionar: Dios te lo ha dado todo, ¿por qué has respondido así a Dios? No te has conformado con el adulterio, sino que has cometido un crimen, despreciando la ley del Señor. David dijo: **"He pecado contra el Señor"**. David llora su pecado y hace penitencia. Dios le perdona pero le corrige con la muerte del niño nacido del adulterio. De Betsabé, ya esposa de David, nacerá más tarde Salomón, llamado también Yedidías que significa "amado de Dios". En él continuará la promesa. Según una antigua tradición judía y cristiana, el arrepentimiento de David quedó plasmado en el Salmo 50, la más bonita oración brotada de un corazón arrepentido: **"Misericordia, Dios, mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa; lava del todo mi delito, limpia mi pecado. Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado; contra ti, contra ti sólo pequé, cometí la maldad que aborreces"**.

Los dos capítulos están llenos de enseñanzas. Por ejemplo, fíjate que Natán nos es muy cercano por su parecido con Juan el Bautista. No es igual porque mientras que Natán era profeta cortesano, Juan era hombre de desierto; pero se parecen en la valentía de denunciar al rey el pecado de adulterio. Juan a Herodes y Natán a David. Ambos se la jugaron. Natán tuvo la suerte de tener enfrente a un hombre de Dios que reconoció su pecado. Juan, en cambio, se enfrentó a un pelele que lo mató. Faltan en nuestra sociedad profetas que denuncien atropellos. Todos estamos llamados a denunciar la mentira y a incordiar en las situaciones de pecado que nos rodeen.

4. - La sucesión al trono de David. El resto del libro, desde el capítulo 13 al 24 apenas tiene nada especial que explicar. Puedes leerlo como si de una novela de pecados e intrigas se tratara. Vuelven a aparecer las más bajas miserias humanas, como podrás ver en el capítulo 13: violación de una hermana por parte del primogénito del rey y la venganza de Absalón matando a sus hermanos. Absalón, que es crítico con la política de impuestos de su padre, quiere arrebatarle el trono. El hijo rebelde marcha a Hebrón, la capital hasta la toma de Jerusalén, y organiza allí una trama para hacerse con el trono de todo Israel. David se alarma y huye de Jerusalén para ponerse a salvo. En su huída se encontró con un pariente de Saúl que lo maldijo diciéndole: **"Vete, vete, asesino, canalla"**. Un soldado de David quiere cortar la cabeza del que insulta al rey, pero éste le dice: **"Déjalo que me maldiga; lo habrá ordenado el Señor"** (II Samuel 16, 7-11). Con este gesto de humildad, el autor quiere subrayar la santidad de David.

Absalón conquista Jerusalén y se hace fuerte en ella durante cuatro años, siendo bien acogido por los oportunistas de siempre. David, desde el otro lado del Jordán, prepara la reconquista. El día de la gran batalla, muere Absalón y triunfa David. La victoria de David se convirtió en duelo: **"¡Hijo mío, Absalón, hijo mío! ¡Ojalá hubiera muerto yo en tu lugar!... Así la victoria de aquel día fue duelo para el ejército porque los soldados oyeron decir que el rey estaba afligido a causa de su hijo"**. Y así continúa el relato hasta el final de libro. La verdad es que resulta poco edificante: se suceden las rebeliones, las mentiras, las ejecuciones. Casi lo único positivo de todos estos doce capítulos es la santidad del rey que sigue perdonando

ofensas, intercediendo ante Dios por su pueblo y componiendo una oración de alabanza y acción de gracias a Dios que lo ha librado de sus enemigos (capítulo 22). Choca el capítulo 24: además de atribuir las desgracias a Dios, según la costumbre que ya hemos comentado, parece que lo que quiere decir es que a Dios no le gustó que David hiciera el censo. Es Dios quien lleva el control de vivos y muertos, y no el rey.

5. - David, figura de Jesús. ¿Qué queremos decir? Simplemente que en el perfil de la vida de David encontramos muchos rasgos que se parecen a los que Jesús tuvo en la suya. Por ejemplo: la vida de David estuvo rodeada de dificultades desde el principio hasta el final y la de Jesús igual. Uno y otro mantuvieron la fe en Dios, por encima de esas dificultades. David conquistó Jerusalén y la convirtió en ciudad santa, poniendo en ella el Arca de la Alianza, signo de la presencia de Dios entre los hombres de su tiempo. Jesús fundó la Iglesia, nueva Jerusalén, y anticipo del cielo, la Jerusalén celestial. Ella es la presencia viva de Dios entre los hombres, instrumento y camino de salvación para los que quieren: es ciudad fortificada que cuenta con su presencia hasta el fin de los siglos. David, pastor, rey, sacerdote y santo: todos estos títulos los posee Jesús.

Aunque tú puedes ir buscando otros muchos paralelismos entre ambas vidas, te voy a apuntar algunos más que yo veo. Salvando las distancias, los dos son *“hijos especialmente amados de Dios”*: David pecó y fue corregido cariñosamente por Dios. Jesús no pecó, pero cargó con nuestros pecados y sufrió la cruz. De ambos se puede decir con certeza: *“El Señor lo protegía en todo lo que emprendía”* (II Samuel 8, 6). El corazón de David siempre estuvo dispuesto a perdonar: a Saúl, a los que le ofendieron, a todos. Jesús siempre perdona y predica el perdón, hasta llegar a disculpar a quienes le estaban crucificando. En definitiva, que en David estaban prefigurados muchos rasgos que en Jesús alcanzarían su plenitud.

PROPUESTA DE TRABAJO:

Lecturas:

II Samuel 11

Romanos 12, 14-21

Mateo 6, 25-34

Preguntas:

1. - Fíjate en la primera lectura en los tres pecados de David (adulterio, mentira y homicidio). Supuso una cura de humildad para toda su vida: David aprendió a perdonar. ¿Sacas esa misma lección de tus pecados?

2. - Una de las virtudes más bonitas que encontramos en la vida de David es el perdón al enemigo. La cita de la carta a los Romanos nos habla de ese perdón. Piensa si te sientes capaz de practicarlo.

3. - David fue un hombre que siempre confió en Dios. A esta confianza en Dios, Jesús la llama providencia. Lee y comenta la lectura del evangelio que te propongo.

Tema 9º. - SALOMÓN, EL REY SABIO

1. - Introducción. Comenzamos otros dos libros de la Historia Deuteronomista, llamada así porque los grandes temas que tratan son los mismos del Deuteronomio: Dios es único, la Alianza, la fidelidad, la elección y el rechazo de Dios, etc. Estos dos libros, que siguen al II Samuel, se llaman I y II de Reyes. Antiguamente se les llamaban 3º y 4º de Reyes, mientras que dos de Samuel eran conocidos como 1º y 2º de Reyes. Y no estaba mal. Fíjate que es una historia que se continúa en los cuatro libros: I y II Reyes comienzan con el reinado de Salomón, el hijo de David y Betsabé, y continúan con la partición del reino en dos, Israel al norte y Judá al sur, hasta la caída de Jerusalén el año 587 antes de Cristo. Si Salomón subió al trono hacia el año 960 antes de Cristo, quiere esto decir que estos dos libros contienen unos 375 años de **Historia Sagrada**.

Porque esto es lo primero que te quiero recordar: estamos ante una **Historia Sagrada**, que tiene más de sagrada que de historia. Es difícil entender que estos libros sean **Historia Sagrada** con tantas canalladas como en ellos se cuentan, pero es imprescindible ver tras ellos la mano de Dios y la libertad humana, si no nos queremos escandalizar. Por encima de las continuas intrigas, de los más viles asesinatos, mentiras y toda clase de abusos tan frecuentes en estas páginas, tenemos que ver la acción de Dios actuando en esta historia para prepararse un pueblo bien dispuesto a la venida de Cristo, único protagonista tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Sólo desde la fe y con una actitud de humilde escucha nos podemos acercar a los textos sagrados. Por eso, comienza siempre la lectura de estos libros con la oración que tienes en la contraportada para antes de la lectura: *¡Habla, Señor, que tu siervo escucha!* Y, como acción de gracias, lees la otra.

Vamos a estudiar los dos libros de los Reyes en cuatro temas. Éste se lo dedicaremos entero al rey Salomón, con sus luces y sus sombras, que de todo hay en su vida. Los reyes que sucedieron a Salomón apenas merecen otra atención y juicio que el que la misma Biblia les da: *“hicieron el mal a los ojos del Señor”*. El mal que hicieron, sobre todo, fue pecar de idolatría. Todos los del reino del norte fueron de conducta condenable. En Judá, se pueden salvar media docena, aunque no del todo, como veremos. Que se puedan salvar del todo sólo encontraremos dos: Ezequías, que durante sus treinta años de reinado *“Hizo lo recto a los ojos del Señor en todo, tal como lo había hecho su padre David”* (II Reyes 18, 3). Y su biznieto Josías, que reinó otros treinta años en Jerusalén y del que también dice la Biblia que *“Hizo lo recto a los ojos del Señor y siguió en todo los caminos de su padre David, sin apartarse a derecha ni a izquierda”* (II Reyes 22, 2). Les dedicaremos el tema 10.

Los temas 11 y 12 irán dedicados a conocer la vida y milagros de dos grandes profetas carismáticos: Elías y su discípulo Eliseo. La vida de Elías está narrada en 6 capítulos del I Reyes (17-22) y la de su discípulo Eliseo en el II Reyes 1-13. En el tema 10 nos saltamos esos dos trozos y los explicamos en los dos temas siguientes. Siempre seleccionando los textos más importantes y buscando ante todo la claridad.

Por ejemplo, en este tema vamos a estudiar cuatro puntos de la vida de Salomón. Primero su subida y consolidación en el trono. En segundo lugar la construcción del templo. Seguiremos con las luces de su reinado y, en cuarto lugar, terminaremos con las sombras de su vida, sus pecados, que los tuvo como cualquiera de nosotros. Como todo esto está inspirado por Dios y se escribió para enseñanza nuestra, iremos buscando las enseñanzas que nos sirvan en orden a nuestra salvación: qué es lo que Dios quiere decirnos al inspirar estos textos.

2. - Subida y consolidación de Salomón en el trono. En este punto vamos a ver I Reyes 1 al 5, 14. Si quieres, haz una primera lectura de estos cinco capítulos. Después te explicaré lo más importante que hay en ellos. En esa primera lectura sobresalen dos detalles: la facilidad con que Salomón elimina a quienes interfieren en su camino hacia el trono y los elogios que hace el autor de su sabiduría. Sin lugar a dudas el reinado de Salomón dejó buen recuerdo en Israel, a pesar de que no faltaron errores en su vida, como veremos en el capítulo 11. Comienza el libro presentándonos a un David muy anciano y falto de vitalidad, tan falto está de calor que ni metiendo en su cama a la más bella muchacha de Israel consiguen calentarlo. A pesar de su situación, va a ayudar a su predilecto Salomón a subir al trono.

Betsabé intercede ante su marido para que el heredero designado sea su hijo Salomón, como lo había predispuesto Dios por boca del profeta Natán. El todopoderoso David accede a la intercesión de Betsabé y llama al sacerdote Sadoc y al profeta Natán para que lleven solemnemente a Salomón al santuario de Guijón y lo unjan como rey de todo Israel. Así lo hacen y Salomón es aclamado como rey por todo el pueblo. Su hermano Adonías huye y, para salvar su vida, entra en un santuario y se agarra al altar, donde no estaba permitido dar muerte a nadie. Salomón le perdona la vida, pero más tarde manda ejecutarlo. Los demás enemigos conspiradores (Abiatar, Joab y Semeí) también son eliminados. Estos dos primeros capítulos se parecen más a una película de tiros que a un relato sagrado. Pero así sucedieron los acontecimientos y así los cuenta la Biblia, sin escandalizarse de la condición humana.

Lo importante de estos dos primeros capítulos es que la monarquía se consolida y no precisamente en el primogénito, sino en el “amado del Señor”. Está presente aquí, como ves, el tema eterno de la elección y el rechazo, propio de la historia deuteronomista. El elegido de Dios es ungido en un lugar sagrado rey de Israel y servirá al Señor, haciendo lo que le agrada. Cuando años después, seducido por mujeres extranjeras, se aparte de Dios y peque de idolatría, Él le retirará su favor, como se lo retirará a sus descendientes en el trono por no seguir sus caminos, hasta terminar en el exilio de Babilonia, desapareciendo la monarquía en Israel. En esta misma línea de consolidación de la figura de Salomón, el autor introduce una oración preciosa en la que el joven rey no pide a Dios riquezas ni poder, sino sabiduría para gobernar al pueblo de Dios con acierto.

“El rey fue a Gabaón a ofrecer allí sacrificios, pues allí estaba la ermita principal. Allí el Señor se le apareció en sueños a Salomón y le dijo: Pídeme lo que quieras. Salomón respondió: Tú le hiciste una gran promesa a tu siervo mi padre David, porque caminó en tu presencia con lealtad, justicia y rectitud de corazón; y le has cumplido esa gran promesa dándole un hijo que se sienta en su trono tal como sucede hoy. Pues bien, Señor Dios mío, tú has hecho que tu siervo suceda a David, mi padre, en el trono, aunque yo soy un muchacho y no sé desenvolverme. Tu siervo se encuentra en medio de tu pueblo, un pueblo inmenso, incontable. Da a tu siervo un corazón dócil para gobernar a tu pueblo, para discernir el bien del mal, pues, ¿quién sería capaz de gobernar a este pueblo tan numeroso?

Al Señor agradó que Salomón hubiera pedido aquello y le dijo: Porque has hecho esta petición y no haber pedido para ti muchos años, ni riquezas, ni la vida de tus enemigos, sino que pediste para ti discernimiento para escuchar y gobernar, te cumpla tu petición: te doy un corazón sabio e inteligente como no lo ha habido antes ni lo habrá después de ti. Y te daré también lo que no has pedido: riquezas y glorias tales, como ningún rey tendrá en todos tus años. Y si caminas por mis sendas, guardando mis preceptos y mandatos, como lo hizo tu padre David, te daré larga vida. Salomón despertó: resultó que había sido un sueño. Entonces fue a Jerusalén y, en pie ante el Arca de la Alianza del Señor, ofreció holocaustos y sacrificios de comunión y dio un banquete a toda la corte” (I Reyes 3).

La oración de Salomón no puede ser más bonita ¿Pedimos nosotros sabiduría para goberarnos a nosotros mismos y gobernar a nuestra familia? Salomón ha pasado a la historia como el rey sabio hasta el punto de que varios libros llenos de sabiduría y muchos salmos se le atribuyen a él, aunque sepamos que fueron escritos algunos siglos después de su muerte. A lo mejor te choca la frase **“resultó que había sido un sueño”**. Puedes pensar: *“si fue un sueño, los sueños no son realidad”*. Para nosotros es así, pero para ellos no. En su mentalidad el sueño es una forma de hablarnos Dios, de comunicarse con el hombre. Fíjate que, cuando se despierta *“ya sabio”*, no ofrece los sacrificios en Gabaón, sino que sube a Jerusalén y los ofrece ante el Arca. El sueño se convierte aquí es un recurso literario que subraya el origen divino de esa revelación. Para no alargarnos, te recuerdo sólo un par de sueños: el de Jacob (Génesis 28); y el de José a quien Dios le habló para que aceptara a María como esposa, o para que volviera de Egipto (Mateo 1 y 2).

El resto de este capítulo tercero está dedicado al célebre “Juicio de Salomón”, inmortalizado por algunos pintores: dos mujeres se disputan la maternidad de un niño y Salomón decide partir al bebé por la mitad y darle una parte a cada una. La madre verdadera es reconocida en la que prefiere quedarse sin él antes que presenciar la muerte de su hijo. De aquí viene esa expresión de tomar “una actitud salomónica” cuando tenemos que decidir en algo que dos discuten: damos a cada uno una parte de razón, para no quedar mal con ninguno de los dos. La idea del texto es mostrar otro acierto del rey sabio: lo mismo que acertó al subir a Jerusalén a sacrificar ante el Arca

y no en Gabaón, ahora acierta al dictar una sentencia que servirá para distinguir la madre verdadera de la que no lo es.

Sigue leyendo y encontrarás frases que confirman el ascenso de la figura de Salomón y el bienestar que disfruta el pueblo. Por ejemplo: *“Todo Israel se enteró de la sentencia de Salomón en el juicio, y sintieron temor ante él porque veían que la sabiduría de Dios estaba con él para administrar justicia”*. O estas otras: *“Judá e Israel eran tan numerosos como las arenas de las orillas del mar. Comían, bebían y eran felices”*. *“Judá e Israel vivieron tranquilos, cada hombre bajo su parra y su higuera, desde Dan hasta Berseba, todos los días de Salomón”*. *“Fue el más sabio de todos los hombres: pronunció tres mil proverbios y sus canciones fueron cinco mil”*. *“De todos los pueblos venían a escuchar la sabiduría de Salomón gentes enviadas por todos los reyes de la tierra que habían oído hablar de su sabiduría”*.

Fue un gran rey y así quedó en el recuerdo de Israel, cuyos sabios y teólogos escriben estos elogios muchos siglos después de su muerte, posiblemente exagerando la realidad. Fue, además de sabio, un hábil político y un buen comerciante. El redactor del texto exagera mucho tanto las posesiones de Salomón como las fronteras de Israel. Es normal que exagere, ya que Israel guarda de Salomón el recuerdo del templo que construyó en Jerusalén. Lo que interesó a los teólogos, y así lo van a recalcar en el libro, es que mientras fue fiel a Dios, las cosas le marcharon muy bien y cuando se apartó de Dios acarrió la desgracia a Israel, primero con la división del reino tras su muerte y más tarde con el destierro y la destrucción de Jerusalén. Vamos a seguir viendo luces y sombras de este gran rey de un pequeño país que bajo su reinado llegó a ser un poco menos pequeño al doblar la cifra de sus habitantes pasando, según algunos entendidos, de 300.000 a 700.000 personas, cifra enorme para aquella época.

3. - Salomón: constructor del templo de Jerusalén. Este segundo bloque de la vida de Salomón va a abarcar unos cuatro capítulos: I Reyes 5, 15 al 9, 9. Léelos para situarte en el texto. Estamos ante uno de los acontecimientos más importantes de la historia de Israel. Como dice el mismo Salomón a Jiram, rey de Tiro: *“Ahora, el Señor, mi Dios, me ha concedido tranquilidad por todas partes; no tengo enemigos ni guerras. Por tanto, he decidido construir un templo en honor del nombre del Señor, mi Dios”*. Los preparativos son enormes, tanto más cuanto que el redactor exagera lo que dice, dado el significado del templo en la historia de Israel. Si tomáramos al pie de la letra las cifras que da la Biblia, cerca de doscientos mil hombres habrían trabajado en la empresa. Mucho personal para un templo de un tamaño aproximado al nuestro de San Juan del Puerto.

La medida que entonces utilizaban no era el metro sino el “codo”. Un codo se llamaba a lo que mide desde el codo al extremo de los dedos. Había distintas clases de codos: el común de 41´8 centímetros y el real que medía 57´4 centímetros. Si calculamos medio metro por codo, el templo tendría treinta metros de largo por diez de ancho y quince de alto. Para aquella época un gran templo, y como en él estaba el

Arca de la Alianza fue, para todo Israel, el lugar santo de la presencia de Dios en medio de su pueblo. Se construyó en un montículo, llamado Sión y fue tanta su importancia que decir Sión era decir Jerusalén, e incluso Israel.

Estaba dividido en tres partes: un vestíbulo, una gran sala para el culto y una cámara cúbica de diez metros de lado donde estaba el Arca. Éste era el lugar más sagrado del templo y lo llamaban **“el Santo de los Santos”**. En él sólo podía entrar el sacerdote un día al año, el día de la “expiación” o *Yôm-kippur*, que ya conoces por el tema 15°, punto 4°, del libro del curso pasado sobre el Pentateuco. Posiblemente al final de tu Biblia tengas un plano del templo. El palacio de Salomón era mucho más grande y se construyó no en siete años, como el templo, sino en trece, pero fíjate que sólo dedica a su descripción los doce primeros versículos del capítulo 7. Nos está indicando el autor que el templo, aunque por dimensiones pudo ser como una capilla del palacio real, es mucho más importante en la historia salomónica que el gran palacio, simplemente porque es la casa de Dios, único rey de Israel.

Según una primera hipótesis con la que trabajan muchos entendidos, la reflexión final sobre todo este periodo de la monarquía debió hacerse durante el destierro y escribirse a la vuelta a casa. La intención del redactor sería describirle al pueblo el gran templo y decirle: todo esto se perdió por nuestra infidelidad a Dios, que no se repita la historia. Como el pueblo estaría con los ánimos por el suelo, quiere animarlo con una frase que nos dice el verdadero lugar donde habita Dios: **“Habitaré en medio de los hijos de Israel, y no abandonaré a mi pueblo”** (I Reyes 6, 13). Si hay templo, habitará en el templo; si hay destierro, habitará en el destierro. Donde esté su pueblo, allí estará Él. No es un tema de espacio físico, sino de fidelidad del corazón.

Otra segunda hipótesis defiende como más probable que la redacción final de esta historia se hizo tras la gran reforma del templo hecha por Josías hacia el año 620 antes de Cristo. El templo estaría como en sus mejores momentos. Esta hipótesis explicaría la gran importancia que se le da al templo en el texto. Josías decretó, como veremos, que sólo en el templo de Jerusalén se podía dar culto a Dios y no en las casas. Así se hizo hasta la llegada de la monarquía: todos unidos en la tienda del encuentro o en algún santuario. Ya en tiempos de los reyes se impuso la costumbre de hacerlo en las casas.

En el capítulo 7° sigue describiendo detalladamente la construcción del templo, del palacio de Salomón y su posterior ornamentación; siempre con la dignidad que el culto a Dios se merece. Además de lo mucho que Salomón aportó para el culto, el texto recuerda también que **“llevó los objetos consagrados por su padre David, la plata, el oro y los utensilios, y los depositó en el tesoro del templo del Señor”** (I Reyes 7, 51). El Arca del Señor, signo de su presencia en medio del pueblo, es traído en procesión. El capítulo 8 nos describe una gran ceremonia con el pueblo, los sacerdotes y los levitas como protagonistas. El rey manda sacrificar ante el arca **“un número incalculable de ovejas y bueyes”**. Era la manera que tenían en aquella época

de contentar a Dios y que aceptara la casa que le habían construido para tener asegurada su presencia y protección.

A nosotros, para contentar a Dios, nos basta ofrecerle el sacrificio de Jesús en la Santa Misa, pero para que tengáis una idea de lo caro que les salían los dioses de aquella época, os voy a dar unas cifras: en uno de los templos de la ciudad de Uruk, en Mesopotamia, se sacrificaba diariamente a los dioses 648 kilos de cebada, 648 kilos de harina, 46 carneros, 2 bueyes, 1 vaca de leche, 8 corderos, 30 aves salvajes, 20 tórtolas, 3 ocas, 7 patos, 4 lirones, tres huevos de avestruz y 3 huevos de pata (BARRADO FERNÁNDEZ, 2001).

Dice el texto que *“los sacerdotes introdujeron el Arca de la Alianza del Señor... debajo de las alas de los querubines. De esta forma, los querubines con las alas extendidas sobre el lugar del arca protegían desde arriba el arca”* (I Reyes 8, 6-7). Poco antes, en el capítulo 6, 23-30, describió el autor a esas figuras hechas de madera de olivo, chapadas en oro. Eran unas imágenes mitológicas con cuerpo de animal y rostro de hombre que el pueblo judío pudo conocer en los templos de Babilonia durante el destierro. Se citan en otros textos bíblicos: ¿Recuerdas cómo Dios, tras expulsar a Adán y Eva del paraíso, puso en la puerta a unos querubines con una espada de fuego para que no intentaran entrar de nuevo? (Génesis 3, 24). Como deduces del texto, estos querubines no son dioses, sino seres inferiores al servicio de Dios.

La tradición cristiana también nos habla de unos seres espirituales (los ángeles) al servicio de Dios. San Ambrosio (siglo IV) es el primero que clasifica a los ángeles, según su oficio, en nueve categorías. Entre ellos están los ángeles, arcángeles, *querubines*, serafines, etc. De algunos conocemos hasta el nombre. El más famoso es el ángel Gabriel, el de la anunciación a María. También es famoso Rafael, el que acompañó a Tobías en un largo viaje. El Catecismo de la Iglesia Católica (número 329) nos habla mucho de los ángeles como de una verdad de fe, testimoniada tanto por la Escritura como por la Tradición. Los define como servidores y mensajeros de Dios, que contemplan constantemente su rostro, en palabras del mismo Jesús (Mateo 18, 10).

De este punto sólo me queda recomendarte la larga y preciosa oración de Salomón una vez terminado todo. Te la voy a citar en la propuesta de trabajo. Es de las oraciones más profundas de la Biblia. Todo dentro del espíritu deuteronomista de buenas relaciones entre Dios y su pueblo. *“Al octavo día Salomón despidió al pueblo; ellos bendijeron al rey y, alegres, marcharon a sus tiendas con el corazón lleno de gozo por todos los bienes que el Señor había concedido a su siervo David y a su pueblo Israel”* (I Reyes 8, 66). Fíjate que no dice a Salomón, a pesar de ser el protagonista del momento. Habla de bendiciones a David. Es la casa de David la bendecida. De ella nacerá el Mesías, Jesús. De todas formas el capítulo 9 comienza con una bendición a Salomón. Dios estará con él, hasta que se olvide de la Alianza, como veremos en II Reyes 11.

Todo magnífico, pero la infidelidad continua de los reyes de Israel hizo que todo acabara mal: el ejército de Nabucodonosor ***“incendió el templo del Señor y el palacio real... demolieron las columnas de bronce, las basas y el mar de bronce que estaba en el templo del Señor. Se llevaron también las ollas, las paletas, los cuchillos, las cucharas y todos los utensilios de bronce que se utilizaban... y lo que había de oro y plata puros”*** (II Reyes 25). Pero esto lo veremos más tarde, al final del tema 10°.

4. - Más luces en el reinado de Salomón. Aunque lo más importante sobre Salomón ya está dicho, impresiona leer el trozo que abarca I Reyes 9, 10 al capítulo 10 entero. Es el Salomón constructor, comerciante y político. Su sabiduría le hizo el más grande. Construyó una flota, buscó marineros en Edom y se hizo a la mar, camino nunca utilizado por Israel. Una vez cada tres años volvían los barcos de Salomón de Tarsis hasta Jerusalén ***“cargados de oro, plata, marfil, monos y pavos reales”*** (I Reyes 10, 22). En uno de estos barcos sitúa la Biblia la huida a Tarsis del profeta Jonás, cuando Dios lo manda predicar a Nínive (Jonás 1, 1-3). Muchos dan como posible que ese Tarsis que tantas veces sale en la Biblia estuviera localizado en la colonia fenicia de Tartessos, o sea en Huelva, aunque los argumentos que defienden esta hipótesis no constituyan una prueba evidente, ni sean los de la mayoría de los autores.

Tú lee estos dos capítulos y fíjate en la gran sabiduría de Salomón, alabada por propios y extraños. La famosa reina de Saba reconoce esa sabiduría y su origen: ***“Bendito sea el Señor, tu Dios, que se ha complacido en ti sentándote en el trono de Israel, en virtud del amor del Señor hacia Israel para siempre, y te ha constituido rey para ejercer el derecho y la justicia”***. Y, más adelante, dice: ***“Todo el mundo trataba de ver al rey Salomón para oír la sabiduría que Dios había infundido en su corazón”*** (I Reyes 10, 9 y 24). En bienestar y progreso nunca se había visto nada igual en Israel. Mientras Salomón fue fiel a Dios abundó el bienestar y la prosperidad. Así estaba dicho en el Deuteronomio. Pero también estaba avisado lo que viene a continuación. Veamos las sombras del reinado de Salomón.

5. - Sombras en la vida del rey Salomón. Estamos en I Reyes 11. Hemos dicho varias veces que una de las cosas bonitas de la Biblia es que nos muestra la realidad tal como es, sin disimular los defectos de sus protagonistas. Y si hasta ahora ha dedicado diez capítulos a mostrarnos las luces del rey sabio, ahora va a destacar sus sombras, sus pecados. El primero y más grave el de idolatría. Te resumo el texto: ***“El rey Salomón amó a muchas mujeres extranjeras... procedentes de los pueblos sobre los que el Señor había dicho a los israelitas: no os unáis con ellas y que ellas no se unan con vosotros porque inclinarán vuestro corazón tras sus dioses. Pero Salomón se inclinó a ellas por amor. Tuvo setecientas mujeres con categoría de princesas y trescientas de concubinas... Cuando Salomón llegó a la ancianidad, ellas inclinaron su corazón tras dioses extraños y su corazón no fue por entero para el Señor, su Dios, como lo había sido el corazón de su padre David”***. Edificó

altares a los dioses extranjeros y *“El Señor se irritó contra Salomón porque había apartado su corazón del Señor, Dios de Israel”* (I Reyes 11).

Salomón ha roto la Alianza; pretende compaginar el amor a Dios con el amor a las mujeres extranjeras y a los ídolos que éstas le han traído. Dios exige un amor exclusivo; su corazón tenía que ser *“entero para el Señor”*, como exigía la Alianza. El Señor se presenta ante Salomón, le da las quejas y le anuncia la división del reino, si bien no en su persona en atención a su padre David, sino en la de su hijo Roboán, del que se separarán las diez tribus del norte, quedando su reino reducido a la mínima expresión, aunque conservando Jerusalén y el templo, según la promesa hecha a David y al mismo Salomón. Entre este anuncio a Salomón y la elección de Jeroboán, la persona que va a ser el instrumento en manos de Dios para cumplir el castigo, el autor hace resurgir a dos viejos enemigos exteriores que habían incordiado desde siempre a Israel pero sin éxito y que toman ahora nuevas fuerzas. Uno es Hadad de Edom, en el sur, y otro Rezón de Damasco, en el norte (I Reyes 11, 14-25). Además de Jeroboán, que lo tenía dentro.

Para que se vea claro que la división del reino es un castigo de Dios, es el profeta Ajías, del santuario de Siló, el que se hace el contradicho con Jeroboán y le anuncia, con el gesto simbólico y profético de trocear su manto nuevo en doce partes y darle diez a un hombre de la tribu de Efraín al norte, que él es el elegido por Dios para cumplir la amenaza del castigo: *“Quitaré el reino de la mano de su hijo (Roboán) y te daré a ti diez tribus”* (I Reyes 11, 35). El Señor está dispuesto a hacer alianza con este nuevo elegido, si obedece al Señor. Ya veremos que ni unos ni otros obedecieron a Dios por lo que esas diez tribus del norte (Israel) terminaron desterradas en Asiria el año 722 antes de Cristo, como más tarde la tribu de Judá acabaría en Babilonia (año 587 antes de Cristo).

“El resto de los hechos de Salomón, todo lo que hizo y su sabiduría ¿no están escritos en el libro de los Hechos de Salomón? El tiempo que Salomón reinó en Jerusalén sobre todo Israel fue de cuarenta años. Murió Salomón, como sus padres, y fue enterrado en la ciudad de David. Tras él reinó su hijo Roboán” (I Reyes 11, 41-43). Desgraciadamente el libro de los Hechos de Salomón se perdió. Posiblemente los once capítulos que hemos visto en este tema estén inspirados en ese libro. Hubo otros libros que se perdieron, como el Libro de los Justos (II Samuel 1, 18).

PROPUESTA DE TRABAJO:

Lecturas:

I Reyes 8, 14-61

I Corintios 6, 12-20

Mateo 11, 25-27

Preguntas:

1. - La primera lectura es la oración de Salomón después de terminar el templo de Dios. Léela despacio y destaca lo que más te guste de ella.

2. - En la comunidad de Corinto abundan los pecados de la carne, entre ellos la fornicación. Pablo les advierte: vosotros sois templos vivos del Espíritu Santo. Lee la cita y piensa si te sientes un templo vivo.

3. - El evangelio, la palabra de Jesús, es la sabiduría de Dios. Salomón recibió de Dios esa sabiduría. ¿Cuál es la actitud fundamental para recibirla del Padre, según Jesús?

Tema 10º. - LA DIVISIÓN DEL REINO: JUDÁ E ISRAEL

1. - Introducción. Con la muerte de Salomón cierra el pueblo de Israel ochenta años en los que ha conocido la prosperidad y, sobre todo, la unión entre todas las tribus en torno a la gran personalidad de su padre, primero, y suya después. Ya vimos en el capítulo anterior cómo los últimos años de Salomón estuvieron mal vistos a los ojos del Señor porque permitió ídolos en Israel y él mismo no cumplió el compromiso de la Alianza. El profeta Ajías es el encargado por Dios de anunciar a Jeroboán que el Señor va a castigar el pecado de su pueblo con la división del reino, entregándole a él el reino del **norte, Israel**. Sólo la gran tribu de Judá y la pequeña de Benjamín quedarían en el sur, porque la tribu de Simeón, que en el reparto de tierra sólo había recibido unas ciudades situadas en la parte meridional de Judá, había sido reabsorbida por ésta, hasta desaparecer prácticamente del mapa. Por eso el reino del sur llevaría el nombre de Judá.

Vamos, pues, a estudiar la historia paralela de los dos reinos. Son unos 335 años de historia: los que van entre la muerte de Salomón el año 922 y la caída de Jerusalén el año 586, siempre antes de Cristo. Samaría, capital del norte, había caído 135 años antes. 20 reyes se sucedieron en Judá y 18 en Israel. Al final de este tema te pondré la lista de los reyes con los años de su reinado, por si quieres situar a alguno en un momento concreto del desarrollo del tema. La primera aclaración que quiero hacerte es que tanto en las biblias como en los libros de consulta que estoy utilizando casi nunca coinciden exactamente los nombres y fechas. Las traducciones y los cálculos son difíciles de precisar. Tampoco importa mucho dos años más o menos y la traducción de un nombre con una letra u otra.

Naturalmente, tampoco vamos a estudiar a los reyes uno por uno. Sería aburridísimo y no nos aportaría nada a nuestro propósito. Las vidas de todos los reyes de Israel y casi todos los de Judá las resume la Biblia con esta frase *“hicieron el mal a los ojos del Señor”*. Sólo dos, Ezequías y su biznieto Josías, se merecen este otro juicio bíblico: *“Hizo lo recto a los ojos del Señor en todo, siguiendo los caminos de su padre David”*. En estos dos nos detendremos un poco más y pasaremos de puntillas por la vida de los otros. Ten en cuenta que este tema va a abarcar buena parte de los dos libros de los Reyes. Iremos floreado lo más interesante mientras que historiadores y expertos siguen profundizando en su estudio y precisando más en fechas, nombres y datos.

Una última aclaración: durante estos tres siglos largos se suceden muchos profetas en Israel. Son como centinelas que recuerdan a todos el compromiso de la Alianza. Los hay de todo tipo: buenos y malos, **cortesanos** pagados por el rey y **carismáticos** que viven al margen del palacio real y van de pueblo en pueblo manteniendo esa llamita de la Alianza entre la gente sencilla, sin dejar por esto de denunciar a los poderosos de turno. Entre otros muchos, destacan dos: **Elías** y su discípulo **Eliseo**. Sus vidas, obras y milagros nos pueden enseñar tanto que les vamos a dedicar un capítulo aparte. La vida de Elías se nos cuenta en I Reyes 17-22 y la de

Eliseo en II Reyes 1-13. Las veremos en los próximos capítulos y sacaremos de ellas muchas de las enseñanzas que contienen.

En I Reyes 12, 1-19 tienes descrita la división política del reino. Muerto Salomón, Roboán convoca una asamblea en Siquén, donde mismo la había convocado Josué tras el reparto de las tierras conquistadas (Josué 24). Si aquella asamblea significó el nacimiento de la confederación de tribus israelitas, ésta va a significar el fin de la unión. Roboán es proclamado rey de todo Israel pero Jeroboán se presenta ante él, acompañado por los representantes de las diez tribus del norte y le dice: ***“Tu padre nos impuso una dura servidumbre y un pesado yugo. Aligéralo tú y te serviremos”***. Roboán pide tiempo para pensárselo pero, frente al prudente consejo de los ancianos, se deja llevar por la impulsividad de jóvenes e inexpertos consejeros y responde con dureza a las pretensiones de Israel. ***“Mi dedo meñique es más recio que la cintura de mi padre. Mi padre hizo pesado vuestro yugo, y yo os lo aumentaré: mi padre os castigaba con látigo y yo os castigaré con escorpiones”*** (I Reyes 12, 10).

Y subraya el texto: ***“El rey no escuchó al pueblo porque así estaba dispuesto por el Señor para que se cumpliera la palabra que había pronunciado el Señor por medio de Ajías acerca de Jeroboán”***. Como ves, los teólogos redactores del texto ven siempre y en todo el cumplimiento de los planes de Dios que lleva la historia. La soberbia e inexperiencia política de Roboán son ahora los renglones torcidos en los que Dios escribe derecho. En definitiva, las tribus del norte se apartan de la casa de David: ***“¿Qué tenemos en común con David, qué heredamos con el hijo de Jesé? ¿A tus tiendas, Israel! ¡Preocúpate ahora de tu casa, David!... E Israel se separó de la casa de David hasta el día de hoy”*** (I Reyes 12, 16-19).

Se ha consumado la separación política. En los capítulos 13 y 14 se consumará el cisma, esto es, la separación del culto religioso. Jeroboán se decía con razón para sus adentros: ***“Si este pueblo sube a ofrecer sacrificios al templo del Señor en Jerusalén, su corazón se volverá hacia Roboán y me matarán”***. Decidió fabricar dos becerros de oro y dijo a su pueblo: ***“Ya habéis subido bastante a Jerusalén. Israel, aquí están tus dioses que te sacaron del país de Egipto”***. Colocó a uno en Betel y a otro en Dan. Y les busco a unos sacerdotes que no eran de la tribu de Leví. Naturalmente el texto condena el altar de Betel y el culto que en él se realiza. Todo el capítulo 13 está dedicado a esa condena, pero el cisma estaba consumado y este pecado de Jeroboán acarreó el castigo divino sobre él y sobre su casa.

2. - Los reyes de Judá e Israel hasta el profeta Elías. Cuenta el libro II Crónicas 11, 1-3 que Roboán, cuando ve que las tribus del norte se separan y se queda sólo con la de Judá, reúne a ciento ochenta y cinco mil soldados y se decide a terminar con el cisma, pero el Señor le manda a Semaías, un hombre de Dios, que le dice: ***“No subáis ni peleéis con vuestros hermanos; que cada uno vuelva a su casa, pues esto ha sucedido por disposición mía. Ellos obedecieron la palabra del Señor y desistieron de marchar contra Jeroboán”***. Obedeció por temor, pero obedeció. Se

quedó reinando en Jerusalén, ***“la ciudad que el Señor había elegido entre todas las tribus de Israel para poner en ella su nombre”*** (I Reyes 14, 21).

La vida de Roboán es una historia de pecado que su pueblo pagaría con continuas correcciones de Dios: ***“Judá hizo el mal a los ojos de Yavé... edificaron templos en todas las colinas... algunos consagrados a la prostitución... hicieron toda clase de pecados”***. ***“Sisac, al faraón de Egipto, subió contra Jerusalén y se llevó todo: los tesoros del templo y los de palacio”***. ***“Las guerras entre Jeroboán y Roboán (entre Israel y Judá) eran continuas”***. Así, más o menos, continúan las vidas de todos estos reyes. Fíjate que siempre hay un juicio moral y religioso sobre cada uno. Generalmente negativo: ***“cometió todos los pecados que su padre había cometido antes que él y su corazón no fue obediente al Señor”*** (I Reyes 15, 3). Alguno, como Asá, rey de Judá merece un juicio positivo con reserva: ***“Hizo lo agradable a los ojos del Señor, como su padre David, aunque no destruyó los santuarios”***.

De los reyes de Israel, el reino del norte, siempre se dice que ***“hicieron el mal a los ojos de Yavé, irritando al Señor”***. Los asesinatos, las conjuras de palacio y la eliminación de familias enteras están a la orden del día. Son como renglones torcidos en los que Dios va escribiendo la historia. Las múltiples desgracias que se suceden se atribuyen normalmente a un castigo de Dios, irritado a causa de los pecados de los hombres, sobre todo de la infidelidad a la Alianza. En el reino de Judá se mantiene la línea dinástica de David, por eso siempre cita a la madre del rey, mientras que en el de Israel no hay esa línea sucesoria. Por ejemplo, el general Omrí, padre de Ajab, inaugura una nueva dinastía, que fue próspera para Israel, pues fundó Samaría como capital del reino, aunque, como todos: ***“Hizo el mal a los ojos del Señor y se portó peor que todos sus predecesores”*** (I Reyes 16, 25).

Cada rey bate el record de maldad de su predecesor. Fíjate que de Ajab se dice lo mismo que de su padre: ***“Irritó al Señor, Dios de Israel, más que todos los reyes de Israel que le precedieron”*** (I Reyes 16, 33). Y así de casi todos. La monarquía será recordada como una mala experiencia, salvando a David, Salomón y a unos cuantos reyes reformadores de Judá que vamos a estudiar en este mismo tema. Estamos en el capítulo 17 de I Reyes. Entra el profeta Elías en escena. Tras de él vendrá su discípulo Eliseo. Dos figuras tan importantes en la vida del pueblo de Dios que merecen ser estudiadas aparte. De ellos y de los reyes con los que convivieron, hablaremos en los temas siguientes. La vida de Eliseo termina en II Reyes 13. Damos un salto hasta ahí y dejamos en pendiente ese gran paréntesis que habla de los dos profetas carismáticos.

3. - Los reyes de Judá e Israel hasta la caída de Samaría. Reanudamos entonces nuestra explicación en el II Reyes 14 con Amasías, rey de Judá, y Joás, rey en Israel. Son cuatro capítulos que abarcan el reinado de los últimos siete reyes de Israel y de los cuatro reyes de Judá hasta llegar al gran rey reformador Ezequías. Este punto lo terminaremos con la caída de Samaría, la capital del reino del norte, Israel.

Lee esos cuatro capítulos (II Reyes 14-17). Te va a ir presentando los distintos reyes de ambos reinos. Esta presentación se centra siempre en tres puntos: **cuándo** subió al trono, **cuánto** tiempo reinó y **cómo** se portó. Fíjate que el año de subida al trono lo señalan con referencia al tiempo que lleva reinando el monarca del otro reino. Ya dijimos que si se trata de reyes de Judá, te dirá además el nombre de la madre, dándote a entender que en la casa de David se mantuvo el orden dinástico. El Mesías esperado habría de tener sangre de David, ser **“hijo de David”**. En el reino de Israel, por el contrario, se sucedieron muchas dinastías, con exterminio de familias enteras.

A Amasías, asesinado como su padre Joás, le sucedió su hijo Ozías al que en otros lugares llaman Azarías. ¿Por qué dos nombres? La verdad es que no se sabe. La Biblia de Jerusalén, por ejemplo, dice que *“el primer nombre pudo ser el del nacimiento y el segundo el de la coronación”*. Puede ser. También nuestros reyes, papas y religiosos utilizan dos nombres, el que le pusieron sus padres y el que él mismo se pone al ser coronado rey, elegido papa o consagrado en religión. Verás que se suceden asesinatos, robos, guerras y conspiraciones de palacio (a Salum, rey de Israel, lo mataron al mes de llegar al trono). Y sobre todo esta frase: ***“Hizo mal a los ojos del Señor”***. Con algunos reyes de Judá es un poco más benigno y suele decir ***“Hizo el bien a los ojos del Señor, aunque no destruyó los altares de los ídolos”***. El autor quiere dejarnos claro que nunca fueron fieles del todo a Dios, lo que pagaron con el destierro.

II Reyes 16 está dedicado entero al rey Acaz o Ajaz de Judá. Como rey actuó bien, aliándose con Asiria frente a Siria e Israel que se lo querían anexionar, y salvando de momento la continuidad de la dinastía davídica en Judá. Pero el precio de esta alianza fue muy grande porque tuvo que claudicar de su fe: ***“ofreció sacrificios y quemó incienso en todos los altares”***, hasta sacrificar a su propio hijo en un altar, como hacían los paganos. Tuvo enfrente al profeta Isaías, enemigo de la alianza con extranjeros y guardián del culto exclusivo al Dios único. Dios ha elegido a Israel y sólo Él tendrá que salvarlo, no la alianza con paganos. Acaz no cree al profeta y éste le dice que pida una señal a Dios, pero el astuto rey no quiere pedirla no sea que Dios se la dé y quede comprometido con la palabra del profeta. Lee el capítulo 7 de Isaías: ***“Entonces dijo Dios: Escucha, casa de David: ¿No os basta cansar a los hombres, que cansáis incluso a Dios? Pues el Señor, por su cuenta, os dará una señal. Mirad, una virgen está encinta y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Enmanuel, que significa Dios con nosotros”*** (Isaías 7, 13-14).

Este texto, que es una de las profecías más importantes del Antiguo Testamento, se está refiriendo probablemente a Ezequías, el hijo del rey Acaz, que renovó la presencia de Dios en su pueblo con una gran reforma religiosa, como veremos enseguida. Pero la tradición cristiana ha visto, desde los primeros tiempos, en esta profecía un anuncio claro del futuro Mesías, Jesucristo. María, contrariamente a Acaz, confió en Dios y fue proclamada dichosa por haber creído. El evangelista Mateo aplica ya esta profecía a la Virgen (Mateo 1, 23). También es cierto que si Acaz (Ajaz) no se hubiera aliado con Asiria, probablemente Siria e Israel habrían

acabado con él, imponiendo en Jerusalén a un rey ajeno a la casa de David (Isaías 7, 6), rompiendo así la línea dinástica. Una vez más, Dios escribe derecho con renglones torcidos. Así tenemos que verlo, desde la fe.

Llegamos al capítulo 17 y, con él, al final del reino del norte, Israel. El nuevo rey de Israel, Oseas, pagaba tributos al rey de Asiria hasta que, aprovechando un cambio en el trono y contando con la ayuda de Egipto, se negó a seguir pagando. La respuesta a esta negativa no se hizo esperar: las tropas de Salmanasar invaden Israel y sitian a su capital y ***“el año noveno del reinado de Oseas, el rey de Asiria tomó Samaría y llevó a Israel cautivo a Asiria”*** (II Reyes 17, 6). Transcurría, más o menos, el año 721 antes de Cristo. Naturalmente en estas deportaciones no se llevaban a todas las personas del país conquistado, sino sólo a la gente importante como gobernantes, sacerdotes, personas ricas y artesanos. Se trataba de privar al pueblo de sus dirigentes para que no se organizaran frente a los ocupantes, sino que siguieran pagando el tributo sin resistirse. Éstos podrían ser un 10% de la población total; el resto seguía ajeno a la política, aunque pagando impuestos al invasor.

Éstos son datos históricos, de los que hay constancia en las historias asiria y egipcia porque ya estamos hablando de fechas más recientes. Esta historia, cuando es interpretada a la luz de la fe, se convierte en Historia de la Salvación. El resto de este capítulo 17 nos trae la reflexión del teólogo judío sobre estos acontecimientos, reflexión que es tanto una seria mirada al pasado como advertencia para el futuro. *“¿Por qué nos ha pasado todo esto? ¿Nos ha fallado Dios?”* Son las preguntas que se hacen y ellos mismos se responden: ***“Esto sucedió porque los israelitas pecaron contra el Señor, su Dios, que les había sacado del país de Egipto y de la opresión de Faraón, dando culto a otros dioses... El Señor había avisado a Israel y Judá por medio de los profetas y de todos sus videntes diciendo: Convertíos de vuestros malos caminos y guardad mis mandatos y decretos... Ellos rechazaron sus decretos, la Alianza que hizo con sus padres y las advertencias que les dirigió... Entonces el Señor se irritó muchísimo”***. En la propuesta de trabajo te cito esta lectura.

4. - Intentos de reforma religiosa y caída de Judá. Vamos a estudiar el resto de II Reyes. Ocho capítulos (del 18 al 25). De ellos, los tres primeros están dedicados a Ezequías, que llevó a cabo el primer intento serio de reforma religiosa en Judá. La tradición guarda un buen recuerdo de Ezequías: ***“Hizo lo recto a los ojos del Señor en todo, tal como lo había hecho su padre David. Derribó los altares, tiró las imágenes e incluso rompió la serpiente de bronce que Moisés había hecho y a la que los israelitas habían quemado incienso. Confió en Yavé, Dios de Israel. Después de él no ha habido otro igual entre los reyes de Judá, ni lo hubo entre los que le precedieron... El Señor estuvo con él y así tuvo éxito en todas las empresas que emprendió”*** (II Reyes 18, 1-6).

Lee los capítulos 18, 19 y 20. Ezequías lo tiene todo muy difícil. Judá es un pueblo pequeño y está entre dos grandes potencias: Asiria al norte y Egipto al sur. Ambas desean el trozo de tierra de Judá porque es camino de paso hacia el otro. El

profeta Isaías, hombre religioso y buen político, le anima a mantener la fe en Dios. Senaquerib, rey de Asiria, se burla del Dios de Judá confiando en sus fuerzas. Ezequías pasa mucho miedo y paga duros impuestos, pero el profeta Isaías no teme las amenazas del rey pagano y dice a Ezequías: ***“Así dice el Señor: No temas las palabras que has oído, con las que los siervos del rey de Asiria me han ofendido”***. Animado por Isaías, la fe de Ezequías no decae y reza: ***“Señor, Dios nuestro, sálvanos, por favor, de la mano del rey asirio, y todos los reinos de la tierra sabrán que sólo Tú, el Señor, eres Dios”*** (II Reyes 19, 19).

El Señor, por boca de su profeta Isaías, pronuncia un precioso oráculo contra el soberbio Senaquerib, rey de Asiria. Léelo en el capítulo 19. En resumen viene a decir: Yo soy el único Dios que he salvado a este pueblo de Egipto. También lo salvaré de ti, porque tu soberbia ha llegado a mis oídos. Volverás a tu tierra derrotado por el mismo camino que has traído. Y termina: ***“Protegeré a esta ciudad por mí y por mi siervo David”***. Esta frase es muy importante porque encierra el espíritu deuteronomico. ***“Protegeré esta ciudad por mí...”*** (que soy el Dios único). ***“Y por mi siervo David...”*** (porque tengo hecha una promesa a su casa y yo cumplo siempre, aunque sus hijos no cumplan). Esta misma frase la volverá a repetir en el capítulo 20, 6 cuando Isaías le comunique a Ezequías la curación de una grave enfermedad que padece.

Para nosotros lo importante es el hilo conductor de toda esta trama: Dios cumple siempre. Una epidemia de peste se abate sobre el ejército de Senaquerib que pierde en una noche 185.000 hombres y se vuelve a Nínive. El fin del malvado, que se burló del Dios de Israel, se produce a manos de sus propios hijos, mientras adoraba a su dios. El Señor está con Ezequías y cuida de él y de Jerusalén. Al final de sus días hace un intento de congraciarse con el rey de Babilonia que le ofrece un pacto. Ezequías intenta impresionar a los emisarios reales mostrándoles todas sus riquezas. Isaías no quiere que el rey confíe en sus riquezas, ni que pacte con extranjeros sino que confíe sólo en Dios: ***“He aquí que llegan días en que todo cuanto hay en tu casa y cuanto reunieron tus padres hasta el día de hoy será llevado a Babilonia... tus hijos serán eunucos en el palacio real”*** (II Reyes 20, 16-18). Ante esta profecía, Ezequías se consuela pensando que sus días, al menos, serán tranquilos.

Su hijo Manasés y su nieto Amón se suceden en el trono. No pudieron ser peores. Manasés más que Amón porque tuvo más tiempo (reinó durante 55 años, más que nadie en Judá). Hizo todo lo malo a los ojos del Señor: ***“Volvió a edificar los lugares de cultos destruidos por su padre Ezequías... sacrificó a sus hijos en el fuego... hizo magia negra... echó conjuros... edificó altares en el templo... se esforzó en hacer lo malo a los ojos del Señor para irritarle... derramó muchísima sangre inocente en todo Jerusalén”***. Su hijo Amón no tuvo nada que envidiarle: ***“Hizo lo malo a los ojos del Señor, como su padre Manasés”***. A este Amón lo mataron la gente de palacio, pero el pueblo sencillo salva la línea dinástica de David liquidando a los asesinos del rey y colocando en su lugar a su hijo Josías, de sólo ocho años de edad.

Josías representa el último intento de salvar la caída de Judá. Durante su largo reinado, ***“Hizo lo recto a los ojos del Señor y siguió en todo los caminos de su padre David, sin apartarse a derecha o izquierda”***. Tiene dedicado II Reyes 22 y 23. Léelos. Durante su reinado se descubrió, en unas obras de reforma en el templo, un manuscrito del libro del Deuteronomio, como ya vimos el año pasado. Tras consultar con una profetisa el significado del hallazgo hecho en el templo y oídas las desgracias que vendrían a sus descendientes, hace una lectura pública y solemne del libro, renueva la Alianza del pueblo con Dios e inicia una reforma impresionante, siguiendo la letra y el espíritu del libro encontrado en el templo: quema todos los objetos de culto adquiridos por su padre y abuelo, derriba todos los altares de los ídolos, mata a los sacerdotes que los atendían, termina con los adivinos, los espiritistas y con ***“todas las abominaciones que pudieron verse en el país de Judá y en Jerusalén”*** (II Reyes 23, 24).

Josías manda celebrar la Pascua en Jerusalén, según las normas escritas en el libro del Deuteronomio encontrado en el templo. El Deuteronomio decía ***“No podrás sacrificar la Pascua en ninguna de las ciudades que Yavé, tu Dios, te da sino que sólo en el lugar elegido por Yavé, tu Dios, para morada de su nombre, podrás sacrificar la Pascua”*** (Deuteronomio 16, 5-6). Y en los tiempos de los jueces así se hacía: se celebraba una única Pascua en el santuario donde tenían el Arca de la Alianza, residencia de Dios en medio de su pueblo. Durante la monarquía se había convertido en una fiesta de familia, como recoge otra tradición en Éxodo 12. Josías vuelve a imponer la antigua tradición del tiempo de la confederación de tribus bajo los jueces, buscando tanto celebrar la liberación de Egipto apoyando la inolvidable experiencia vivida por todo el pueblo en el desierto como evitar las tentaciones de otros santuarios. En tiempos de Jesús se mantienen las dos tradiciones: la pascua en el templo de Jerusalén, como la fiesta principal de los judíos, y la pascua en familia, donde instituyó Jesús la Eucaristía.

Muere Josías a mano de los soldados de Faraón, según II Crónicas por desobedecer unas órdenes de Dios que hablaba por boca de Faraón. Lo entierran y el pueblo llano, para que no se pierda la línea dinástica de David, nombra a su hijo Joacaz rey de Judá. Tanto él como sus tres descendientes (Joaquín, Jeconías y Sedecías) hicieron siempre lo malo a los ojos del Señor. Y, a causa de este comportamiento, les vinieron muchas desgracias. Y para que nadie pensara que esas desgracias sucedieron por casualidad o por mala suerte, el teólogo que interpreta y escribe la historia aclara: ***“Esto le sucedía a Judá solamente por la disposición del Señor... a causa de todos los pecados que había cometido Manasés... El Señor no quiso perdonar”*** (II Reyes 24, 3-4).

Y, como Dios se cansó de perdonar, a los tres meses de subir al trono, Nabucodonosor sitió a Jerusalén, cogió preso al rey Jeconías e hizo la primera deportación de todos los jefes, guerreros, cerrajeros, herreros y todas las personas útiles de la ciudad, dejando sólo al pueblo llano para que trabajara el campo. Esta

primera salida hacia el exilio fue el año 597 antes de Cristo. Nabucodonosor deja a Sedecías, otro hijo de Josías, al frente del reino pero ya la decisión de Dios está tomada y el rey hace el mal a los ojos de Dios, como su hermano. Se rebela contra el rey de Babilonia, que sitia a Jerusalén y la destruye totalmente, *“Llevándose a Judá al destierro, lejos de su tierra”* (II Reyes 25, 21). Al exilio en Babilonia dedicaremos otro tema.

PROPUESTA DE TRABAJO:

Lecturas:

II Reyes 17

Romanos 5, 1-11

Lucas 15, 11-32

Preguntas:

1. - Cuando el pueblo de Dios reflexiona sobre su historia lo hace a la luz de la fe, convirtiéndola en Historia de la Salvación. Lee la primera cita que te pongo y aprende a interpretar los acontecimientos de tu vida a la luz de la fe, para ver en ellos tu Historia de la Salvación.

2. - La prueba del amor de Dios a nuestros padres, fue siempre su fidelidad a la Alianza. ¿Cuál es ahora? Lee la cita de la carta a los Romanos y contesta.

3. - La historia de los reyes de Judá e Israel es la misma historia del padre bueno y el hijo pródigo de la parábola de Lucas, la eterna parábola de la vida de cada uno de nosotros ¿Cómo te ves reflejado en ella?

EL REINO DIVIDIDO

REYES DE JUDÁ

Roboán (922-915)

Abías (915-913)

Asá (913-873)

Josafat (873-849)

Jorán (849-842)

Ocozías (842)

Atalía (842-837)

Joás(837-800)

Amasías (800-783)

Ozías (783-742)

Jotán (742-735)

Acaz (735-715)

Ezequías (715-686)

Manasés (686-642)

Amón (642-640)

Josías (640-609)

Joacaz (609)

REYES DE ISRAEL

Jeroboán (922-901)

Nadab (901-900)

Basá (900-877)

Elá (877-876)

Zimrí (876)

Omrí (876-869)

Ajab (869-850)

Ocozías (850-849)

Jorán (849-842)

Jehú (842-815)

Joacaz (815-801)

Joás (801-786)

Jeroboán II (786-746)

Zacarías (746-745)

Salún (745)

Menajén (745-738)

Pecajías (737-735)

Joaquín (Yoyaquín) (609-598)

Jeconías (598-597)

Sedecías (597-586)

Caída de Jerusalén

587-586

Pécaj (735-732)

Oseas (732-724)

Caída de Samaría

721

(Naturalmente, todas las fechas puestas entre paréntesis son antes de Cristo)

Tema 11º. - ELÍAS, EL PROFETA CARISMÁTICO

1. - Introducción. Recuerda que en el tema 10º explicamos desde la división en dos del reino de Salomón hasta el exilio: el del norte, Israel, que el año 721 antes de Cristo sale deportado hacia Asiria, y el reino del sur, Judá, que el año 586 antes de Cristo recorre, cargado de cadenas, los mil quinientos kilómetros que le separan de Babilonia. Ya veremos cómo esta deportación no fue sino un castigo o corrección de Dios a tanta infidelidad a la Alianza como amontonaron los reyes. ¿Te acuerdas que en la explicación de los libros de los Reyes hicimos un paréntesis que va desde el capítulo 17 del I Reyes al 13 del II Reyes? Dijimos que los dejábamos porque esos 19 capítulos estaban dedicados a dos personajes muy importantes en la Historia de la Salvación, que bien se merecían una explicación aparte. Pues en eso estamos.

Recuerda también que en la página
 del primer libro de este Curso de Iniciación a la Biblia, cuando te hablé de los géneros literarios con que los hombres expresaban la Palabra inspirada por Dios, te expliqué la Profecía, como un género literario más. Allí te dije que en ese género literario se expresaron los profetas y profetisas, que se podían contar por miles y que los había de todas las clases: Por ejemplo, los cortesanos, que vivían en el palacio real, comiendo del presupuesto, por lo que eran poco fiables, en general. Otros eran carismáticos, que iban de pueblo en pueblo, predicando la fidelidad a la Alianza y apoyados por Dios que les concedía el don de hacer milagros para apoyar sus palabras. Éstos vivían de limosnas o de su trabajo. Y, por supuesto, en ambos grupos había profetas buenos y malos. Un buen profeta cortesano fue Natán, que denunció a David su pecado. Dos buenos profetas carismáticos fueron Elías y Eliseo, que vamos a estudiar en este tema y en el siguiente.

2. - El profeta Elías. ¿Quién fue Elías? Su nombre significa “*Yavé es mi Dios*”: un nombre muy acertado, como verás. Vivió en el reino del norte (Israel), en tiempos del rey Ajab y de su hijo Ocozías, en el segundo tercio del siglo IX antes de Cristo. La Biblia no dice quién fue su padre. Sí dice, en cambio, que era de la ciudad de Tisbé: “*Elías, el tesbita, de Tisbé de Galaad*”. De la importancia del profeta Elías en la historia de Israel, no hay la menor duda. Elías es tan importante como Moisés. Éste representa la Ley, Elías el profetismo: ambos abarcan todo el Antiguo Testamento, la Ley y los profetas, hasta que llegue Jesús y les dé plenitud a la Ley y los profetas. Como, además, dice la Biblia que no murió sino que desapareció arrebatado a los cielos por un carro de fuego, muchos esperaban su vuelta y, cuando aparecía otro hombre grande en Israel, el pueblo pensaba que ese hombre era Elías que había vuelto a anunciar la próxima venida del Mesías esperado por el pueblo. Esto pasó con Juan el Bautista y con el mismo Jesús: al verlos actuar, muchos pensaron que había vuelto Elías. Para la Iglesia es “*el padre de los profetas*” (Catecismo, 2.582).

Ajab, hijo del general Omrí, *“hizo el mal a los ojos del Señor más que todos su predecesores”* (I Reyes 16, 30). Un veleta entregado a la voluntad de Jezabel, su esposa. El reino va de mal en peor y Dios manda a Elías que se plante ante el rey para denunciarle sus pecados. Como el Bautista, y todos los que se enfrentan al poder establecido, es perseguido a muerte, pero Dios está con él y lo libra de todos los peligros: el hambre, la sed, la muerte. Él se entrega a Dios y Dios cuida de su profeta, valiéndose para ello lo mismo de un cuervo que de una viuda: *“Yo ya he dado orden a los cuervos para que te alimenten”* o *“Ya yo he dado orden allí a una mujer viuda para que te alimente”* (I Reyes 17, 4 y 9). Dios siempre va por delante y está con él. Su vida y milagros son una maravilla: se nos cuentan en los capítulos 17-19 y 21 de I Reyes y en los dos primeros de II Reyes. Lee estos seis capítulos y te explico a continuación los puntos más importantes.

3. - La viuda de Sarepta. Elías irrumpe, pues, en la Biblia anunciando al rey Ajab una larga sequía de tres años, como castigo por sus cultos a Baal, el dios fenicio de la lluvia, el trigo y el aceite, de quien es muy devota Jezabel, la esposa fenicia del rey. Como veremos, Dios se va a servir de la sequía para mostrar a su pueblo que Él es el único Dios y no Baal: la lluvia no volverá hasta que la mande Yavé, el único Dios verdadero. El mismo Elías tiene que huir del hambre reinante y se refugia en Sarepta, una pequeña ciudad de la costa fenicia donde una viuda pobre cuida de él. La generosidad de esta buena mujer, que dio lo poco que tenía al hombre de Dios, será recompensada con una cantidad inagotable de trigo y aceite, pero no fruto de la generosidad de Baal, a quien en Sarepta consideraban el dios del trigo y el aceite, sino por la providencia del Dios de Israel que nunca se deja ganar en generosidad. Diríamos que Yavé gana la batalla a Baal en su propia casa, en Fenicia. Siglos más tarde, el mismo Jesús alabará la acogida de esta mujer al hombre de Dios (Lucas 4, 26).

“Elías se puso en camino hacia Sarepta, y al llegar a la puerta de la ciudad encontró allí a una viuda que recogía leña. La llamó y le dijo: Por favor, tráeme un poco de agua en un jarro para que beba. Mientras iba a buscarla le gritó: Por favor, tráeme también en la mano un poco de pan. Respondió ella: te juro por el Señor tu Dios, que no tengo ni pan; me queda sólo un puñado de harina en el cántaro y un poco de aceite en la alcuza. Ya ves que estaba recogiendo un poco de leña. Voy a hacer un pan para mí y para mi hijo; nos lo comeremos y luego moriremos. Respondió Elías: No temas. Anda, prepáralo como has dicho, pero primero hazme a mí un panecillo y tráemelo; para ti y para tu hijo lo harás después. Porque así dice el Señor, Dios de Israel: la orza de harina no se vaciará, la alcuza de aceite no se agotará, hasta el día en que el Señor envíe la lluvia sobre la tierra. Ella se fue, hizo lo que había dicho Elías y comieron los tres. Ni la orza de harina se vació, ni la alcuza de aceite se agotó: como lo había dicho el Señor por boca de Elías.

En aquellos días cayó enfermo el hijo de la viuda, tan gravemente que murió. Entonces la mujer dijo a Elías: ¿Qué tienes tú que ver conmigo?, ¿has venido a mi

casa para avivar el recuerdo de mis pecados y hacer morir a mi hijo? Elías respondió: Dame a tu hijo. Y, tomándolo de su regazo, lo subió a la habitación donde él dormía y lo acostó en su cama. Luego invocó al Señor: Señor, Dios mío, ¿también a esta mujer que me hospeda la vas a castigar haciendo morir a su hijo? Después se echó tres veces sobre el niño, invocando al Señor: Señor, Dios mío, que vuelva al niño la respiración. El Señor escuchó la súplica de Elías: al niño le volvió la respiración y revivió. Elías tomó al niño, lo llevó al piso bajo y se lo entregó a su madre diciendo: Mira, tu hijo está vivo. Entonces la mujer dijo a Elías: Ahora reconozco que eres un hombre de Dios y que la palabra del Señor en tu boca es verdad” (I Reyes 17).

Como ves, Elías resucita al hijo de esta buena viuda, cuya muerte atribuye ella a sus propios pecados denunciados por la presencia del profeta, según creencia común de la época. Como todo hombre de Dios, Elías es también solidario con el profundo dolor de la viuda y pone todo el poder de su influencia ante Dios (su oración) al servicio de la salvación y de la vida, como en otro momento lo pone en la denuncia del mal. Fíjate que la cita termina con las palabras de aquella mujer fenicia, por lo tanto no creyente en el Dios de Israel, tanto legitimando a Elías como hombre de Dios como acreditando la eficacia de su palabra profética.

4. - El sacrificio del monte Carmelo. Así es toda la vida de Elías. Siguiendo la lectura, nos lo vamos a encontrar protagonizando, en nombre de Dios, un terrible encuentro con los profetas de Baal en el monte Carmelo. La palabra de Dios pone en movimiento a Elías, por tercera vez, para que se presente delante del rey a anunciarle el fin de la sequía y pedirle un enfrentamiento con los profetas de Baal, con quienes está dispuesto a acabar. El rey lo recibe con estas palabras: *“¿Eres tú, el mal agüero de Israel?”*. Elías no se acoquina: *“¡No soy yo el que traigo el mal agüero a Israel, sino tú y la casa de tu padre que habéis abandonado los preceptos del Señor para irse tras los ídolos! Ahora manda que se reúna en torno a mí todo Israel y los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal que comen en la mesa de Jezabel”* (I Reyes 18).

Una vez reunido todo Israel, Elías recrimina al pueblo su pecado con un refrán popular: *“¿Hasta cuando vais a estar cojeando de los dos pies?”* (I Reyes 18, 21), es decir, hasta cuando vais a estar danzando con un pie ante Yavé y con el otro ante Baal, ya que danzaban a pie cojito. Decidid: si Yavé es Dios, seguidle; y si lo es Baal, seguid a Baal. *“La gente no respondió ni una palabra”*. Este silencio del pueblo que se siente culpable termina en una confesión final: *“¡El Señor es el Dios verdadero!”* (I Reyes 18, 21 y 39). Entre estos dos versículos está el milagro de Dios que manda sobre el altar preparado por Elías un fuego tan fuerte que *“abrasó la víctima, la leña, el altar y el polvo, y secó hasta el agua de la zanja”*. En este fuego abrasador ha visto la Iglesia una figura del Espíritu Santo. Movido por el celo de Dios, Elías purificó a Israel matando a los 450 profetas de Baal, tal como había mandado Moisés que se hiciera con los falsos profetas (Deuteronomio 13, 13).

5. - Elías peregrina al monte Horeb. Una vez limpio el país de esos cuatrocientos cincuenta falsos profetas, Elías reza en el monte Carmelo y el Señor manda una fuerte lluvia. Pero los problemas nunca terminan para el hombre de Dios. Cuando Ajab le cuenta a su mujer que Elías ha dado muerte a todos los profetas de Baal, la reina monta en cólera y decide acabar con Elías. Éste huye, pero su huida se convierte en peregrinación porque acaba en el Horeb o Sinaí, el monte sagrado en el que Moisés se encontró con Dios. Te resumo este capítulo 19º porque es muy importante por su valor simbólico. Fíjate cómo el peregrino Elías es alimentado por Dios, como Israel en el desierto, con un pan bajado del cielo, símbolo de la Eucaristía, nuestro alimento en el duro peregrinar por la vida. Verás también otro rostro de Dios, que ahora habla a Elías en el mismo monte Sinaí pero en *“el susurro de una suave brisa”*, en claro contraste con los ruidos de truenos y tormentas, con que habló a Moisés.

“Elías, temiendo por su vida, se levantó y huyó, llegando a Berseba de Judá donde dejó a su criado. Él continuó por el desierto, durante todo el día, y al final se sentó bajo una retama y se deseó la muerte diciendo: ¡Basta, Señor! ¡Quítame la vida que yo no valgo más que mis padres! Se echó bajo la retama y se durmió. De pronto un ángel le tocó y le dijo: ¡Levántate y come! Miró Elías y vio a su cabecera un pan cocido y un jarro de agua. Comió, bebió y se volvió a dormir. Pero el ángel del Señor le volvió a tocar y le dijo: ¡Levántate y come! Que el camino es superior a tus fuerzas. Elías se levantó, comió y bebió, y con la fuerza de aquel alimento caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb, el monte del Señor.

Allí se metió en una cueva donde pasó la noche. Y el Señor le dirigió la palabra: ¿Qué haces aquí, Elías? Respondió: Me consume el celo por el Señor Dios de los ejércitos, porque los israelitas han abandonado tu Alianza, han derruido tus altares y asesinado a tus profetas; sólo quedo yo y me buscan para matarme. El Señor le dijo: Sal y ponte en pie ante el Señor. ¡El Señor va a pasar! Vino un huracán tan violento que conmovió las montañas y hacía trizas las peñas delante del Señor; pero el Señor no estaba en el viento. Después del viento vino un terremoto, pero el Señor no estaba en el terremoto. Después vino un fuego, pero el Señor no estaba en el fuego. Tras el fuego vino una brisa suave: al sentirla Elías, se tapó el rostro con el manto, salió afuera y se puso en pie a la entrada de la cueva” (I Reyes 19).

El celo por lo que está pasando en Israel devora al profeta. Él quisiera que un fuego bajase del cielo y acabase cuanto antes con todo y con todos. Pero ése no es el camino de Dios. Más tarde diría Jesús en una parábola en la que nos explica la paciencia de Dios: *“Dejad que ambos, trigo y cizaña, crezcan juntos hasta el día de la siega”* (Mateo 13, 24). Dios tiene una paciencia infinita con nosotros, por eso le habla a Elías al oído, en un susurro. Dios no grita: ¡Cuántas veces quisiéramos exterminar al mal y a los malvados a golpe de fuego, como Elías, y Dios pone en nuestras manos el susurro de su Palabra en vez del manojito de rayos que le pedimos para acabar con el mal a nuestro estilo! *“Mis caminos no son vuestros caminos”*

(Isaías 55, 8). Junto a esta lección tan bonita del segundo párrafo citado, está la del primero: Dios nos invita a comer semanalmente el pan de la Eucaristía. El camino de la vida es superior a nuestras fuerzas para hacerlo sin contar con Dios.

6. - Otra denuncia profética: la viña de Nabot. Continuamos la lectura del libro, aparcando para el próximo tema la vocación de Eliseo, el discípulo y sucesor de Elías. En el capítulo 20 se nos narran algunas victorias de Israel sobre los arameos. Te lo puedes saltar. En cambio, en el 21 nos volvemos a encontrar con Elías enfrentado al poderoso Ajab. El rey, creyéndose dueño absoluto de la vida, atropella a Nabot, exigiéndole que le venda su viña. Éste se niega porque la heredó de su padre y los bienes paternos no se debían vender: esa viña es la parte de la “tierra prometida” que le toca custodiar a Nabot. El rey se deprime por la contrariedad y su esposa Jezabel, mediante una calumnia, consigue eliminar a Nabot. Un abuso de poder, como el de David con Urías, a quien asesinó para quedarse con su mujer. Lo mismo que David se las tuvo que ver con Natán, Ajab se encontró con Elías, su eterno enemigo. Te voy a poner la cita para que veas cómo siempre hay hombres que aman la verdad más que sus vidas y no les importa perderla ante el poderoso de turno, con tal de denunciar la eterna corrupción del poder.

“Entonces el Señor dirigió la palabra a Elías: Anda, baja al encuentro de Ajab, que está en la viña de Nabot a donde ha ido a tomar posesión. Dile: así dice el Señor: ¿Has asesinado y encima robas? Por eso: En el mismo sitio en que los perros han lamido la sangre de Nabot, también lamerán la tuya. Ajab respondió: Enemigo mío, me has sorprendido. Elías le respondió: Te he descubierto porque te has vendido haciendo el mal a los ojos del Señor. Yo traeré el mal sobre ti... porque has hecho pecar a Israel. También los perros devorarán a Jezabel en los campos de Yizreel”. Como con David, Ajab mostró arrepentimiento ante Dios y fue perdonado: *“Por haberse humillado ante mí, no traeré el mal en sus días; en los días de su hijo traeré el mal sobre su casa”* (I Reyes 21).

En el último capítulo de este libro, el 22, Ajab se alía con Josafat, rey de Judá, para recuperar una antigua ciudad israelita que estaba en manos de los sirios. Consultan a cuatrocientos profetas cortesanos sobre la conveniencia de ir a la guerra y éstos, como siempre, le aseguran el éxito que es lo que ellos quieren oír. No fiándose mucho de estos vividores de palacio, deciden consultar a algún profeta carismático fiable. Ajab piensa en Elías pero desiste porque *“nunca me profetiza nada bueno, sino desgracias”*. Josafat, *“que hacía lo recto a los ojos del Señor”* recrimina a Ajab: *“¡No hable así el rey!”*. Llaman a Miqueas y éste no se presta al juego de halagos al rey. *“Vive Dios, lo que el Señor me diga, eso anunciaré”*. Burlándose del rey le repite lo de sus profetas. El rey se da cuenta de la burla y le pide la verdad. Miqueas se la dice y Ajab muere en plena batalla, que acaba con victoria enemiga.

Termina el libro I Reyes y todavía quedan dos capítulos del II Reyes dedicados al profeta Elías. En el primero vemos otra actuación de nuestro profeta, celoso del

Dios único. Ocozías, el hijo y heredero de Ajab, tiene un grave accidente del que queda mal parado. Se le ocurre mandar emisarios a consultar a un ídolo extranjero sobre su enfermedad. El ángel de Dios avisa a Elías para que salga al encuentro de los emisarios y recrimine la acción idólatra del rey. Lee II Reyes 1 y te encontrarás a Elías **“con una zamarra de piel y un cinturón de cuero a la cintura”**, contrastando con el lujo de los reyes a quienes los profetas denuncian sus pecados. Recuerda que Mateo 3, 4 nos presenta a Juan el Bautista con la misma vestimenta que Elías: **“Tenía Juan su vestido hecho de piel de camello, con un cinturón de cuero a la cintura”**. Y, hablando de Juan, Jesús le dice a la gente: **¿Qué salisteis a ver al desierto?... ¿Un hombre vestido con lujo? Los que visten con lujos están en los palacios”** (Mateo 11, 8).

7. - Elías arrebatado al cielo. Vamos a terminar este tema con uno de los pasajes más conocidos del Antiguo Testamento. Te lo resumo y después te comento lo más importante. Dice así: **“Cuando el Señor iba a arrebatarse a Elías al cielo en el torbellino, Elías y Eliseo se marcharon de Guilgal. Elías dijo a Eliseo: Quédate aquí porque el Señor me envía sólo hasta Betel. Eliseo respondió: ¡Vive Dios! Por tu vida, no te dejaré. Bajaron a Betel y la comunidad de los profetas de Betel salió a recibir a Eliseo y le dijeron: ¿Sabes que el Señor te va a dejar hoy sin jefe y maestro? Él respondió: Claro que lo sé. ¡Callaos! Elías dijo a Eliseo: Quédate aquí porque el Señor me envía solo hasta Jericó. Eliseo respondió: ¡Vive Dios! Por tu vida, no te dejaré.**

Elías cogió su manto, lo enrolló, golpeó el agua y el agua se dividió por medio, y así pasaron ambos a pie enjuto. Mientras pasaban el río dijo Elías a Eliseo: Pídemelo lo que quieras antes de que me aparten de tu lado. Eliseo respondió: déjame en herencia dos tercios de tu espíritu. Elías respondió: has pedido algo muy difícil. Si logras verme cuando me aparte de tu vera, lo tendrás; si no me ves, no lo tendrás. Mientras ellos seguían conversando por el camino, los separó un carro de fuego con caballos de fuego, y Elías fue llevado al cielo en un torbellino. Eliseo lo veía y gritaba: ¡Padre mío, padre mío, carro y auriga de Israel! Y ya no lo vio más” (II Reyes 2, 1-12).

En este trocito hay varias cosas que explicar. La más curiosa es la última: **“Elías fue llevado al cielo”**, dice el texto. Por supuesto, no hay que tomarlo al pie de la letra como si el cuerpo de Elías hubiera sido físicamente arrebatado a los cielos. Se trata de transmitir una enseñanza religiosa: quienes gastan su vida en defender los intereses divinos y la justicia social defendiendo a los más pobres, incluso enfrentándose a los poderosos de turno, tienen el cielo asegurado porque Dios mismo se los lleva con Él. La forma tan pintoresca de presentar la desaparición de Elías sólo pretende realzar la dignidad y santidad del personaje. Alguno ha querido ver, en esta misteriosa y rápida ascensión, la subida al cielo del carisma profético que Elías administró en su vida. Un carisma que es personal, no transferible: se va al cielo, cuando muere el que lo recibió.

De todas formas no es el primer caso de subida al cielo en extrañas circunstancias que nos narra la Biblia. ¿Te acuerdas de Enoc, el patriarca del que hablamos en el libro 2º, capítulo 4º? **“El total de los días de Enoc fue de trescientos sesenta y cinco años. Enoc anduvo con Dios, y desapareció porque Dios se lo llevó”** (Génesis 5, 23-24). Allí dijimos: **“Los 365 años de vida significan que vivió de la forma más perfecta posible: su vida fue tan completa como lo es el año de 365 días... Era amigo de Dios y Dios se lo llevó con Él... Se trata sólo de subrayar su santidad”**. De Elías se repite muchas veces que era **“el hombre de Dios”**, como Enoc era **“amigo de Dios”**. Con Jesús, el Hijo predilecto del Padre, utiliza Lucas la misma expresión: **“Fue llevado al cielo”** (Lucas 24, 51). Cuando Elías es llevado al cielo, Eliseo le grita: **“Carro y auriga de Israel”**, es decir, defensor del Israel auténtico, del fiel a Dios.

Además, como nadie lo vio morir, su vuelta se estuvo esperando siempre, sobre todo al final de los tiempos: **“He aquí que yo envío al profeta Elías antes que llegue el día del Señor, grande y terrible”** (Malaquías 3, 23). De esta esperada venida de Elías hablan Pedro, Santiago y Juan después de ver a Jesús como Mesías en la transfiguración del monte Tabor, precisamente con Moisés y Elías de testigos: **“Maestro, ¿por qué dicen los escribas que Elías tiene que venir primero? Respondió Jesús: Ciertamente, Elías ha de venir a restaurarlo todo. Sin embargo os digo: Elías vino ya, pero no le reconocieron, sino que hicieron con él cuanto quisieron. También el Hijo del hombre tendrá que padecer de parte de ellos. Entonces los discípulos comprendieron que se refería a Juan el Bautista”** (Mateo 17, 9-13).

Con los tres intentos de separarse de Eliseo, Elías lo está poniendo a prueba y éste supera la prueba: será un buen discípulo. Aunque Eliseo se lo pide, Elías no puede darle los dos tercios de su espíritu. Según Deuteronomio 21, 17 ésa era la parte que le correspondía al primogénito y heredero y Elías no se considera con autoridad para nombrarlo heredero del profetismo, que es un don de Dios y sólo Dios puede concederlo a quien quiere. Él lo único que puede hacer es darle un signo: **“Pides demasiado, pero si logras verme cuando sea arrebatado de tu lado, se te concederá”**. Así fue: cuando el carro de fuego se lleva a Elías, Eliseo lo ve y, además, se queda con su manto, símbolo visible de su autoridad de profeta. ¿Recuerdas el bastón milagroso de Moisés, con el que abrió las aguas para que pasaran los israelitas? Lo mismo hará Eliseo más adelante con el manto de Elías. Así se convierte en heredero y continuador de su misión en Israel, que es el objetivo de este texto que hemos comentado.

PROPUESTA DE TRABAJO:

Lecturas:

I Reyes 17, 8-16

Timoteo 4, 1-8

Juan 6, 22-66

Preguntas:

1. - La viuda de Sarepta confió en Dios y nunca se vació su orza de harina ni su alcuza de aceite, ¿en quién confías? ¿sólo en Dios?

2. - Hemos visto cómo Elías en el monte Carmelo es movido por el celo de la causa de Dios. Pablo invita a su discípulo Timoteo y a cada uno de nosotros a ser celosos en la predicación. Lee esa lectura y reflexiona sobre ella.

3. - Durante cuarenta días fue alimentado Elías por Dios en el desierto con un pan, signo de nuestra Eucaristía. Lee el discurso de Jesús en Cafarnaún y medítalo un rato.

Tema 12º. - ELISEO, EL DISCÍPULO DE ELÍAS

1. - Introducción. Es el otro gran profeta carismático. Vivió, como Elías, en el siglo IX antes de Cristo en Israel, el reino del norte, en los últimos años del rey Ajab (869-850 antes de Cristo). Como murió en tiempo de Joás (801-786 antes de Cristo), sabemos que su profetismo duró unos cincuenta años (entre el 850 y el 800 antes de Cristo). Este siglo IX es el de los profetas carismáticos, como los siglos VIII al IV serán de los profetas escritores. Eliseo significa “*Dios ha venido en ayuda*”. El autor sagrado lo presenta como discípulo y seguidor de Elías, aunque estudiosos modernos duden de la fidelidad histórica de esta continuidad de Eliseo respecto a Elías. Puede que se trate de tradiciones proféticas de dos personajes que encarnan el mismo espíritu carismático. Lo que está claro es que se trata de un profeta carismático, continuador -eso sí- del celo de Elías a la hora de advertir a su pueblo del peligro de la idolatría. Y esto es lo que importa.

Ambos pasaron a la historia de Israel como celosos hombres de Dios. La vida de Eliseo está presente en los trece primeros capítulos del II Reyes, aunque su vocación se cuenta en I Reyes 18, 19-21. Como siempre, vamos a seguir paso a paso la narración bíblica, explicando lo que tenga dificultades especiales y buscando las enseñanzas que nos pueda aportar la experiencia religiosa de este profeta. Fíjate que es uno de los profetas de los pobres. Tiene un talante muy humano: no puede permanecer ajeno al sufrimiento del débil. Y denuncia al poderoso a la vez que ayuda al necesitado. Pero comencemos por su vocación. Podemos dedicarle un ratito de reflexión y oración para intentar vernos reflejados en esta palabra. Ocupa sólo media docena de versículos que te cito a continuación.

2. - La llamada de Dios a Eliseo: Ésta es la narración de la llamada de Dios a Eliseo: “*El Señor dijo a Elías: Anda, vuelve a hacer el camino a través del desierto hasta Damasco y, cuando llegues, ungrás... a Eliseo, hijo de Safat, como profeta sucesor tuyo... Elías se marchó y encontró a Eliseo arando con doce yuntas en fila, él con la última. Elías pasó a su lado y le echó encima el manto. Entonces Eliseo, dejando los bueyes corrió tras Elías y le pidió: Déjame despedirme de mis padres, luego vuelvo y te sigo. Elías le dijo: Ve y vuelve; ¿quién te lo impide? Cuando Eliseo volvió, cogió la yunta de bueyes y la ofreció en sacrificio; hizo fuego con los aperos, asó la carne y ofreció de comer a su gente, luego se levantó, marchó tras Elías y se puso a su servicio*” (I Reyes 19, 15-21).

Sin duda, Eliseo era un hombre de familia muy acomodada. El que dispusiese de doce yuntas de bueyes así nos lo da a entender. Aunque Dios tenga predilección por los pobres, también llama a los ricos que son generosos y están disponibles para su servicio. Eliseo abandona su posición acomodada y lo deja todo para ponerse al servicio de Dios, aun complicándose la vida. El gesto de Elías de cubrirle con su manto, significa tomar posesión de Eliseo en nombre de Dios. El manto es el símbolo del poder dado por el “Espíritu de Dios” al profeta. Todavía el manto seguirá en poder de Elías. Ya veremos que, cuando éste sea arrebatado al cielo, Eliseo se

quedará con el manto de Elías, que es lo mismo que decir con su espíritu profético. Con decisión y alegría coge sus dos bueyes y se los ofrece a Dios, celebrando con un banquete la llamada de Dios.

A lo largo de este Curso de Iniciación a la Biblia iremos viendo muchas llamadas de Dios, sobre todo cuando estudiemos a los profetas. Cada una será diferente a las demás. La llamada es personal, distinta para cada uno, pero es fácil reconocerla: somos llamados en nuestra situación personal, familiar, laboral. Dios no usa móvil para llamarte, sino que se vale de otro que te llama en su nombre. A Eliseo le da un tiempo para despedirse de los suyos. Jesús es más apremiante, cuando llama a sus apóstoles. Siempre habrá que posponerlo todo para seguirle: Dios pasa al primer lugar por encima de las cosas. Dios es exigente, pero nunca se queda corto al recompensar una respuesta generosa a su llamada. La Palabra de Dios seduce cuando llama. Así lo vio Jeremías: *“Me sedujiste, Señor, y yo me dejé seducir”* (Jeremías 20, 7). Tenemos que dejarnos seducir por la Palabra de Dios, como han hecho todos los santos.

3. - Eliseo sucede a Elías. El capítulo anterior, dedicado a explicar la vida de Elías, terminó en II Reyes 2, 1-12 con Elías arrebatado al cielo en un carro de fuego. Ya explicamos allí que es una forma de dar a entender la santidad del profeta. El resto de ese segundo capítulo nos muestra a Eliseo sucediendo a Elías en la misión de salvar a Israel de la infidelidad. El gesto sucesorio queda claro en el momento que Eliseo recoge el manto que se le cae a Elías. Ya dijimos que el manto es el símbolo del espíritu profético. Fíjate en el texto cómo buscan a Elías sin encontrarlo y cómo Eliseo comienza a hacer milagros, que vienen a respaldar y garantizar su palabra y su condición de hombre de Dios: la palabra de Eliseo se cumple siempre, como se cumplió la de Elías y la de todo profeta auténtico. Así lo reconocen los demás profetas que van a consultarle.

“Eliseo recogió el manto que se le había caído a Elías de encima. Volvió y se detuvo a la orilla del Jordán. Tomó el manto de Elías y golpeó las aguas diciendo: ¿Dónde está el Señor, Dios de Elías? Las aguas se retiraron y Eliseo pasó. Cuando los discípulos de los demás profetas lo vieron, dijeron: El espíritu de Elías reposa sobre Eliseo. Vinieron a su encuentro y postrándose ante él le dijeron: Mira: hay entre tus siervos cincuenta hombres valientes; deja que vayan y busquen a Elías, no sea que el Espíritu del Señor lo haya transportado a alguna montaña o a algún valle. Eliseo respondió: No los enviéis. Pero ellos insistieron hasta el punto que dijo: enviadlos. Enviaron a cincuenta hombres que lo buscaron durante tres días, pero no lo encontraron.

Los habitantes de la ciudad dijeron a Eliseo: Mira, el emplazamiento de la ciudad es bueno pero las aguas son malas y la tierra se vuelve estéril. Eliseo ordenó: Traedme un recipiente nuevo y poned en él sal. Se lo llevaron, y él se acercó al manantial de las aguas, arrojó allí la sal y dijo: Así dice el Señor: He saneado esta agua y ya no habrá en ellas ni muerte ni esterilidad. Entonces

quedaron saneadas las aguas hasta hoy, según la palabra que pronunció Eliseo. Subió desde allí a Betel, y cuando iba por el camino unos niños vinieron de la ciudad y se reían de él diciendo: Sube, calvo; sube, calvo. Él se volvió, los vio y los maldijo en el nombre del Señor. Entonces salieron del bosque dos osos y despedazaron a cuarenta y dos chicos” (II Reyes 2, 13-24). Las personas merecen respeto siempre, por encima de su físico, pero no es para tanto. Y eso es lo que nos quiere enseñar. No sería tal como lo dice, ni mucho menos. Son viejas leyendas de sus mayores que aprovecha el autor del libro.

4. - Eliseo, obrador de milagros. En este punto vamos a ver los primeros milagros de Eliseo. En el punto 5° veremos el más conocido de todos ellos, la curación del sirio Naamán, enfermo de lepra. Y en el punto 6°, sus últimas palabras y su muerte. Fíjate que en todo hay un denominador común: Eliseo es el hombre de Dios que busca siempre purificar la fe de su pueblo. Su palabra se cumple siempre y Dios está con él, dándole el poder de realizar todo tipo de milagros que confirman su palabra, incluso actuando contra toda lógica, como cuando utilizó sal para sanear las aguas de la fuente, según vimos en el párrafo anterior. Pensando lógicamente, la sal estropea el agua potable. Sin embargo para resaltar más el poder de Dios en su profeta, éste utiliza sal y no lejía, por ejemplo, para hacer el milagro.

Puedes comenzar leyendo el capítulo 3°. Va en la línea que te acabo de explicar. Los reyes de Israel y Judá hacen una alianza para enfrentarse a un enemigo común. Observa el desprecio de Eliseo hacia el rey de Israel, el reino del norte, y su predilección por el del sur, Judá, que es el depositario de la promesa. Aunque este rey concreto de Israel no era de los peores, sin embargo había hecho pecar a su pueblo con la idolatría. Cuando el profeta tiene delante a ambos reyes, le dice a Joram, rey de Israel: ***“Juro por Dios a quien sirvo, que si no estuviera aquí Josafat, rey de Judá, ni te atendería ni te miraría”***. Igual que el Bautista y que Jesús, se enfrenta a los poderosos de turno para denunciarles sus pecados.

Los cinco capítulos siguientes nos van a presentar a un Eliseo, menos espectacular y tremendo que Elías, pero no menos eficaz. Fíjate como su prestigio va creciendo poco a poco. Es un hombre de campo, sencillo, que vive de cerca los problemas de la gente, de todas las clases sociales. Se distancia de los instalados en el poder, como acabamos de ver, y cuando los tiene delante les denuncia sus mentiras, abusos y soberbia. El hambre de la gente, la enfermedad, el dolor ante la muerte es lo que hace reaccionar a Eliseo. Le da igual que sean ricos o pobres. El que está en el sufrimiento siempre es pobre, indefenso. Su sensibilidad ante el dolor ajeno es digna de imitación: ***“¿Qué puedo hacer por ti?”***, es la pregunta que se hace Eliseo una y otra vez ante la persona que sufre (II Reyes 4, 2 y 14). Y ésta tiene que ser nuestra actitud. Menos preguntarnos por qué pasan las cosas y más preguntarnos qué hacer ante el sufrimiento que nos rodea.

Los milagros se van sucediendo. No nos podemos detener en todos. Tú ve leyéndolos uno tras otro y recreáte viendo la acción de Dios en ellos. En el capítulo

cuarto comienza socorriendo a una pobre viuda: “*¿Qué puedo hacer por ti?*”. Y le multiplica el aceite, como hizo Elías con la viuda de Sarepta. A continuación de este milagro, Eliseo es recibido por una mujer rica y hospitalaria. El que acoge a un profeta nunca quedará sin recompensa: “*¿Qué puedo hacer por ella?*”, vuelve a preguntar Eliseo. Y lo que puede hacer, lo hace. La mujer es estéril y primero le da un hijo y después se lo tiene que resucitar pues el niño muere de una enfermedad repentina. Supongo que a estas alturas de Curso, ya sabrás destacar lo importante en las lecturas. Por ejemplo, yo destaco aquí la fuerza de la oración hecha por Eliseo con fe, el bastón como signo del poder de Dios (igual que con Moisés) y, por supuesto, la misericordia de Dios y Eliseo ante el que sufre o pasa necesidad.

El capítulo 4º termina con un milagro de multiplicación de panes. Tras un tercer milagro, en el que salva a un grupo de morir envenenado, Eliseo está consagrado como el hombre de Dios. Ya ha vuelto del monte Carmelo y está en el santuario de Guilgal. Reconociendo que es hombre de Dios, un paisano le trae veinte panes de las primicias, es decir los hechos con las primeras espigas de trigo y cebada que, según la ley de Moisés, había que ofrecerlos al templo en acción de gracias y como reconocimiento de haber recibido la tierra, regalo de Dios. Fíjate que el diálogo entre Eliseo y su criado es calcado al de Jesús y sus apóstoles cuando multiplica los panes y los peces y les dice que los repartan al pueblo hambriento (Lucas 9, 10-17). Este gesto de Eliseo es, en pequeño, un anticipo del de Jesús y de nuestra Eucaristía dominical en la que el sacerdote, hombre de Dios, multiplica el pan para los fieles.

5. - La curación de Naamán, el sirio. Como éste es el milagro más conocido de Eliseo, le vamos a dedicar un comentario más amplio. Naamán era extranjero, pero también a él llega la compasión y el poder de Yavé, Dios y padre de todos. Detalle importante porque de alguna manera este milagro anuncia la salvación de Dios más allá de las fronteras de Israel, como el mismo Jesús nos lo recordará, en Lucas 4, 27, evocando la figura de este sirio leproso. La Biblia lo presenta como enfermo de lepra, pero tal vez se trate sólo de alguna enfermedad de la piel. Si fuera lepra, no estaría en palacio conviviendo con todos sino marginado de la sociedad que consideraba la lepra contagiosa. Te resumo II Reyes 5 y, después, lo comentamos.

“Naamán, general del ejército sirio, gozaba de la estima del rey, pero estaba enfermo de la piel. Una esclava israelita, criada de la esposa de Naamán, dijo a su señora: Ojalá mi señor fuera a ver al profeta de Samaría; él lo libraría de su enfermedad. Naamán fue a informar al rey, que le dijo: vete a ver al rey de Israel con estos presentes y esta carta. Naamán fue y, cuando el rey de Israel leyó la carta, se rasgó las vestiduras exclamando: ¿Soy yo un dios capaz de dar vida o muerte para que éste me encargue de curar la enfermedad de Naamán? Está buscando pelea. El profeta Eliseo se enteró y envió este recado al rey: ¿Por qué te has rasgado las vestiduras? Que venga a mí y sabrá que hay un profeta en Israel.

Naamán fue a casa de Eliseo y éste mando un criado a decirle: Ve a bañarte siete veces en el Jordán y tu carne quedará limpia. Naamán se enfadó y decidió irse

comentando: Yo me imaginaba que saldría en persona a verme, y que, puesto en pie, invocaría al Señor su Dios, pasaría la mano sobre la parte enferma y curaría mi dolencia. ¿Es que los ríos de Damasco no valen más que todas las aguas de Israel? ¿No puedo bañarme en ellos y quedar limpio? Dio media vuelta y se marchaba furioso. Pero sus siervos se le acercaron y le dijeron: Señor, si el profeta te hubiera prescrito algo difícil, lo harías. Cuánto más si lo que te prescribe para quedar limpio es simplemente que te bañes.

Entonces Naamán bajó al Jordán y se bañó siete veces, como había ordenado el profeta, y su carne quedó limpia como la de un niño. Volvió con su comitiva y se presentó al profeta diciendo: Ahora reconozco que no hay dios en toda la tierra más que el de Israel. Acepta un regalo de tu servidor. Eliseo contestó: ¡Vive Dios a quien sirvo! No aceptaré nada. Y aunque le insistía, lo rehusó. Naamán dijo: Entonces que a tu servidor le dejen llevar tierra, la carga de un par de mulas; porque en adelante tu servidor no ofrecerá holocaustos ni sacrificios a otros dioses fuera del Señor. Y que el Señor me perdone: si al entrar mi rey en el templo de Rimón para adorarlo, se apoya en mi mano, y yo también me postro ante Rimón, que el Señor me perdone ese gesto. Eliseo le dijo: Vete en paz”.

La lectura reposada de este texto te puede sugerir varias cosas. Yo te subrayo algunas: Por ejemplo, es Eliseo el que da el primer paso hacia la curación y conversión de Naamán cuando dice al rey de Israel: **“Que venga a mí y sabrá que hay un profeta en Israel”**. Es la obediencia a la palabra del profeta la que produce la curación, verdadero objetivo de este relato milagroso. También me gustaría resaltar cómo los caminos de Dios son más sencillos de lo que imaginamos los hombres: Naamán se mosquea y se va para casa porque esperaba un rito más aparatoso que bañarse en un pequeño río. Fíjate también cómo, en los momentos claves de la narración, Dios actúa a través de criadas y servidores, de gente humilde y sencilla.

Hay un detalle muy humano en Eliseo cuando Naamán le pide permiso para ir al templo del dios Rimón acompañando al rey sirio. El general no puede negarse ante su rey. Eliseo comprende que no siempre se puede cortar con todo el pasado y se lo permite: **“Vete en paz”**. Y si lees el resto del capítulo, verás otra lección: siempre hay algún aprovechado que saca tajada de las circunstancias: aquí lo hace un criado de Eliseo, que aprovecha la actitud generosa del sirio en provecho propio. **“En el pecado lleva la penitencia, como decían los antiguos”**: la lepra de Naamán la llevarán él y su descendencia. Este capítulo 5º puede proporcionarte un ratito de oración muy provechoso.

6. - Conclusión del ciclo de Eliseo. Hasta II Reyes 13 no se nos narra la muerte de Eliseo. Por tanto tenemos un paréntesis de 7 u 8 capítulos, de los cuales un par de ellos están dedicados a Eliseo y el resto a la sucesión de reyes en Israel y Judá. Esta sucesión de reyes frecuentemente iba acompañada de crímenes e intrigas, como ya sabemos. Los capítulos dedicados a narrar la vida de Eliseo no aportan nada nuevo sobre él: es el hombre de Dios, su palabra se cumple y está dotado por Dios del don

de hacer unos milagros que viene a confirmar su palabra profética. Nada se le resiste al profeta: hasta las leyes de la naturaleza le están sometidas. Si quieres, lee los capítulos 6, 7 y 8, 1-15. Luego salta hasta II Reyes 13, 14-20, donde se nos narran las últimas palabras de Eliseo, su muerte e, incluso, un milagro atribuido a él después de muerto.

Y así concluimos los capítulos dedicados a los profetas carismáticos, Elías y Eliseo, que desarrollaron su actividad a lo largo del siglo IX antes de Cristo. Tras ellos vendrán, durante cinco siglos los profetas escritores: los profetas “mayores” (Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel) y los doce profetas “menores” (Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahún, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías). Son tan importantes que les dedicaremos un libro entero. Ahora, antes de terminar con Elías y Eliseo, vamos a decir unas líneas sobre la importancia de estos profetas carismáticos, que fueron muchos, aunque las figuras de Elías y Eliseo eclipsaran a todos los demás. La pregunta sería ésta: ¿Fueron tan importantes? Y la respuesta tiene que ser necesariamente: sí, muy importantes.

Fueron los guardianes de la auténtica fe de Israel. Defensores del único Dios, en tiempos difíciles ya que el rey y su corte eran unos corruptos, que practicaban toda clase de crímenes e intrigas. Frente a las costumbres paganas que los mismos reyes fomentaban, los profetas defendieron la Alianza de Dios con su pueblo por encima de todo. Además, como están en contacto con la gente porque va predicando de pueblo en pueblo, no son unos santones ajenos a la realidad: al contrario su espiritualidad tiene una profunda dimensión social: Dios queda muy cerca del pueblo, interviniendo en sus vidas. Ellos son la conciencia de Israel: critican continuamente a la monarquía. Además se sienten con fuerza para hacerlo. No son discutidos por nadie. Sus continuos milagros avalan su autenticidad. Van por delante del pueblo: son los vigías de Israel.

PROPUESTA DE TRABAJO:

Lecturas:

I Reyes 19, 15-21

Hechos de los Apóstoles 3

Lucas 3, 1-18

Preguntas:

1. - En la primera lectura se nos narra la vocación de Eliseo. Dios sigue llamando. ¿Has sentido en alguna ocasión la llamada de Dios para una actuación concreta?

2. - Como en la vida de Eliseo, en la de Pedro el milagro apoya la palabra de la predicación para hacerla creíble. ¿Qué milagros o signos hace hoy la Iglesia para que acompañe su predicación?

3. - En la tercera lectura tienes la predicación de Juan el Bautista: ¿Qué notas ves en su predicación que te recuerden a los dos profetas carismáticos que hemos estudiado, Elías y Eliseo?

13º. - LIBROS DE LAS CRÓNICAS DE ISRAEL

1. - Introducción: En este tema 13º vamos a ver otros dos de los dieciséis libros históricos que estamos estudiando: I y II Crónicas. Con el tema 12º terminamos una primera narración llamada “**historia deuteronomista**” que abarcó siete libros (desde Josué hasta II Reyes). Ahora vamos a ver la “**historia cronista**” que abarca cuatro libros: I y II Crónicas, Esdras y Nehemías. Finalmente, veremos los cinco libros restantes: Tobías, Judit, Ester y I y II Macabeos. Como siempre, comencemos conociendo título, autor, fecha y contenido de los dos libros a que dedicamos este capítulo. Posteriormente bajaremos a los detalles de cada libro, explicando detenidamente las dificultades que puedan tener y, sobre todo, las enseñanzas que nos puedan aportar.

El título se lo puso San Jerónimo que llamó a esta obra: “*Crónica de toda la historia divina*”. Cuando veamos su contenido, comprobaremos que está muy bien puesto el nombre. En la versión griega de la Biblia, o de los Setenta, se les llamó “**Paralipómenos**”, palabra que significa: “*Las cosas que aún no se han contado*”, que también es un nombre acertado. De todas formas, el nombre de Crónicas que les puso San Jerónimo es el que se ha impuesto y así lo encontraréis en vuestras biblias. Para su autor parece que el libro tiene como un carácter complementario de los de Samuel y Reyes con añadidos de otros libros que se han perdido y que trataban las historias de los reyes de Judá e Israel. Naturalmente, a lo largo del tiempo se perdieron muchos libros de los que sólo se han conservado los títulos, que suelen citarlos los autores sagrados. Por ejemplo: “Libros y hechos de los reyes de Israel y de Judá” (I Crónicas 9, 1) o “Crónicas del rey David” (I Crónicas 27, 24), entre otros muchos.

¿Quién lo escribió? Lo pongo en singular porque en realidad se trata de un solo libro que, por razones de comodidad, se dividió en dos. Como ya está aceptada esta división en dos libros, normalmente hablaremos en plural, aun tratándose de un solo libro que parece escrito por una sola persona, autora también de los libros de Esdras y Nehemías, lo que parece deducirse del estilo literario y de la continuidad de las ideas. ¿Quién fue su autor? No lo sabemos. Pudo ser alguno de los cantores del templo, o un levita de los que servían en el culto. Incluso se dio el nombre de Esdras, pero hoy día está descartado por la dificultad que entrañaría conciliar las fechas que se presumen sobre la vida de Esdras y el contenido de la obra. La mayoría de los autores se inclinan por pensar en alguien de la casta sacerdotal, y más exactamente un levita.

¿Cuándo se escribió? Por supuesto, la historia cronista es posterior a la vuelta del exilio. Aunque algunos dan fechas más extremas, hay que quedarse con la opinión de la mayoría que los sitúan entre los años 400 y 200 antes de Cristo. Posiblemente, comenzaron a escribirse hacia el año 400 y quedaron terminados, en su redacción definitiva, hacia el año 200, o incluso un poquito más tarde, hacia el 150 antes de Cristo, según algunos. Los estudiosos buscan precisar cada día más y poco a poco

van encajando las piezas de este rompecabezas. Tampoco la fecha es de mayor interés para nosotros: sabemos que los acontecimientos fueron narrados por el cronista mirando hacia atrás en su historia para intentar reinterpretarla una vez más y sacar de ella las lecciones que necesitaba Israel para no verse obligado a repetir la tragedia del destierro, entendido éste como una corrección de Dios por el abandono de su parte del compromiso en el pacto de la Alianza.

¿Qué dicen estos libros? En los puntos siguientes, bajaremos a explicar en detalle el contenido de cada libro. Ahora vamos a dar una visión general de lo que en ellos se nos dice. Fíjate que la primera palabra del I Crónicas es **“Adán”** y la última del II Crónicas es **“¡Sea su Dios con él y suba!”** Por tanto, el contenido nos narra desde Adán, el primer hombre, hasta el edicto de Ciro, permitiendo la liberación del pueblo de Dios y la vuelta a la ciudad santa, casa de Dios en medio de su pueblo y para nosotros, nuevo Israel peregrino, símbolo de la Jerusalén celestial (el cielo). La intención del autor que escribe no es, como ya hemos dicho en varias ocasiones, hacer historia rellenando las lagunas de los libros anteriores. Él es un teólogo, no un historiador. Él hace catequesis recordando a su pueblo que su futuro depende de su fidelidad a Dios, expresada en la obediencia a la ley y en un culto movido por la verdadera piedad. Los retornados del exilio constituyen *“el pequeño resto de Israel”* que sube a la ciudad santa para comenzar otra vez de nuevo.

En este telón de fondo que te he descrito en la introducción, quiero resaltarte la idea del **“pequeño resto de Israel”** para que entiendas mejor el contenido de la obra del cronista. Aunque han vuelto del destierro, los pocos que han vuelto, siguen sometidos al poder persa. O de los griegos, si el cronista escribió después del 333 antes de Cristo. No son libres. No tienen rey. Terminaron los sueños de grandeza del reino de David y Salomón. De los demás reyes, mejor no acordarse. Lo que queda es una insignificante comunidad agrupada en torno al templo, empobrecida por los impuestos y dirigida por sus sacerdotes. Pero ese pequeño resto es depositario de una promesa. Y es necesario mantener la fe en ella: Dios no se ha olvidado de su pueblo y, algún día, mandará un Mesías, un salvador de la casa de David. La fe, el cumplimiento de la ley y el culto animarán y salvarán a la comunidad surgida del destierro y depositaria de la promesa.

Por esto, en toda la obra, el centro de interés va a ser el Templo de Jerusalén, los sacerdotes, los levitas, el culto llevado a la perfección, los cantores. Las figuras de David y Salomón adquieren todo el realce. Uno, David, preparó la construcción del templo y el otro, Salomón, la llevó a cabo. Se resaltan sus valores y se ocultan sus pecados, sobre todo el adulterio de Betsabé y el crimen de Urías, en el caso de David, y la lujuriosa ancianidad de Salomón. Fíjate como, en cambio, se recuerda la profecía de Natán que viene en 2 Samuel 7 y que ahora en I Crónicas 17 se repite casi textualmente: esa profecía es de capital importancia porque en ella se expresa la alianza con David, la permanencia de su dinastía y su papel de depositaria de las promesas mesiánicas. El cronista pretende una nueva meditación sobre su historia

con el único objetivo de animar la fe de su pueblo derrotado, pero orgulloso en sus delirios de pasadas grandezas en tiempos de David y Salomón.

2. - I libro de las Crónicas. Este libro se divide en dos partes perfectamente diferenciadas. Los nueve primeros capítulos, dedicados entero a genealogías (listas de nombres), y el resto, dedicado al reinado de David, garantía de la esperanza que anima al pueblo. No leas la primera parte, porque te aburrirías. Para ellos es muy importante porque cumple la finalidad de establecer la relación entre los primeros antepasados, desde Adán, hasta la vuelta del exilio del **“pequeño resto de Israel”**, como te acabo de explicar. Es decir, viene a confirmar que la promesa no ha cambiado de manos, que el “pequeño resto” que ha regresado del exilio es el depositario de la promesa hecha a los padres. En estas listas se destacan los acontecimientos, personas y lugares que acentúan la identidad del pequeño resto que ha quedado. Adán, Noé, Sem, Abrahán, Isaac, Jacob (Israel), Jesé, el padre de David. Y David, el séptimo hijo de Jesé que inaugura su casa. Después va a presentar a la tribu de Leví, la encargada del cuidado y servicio del Templo, y a los cantores.

En la segunda parte sí nos vamos a detener, aunque ya la conoces de los libros de Samuel y Reyes. Comienza esta segunda parte, en I Crónicas 10, exactamente igual que termina el I Samuel 31: con la muerte de Saúl, el rechazado por Dios. Así, en el capítulo 11°, comienza con la unción de David, el rey ideal que organiza el culto a Dios y del que se van a ocultar sus pecados para que su figura no desmerezca en nada. Como sigue intercalando largas listas de nombres, en el afán del cronista de completar la línea genealógica y de que no se perdiera ni un nombre de los que conservaba el pueblo en su memoria colectiva, te voy a recomendar sólo tres lecturas.

La primera es una oración de acción de gracias que ocupa casi todo el I Crónicas 16. La puedes leer un domingo, día de alabanza y acción de gracias. Los salmos 96 y 105 tienen prácticamente el mismo contenido de esta oración.

La segunda lectura, que también conoces, está en I Crónicas 17. Ya el Arca de la Alianza está en Jerusalén, en la tienda que David le había preparado; lo han celebrado a lo grande y el rey se va a descansar en su casa, pero no duerme tranquilo porque el Arca, signo de la presencia de Dios en medio de su pueblo, está bajo una lona mientras él reposa en casa de cedro. Llama al profeta Natán y le manifiesta sus sentimientos y su propósito de edificar un gran templo al Señor. Pero Dios no lo quiere de momento. En cambio será Dios quien edificará para David una casa, un linaje, que durará para siempre. Lee este capítulo y te servirá para recordarlo. No olvides que Jesús recibió el trono de David, su padre y reina sobre la casa de Jacob para siempre en un reino que no tendrá fin, la Iglesia (Lucas 1, 32-33). Este capítulo, repetición de II Samuel 7, fue clave para ellos y para nosotros, que lo vemos cumplido en la Iglesia.

Y la tercera lectura que te recomiendo es el testamento de David, según la versión del cronista. Está en I Crónicas 28 y 29. Ya hemos dicho que el tema central

del libro de las Crónicas es el templo. Aquí aparece claro. David no será el que edifique el templo porque ha derramado mucha sangre. En cambio, su hijo Salomón ha sido elegido por Dios para hacerlo: ***“Entre los muchos hijos que me dio el Señor, eligió a mi hijo Salomón para que ocupe el trono real del Señor en Israel. Y me dijo: Tu hijo Salomón será quien edifique mi templo y mis atrios, porque lo he escogido como hijo y seré un padre para él”*** (I Crónicas 28, 5-6). Este testamento de David termina con una oración preciosa, que recojo como conclusión de este punto sobre el I Crónicas.

“Después David bendijo al Señor en presencia de todo el pueblo, diciendo: ¡Bendito seas, Señor, Dios de Israel, nuestro padre desde siempre y para siempre! Tuya es, Señor, la grandeza y el poder, la gloria, el esplendor y la majestad; pues tuyo es cuanto hay en el cielo y en la tierra. Tuyo es el reino, Señor. Tú te elevas por encima de todo. De ti proceden la riqueza y la gloria. Tú gobiernas todo; en tus manos están la fuerza y el poder, el crecimiento y la firmeza. Por eso te damos gracias, Dios nuestro, y alabamos tu nombre glorioso” (I Crónicas 29, 10-13). La oración termina más adelante con todo el pueblo bendiciendo al Señor, Dios de sus padres, inclinándose y postrándose ante el Señor y ante el rey santo. Un verdadero modelo de oración el que nos ofrece el cronista en boca del rey David. Únete a esta oración que está por encima del espacio y del tiempo. Es también nuestra oración de acción de gracias.

3. - II libro de Crónicas. Los 36 capítulos de este libro están divididos en tres partes perfectamente diferenciadas. El reinado de Salomón ocupa la primera con 9 capítulos. El resto, hasta el 36, lo ocupan los reyes de Judá con un olvido total e intencionado a los reyes del norte, dando a entender con esto que Judá es el depositario de la promesa. Y el último capítulo del libro, el 36, está dedicado a la caída y deportación del reino de Judá, con el esperanzador edicto de Ciro permitiendo la vuelta a casa de los deportados en Babilonia que, como ya hemos dicho, se vuelve a repetir en el inicio del libro de Esdras, lo que constituye una de las razones para hacer pensar a la mayoría que estos tres libros y el de Nehemías tienen un mismo autor, el cronista, y que el conjunto puede ser llamado *“Historia del Cronista”*.

Aunque ya conoces todo su contenido, si quieres puedes leerlo a ratos con lo que recordarás lo visto en los dos libros de los Reyes. Como el tema fundamental de los libros de las Crónicas es la edificación del templo, es lógico que la figura de Salomón sea descrita con grandes elogios, no sólo porque es hijo de David sino, sobre todo, porque es el rey sabio y rico que construyó una casa al Señor. Sus pecados se ocultan y sus hazañas se ensalzan, como es normal. A sus sucesores se les juzgan según su mayor o menor parecido con David, el rey santo. Se destacan a los que promovieron reformas para volver al culto auténtico a Dios. Desgraciadamente no fueron muchos, apenas media docena.

El cronista no es sólo un recopilador de datos que encuentra en los libros de Samuel, Reyes y de otros que se han perdido a lo largo de los siglos. Él pretende

hacer una nueva lectura de la historia sirviéndose de sus enseñanzas para dar explicaciones teológicas apoyadas en lo que va narrando. Por ejemplo nos habla continuamente de la necesidad de confiar en Dios, que lleva la historia de su pueblo y la nuestra; en otros momentos nos hace reflexionar sobre el premio y el castigo que Dios da, según se obre bien o mal, como en el caso de Josías que murió en batalla porque *“No escuchó las palabras de Necó, rey de Egipto, que venían de Dios”* (II Crónicas 35, 22). En cambio, el autor de II Reyes 23, 28 no da ninguna explicación de la muerte de Josías, *“el rey piadoso que actuó siempre conforme a lo prescrito por la ley del Señor”* (II Crónicas 36, 26).

Creo que lo fundamental para conocer estos libros ya está dicho. Te invito a su lectura, que puede servirte para profundizar en el conocimiento de lo que ya has visto en los libros de Samuel y Reyes. La centralidad del templo tras la vuelta a casa después del exilio en Babilonia, la dignificación del culto que en él se realiza, la retribución personal e inmediata por parte de Dios de las obras de cada uno son aportaciones nuevas de estos libros que nos hablan también de la progresiva madurez que el pueblo va adquiriendo, según aumenta la toma de conciencia de la presencia de Dios entre ellos en ese templo y en los cultos que en él se realizan, siempre que se hagan con la dignidad que Él exige.

PROPUESTA DE TRABAJO:

Lecturas:

II Crónicas 3

I Corintios 3, 16-17

Juan 4

Preguntas:

1. - El templo es el tema central de estos libros. Fíjate la descripción tan bonita que hace el cronista de su construcción, situándolo en el mismo monte Moria en el que Abraham iba a sacrificar a Isaac. Destaca en la descripción lo grandioso del templo dedicado a Dios.

2. - San Pablo nos dice en varias ocasiones que nuestro cuerpo es el verdadero templo de Dios. Hoy que tanto culto se le da al cuerpo, ¿has pensado seriamente que éste es el gran motivo para ese culto respetuoso?

3. - Jesús, como buen judío, ama el templo de Jerusalén, lugar de la presencia de Dios. Pero en su diálogo con la samaritana prepara el camino a un nuevo tiempo, a unos nuevos adoradores de Dios. Ya estamos en el Nuevo Testamento. Descúbrelo en la lectura del evangelio que te cito.

Tema 14º. - EL EXILIO Y EL REGRESO A CASA: ESDRAS Y NEHEMÍAS

1. - Introducción. Históricamente este tema es continuación del II Crónicas que termina con un grito de esperanza: *“Así habla Ciro, el rey de Persia: El Señor, el Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra. Él me ha encargado que le edifique una casa en Jerusalén, en Judá. Quien de entre vosotros pertenezca a su pueblo, ¡sea su Dios con él y suba!”* (II Crónicas 36, 22-23). Con estas mismas palabras comienza el libro de Esdras. Como hacemos siempre, vamos a plantear el tema en la introducción y, posteriormente, lo explicamos.

Ya vimos en el tema 10 que fueron muchas las salidas de judíos como prisioneros tanto a Asiria (Israel) como a Babilonia (Judá). La deportación de los vencidos era una costumbre en la zona. Las tierras y casas de los deportados se las daban a los que traían de otro sitio en la misma situación; con este procedimiento descabezaban y desenraizaban a los pueblos que se volvían sumisos. También vimos que la causa política del exilio judío fue la pequeñez de Israel y su privilegiada situación geográfica, que lo hacía siempre apetecible a las dos grandes potencias entre las que se encontraba emparedada, como si de un bocadillo se tratase: Cuando no apretaba la mandíbula de abajo (Egipto), apretaba la de arriba (Asiria o Babilonia). La interpretación religiosa que los teólogos judíos dan a estos acontecimientos es verlos como una corrección de Dios por las infidelidades del pueblo.

De las distintas deportaciones vividas por ambos reinos (Israel y Judá), vamos a centrarnos en el destierro sufrido por el reino de Judá en Babilonia tras la caída de Jerusalén (586 antes de Cristo) y que terminó cincuenta años más tarde con el regreso a casa del mayor grupo de cautivos. Sólo se nombran a las tribus de Judá y Benjamín que, como sabes, son las que formaban el reino de Judá: *“Las cabezas de familia de Judá y Benjamín, junto con los sacerdotes y levitas y todos aquellos que se sintieron movidos por Dios se pusieron en marcha y subieron a reedificar el templo de Jerusalén”* (Esdras 1, 5). A este pequeño resto de Judá es al que nosotros le vamos a seguir la pista, porque representan al pueblo de Dios. Para que te sitúes bien, fíjate que este tema va a abarcar ciento cincuenta años de historia: desde la salida de Judá al destierro (586 antes de Cristo) hasta el final de la actividad de Nehemías, después de la vuelta a casa (432 antes de Cristo). Las fechas son siempre aproximadas: más o menos.

Este tema va a ser más extenso de lo habitual. Primero estudiaremos la situación del pueblo durante los años del exilio en Babilonia y, después, **“la vuelta a casa: Esdras y Nehemías”**. Se ha dicho que este segundo éxodo o vuelta a casa fue tan importante o más que el primero, cuando salieron de Egipto con Moisés. La fe se fortalece cuando soportamos las dudas. El pueblo judío se ve en Babilonia sin templo, sin patria y sin rey. Fue su fe, su capacidad de soportar tanto silencio de Dios, la que le dio fuerzas para regresar. El destierro en Babilonia es una imagen de la vida del hombre en la tierra. Es la fe la que nos sostiene en nuestro peregrinar hacia la patria definitiva, el cielo. Dos veces recordamos nuestra situación de desterrados, cuando rezamos la salve a la Virgen: *“A ti clamamos los desterrados hijos de Eva... ”*, *“Y después de este destierro, muéstranos a Jesús... ”*. Con la conciencia de que la

Escritura está inspirada por Dios y se escribió para enseñanza nuestra, comenzamos el tema: ***“Habla, Señor, que tu siervo escucha”***.

2. - El exilio en Babilonia. El 14 de agosto del 587 antes de Cristo, fecha probable de la caída de Jerusalén y del incendio del templo de Salomón, quedó escrito para siempre con letras de pena en el corazón del pueblo judío. Testigo de excepción del dramático día fue el profeta Jeremías: ***“El año noveno de Sedecías, el mes décimo, vino Nabucodonosor con todo su ejército a Jerusalén, poniéndole cerco. El año undécimo de Sedecías, el mes cuarto, el día noveno, los generales del rey de Babilonia abrieron brecha en la ciudad, entraron y se sentaron en la puerta central... Cuando los vio, Sedecías y sus soldados salieron huyendo de la ciudad... Pero el ejército caldeo los persiguió y alcanzó en la estepa de Jericó... Lo apresaron y lo llevaron ante el rey de Babilonia... El rey mató a los hijos de Sedecías y a todos los nobles de Judá, ante su vista... A Sedecías le sacó los ojos y lo cargó de cadenas de bronce, llevándolo a Babilonia”*** (Jeremías 39, 1-7) ***“Incendiaron el Templo del Señor y el palacio real, y prendieron fuego a todas las casas de Jerusalén y a todos los edificios importantes”*** (II Reyes 25, 9).

Diez años antes (597 antes de Cristo) unos diez mil judíos habían sido deportados, con el rey Joaquín a la cabeza (II Reyes 24, 8-17). El profeta Ezequiel iba en esta primera deportación. En la segunda deportación, se llevaron a toda la gente útil que quedaba en Judá: ***“Se llevaron cautivos a todos... pero del pueblo llano y pobre dejaron a algunos viñadores y labradores”*** (II Reyes 25, 11-12). ¿Dónde fueron a parar? ¿Cómo vivieron allí? ¿Qué hacían? Si atendemos al salmo 137, los instalaron ***“junto a los canales de Babilonia”***, es decir, entre los ríos Eufrates y Tigris, unidos por incontables y enormes canales dedicados al riego. Excavaciones realizadas a unos cien kilómetros al sudeste de Babilonia revelan no sólo la estancia de los judíos por aquella zona en la época del destierro, sino también la forma de vida que tenían.

¿Cómo vivieron sus años de exilio? Lógicamente, sometidos a la voluntad caprichosa de los vencedores. Los principales cabecillas fueron encerrados en la cárcel, como los reyes Joaquín y Sedecías. En cambio los demás no tuvieron una vida dura, sino más bien lo contrario. Se les permitió construir sus propias casas y vivir en grupos más o menos numerosos, con lo que pudieron conservar las tradiciones y la fe heredada de sus padres. Por ejemplo: Ezequiel 8, 1 nos cuenta una reunión en su casa de Babilonia: ***“El año sexto, el día cinco del sexto mes, estaba yo sentado en mi casa y los ancianos de Judá sentados ante mí, cuando se posó sobre mí la mano del Señor”***. A estas importantes reuniones de oración y fe las llamaban **sinagogas**, como veremos más adelante.

Muerto Nabucodonosor, su sucesor saca al rey Joaquín de la cárcel y vive en palacio, viste como príncipe, come con el rey y cobra una pensión vitalicia a costa de la casa real (II Reyes 25, 27-30). Las condiciones fueron siempre a mejor, fundamentalmente porque la monarquía no estaba muy fuerte en el exterior y evitaba

tensiones internas. Poco a poco los judíos fueron ganando terreno y libertad: comerciaban, eran banqueros, prósperos artesanos, agricultores y algunos hasta se hicieron ricos. No obstante, pagaban fuertes impuestos, estaban sometidos a un poder extranjero y, sobre todo, lejos de su patria, lo que era duro para ellos. A pesar de esto, muchos se integraron bien en Mesopotamia, adoptando la cultura y las costumbres de la tierra que los recibió. El hecho de que tanto el II Isaías, que vivió el destierro, como Ezequiel arremetieran tanto contra la idolatría nos da a entender que la gran tentación de los desterrados fue querer compaginar la fe en Yavé con la de los ídolos del país de acogida, donde muchos de ellos se encontraban a gusto.

Éstos que se integraron bien, no volvieron más a la tierra prometida. Lo mismo pasó en Egipto: sólo los pobres salieron a buscar la tierra prometida. Los ricos no necesitan liberación, ni apoyarse en la esperanza de una tierra prometida: se apoyan en sus riquezas. Algunos ricos, los menos, sí confían en Dios. Nehemías 7, 66-67 nos cuenta que algunos de los que regresaron, lo hicieron con riquezas enormes. Jesús nos diría quinientos años más tarde que los que sólo confían en sus riquezas tendrán difícil la entrada en el cielo. El caso es que hubo un resto, *“el resto de Israel”*, que siempre confió en Dios y mantuvo la fe, a pesar del silencio de Dios. Ezequiel, el II Isaías y los sacerdotes que estaban con ellos mantuvieron viva esa llamita de la fe en el Dios de Israel. Una vez más, la esperanza en la promesa les dio fuerzas. Los entendidos calculan que sólo regresaron un 10% de los exiliados. Como ves, muy pocos pero muy cambiados, como te explicaré en este mismo tema.

Ezequiel, empeñado en provocar un cambio en la forma de pensar de sus paisanos, les hace reflexionar sobre lo que están viviendo. Y lo primero que viven es la seducción que la cultura babilónica ejerce sobre ellos. En Judá vivían una religiosidad popular, una fe sociológica, sin grandes dificultades, pero que aquí no les sirve porque el ambiente les puede. La mayoría sucumbió al encanto del momento, pero hubo un pequeño resto que permaneció fiel a Dios. Fueron los retornados. Tras la vuelta a casa, ellos serán quienes mantengan la fe en el Dios único los próximos quinientos años hasta la venida de Jesús y de su Iglesia, nuevo Israel peregrino. Los cristianos del siglo XXI vivimos también un momento de crisis, muy parecido a aquel: no podemos seguir contando con un apoyo social a nuestra fe. Mucha gente se siente seducida por el entorno y se aleja de Dios. Ezequiel, Isaías, Esdras, Nehemías y tantos otros dirigentes religiosos aceptaron el reto del momento e iniciaron una nueva forma de entender la fe de siempre: el **judaísmo** que es una vivencia personalizada de la fe. Todo un reto para nosotros, cristianos del siglo XXI.

3. - La vuelta a casa: Esdras y Nehemías. Este tema lo hemos comenzado con el edicto de Ciro, Rey de Persia, autorizando a todos los judíos a volver a casa. Ya han pasado casi doscientos años de las primeras deportaciones de Israel (año 734 antes de Cristo) y 50 de la de Judá, en la que nos estamos centrando. Según dice un cilindro de arcilla encontrado en unas excavaciones de Babilonia, éste era el talante de Ciro al llegar al poder: *“Restablezco a los dioses en sus moradas, y a todos los pueblos en sus viviendas”*. Debió ser un hombre bueno y liberal: para él, el Dios

altísimo judío, no es distinto del dios supremo de los persas. Por eso no sólo autorizó la vuelta, sino que también ayudó a los que volvían para que el regreso fuera satisfactorio. II Isaías habla de Ciro como del “*ungido de Yavé*”. Además de Ciro, los protagonistas de esta vuelta a casa son Esdras y Nehemías, que dan nombres a dos libros escritos por el mismo autor de Crónicas.

Vamos a seguir la lectura de estos libros, deteniéndonos en los puntos más importantes. Abundan en ellos las genealogías. Tú te las saltas en la lectura. El autor pretende con ellas dejar claro que la salvación de Dios continúa de padres a hijos. Los dos libros tratan de la reconstrucción material y espiritual del país: el templo, la ciudad y la ley de Moisés. Como la intención del cronista es hablarnos de esa reconstrucción, nos vamos a centrar en ella y vamos a prescindir de los aspectos materiales de los dos libros. Nos basta saber que los acontecimientos descritos en ellos sucedieron en los siglos V y IV antes de Cristo; que el cronista los puso por escrito bastante más tarde, sin poder precisar fecha. Esto significa que el autor recoge tradiciones y recuerdos, con lo que eso lleva de mezcla de datos, confusiones de lugares y nombres, exageraciones en los números, etc... A estas alturas del Curso ya sabemos distinguir la paja del grano y quedarnos con lo esencial: lo que Dios nos quiere decir con esta escritura inspirada para enseñanza nuestra.

4. - El libro de Esdras. Comenzamos con el libro de Esdras. ¿Quién fue Esdras? Un sacerdote judío, experto en la Ley de Moisés y posible consejero del rey para asuntos judíos. Debió estar tan cerca del rey que éste le encomienda que suba a Jerusalén para que haga cumplir la ley santa al pueblo retornado. En el pueblo judío debía quedar un buen recuerdo de este hombre cuando, mucho más tarde, el autor del libro que lleva su nombre repite, como hará después con Nehemías, que “*la mano poderosa del Señor estaba con él*” (Esdras 7, 6.9). Como ves hasta el capítulo 7 no entra Esdras en escena. Los seis primeros capítulos están dedicados a la vuelta de los exiliados y reconstrucción del templo. Antes de leerlos, te explico un poco para que te sea más fácil su lectura.

La vuelta a casa no fue cosa fácil. Las tierras y casas estaban ocupadas por gente de otros lugares desde hacía cincuenta años. Gentes con otras creencias que no entendían los fervores de Yavé que predicaban los recién llegados, los cuales traían un edicto del rey en la mano pero ni un euro en el bolsillo, al menos la mayoría de ellos. Los dos grupos tenían intereses muy distintos y recelaban mutuamente. Esdras 3, 3 dice: “*Hicieron el altar en su lugar, a pesar del temor que les infundían los pueblos de la tierra*”. Estos “pueblos de la tierra” eran los samaritanos, los moabitas y otros que habían ocupado las tierras. Después de cincuenta años se consideran los dueños de aquel país, ya habitado por sus padres y abuelos.

Razón de más para poner todo tipo de zancadillas a los judíos repatriados. Y cuando éstos se niegan a que Yavé comparta con los dioses extranjeros el templo que están construyendo, se colma el vaso de la ira. Recurren al soborno de las autoridades locales y envían denuncias al soberano persa con el astuto argumento de que los

judíos, al reedificar Jerusalén, *“ciudad rebelde y perversa”*, pretenden sublevarse contra el rey. Esta denuncia tiene éxito y las obras, que se habían comenzado el año 536 antes de Cristo, se ven interrumpidas unos años. Dos profetas, Ageo y Zacarías, animan a la gente a seguir la construcción de la casa de Dios. Artajerjes, el soberano que paró la obra, muere y le sucede Darío. A petición de los judíos, las autoridades locales escriben a éste una carta recordándole el decreto de Ciro. Darío responde ordenando la reanudación de las obras, con el apoyo de la corona (Esdras 6).

Las obras se reinician el año 520 antes de Cristo y cinco años más tarde se concluyen. Llenos de júbilo por la terminación de la obra, consagran el templo a Dios y *“ofrecen sacrificios por el pecado de todo Israel”* (Esdras 6, 17). Una vez purificados, celebran la pascua con alegría durante siete días. Ya puedes leer los seis primeros capítulos de Esdras. Saltándote el segundo capítulo, los demás no tienen dificultad. Fíjate cómo Dios actúa en toda esta trama de zancadillas y enredos para que acabe cumpliéndose su voluntad, obrando incluso a través de los reyes paganos y, por supuesto, de la tenacidad del pequeño *“resto de Israel”* que ha vuelto a Jerusalén, ciudad santa aunque *“rebelde y perversa”*. Jerusalén es figura de la Iglesia: santa por elegida de Dios y *“rebelde y perversa”* por los pecados de los hombres que la formamos. Una vez reconstruida la casa de Dios, ahora tienen que arreglar sus vidas y Esdras, el sacerdote, entra en escena con esa finalidad. Estamos en el capítulo séptimo.

5. - Esdras en Jerusalén. Esdras será el protagonista del resto del libro. El rey le encomienda una misión concreta: *“El rey y sus siete consejeros te envían para ver cómo se cumple en Judá y en Jerusalén la ley de tu Dios”* (Esdras 7, 14). Esdras ve en la decisión del rey la voluntad del Señor y le agradece la misión encomendada. Hace los preparativos del viaje, ayuna y reza, pidiendo un viaje feliz. Esdras está en manos de Dios: *“La mano de nuestro Dios estaba sobre nosotros y nos protegía de la mano de nuestros enemigos y de los que nos acechaban en el camino”* (Esdras 8, 31). Llega a Jerusalén y presenta sus credenciales.

¿Qué encuentra allí? A pesar de la prohibición expresa y tajante de la Ley de Dios de no casarse con extranjeras, los repatriados *“han tomado las hijas de los extranjeros para sí y para sus hijos, mezclando una descendencia santa con la gente del país. Los ministros y funcionarios han sido los primeros en este pecado... Cuando escuché estas palabras rasgué mis vestiduras y mi manto, me arranqué el pelo de la cabeza y de la barba y me senté desolado... En la ofrenda de la tarde me alcé de mi postración y rasgadas mis vestiduras y mi manto, doblé mis rodillas, extendí las palmas de mis manos hacia el Señor, Dios y dije: Dios mío, me avergüenzo y me sonrojo de levantar mi rostro hacia ti, porque nuestras iniquidades se han multiplicado encima de nuestras cabezas y nuestra culpa es tal que llega hasta el cielo, desde la época de nuestros padres”* (Esdras 9).

Lee el resto del libro. Hay algunos detalles importantes, que constituyen la esencia del **judaismo** del que te hablaré más adelante. Por ejemplo, la importancia

que tiene la figura del sacerdote en la reorganización de los regresados. Como ya no tienen rey, serán los sacerdotes los que juzguen y gobiernen al pueblo según la ley de Dios y con las limitaciones que les ponga el pueblo dominante, ya que Israel siempre estuvo sometido a algún imperio extranjero: persa, griego o romano. En los tiempos de Jesús fueron los sumos sacerdotes Anás y Caifás quienes lo juzgaron. Recuerda cómo Pilato les dice: **“Juzgado vosotros según vuestra Ley. Y ellos le responden: Nosotros no estamos autorizados a darle muerte a nadie”** (Juan 18, 31). Los romanos se habían reservado el derecho de imponer la pena de muerte. Por tanto la primera cosa que vemos en el texto es la importancia del sacerdote en la nueva organización social.

Más importante todavía es su empeño en que el pueblo cumpla la Ley (otra nota esencial del **judaismo**). De todos los pecados contra la Ley que Esdras encuentra en Judá, el que más le duele es el de los matrimonios mixtos. Hoy nos choca la intransigencia de Esdras que llega a exigir a sus paisanos que despidan a las mujeres extranjeras con quienes ya se habían casado. Ya entonces, a algunos les chocó tanto el celo de Esdras por salvar la identidad de su pueblo que le pidieron un tiempo de reflexión: **“no es asunto de un día ni de dos”** (Esdras 10, 13). Ya vimos en el tema 4º de este libro cómo la historia de Rut, escrita en esta época, nos trae un mensaje de salvación universal de Dios, frente a esta actitud cerrada de Esdras. Pero tenemos que hacer un esfuerzo para entender por qué Esdras fue tan radical al exigir el cumplimiento de la Ley. Israel era el pueblo elegido, santo y consagrado para que en él se cumpliera la promesa. No podía mezclarse con otros pueblos. Hubiera desaparecido entre ellos, perdiendo su identidad. No son razones, xenóforas o racistas, sino la conciencia de pueblo elegido para una misión santa. Dios se fue preparando un pueblo bien dispuesto para recibir al Mesías, no al estilo democrático de hoy sino al de aquella época.

Este tema tiene mucha actualidad para nosotros. En los próximos treinta años está previsto que doce millones de extranjeros vengán a vivir en España. Algunos traerán nuestra misma religión, pero otros muchos no. Y se casarán, ya lo estamos viendo, con nuestros hijos e hijas. ¿Qué actitud tomaremos ante estos matrimonios? Para que te formes un criterio, te resumo lo que dice el Catecismo de la Iglesia Católica (1634): *“La diferencia de confesión (de creencia) entre los cónyuges no constituye un obstáculo insuperable para el matrimonio... Pero las dificultades de los matrimonios mixtos no deben ser subestimadas... Mentalidades religiosas distintas pueden constituir una fuente de tensión en el matrimonio, principalmente a propósito de la educación de los hijos”*. El libro de Esdras termina diciendo que los que se habían casado **“despidieron a sus mujeres e hijos”** (Esdras 10, 44). Naturalmente esto no vale, pero sí es necesario conocer las dificultades que un matrimonio de este tipo conlleva para afrontarlas. El amor lo puede todo.

6. - El libro de Nehemías. Y comenzamos con el libro de Nehemías. Los dos de Crónicas, el de Esdras y el de Nehemías fueron escritos por un mismo autor, en fecha desconocida pero que podemos fijar bien pasada la mitad del siglo IV antes de

Cristo, aunque otros la colocan mucho después. Para escribir Esdras y Nehemías, el autor pudo inspirarse en unas **“Memorias de Esdras”** y **“Memorias de Nehemías”** escritas por los mismos protagonistas recién ocurridos los hechos bien como una rendición de cuentas al monarca persa, bien como una crónica para guardarlas en los archivos de Jerusalén. De todas formas el interés del cronista es transmitir una enseñanza religiosa y moral, sin pretender hacer historia con la narración de los acontecimientos. Incluso la segunda parte de Nehemías parece proceder de las **“Memorias de Esdras”**. Los entendidos seguirán estudiando estos temas, mientras nosotros sacamos las enseñanzas religiosas y morales que contienen.

Para un estudio más fácil, vamos a dividir el libro de Nehemías en dos bloques: el primero formado por Nehemías 1-7, y el segundo por el resto. Te advierto que, en ambas partes, el cronista pone relaciones interminables de nombres. Ya te dije que ellos consideraban estas listas de genealogías muy importantes para dejar constancia de que la Historia de Salvación de Dios con su pueblo continuaba de padres a hijos. Como nosotros ya eso lo sabemos y, además, no nos suenan esos nombres, tú te saltas todas las listas. Por ejemplo el capítulo 7 es todo de nombres. Te lo saltas. Lee, pues, los seis primeros capítulos de Nehemías. No tienen ninguna dificultad porque el tema es el mismo de Esdras.

¿Quién es Nehemías? Un judío deportado a Babilonia que había hecho carrera hasta ganarse la confianza del rey. Era el copero real, es decir, encargado de las bebidas del rey, algo importantísimo en una época en la que el envenenamiento del rey era la forma más rápida y eficaz de conseguir el trono. Se entera de la pésima situación de Jerusalén y sus habitantes y se siente solidario con su pueblo. Como hizo Esdras, ayuna, reza y pasa a la acción. Pide permiso y autoridad al rey para hacer lo que pueda en la reconstrucción y repoblación de la ciudad. Consigue credenciales para marchar contando siempre con que **“la mano de Dios estaba con él”** (Nehemías 2, 8). Sin lugar a dudas, tanto Esdras como Nehemías son hombres profundamente religiosos. Todo, hasta las desgracias, adquiere en ellos un sentido sagrado por su origen divino. Ambos libros están llenos de la presencia de Dios, que actúa en ellos. En todas las dificultades, que no faltan, elevan una oración confiada. Aguantan trabajos y calumnias y sólo de Dios esperan recompensa (Nehemías 5, 19; 13,22).

7. - El Judaísmo. Seguimos la lectura de Nehemías en el capítulo octavo, sin duda uno de los más importantes de toda la Biblia. El origen de este relato parece más bien las **“Memorias de Esdras”** que las **“Memorias de Nehemías”**, aunque esté en su libro. Te lo resumo antes de comentarlo: ***“Todo el pueblo se reunió como un solo hombre en la explanada que hay delante de la Puerta de las Aguas, y pidió a Esdras el letrado, que trajera el libro de la Ley de Moisés, que Dios había dado a Israel. El sacerdote Esdras trajo el libro de la Ley ante la asamblea, compuesta de hombres, mujeres y todos los que tenían uso de razón. Era a mediados del mes de octubre. En la plaza de la Puerta del Agua, desde el amanecer hasta el medio día, estuvo leyendo el libro a los hombres, a las mujeres y a los que tenían uso de razón. Toda la gente seguía con atención la lectura del libro de la Ley. Esdras, el letrado,***

estaba en pie en el púlpito que se había levantado para esta ocasión. Esdras abrió el libro a la vista de todo el pueblo –pues se hallaba en un puesto elevado- y cuando lo abrió toda la gente se puso en pie.

Esdras bendijo al Señor, Dios grande, y todo el pueblo, levantando las manos, respondió: Amén, amén. Después se inclinaron y adoraron a Dios, rostro en tierra. Los levitas leían el libro de la Ley de Dios con claridad y explicando el sentido, de modo que comprendieron la lectura. Nehemías, el gobernador, Esdras, el sacerdote y letrado, y los levitas que enseñaban al pueblo decían al pueblo entero: Hoy es un día consagrado a nuestro Dios: no hagáis duelo, ni lloréis (porque el pueblo entero lloraba al escuchar las palabras de la Ley). Y añadieron: Andad, comed buenas tajadas, bebed vino dulce y enviad porciones a quienes no tienen, pues es un día consagrado a nuestro Dios. No estéis tristes, pues el gozo del Señor es nuestra fortaleza. Los levitas calmaban a todo el pueblo diciendo: Callad, que hoy es un día santo. No estéis tristes. Todo el pueblo se dispuso a comer, a beber, a compartir y a festejar con gran alegría el haber entendido las palabras que le habían manifestado” (Nehemías 8, 1-12).

¿Por qué te he dicho que este capítulo 8º de Nehemías es uno de los más importantes de la Biblia? Porque esta reunión de todo el pueblo para leer la Palabra de Dios, oír las explicaciones de los sacerdotes y celebrar la fiesta del sábado, día del Señor, es el momento en que se suele fijar el nacimiento del **JUDAÍSMO**. ¿Y qué es el judaísmo? Búscalo en el Vocabulario del primer libro de este Curso de Iniciación a la Biblia (página 164). Alguna nota más sobre el judaísmo te he señalado en este mismo tema, pero te lo vuelvo a explicar con un poquito de más extensión. El judaísmo es la nueva forma de entender la religión judía a partir de la reflexión hecha durante el destierro en Babilonia por los profetas que acompañaron al pueblo en el destierro, sobre todo Ezequiel y Jeremías, y cuya implantación oficial iniciaron a la vuelta a casa los dos reformadores, Esdras y Nehemías. Vamos a profundizar un poquito más, respondiendo a estas dos preguntas: ¿Cuál fue la reflexión hecha en el destierro? ¿Cuáles fueron, en síntesis, las reformas de Esdras y Nehemías?

A estas alturas del curso, tú solo podrías responder a estas dos preguntas, pero te voy a ayudar un poquito. ¿Qué fue lo que reflexionaron en el destierro? Recuerda la Historia de la Salvación que ya conoces: Abrahán y la Alianza; Moisés y el éxodo; David y la promesa de un linaje eterno; Jerusalén, la ciudad santa; Salomón y el templo, garantía de la presencia de Dios en medio de su pueblo; la división de la monarquía, la infidelidad continua; y, al final, el destierro humillante. **Todo el orgullo de un pueblo acabó derrumbado**. Cuando los desterrados van recorriendo los mil quinientos kilómetros que les separan de Babilonia, con el rey Sedecías, el elegido de Dios, ciego y cargado de cadenas de bronce, las dudas se les amontonan en sus cabezas. Mucho pesan las cadenas, pero más pesa el silencio de Dios: ¿Dónde está Dios? ¿Qué queda de las promesas hechas a Abrahán, a Moisés, a David, a todos sus padres? ¿Ha fallado Dios? Un pueblo siempre orgulloso de sí mismo, de su patria y de su Dios no tenía respuestas para estas preguntas, al menos en caliente, como no

las tenemos nosotros cuando Dios calla en torno nuestro. El silencio de Dios nos resulta muy difícil de soportar, pero ahí está. Incluso cuando Dios calla, tenemos que creer que todo está ordenado para el bien de sus elegidos.

En Babilonia tuvieron mucho tiempo para pensar. La fe entra en crisis: algo ha fallado, pero Dios no puede fallar. Al revés, ahora que todo ha fracasado, Dios es el único que nos queda. E Israel comprende que es él el que ha fallado. Es el pueblo y no Dios, quien ha roto la Alianza saliéndose del círculo amoroso en que Dios lo puso. Hay que repensarlo todo, hay que comenzar de nuevo: unas nuevas relaciones con Dios. Por fortuna sigue habiendo profetas en Israel que ayudan al pueblo a esta reflexión colectiva. Hay que levantar el ánimo. Si quieres entender bien el estado de ánimo del pueblo y el papel de estos profetas en el origen del Judaísmo, interrumpe la lectura y lee en el capítulo 37 de Ezequiel la parábola de los huesos secos: *“El Señor me dijo: profetiza sobre estos huesos secos. Diles: Huesos secos, escuchad la palabra del Señor. Así dice el Señor: Os infundiré mi espíritu y viviréis”*. Y explica: *“Esos huesos secos son la casa de Israel. Andan diciendo: Se ha desvanecido nuestra esperanza, todo ha acabado para nosotros. Por eso, profetiza: Así dice el Señor, Dios: He aquí que yo abro vuestras tumbas; os haré salir de vuestras tumbas, pueblo mío, y os llevaré de nuevo al suelo de Israel”*.

Y volvieron de nuevo al suelo de Israel. Dios movió el corazón de Ciro y el pueblo regresó a casa. Pero todo no podía quedar en el susto. Dios manda a Israel a dos hombres, Esdras y Nehemías, que van a poner los cimientos de esa nueva forma de entender la religión tras la reflexión del destierro. Es lo que se ha llamado **judaísmo**. ¿Qué es lo que cambia? Cambian los centros de gravedad de Israel. Antes del destierro esos centros de gravedad o puntos de apoyo que sostenían todo eran la monarquía y el templo. La monarquía ha desaparecido para siempre. El templo sigue pero, como en el exilio no tenían templo, surgieron las asambleas o reuniones de grupos donde oraban a Dios y explicaban sus tradiciones. A estas asambleas las llamaban sinagogas. Y **la Ley pasa a ocupar el lugar central en la vida de Israel**, por encima del templo y del culto. A partir del destierro, ellos tienen claro que han de vivir la Ley con radicalidad, si no quieren exponerse a que se repita el castigo de Dios.

Los profetas ya no tienen razón de ser, puesto que la voluntad de Dios está escrita en la Ley. No necesitan intérpretes, sino catequistas que le expliquen esa Ley. Surgen los escribas o doctores de la ley que hacen de catequistas. Dentro del cumplimiento de la ley son estrictos en la práctica de la circuncisión y en la observancia del sábado, como día consagrado al Señor. También llevan muy estrictamente la reglamentación de las impurezas en la alimentación, en los objetos e incluso en las personas. Si Dios es santo, su pueblo también tiene que ser santo. El pueblo está consagrado al Señor y tiene que ser puro: no se puede mezclar con otros pueblos porque perdería su identidad. Ya hemos visto la actitud de Esdras ante los matrimonios con extranjeras. El sacerdote, hombre del culto, también vuelve reforzado. La unción ya no se practica sobre el rey, que no existe, sino sobre el

sacerdote que está en contacto con Dios en el templo. Él, sobre todo el sumo sacerdote, será el nuevo líder de Israel que ejercerá su representación y la poca o mucha autoridad que le permita la potencia extranjera de turno (persas, griegos y romanos).

En Babilonia, sin la presencia visible de Dios en el templo, sin patria, sin rey, la fe fue interiorizada. Se reunían en comunidad a rezar la Palabra. Lo hacían el sábado, día consagrado al Señor. El sábado era para los desterrados el día que los distinguía de los paganos que les rodeaban. Igual tiene que ser para nosotros el domingo. Tenían también la circuncisión, rito por el que entraban a formar parte del pueblo de Dios. Siempre la habían tenido, pero ahora la revalorizan con un compromiso serio de educar a los niños circuncidados en la fe de sus mayores. Igual tendríamos que hacer nosotros con nuestro rito de entrada en la Iglesia, el bautismo: revalorizarlo con un compromiso serio de los padres de educar a sus hijos en la fe de sus mayores. Desaparece el reino político, pero nace la comunidad religiosa; la fe es interiorizada. A esta interiorización de la fe es a lo que llamamos **judaísmo**. Tienen que pasar de una religión de masas y de un culto sociológico a una religión basada en la respuesta personal a Dios. ¡Es tan parecida la situación actual de nuestra Iglesia a ésta que vivieron nuestros padres después del destierro! Es la Nueva Evangelización a la que nos ha llamado la Iglesia.

8. - La Asamblea de Israel responde a la Palabra. Los cinco capítulos restantes del libro de Nehemías nos traen la respuesta del pueblo a la Palabra proclamada abundantemente en la gran asamblea del capítulo 8º. El efecto de la lectura de la Palabra es necesariamente la conversión interior. La Palabra siempre nos denuncia, cuando nos confrontamos con ella. La conversión, si es sincera, nos ha de llevar al compromiso. El que se pone a tiro de la Palabra, siempre termina comprometido, cogido por ella. Los capítulos 9 y 10 nos traen la celebración penitencial comunitaria y el repaso general de la ley con el compromiso del pueblo de cumplirla. El compromiso tiene tal formalidad que lo hacen por escrito, avalado por sus sacerdotes y levitas: ***“Nosotros asumimos un compromiso por escrito, firmado por nuestros jefes, sacerdotes y levitas”*** (Nehemías 10, 1). Léelos y siéntete hoy hijo de aquellos que asumieron el compromiso de servir a Dios.

En los capítulos 11 y 12 cuenta Nehemías la repoblación de la capital (Jerusalén) y del país (Judea), como también la consagración de las murallas de Jerusalén. Todo el mundo feliz: ***“Judá estaba feliz de poder contar con sacerdotes y levitas, que trabajaran al servicio de Dios”*** (Nehemías 12, 44-45). Nehemías vuelve a Babilonia a su trabajo y cuando, pasado un tiempo prudencial, vuelve a Jerusalén a ver cómo van las cosas se encuentra con que el pueblo se ha desviado de nuevo y tienen que volver a implantar la Ley de Moisés. Por muchos propósitos buenos que hagamos, siempre se nos acaban olvidando, como a Israel. Esperemos que nunca falten los catequistas, sacerdotes y profetas que nos recuerden el camino que Dios nos traza y que está dicho en su Palabra. Lee el capítulo 13 y haz tuya la jaculatoria final

de Nehemías, con la que termina el libro: “*¡Acuérdate de mí, Dios mío, para bien*” (Nehemías 13, 31).

PROPUESTA DE TRABAJO:

Lecturas:

Nehemías 8, 1-18

Ezequiel 37, 1-14

Mateo 5, 17-19

Preguntas:

1.- Te he dicho que la asamblea relatada en este capítulo es uno de los momentos más importantes de la historia de Israel. ¿No te recuerda a nuestra misa dominical, que es el momento más importante de nuestra vida cristiana? Léela y saca los parecidos entre ambas.

2.- En el tema te he presentado esta parábola de Ezequiel. Léela ahora y reflexiona sobre el estado de ánimo del pueblo durante el silencio de Dios en el exilio. ¿Has vivido una situación parecida en tu vida?

3.- Jesús nos dice en el evangelio de Mateo que Él viene a dar plenitud a la Ley. ¿En qué le dio plenitud Jesús a la Ley? ¿Recuerdas alguna actuación suya que lo demuestre?

Tema 15º. - LIBRO DE LOS HECHOS DE TOBIT Y SU HIJO TOBÍAS

1. - Introducción. Como ves en el título del tema, el libro que vamos a estudiar se llama Tobit o Tobías, según se considere al padre (Tobit) o al hijo (Tobías) como el personaje principal. A mí me gusta más el padre que el hijo. Nuestras biblias lo citan siempre con el nombre de Tobías. Forma un bloque junto con los de Judit y Ester, que veremos a continuación. En algunas biblias, como la Vulgata y la de los Setenta, viene colocado junto a Esdras y Nehemías, como queriendo darle un valor histórico que no tiene. Es una especie de novela ejemplar, escrita para enseñar al pueblo. En el primer libro de este Curso de Iniciación a la Biblia puedes comprobar(página 117) que en la Biblia Hebrea no está, como tampoco en la Protestante cuyo canon coincide con el hebreo..... (página 121). En ese mismo libro puedes comprobar que es un libro **deuterocanónico**, es decir que no se incorporó al canon de nuestra Biblia desde el primer momento, sino un poco más tarde (página 149).

El libro de Tobías es cortito y se lee con agrado. Ha sido considerado “*una joya de la literatura judía*”. Lo podemos fechar hacia el año 200 antes de Cristo. Su autor desconocido lo presenta como escrito por Tobit, un judío de la tribu de Neftalí que fue deportado a Nínive hacia el año 732 antes de Cristo: “*En tiempos de Pecaj, rey de Israel, vino Teglat-Falasar, rey de Asiria, y deportó a toda la casa de Neftalí*” (II Reyes 15, 29). Fue la primera deportación de Israel, el reino del norte. Fíjate en el detalle de que el libro se escribe quinientos años después de que pudieran haber sucedido los hechos narrados. El autor va a recomponer la vida de un supuesto hombre bueno que se mantuvo fiel a Dios, mientras su pueblo ofrecía sacrificios a los dioses. La vida de Tobit va a ser ejemplar para todos los judíos que la lean. Ésta es la única intención del autor anónimo, al que no le interesa la exactitud histórica porque no es historiador, sino teólogo y catequista. Con la idea y la actitud interior de recibir una catequesis, vamos a comenzar el estudio de este pequeño libro.

No te cuento la historia para que la leas en el libro, pero sí te indico cuáles son sus enseñanzas: la fidelidad a Dios; el espíritu solidario de Tobit que reparte muchas limosnas a los pobres; su actitud misericordiosa que le lleva a enterrar a los judíos muertos, a pesar de la prohibición de la autoridad y de la burla de sus paisanos; el cumplimiento riguroso de las prescripciones de la ley sobre los alimentos; Tobit sufre con piedad y serenidad la prueba de la ceguera; reza una ferviente oración a Dios, desde lo más hondo de su dolor, llegándose a desear la muerte, como se la deseara Elías. Fíjate también cómo Dios no abandona a los suyos y le envía al ángel Rafael para que acompañe a Tobías en un difícil viaje, venciendo al demonio Asmodeo y facilitando la curación de la ceguera de Tobit y la maldición que pesa sobre Sara, su futura nuera.

Dividiremos el libro en tres partes. La **primera** es la introducción: dos familias buenas y piadosas son golpeadas por la desgracia. Tobit queda ciego y pobre, no contando ni con la comprensión de su esposa. Un caso parecido al de Job. En la otra

familia, la joven Sara es objeto de burla de su criada porque ha tenido siete maridos y todos han muerto la noche de bodas, a manos del demonio Asmodeo. También reza deseándose la muerte. La **segunda** parte es el núcleo de la novela: un difícil viaje de Tobías para recuperar un dinero que su padre tenía prestado. Todo sale bien, gracias a Rafael, un ángel enviado por Dios para acompañar al joven. La **tercera** parte es la conclusión: todos acaban felices. Tobías vuelve a Nínive, cura la ceguera de su padre y el ángel, tras darse a conocer, desaparece. Tobit hace una oración de acción de gracias y alabanza a Dios, su salvador. Comencemos la lectura y explicación.

2. - Primera parte: los personajes. Lee los tres primeros capítulos. Están dedicados a presentar los protagonistas del relato: las familias de Tobit y Ragüel, el arcángel Rafael y el demonio Asmodeo.

La familia de Tobit. El protagonista indiscutible es el padre. Él mismo se presenta con el perfil de un israelita ideal. Te resumo el capítulo primero: *“Yo, Tobit, andaba por caminos de verdad y de justicia todos los días de mi vida y daba muchas limosnas a mis hermanos y compatriotas conducidos conmigo a la cautividad en Nínive, en la región de los asirios... Yo era el único de mi pueblo que iba a Jerusalén llevando las primicias de los frutos y de los animales y los diezmos... Al ser conducido a la cautividad, guardé pura mi alma no comiendo los alimentos de los gentiles. Por haber permanecido fiel a Dios, el Altísimo me concedió su gracia delante del rey y compraba para él todo lo que necesitaba. Iba a comprar a Media y allí presté a Gabael diez talentos de plata. Daba limosnas a los necesitados y vestía a los desnudos y, si veía a alguno de mis compatriotas muerto y arrojado fuera de las murallas de Nínive, lo enterraba”.*

Como ves, **Tobit** es un buen hombre que practica la misericordia con los suyos. Más tarde Jesús nos enseñará a practicarla también con nuestros enemigos, a imitación de Dios que hace llover para buenos y malos. Lee el capítulo 2º que sigue contando sus buenas obras, la desgracia de su ceguera y su mal juicio sobre su mujer, Ana. Su hijo **Tobías** queda desdibujado por la personalidad de su padre y del ángel Rafael. Tal vez sea la obediencia a uno y otro lo que podamos destacar de Tobías. Resulta un poco infantil en sus intervenciones. Sus preguntas a Rafael sirven para que éste transmita enseñanzas. Todo se lo dan hecho: se enamora de oídas y termina rico no por su esfuerzo sino gracias a las herencias recibidas de su padre y su suegro.

Ana, su madre, tiene que echarse a trabajar a sueldo cuando las cosas van mal en casa dada la ceguera de su marido. Un día Ana recibe un cordero, como regalo añadido al sueldo, y Tobit, obrando mal, desconfía de su mujer y la acusa de ladrona. Ella se enfada y le recrimina su desconfianza. Aquí tenemos que darle la razón a Ana, aunque tampoco está bien la respuesta que le da a su marido. Ella tenía que haberse callado, como os digo siempre. Cuando el otro meta la pata hay que callarse o se entra en la espiral de la violencia, como pasó allí. Y al final ¿qué quedó de la pelea? Sufrimiento para los dos. Tras la pelea con su mujer, Tobit se entristece, llora y reza, deseándose la muerte. Esta actitud de Tobit es la misma de Job, deseándose la muerte

(Job 3). Resumiendo: como casi siempre que hay peleas en los matrimonios, los dos actúan mal y el sufrimiento se hace presente.

La familia de Ragüel: se trata de otra familia judía que está también desterrada, aunque en Media, a mil kilómetros de Nínive, donde está Tobit. Lee el capítulo 3º y fíjate como, tras la oración de Tobit, éste deja la narración y el autor nos presenta a esta otra familia. Para no perder el hilo de la narración, sólo te voy a presentar a Sara, que es la que interesa. Más adelante conocerás a su padre, que está en segunda fila. El versículo 7º comienza diciendo *“aquel mismo día sucedió...”*, dando a entender con lo de *“aquel mismo día”* que se trata de dos vidas paralelas, unidas en una desgracia desesperante, de la que son salvados gracias a su confianza en Dios. Igual que su futuro suegro, Sara reza confiada. ¿Qué ganan con rezar? Aquí lo tienes:

“La oración de ambos fue escuchada en ese preciso momento por Dios, que envió a Rafael para que curara a los dos: a Tobit para que le quitara la mancha blanca de sus ojos y viera la luz de Dios; y a Sara, la hija de Ragüel, para darla en matrimonio a Tobías, el hijo de Tobit, y liberarla del perverso demonio Asmodeo, puesto que a Tobías correspondía recibirla más que a todos los otros pretendientes” (Tobías 3, 16-17). Te he citado el texto porque es un resumen de esta preciosa novela ejemplar y porque salen los dos personajes que representan el bien y el mal que luchan en el interior de cada uno de nosotros y en la sociedad que nos rodea alternándose en las victorias, aunque el final de esta guerra entre ambos será la victoria definitiva del bien, representado aquí por Rafael, cuyo nombre significa “Dios cura” o “medicina de Dios”: en la cultura semita o judía, los nombres siempre definen a quienes los llevan.

Rafael: Es un enviado de Dios. Sólo sale en la Biblia en el libro de Tobías. En la tradición judeo-cristiana se le conoce como uno de los siete arcángeles que están siempre en presencia de Dios (Apocalipsis 8, 2). La palabra arcángel significa *“jefe de los ángeles”*; todo en la creencia de que Dios tiene su ejército jerárquicamente organizado como todos los ejércitos. Los arcángeles serían como los generales, que tienen acceso directo al rey. Es tan importante la misión que el enviado de Dios tiene que realizar en este libro que Dios no envía a un ángel cualquiera, sino a un arcángel. Por ejemplo, el arcángel San Gabriel fue enviado a María para anunciarle que iba a ser la madre de Dios (Lucas 1, 26). El arcángel Miguel, el tercero y último que nombran los libros canónicos, es el *“Jefe del ejército de Dios”* (Josué 5, 14), que luchará y vencerá al demonio al final de los tiempos (Apocalipsis 12, 7). Los nombres de los otros cuatro arcángeles los conocemos por el **Libro de Henoc**: Uriel, Regüel, Sariel y Remiel. El papel de Rafael en el largo viaje que hizo Tobías fue tan importante que es reconocido por la Iglesia como patrón de los caminantes.

Asmodeo: es un demonio, que personifica al mal, frente a Rafael que representa al bien. Él mató a los siete hombres que se casaron con Sara únicamente para satisfacer sus sentidos, sin elevar su espíritu a Dios. Con Tobías no pudo porque

antes de acostarse con Sara hizo lo que le dijo Rafael y, además, rezó esta preciosa oración: *“¡Bendito eres, Dios de nuestros padres, y bendito tu nombre por todos los siglos! ¡Que los cielos y tu creación te bendigan por siempre! Tú creaste a Adán y para él a Eva, su mujer, para que fuera su ayuda y su apoyo. De ambos ha surgido el género humano. Tú dijiste que no era bueno que el hombre estuviera solo. Ahora tomo a esta parienta mía no por causa del placer, sino con rectitud de intención. Ten misericordia de ella y de mí para que alcancemos juntos la ancianidad”* (Tobías 8, 5-7). Una vez puesto en fuga Asmodeo, se refugió en el desierto, donde quedó encadenado por el arcángel Rafael.

3. - El viaje de Tobías y Rafael. Ya conoces a los protagonistas de este pequeño libro. Veamos ahora el núcleo de la catequesis: los consejos de Tobit a su hijo antes del viaje, el encuentro con Rafael y la boda de Tobías con Sara. Siete capítulos, del 4º al 10º, que vamos a ir explicando.

Comienza leyendo en **el capítulo 4º** los consejos de un padre a su hijo: haz el bien y confía en Dios. Su providencia está con los que obran el bien. Honra a tus padres, practica la limosna, actúa con justicia, no seas soberbio, ni perezoso, sé educado y sobrio en el beber y *“bendice al Señor en todo momento, suplicándole que tus caminos sean rectos. Ahora, hijo, te hago saber que dejé diez talentos de plata a Gabael. No temas porque nos hayamos convertido en pobres. Poseerás muchos bienes, si temes a Dios, te apartas de todo pecado, y obras el bien delante del Señor, tu Dios”* (Tobías 4). Un talento de plata pesaba cuarenta kilos. Una fortuna de cuatrocientos kilos de plata sacaría de la pobreza a Tobit y sus descendientes. De todo el capítulo destacaría lo que dice de la limosna: *“No apartes tu rostro de ningún necesitado, para que Dios no aparte su rostro de ti”* (Tobías 4, 7).

En el versículo 17 hay una frase rara que dice así: *“Ofrece tu pan sobre la tumba de los justos y no lo des a los pecadores”*. No se puede entender al pie de la letra porque Deuteronomio 26, 14 prohíbe la práctica de dar comida a los muertos, como hacían los egipcios. De las distintas interpretaciones que he leído sobre este versículo, la que encuentro más lógica es la de la Biblia de Jerusalén que lo interpreta como una invitación a dar limosna por los difuntos. La frase significaría: da limosnas por tus difuntos y no te gastes el dinero en banquetes funerarios, vieja costumbre judía que vemos en Jeremías 16, 7: *“No se partirá el pan al que está de luto para consolarle por el muerto”*. Por lo visto, llevaban comida a los duelos como señal de ayuda y consuelo para los dolientes. Esta extraña frase querría decir: más importante es dar limosnas por el alma del muerto que comida a los dolientes.

El capítulo 5º está dedicado a los preparativos del viaje. La providencia pone en el camino de Tobit a Rafael que reúne todas las condiciones para ser el compañero ideal. El sueldo diario que ofrece Tobit a Rafael es un dracma, moneda griega de unos 4-5 gramos de plata. Los romanos también la utilizaban, aunque era un poco más pequeña que la griega. En los tiempos en que se escribe el libro de Tobías (200

antes de Cristo) mandaban en Palestina los griegos. En tiempos de Jesús, ya estaban los romanos. Por Mateo 17, 24-27 sabemos que los judíos pagaban dos dracmas (un didracma) para atender a las necesidades del templo, por lo que entre Pedro y Jesús tuvieron que pagar un estáter (dos didracmas o cuatro dracmas). Léelo que no necesita más aclaraciones, salvo que Rafael se presentó con el nombre de Azarías y como hermano de raza. Dios provee el viaje, como siempre.

Los capítulos 6º y 7º están dedicados al viaje y a la boda. El comportamiento de todos no puede ser más ejemplar y, naturalmente, todo sale bien. El texto recuerda a cada momento que es la providencia la que lleva los acontecimientos. Tobías resulta un poco bobo, incapaz hasta de pedir la mano de Sara a su futuro suegro. Azarías (Rafael) lo hace todo: guía al muchacho, le explica la utilidad del pez que sale del agua y hasta hace de celestina. Todo está así, como habrás comprendido, para resaltar el papel del ángel de Dios. Según la ley (Números 27, 1-11), cuando una hija era sola se tenía que casar con un hermano de tribu para que esa herencia no cambiara de tribu. También eso se salva aquí. Fíjate cómo todo está bien atado por Dios de modo que no sólo vuelve a casa con los 400 kilos de plata cobrados a su tío, sino también con la mitad de los bienes de su suegro. Tobit es recordado por su consuegro como **“un hombre justo y pródigo en limosnas”** (Tobías 7, 7).

El capítulo 8º narra la noche de bodas y la oración que ya vimos. Algunas parejas la cogen como lectura del día de su boda. Aunque el suegro de Tobías se nos presenta bastante macabro, cavando una sepultura por anticipado para su yerno (Tobías 8, 10-11), al final todo sale bien y termina rezando una oración de acción de gracias y preparando un banquete por todo lo alto. El demonio es amarrado hasta otra ocasión y en el capítulo 9º Rafael va a cobrar los diez talentos de plata, trayéndose de camino a Gabael que, emocionado, se une a los festejos nupciales de su sobrino. Gabael también recuerda a su pariente Tobit como **“Un hombre bueno, honrado, justo y generoso en limosnas”** (Tobías 9, 6). Todos los autores coinciden en decir que el tema principal de este libro es la limosna.

El capítulo 10º nos muestra el estado de ánimo de Tobit y Ana con el objetivo de preparar y aligerar la vuelta de los jóvenes a Nínive. Tobit tiene más fe que Ana, pero también está triste por la tardanza de su hijo. Puedes leer el capítulo que no tiene ninguna dificultad. Fíjate en el cariño que reina entre Tobías y sus suegros. Es una buena lección para una sociedad como la nuestra en la que esas relaciones no siempre son buenas. Ragüel dice a su hija: **“Vete a casa de tus suegros porque ellos son ya tan padres tuyos como los que te han engendrado. ¡Vete en paz, hija! Que yo oiga hablar bien de ti toda mi vida”** (Tobías 10, 12). Los padres de Sara son felices viendo feliz a su hija, aunque se marcha a mil kilómetros de distancia: un ejemplo de desprendimiento que también debemos aprender. Nosotros nos apegamos demasiado a los hijos y éstos deben volar cuando llega el momento, pues para eso los hemos criado y educado.

4.- La conclusión del libro de Tobías. Son cuatro capítulos (del 11° al 14°). Están llenos de enseñanzas: todo va a tener un final feliz, como corresponde a personas que han vivido según la voluntad de Dios. El limosnero Tobit que vive pobremente del trabajo de Ana, ve venir a su hijo cargado de riquezas. La gran enseñanza del libro es que Dios envía a uno de sus ángeles para estar cerca y proteger a quienes tienen esa fe y ese espíritu religioso. Rafael, el arcángel de Dios, no desaparece hasta que todo está resuelto y viven en felicidad. Vamos a saborear estos cuatro capítulos, explicando lo poco que necesite aclaración.

Comienza la conclusión con la terminación del viaje: la vuelta a casa. Lee **el capítulo 11°**. Recuerda que cuando salieron de casa *“el perro salió con ellos y les seguía”* (Tobías 6, 2). Ahora, a la vuelta, *“el perro iba tras Rafael y Tobías”* (Tobías 11, 4). Resulta curiosa la mención del perro en los dos momentos: el autor pretende empalmar el relato. El reencuentro es emocionante. Tobías cura a su padre siguiendo las indicaciones de Rafael. Pero lo que más emociona es la sensibilidad religiosa de Tobit. Cuando es curado y ve a su hijo, exclama: *“¡Bendito sea Dios, bendito sea su santo nombre, benditos sean sus santos ángeles! ¡Protéjanos su poder! ¡Benditos sean todos los ángeles por los siglos, porque Tú me castigaste, y ahora veo a mi hijo Tobías!”* (Tobías 11, 14-15). Cuando los paisanos ven al ciego Tobit correr como un niño hasta la puerta de Nínive al encuentro de Sara, quedaron admirados y Tobit *“proclamaba ante ellos que Dios había tenido misericordia de él”* (Tobías 11, 17). Y da testimonio ante sus paisanos, algo que tanto nos cuesta a nosotros.

Rafael, por su parte, ha concluido la misión encomendada por Dios y se dispone a marcharse. Aunque **el capítulo 12°** comienza con la conversación de Tobías y su padre sobre la paga que han de dar a Rafael, pronto toma éste la palabra y les da unos consejos y, después, una lección de teología sobre el papel que desempeñan los ángeles. Los consejos giran en torno a la limosna, como todo el libro: *“Más vale la oración sincera y la limosna generosa que la riqueza adquirida injustamente. Más vale hacer limosnas que atesorar dinero. La limosna libra de la muerte y expía el pecado. Los que dan limosnas gozarán de una larga vida”* (Tobías 12, 8-9). La lección de teología viene dada en los versículos 12-14: *“Cuando Sara y tú hacíais oración, era yo el que presentaba vuestra oración ante el Altísimo. Lo mismo que cuando enterrabas a los muertos. Y cuando te levantaste de la mesa sin dudar, y dejaste la comida por ir a enterrar a aquel muerto, Dios me envió para probarte. Y al mismo tiempo me envió para curarte a ti y a Sara. Yo soy Rafael, uno de los siete ángeles que servimos y estamos presentes ante la gloria de Dios”*.

Antes de volver al cielo, Rafael manda poner por escrito todo lo ocurrido, con lo que el autor quiere resaltar la importancia de su obra, e invita a Tobit y a su hijo a vivir una vida santa: alabar a Dios, practicar el bien, orar, ayunar y dar limosnas. Tobit responde con un cántico de alabanza que ocupa todo **el capítulo 13°**. El himno comienza con un canto de acción de gracias y continúa con un mensaje de esperanza a los desterrados. Puedes leerlo tras el capítulo 12°.

El libro termina con el testamento y muerte de padre e hijo en **el capítulo 14°**. Puedes leerlo. Tobit se siente morir y, según la costumbre de los patriarcas, llama a su hijo y le confía sus últimas palabras. Con 112 años de edad, después de haber soportado santamente las pruebas que el Señor le mandó, de haber dado limosnas a los necesitados y de haber alabado a Dios, le llega el momento de presentarse ante Él. Vive, como sabemos, en Nínive y cree en la palabra de los profetas que han predicho la destrucción de la ciudad por sus muchas maldades: *“Todo cuanto dijeron los profetas de Israel, enviados por Dios, se realizará sin que ninguna de sus palabras deje de cumplirse... Inculcad a vuestros hijos que practiquen la justicia y la limosna; que se acuerden de Dios y bendigan su nombre en todo momento, de verdad y con todas sus fuerzas”*. Como su padre, Tobías vivió una larga vida y *“bendijo al Señor Dios por los siglos de los siglos”*.

PROPUESTA DE TRABAJO:

Lecturas:

Tobías 4

Santiago 4, 13-5, 6

Mateo 7, 7-11

Preguntas:

1.- Hemos dicho varias veces que el tema central del libro de Tobías es la limosna. En el capítulo 4° hay un adelanto del testamento de Tobit a su hijo del que se va a separar durante un largo tiempo. Lee ese capítulo e intenta sacar las lecciones principales.

2.- Hay ricos y ricos. Tobit era rico y generoso con los pobres. Eso es lo justo. Nosotros somos ricos, en comparación con el tercer y cuarto mundo. Lee las advertencias de Santiago y reflexiona sobre tu uso de las riquezas.

3.- En el libro de Tobías abundan las oraciones. Hoy se hace poca oración. Sin embargo, Jesús nos insiste en su eficacia. Lee el texto de Mateo y coméntalo.

Tema 16º. - JUDIT, FIGURA DE MARIA DE NAZARET

1. - Introducción. Ya dijimos en la introducción del tema anterior que el libro de Judit forma un bloque con Tobías y Ester. Las constantes inexactitudes históricas, geográficas y los continuos errores en las fechas nos confirman que no estamos ante un libro histórico, aunque se coloque entre ellos, sino ante una catequesis al pueblo de Israel y a todos nosotros. Para que lo tengas como un telón de fondo, te adelanto la catequesis que se propuso el autor al escribirlo: El Señor, Dios de Israel, cuida de su pueblo, especialmente cuando está en el sufrimiento y le invoca confiadamente y con rectitud de corazón. Y esta experiencia de Israel, te repito una vez más, se escribió para enseñanza nuestra, para que también nosotros la creamos y la vivamos. Siempre que te veas en una situación límite, que “se te cierre el cielo” acuérdate de Judit y cree, reza y confía en la salvación de Dios que vendrá en el momento oportuno. Entendido así, el libro de Judit es un libro de historia, pero de Historia de la Salvación que se puede o no localizar en un tiempo y lugar concreto pero que siempre abarca a todo tiempo y lugar donde un hombre cree, reza y espera la salvación de Dios.

La palabra **Judit** significa “una judía”. Y ésa es Judit, una viuda cualquiera de Israel o de cualquiera de nuestros pueblos. Como el de Tobías y partes del de Ester, este libro es considerado deuterocanónico, es decir, admitido en el canon de la Iglesia muy tardíamente. Su autor parece ser un judío de la *diáspora*, que pudo escribirlo en el siglo II antes de Cristo para animar a los suyos a la rebelión y la resistencia en tiempos de Antíoco IV Epífanes, con quien nos encontraremos en los libros de los Macabeos (ya sabes que si encuentras palabras que no entiendas, como deuterocanónico o diáspora, puedes acudir al primer libro de este Curso de Iniciación a la Biblia y buscarlas en el vocabulario de la página141). Las cifras se exageran para realzar la hazaña de Judit. Ciento veinte mil soldados y doce mil jinetes, son muchos soldados y muchos jinetes cercando a una pequeña ciudad, como también resulta difícil aceptar que el ejército enemigo recorriera a pie mil kilómetros en tres días. Por tanto prescindimos de estos detalles y nos vamos al grano de la narración.

El libro se divide en **dos partes** bien distintas y contrapuestas. La **primera** tiene como protagonistas a Nabucodonosor y a su general Holofernes. Ambos, con orgullo y arrogancia, confían sólo en sus ejércitos, hasta proclamarse dios y exigir la adoración de todos. La **segunda** parte, desde el capítulo 8º al final, tiene como protagonista a una mujer débil; lo último de lo último en Israel: una viuda, pero que confía y espera en Dios. Se cumple el salmo 20: *“Unos confían en sus carros, otros en sus jinetes; nosotros confiamos en el Señor, nuestro Dios. Ellos se doblegan y caen; nosotros permanecemos en pie”*. Judit es un símbolo de la nación judía y toda la tradición cristiana la ve como figura de María, nuestra madre, que tuvo una actuación decisiva en la victoria sobre el enemigo. Con esta introducción ya es suficiente. Vamos a ver los dos bloques en que se divide el libro.

2. - El poder del enemigo. Nos viene descrito en los siete primeros capítulos. El poder del mal es enorme y el libro de Judit nos va a describir la lucha eterna entre el bien y el mal que se desarrolla en el mundo y en el corazón de cada hombre. El general Holofernes representa el mal que acosa al pueblo de Dios. La descripción del autor es magistral. Va a exagerar el poder del rey porque cuanto más alto se está mayor es la caída y mayor el poder de quien la provoca: Dios que **“derriba del trono a los poderosos y eleva a los humildes”** (Lucas 1, 52). El capítulo primero comienza con un Nabucodonosor, rey de los asirios, preparándose para la guerra contra Arfaxad, rey de los medos. Manda a todo el mundo mensajeros para que se alíen con él pero **“los moradores de toda la tierra despreciaron la invitación del rey... y devolvieron sus mensajeros de vacío y deshonrados”** (Judit 1, 11). El rey monta en cólera, reúne a sus ministros y deciden **“que todos los hombres que no habían obedecido sus decretos debían ser exterminados”** (Judit 2, 3).

Fíjate en las palabras que utiliza el autor. Ni queriendo se encuentran tantas palabras negativas juntas, sobre todo en el capítulo segundo: asoló, destruyó, ocupó, cercó, incendió, saqueó, quemó, mató, exterminó, etc. No es de extrañar que **“el miedo y el terror invadieran a todos los habitantes”** (Judit 2, 28). Hasta los hijos de Israel **“se llenaron de un grandísimo temor y se angustiaron por Jerusalén y por el templo del Señor, su Dios”** (Judit 4, 2). Y no era para menos pues Holofernes había ido machacando todo lo que se movía, sin compasión de nadie. Pero el pueblo de Dios no se asustó. Se preparó a la resistencia como sabía hacerlo: primero organizando la defensa y, después, **“clamaron a Dios con gran insistencia y se humillaron profundamente. Ellos con sus mujeres, sus niños, sus animales, con todos los forasteros, los jornaleros y los esclavos se vistieron de saco en presencia del Señor”** (Judit 4, 9-12).

El capítulo 5º es importante porque convierte la guerra en una cruzada: el dios Nabucodonosor contra el Dios de Israel. Al rey le extraña que el pequeño pueblo judío no se rinda sin presentar batalla. Es un pueblo tan pequeño que ni lo conoce. Pregunta a los militares de los pueblos vencidos que se han unido a sus huestes quiénes son esos insolentes que se le resisten. Toma la palabra un tal Ajior y le narra la historia de Israel, advirtiéndole que tenga cuidado porque si en este momento el pueblo está en paz con Dios, **“mejor es que pasemos de largo, no sea que su Dios sea su escudo y nosotros seamos humillados delante de todas las naciones”** (Judit 5, 21). Las palabras de Ajior superan con mucho lo que la soberbia del rey está dispuesta a soportar: **“¿Quién eres tú, para profetizar entre nosotros? ¿Qué dios hay sino Nabucodonosor?... No verás más mi rostro desde hoy hasta el día que tome venganza sobre la gente que salió de Egipto... Y Holofernes mandó que detuvieran a Ajior y lo llevaran a Betulia para entregarlo a los hijos de Israel”** (Judit 6).

En el capítulo 7º vemos como al día siguiente 170.000 hombres y 12.000 jinetes cercan la ciudad de Betulia. Esta ciudad probablemente no existió y, si existió, no se ha podido localizar, pero cuyo nombre significa **“casa de Dios”**, por tanto pudo ser un nombre inventado por el autor para resaltar el valor simbólico de la batalla

entre la fuerza del mal, que representa Holofernes con su enorme ejército, y Betulia, la “casa de Dios”. Igualmente el autor nos explica el estado de ánimo de la ciudad para resaltar la salvación de Dios por medio de Judit. Lee tú el capítulo para que veas las distintas reacciones. El resumen del estado de ánimo te lo dice el autor en la última frase de este capítulo 7º: **“Entre la población cundía el desánimo”** (Judit 7, 32). Todo está preparado para que, en la figura de una mujer, Dios manifieste su misericordia y salvación, que es lo que se pretende. Dios parece callar pero no calla, está esperando su momento. En la segunda parte del libro va a hablar a gritos cuando Judit traiga en un saco la cabeza de Holofernes.

3. - Judit, figura de María, salva a su pueblo. Con Betulia asediada por el poder del mal, surge Judit. Ella va a ser el instrumento en manos de Dios para salvar a su pueblo. Por esto es figura de María. El día que la Virgen dijo al arcángel San Gabriel **“hágase en mí según tu palabra”**, firmó un cheque en blanco para que Dios dispusiera de ella; asumió la esperanza de salvación de su pueblo y vivió para cumplir el plan de salvación que Dios tenía trazado desde antiguo. Vas a leer estos nueve capítulos viendo en esa mujer fuerte y bella un anticipo de María. Te adelanto un poco la historia para que te sea más fácil su lectura. Hemos dejado la trama del libro con una multitud inmensa sitiando a Betulia y con la decisión de los responsables de la ciudad de entregarse al enemigo, dando a Dios un plazo de cinco días para salvar a su pueblo.

Judit era viuda, rica y hermosa. Además era santa. Llevaba una vida austera, dedicada al ayuno y la oración. Enterada de la situación, llama a los responsables de la ciudad y les recrimina el que hayan dado un plazo a Dios para salvar a su pueblo: **“Así que no pretendáis exigir garantías a la voluntad del Señor, pues a Dios no se le puede amenazar como a un hombre. Por tanto, en espera de su protección, supliquémosle que nos ayude, si es su voluntad. Nosotros no conocemos a otro Dios fuera de él. Por eso esperamos que no nos desprecie ni desatienda a nuestra raza”** (Judit 8, 16-20). Judit invita a todos a dar gracias a Dios, incluso en medio de la prueba que están viviendo y les asegura que Dios no se ha olvidado de su pueblo, puesto que Betulia tampoco se ha olvidado de Dios. Nadie conoce los pensamientos de Dios; el Señor está probando su fe. Valiéndose de ella, Dios va a castigar al enemigo. Ozías y las demás autoridades creen a Judit y le desean que Dios la acompañe en sus buenos propósitos (capítulo 8º).

En el capítulo 9º, Judit reza, se humilla y reconoce que toda ayuda viene de Dios: **“porque tu poder no descansa en la multitud de los soldados, ni tu superioridad en los hombres fuertes, sino que eres el Dios de los pobres, ayuda de los más débiles, protección de los enfermos, amparo de los desvalidos, salvación de los desesperados** (Judit 9, 11). En los capítulos 10º al 13º, Judit pone en práctica su plan: se infiltra en el campamento enemigo, se gana la confianza del general Holofernes y le corta la cabeza mientras duerme, convertido en una cuba de alcohol. Nos choca el recurso de Judit a la mentira y la adulación al general. Más tarde Jesús nos diría que fuéramos **“astutos como las serpientes y sencillos como las palomas”**.

De todas formas el autor sagrado no elogia los engaños y seducción de Judit. Todo forma parte de la trama de la novela, como ella misma dice: **“Viva el Señor que me ha protegido en el camino que he recorrido, porque la seducción de mi rostro le ha perdido, sin que haya cometido conmigo pecado alguno que me contaminara y avergonzara”** (Judit 13, 16).

Realizada la gesta, Judit se presenta en Betulia llevando la cabeza de Holofernes metida en un saco y gritando: **“¡Alabad a Dios, alabad! Alabad a Dios porque no ha retirado su misericordia de la casa de Israel, sino que por mi mano ha herido al enemigo esta noche”** (Judit 13, 14). Ozías bendice a Judit con las mismas palabras con que Isabel, la madre del Bautista bendijo a María cuando fue a visitarla: **“Bendita tú eres entre todas las mujeres”**. Este piropo a Judit se lo decimos nosotros a la Virgen cuando rezamos el avemaría. Con el preciado trofeo de la cabeza del enemigo colgado en la muralla de Betulia, cunde el pánico en el ejército atacante y huye despavorido. El pueblo aclama a Judit, con piropos que la liturgia de la Iglesia dedica a María: **“Tú eres la gloria de Jerusalén, la alegría de Israel, el orgullo de nuestro pueblo”** (Judit 15, 9). Lee los capítulos 14º y 15º. En ellos verás a una Judit pisando la cabeza del enemigo, como la imagen de la Inmaculada.

Y en el último capítulo, el 16º, Judit, como María, entona un cántico de alabanza a Dios, único artífice de su victoria. Es uno de los himnos más profundos y ricos del Antiguo Testamento. Puedes leerlo, comparándolo con el Magníficat, el canto con el que María respondió al saludo de Isabel y que lo tienes en Lucas 1, 46-54. Termina el libro con un último elogio a Judit: **“Y no hubo ya quien infundiera miedo a los hijos de Israel en los días de Judit ni mucho tiempo después de su muerte”** (Judit 16, 25). Hasta después de desaparecer físicamente de en medio de su pueblo, lo siguió protegiendo. Igual que María cuidó a la Iglesia naciente y nos sigue acompañando por los caminos del mundo hasta que lleguemos a la casa del Padre, desde donde nos mira con ojos de madre.

PROPUESTA DE TRABAJO:

Lecturas:

Judit 16, 1-17

Filipenses 1, 12-30

Mateo 4, 1-11

Preguntas:

1.- El cántico de alabanza de Judit es uno de los más bellos del Antiguo Testamento, como te he dicho. Léelo despacio y destaca las ideas que más te gusten.

2.- El combate que los habitantes de Betulia se veían venir encima era tan desigual que el pánico cundió entre ellos. También nosotros tenemos que luchar un combate desigual. San Pablo, como todo cristiano, vivió ese combate. Lee esa cita de Filipenses y reflexiona sobre ella.

3.- El pueblo de Betulia era bueno y no se dio a la idolatría. Por eso no podía comprender la prueba a que Dios le sometía. Y cayó en la tentación de poner a

prueba a Dios. Jesús también conoció la tentación: ¿Cómo respondió a ella? Léelo en el evangelio de Mateo.

Tema 17º. - ESTER, OTRA FIGURA DE MARIA DE NAZARET

1. - Introducción. Ya sabemos que este librito de diez capítulos es, como el de Judit y Tobías, un relato corto escrito para enseñar al pueblo una verdad fundamental de nuestra fe: Dios escucha la oración del oprimido y lo salva de sus enemigos. Y esa salvación de Dios ocurre a través de los acontecimientos de cada día, que es la forma normal en que Dios actúa. Donde el no creyente ve la casualidad, el hombre de fe ve la mano de Dios que actúa en su favor o en su corrección. El emperador de quien habla el texto, nombrado como Asuero o Artajerjes, pudo ser el gran Jerjes I (485-465 antes de Cristo). Ya sabes que no estamos ante un relato histórico sino ante una catequesis, posiblemente basada en alguna persecución de las muchas que a través de la historia ha sufrido el pueblo judío. Es un libro muy actual porque nos invita a mantener nuestra fe por encima de todo, incluso por encima del ambiente difícil que nos rodea.

La composición original del libro fue en hebreo, posiblemente en el siglo III antes de Cristo, pero después se le han ido haciendo algunos añadidos en griego. La Iglesia Católica también considera a estos añadidos como inspirados por Dios, aunque deuterocanónicos, mientras que los hermanos protestantes no los admiten como inspirados por Dios. Esto es importante porque las ediciones de nuestras biblias presentan estos textos griegos de formas muy diversas y te puedes liar con las citas. Por esta razón en las citas de este tema sólo especificaremos el capítulo, salvo que en un momento veamos que conviene especificar el versículo. Que tampoco te resulte extraño si ves en tu Biblia repeticiones de versículos o que pone en letra cursiva los textos añadidos. El libro de Ester en su forma actual no se concluyó hasta el siglo I antes de Cristo.

2. - El sueño de Mardoqueo. Para darte la clave en que has de leer el libro (la eterna lucha del bien contra el mal), el anónimo autor te presenta un sueño de Mardoqueo en el primer capítulo y su interpretación en el último. En la Biblia es frecuente el recurso a los sueños, como ya hemos explicado alguna vez. En este caso, el sueño es el argumento del libro. Mardoqueo, un judío piadoso desterrado en Babilonia, vio a dos dragones enemigos que se enfrentaban entre sí. Estos monstruos representan el bien (el desterrado pueblo de Dios) y el mal (los enemigos de Dios), personificados ambos en Mardoqueo y en Amán, un soberbio funcionario del monarca que tiene esclavizado al pueblo de Dios. De pronto, una pequeña fuente (Ester) surge y crece hasta desbordarse. Y dice el texto: *“Los humildes se alzaron y devoraron a los soberbios”* (Ester 1). Por tanto, argumento del libro: la lucha entre el bien y el mal. Dios se pone de parte del bien, cuando el hombre se lo pide con humildad.

Puedes leer el 1º y 2º capítulos. Con el telón de fondo del sueño de Mardoqueo, el autor prepara el escenario de la trama. El todopoderoso rey Asuero repudia a su esposa, Vasti, por negarse a obedecerle una orden caprichosa. El consejo de ministros aprueba el repudio y decide hacer un casting por todo el país para buscar a la chica

más guapa del reino. Entre las elegidas está Ester, huérfana adoptada por su tío Mardoqueo, la cual ***“encontraba gracia a los ojos de todos los que la veían... Y el rey amó a Ester más que a todas las mujeres, y alcanzó más gracia y favor ante él que todas las vírgenes; así que impuso sobre su cabeza la diadema real y la hizo reinar en lugar de Vasti”*** (Ester 2). Ella es la fuente del sueño de Mardoqueo que surge desde la humilde orfandad hasta el trono real, como sucedió con María de Nazaret. Es la eterna manía de Dios de elevar a los humildes. Su nueva situación no la aleja de su pueblo, como tampoco a María.

Termina el capítulo 2º con Mardoqueo en las puertas de palacio, preocupándose por la situación de Ester. Allí descubre una conspiración contra el rey y la denuncia a través de su ahijada. Sigue leyendo los capítulos 3º y 4º. Todo se va a ir preparando magistralmente para que Ester cambie la suerte de su pueblo y lo salve de una muerte segura. Es el papel de María en la Historia de la Salvación. Ella es abogada nuestra, como Ester lo fue de su pueblo. Veamos: Amán es elevado a la categoría de primer ministro de Asuero. Mardoqueo, prototipo de judío fiel a la ley de Dios, se niega a arrodillarse cuando pasa Amán. Es denunciado y Amán ***“se llenó de ira. Pero como le parecía poco echar mano únicamente a Mardoqueo, y además le habían hablado del pueblo judío, Amán buscó cómo exterminar a este pueblo, a todos los judíos que hubiera en el reino de Asuero”*** (Ester 3). Para facilitarse su plan ante el rey, el astuto Amán entregó a las arcas reales un regalo de diez mil talentos de plata.

Observa lo ilógico y desproporcionado de la reacción de Amán. Personifica al dragón malo del sueño que va a enfrentarse a Mardoqueo, el buen dragón, defensor del pueblo de Dios. Fíjate en este detalle: ¿Por qué se inicia aquella persecución del pueblo de Dios, hasta el exterminio total? Por lo mismo que la ha sufrido la Iglesia a través de los tiempos y la sufre hoy: ***“Es un pueblo diferente de los demás”*** (Ester 3). Jesús advertiría más tarde a lo suyos: ***“Si el mundo os odia, sabed que a mí me han odiado antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero como no sois del mundo, porque yo al elegiros os he sacado del mundo, por eso os odia el mundo”*** (Juan 15, 18-19). Todos se arrodillaban ante Amán, pero Mardoqueo no lo podía hacer porque lo prohibía la ley de Dios (Éxodo 20, 4). Ninguna otra cosa mala había hecho Mardoqueo; al revés, le salvó la vida al rey, cosa que nadie le agradeció, de momento.

Es ejemplar la reacción del pueblo judío, que se ve culpable de lo que le está pasando: ***“Si hubiéramos cumplido tu Ley y tus preceptos, viviríamos con paz y seguridad durante toda nuestra vida. Pero ahora, por no haber cumplido tus preceptos, nos ha sobrevenido esta gran tribulación. Señor, Tú eres justo, clemente y todos tus caminos son justos... No nos entregues a la perdición, ya que te has mostrado propicio con nosotros desde Egipto hasta ahora. Ten misericordia de los que amas y no nos entregues a la perdición”*** (Ester 3). Es una oración humilde y confiada. No culpan a Dios, sino que se culpan a sí mismos. A nosotros nos falta tiempo, cuando nos viene la prueba, para señalar a Dios con el dedo y preguntarle por

qué nos ha tocado a nosotros. Al buscar la causa de nuestra desgracia, siempre miramos hacia el otro, sin mirar dentro de nosotros mismos. Somos nosotros los que, pecando, introducimos el desorden en el mundo y, con el desorden, el sufrimiento propio y ajeno.

El capítulo 4º nos presenta las reacciones de Mardoqueo y Ester ante el decreto real: el ayuno y la oración confiada. Mardoqueo acude a Ester, que está cerca del rey, para que interceda por su pueblo. También nosotros, en nuestros momentos de apuro, acudimos a María, que está *“infinitamente cercana a Dios”*, en frase de San Agustín. Ester, que parece desconocer lo que ocurre, cae en la cuenta de que hace treinta días que el rey la tiene olvidada, pero ante la insistencia de Mardoqueo decide jugársela y presentarse ante Asuero. Antes de hacerlo, ayuna y hace oración. Por si no has caído en la cuenta, te apunto un detalle interesante. Mardoqueo, el hombre piadoso, ve ahora en la suerte de Ester un camino de Dios para salvar a su pueblo: *“¿Quién sabe si precisamente has alcanzado la dignidad real para una ocasión como ésta?”* (Ester 4). El texto griego añade las oraciones de Mardoqueo y Ester pidiendo humildemente a Dios su protección. Son preciosas y nos enseñan que antes de comenzar una empresa difícil hay que pedirle ayuda a Dios: *“¡Aparece, Señor! ¡Manifístate, Señor!”*, termina rezando a gritos Ester.

3. - Ester intercede ante el todopoderoso. Como María de Nazaret, Ester se presenta ante el todopoderoso Asuero, que una vez más queda prendado de su hermosura y le dice que le pida lo que desee: *“Aunque pidas la mitad de mi reino se te entregará”* (Ester 5, 3). La misma oferta que le hizo Herodes a Salomé cuando bailó delante de él. Salomé le pidió la cabeza de Juan Bautista (Mateo 14, 3-12). Aquí va a rodar la cabeza de Amán, como veremos. El capítulo 5º presenta, en paralelo, dos versiones del texto: la antigua hebrea y la griega y, por esto, su lectura resulta un poco farragosa. Simplemente dice que Ester le pidió al rey que asistiera con Amán a un banquete que había preparado. Amán ve en la invitación un motivo más de orgullo, aunque la presencia de Mardoqueo a la puerta del palacio le rompe los nervios. Su mujer, Zeres, prepara una horca para que, el día del banquete, el rey mande colgar de ella a Mardoqueo.

Lee los capítulos 6º y 7º, que son preciosos. Tratan de la caída de Amán. La clave para entender la lección de este capítulo está en el versículo 13, en el que Zeres dice a su esposo Amán: *“Si Mardoqueo, ante quien has empezado a caer, es de raza judía, no podrás con él; caerás ante él hasta el fondo. No podrás defenderte de él porque el Dios vivo está con él”*. En el capítulo 7º, a los brindis del banquete preparado por Ester, el rey repite por tercera vez la promesa a Ester: *“Pídeme lo que quieras y te lo doy. Aunque pidas la mitad de mi reino, la tendrás”*. Ester le pide: *“Majestad, si quieres hacerme un favor, concédeme la vida y la de mi pueblo. Pues mi pueblo y yo hemos sido vendidos al exterminio, a la muerte y a la eliminación”*. Y el rey respondió: *“¿Quién ha sido el que ha actuado así?”*. Ester respondió: *“Ha sido el perverso Amán”*. *“Que lo cuelguen, dijo el rey”*. *“Y colgaron a Amán en la horca que había preparado para Mardoqueo”*.

4. - El triunfo del bien: la salvación del pueblo de Dios. San Pablo dice que el que no ama a los suyos es peor que un infiel. La caridad no empieza por uno mismo, pero sí por los de la propia casa. Así es que Ester lo primero que hace es rehabilitar a su padrino y colocarlo al frente de la casa del que fue todopoderoso Amán. Inmediatamente intercede ante el rey para rehabilitar a su pueblo. Su esposo está de tal modo entregado a ella que no duda en dar esta orden: ***“Escribid de parte del rey lo que os parezca mejor a favor de los judíos y después selladlo con el anillo real, pues el documento que se escriba de parte del rey y sea sellado con su anillo es irrevocable”*** (Ester 8). El decreto lo tenéis en el capítulo 8°. Leedlo. Es un añadido en griego y figura encabezado con el nombre de Artajerjes y no de Asuero. Lo mismo ocurrió con el decreto anti-judío del capítulo 3°.

Este decreto os va a chocar por la brutalidad que entraña. El capítulo 9° os chocará más todavía. Pero tened en cuenta una cosa. Según hemos visto en la última cita, el documento que se escribía y sellaba de parte del rey era irrevocable. Por tanto el decreto de extinción del pueblo judío, que Amán redactó y distribuyó por las 127 provincias, también lo era. Ahora este decreto, que redactan Mardoqueo y Ester, autorizaba a los judíos a ***“defender su vida mediante el exterminio, la muerte y la eliminación de todos los hombres armados que les estuviesen molestando, incluidos los niños de pecho y las mujeres”*** (Ester 8). Te repito que no estamos ante un libro de historia, sino ante una catequesis que refleja la lucha del bien contra el mal. El triunfo del bien va a ser total, mediante el exterminio del mal, es decir, de los enemigos del pueblo de Dios, siempre en defensa propia: ***“El mismo día en que los enemigos de los judíos pensaban exterminarlos, se cambiaron las tornas y fueron los judíos quienes eliminaron a sus adversarios”*** (Ester 9).

Fue tal el triunfo del bien sobre el mal que, a partir de aquella fecha y por decreto, se dio oficialmente un nuevo sentido a una vieja fiesta que venían celebrando desde la vuelta de Babilonia. Esto de darle oficialidad a viejas fiestas para celebrar acontecimientos actuales, no es nuevo. Sucedió también con la Pascua y con otras celebraciones. En este caso, se trata de la fiesta de Purim, que celebraban los días 14 y 15 del mes de Adar, que está entre nuestros febrero y marzo. Purim es el plural de Pur, que significa “sorteo o suerte”, ya que fue a suerte como Amán escogió la fecha del exterminio de los judíos (el 13 del mes de Adar), fecha que se convirtió por la intercesión de Ester, en el día en que el pueblo de Dios (el bien) exterminó a sus enemigos (el mal). Los días 14 y 15 descansaron de matar a enemigos, celebrando una fiesta. El origen de la fiesta era profano: unos carnavales en los que la gente se intercambiaban regalos y en los que se bebía tanto que, según un refrán de la época, ***“no se podía distinguir entre el maldito Amán y el bueno de Mardoqueo”***.

El libro termina con un acto de fe de Mardoqueo que ve cumplido el sueño con que comenzó la narración: ***“Estas cosas han sucedido por orden de Dios... Sí, el Señor ha salvado a su pueblo; nos ha librado de todos los males y Dios ha obrado***

grandes signos y prodigios, como jamás han tenido lugar entre las naciones” (Ester 10). Lee este capítulo 10º, que es la conclusión del libro.

PROPUESTA DE TRABAJO:

Lecturas:

Ester 4

II Corintios 4, 7-18

Mateo 26, 36-46

Preguntas:

1.- Hemos dicho que la idea central del libro es que Dios escucha la oración del oprimido y acude en su ayuda. Lee la oración de Ester en el capítulo 4º y confirma que es verdad lo que te digo.

2.- Pablo, en su ministerio, se siente aplastado pero no desfallece. Tiene fe y su fe de buen judío le da fuerzas en su ministerio: ¿Somos nosotros como Pablo?

3.- Nadie sufrió la persecución como Jesús. Cuando se vio venir la muerte, sudó sangre pero no perdió la fe en el Padre. Lee el trocito de la oración de Jesús en el huerto de los olivos y compara su reacción con la nuestra ante la persecución.

Tema 18º. - LOS MACABEOS, LA FIDELIDAD A LA LEY DE DIOS

1. - Introducción. Vamos a estudiar los dos últimos libros históricos, de los 16 que estamos explicando este curso. Lo primero que te quiero aclarar es que I y II Macabeos no son libros que se continúen. La historia completa está en I Macabeos, que se escribió hacia el año 100 antes de Cristo. Pero muchos años antes ya estaba escrito el que conocemos como II Macabeos, cuyo contenido es un resumen de una obra en cinco volúmenes que había escrito un tal Jasón de Cirene sobre la vida y hazañas de Judas Macabeo (II Macabeos 2, 23). Esa vida de Judas Macabeo está narrada en los primeros siete capítulos de I Macabeos, aunque con menos detalles y distinto propósito. Se conservan otros dos libros sobre la misma familia (III y IV Macabeos) que todas las iglesias rechazan por apócrifos. Los judíos y protestantes sólo admiten como inspirado por Dios el I Macabeos, mientras que la Iglesia Católica también admite el II Macabeos, aunque lo considera deuterocanónico, es decir, no admitido como inspirado por Dios desde el primer momento de formación del canon, sino algo más tarde.

La historia de I Macabeos, escrita por un anónimo y fervoroso judío nacionalista, abarca unos cuarenta años, es decir, desde la subida al trono de Antíoco Epífanes (año 175 antes de Cristo) hasta la trágica muerte de Simón y la sucesión de su hijo Juan Hircano, (año 134 antes de Cristo). En cambio, la historia del II Macabeos sólo abarca unos quince años: los que van desde la subida al trono de Antíoco Epífanes hasta la victoria de Judas Macabeo sobre Nicanor y la muerte de éste (año 160 antes de Cristo). El autor de este segundo libro (resumen) debió ser tan piadoso que su resumen se parece más a un sermón que a un libro de historia. Pretende transmitirnos que Dios castiga a los perseguidores de su pueblo y que los sufrimientos de este mundo nos reconcilian con Dios. La fe en la resurrección de los muertos es una idea que aparece ya clara en este libro como veremos más tarde.

Ya conoces, a grande trazos, la historia narrada en estos dos libros. Te la conté en la página41 del primer libro de este Curso de Iniciación a la Biblia. Recuerda que era el capítulo 2º del libro titulado **Israel, su tierra y su historia**. La familia de los Macabeos es muy importante en la historia de Israel, un pueblo siempre perseguido. Siempre que hablemos de los Macabeos nos estamos refiriendo propiamente a Matatías y sus hijos. El primero que recibió este apodo fue Judas, hijo de Matatías. Macabeo, en hebreo, significa “martillo”. Matatías y sus descendientes fueron “martillo de idólatras”. El nieto de Matatías, hijo de su hijo Simón, Juan Hircano, ya inaugura otra dinastía, la asmonea de la que no se ocupan estos libros que se centran sólo en la familia macabea. Por extensión llaman también macabeos a todos los que con ellos o tras ellos lucharon por la fe del pueblo judío en el Dios verdadero. En el primer capítulo del este tercer libro te he vuelto a recordar el origen de esta familia:

“Alejandro Magno, rey de Macedonia y de Grecia, comienza en el año 333 antes de Cristo la conquista de todo oriente medio desde Babilonia hasta Egipto. A su muerte, diez años después, su inmenso imperio se divide en tres grandes dinastías: los antigónidas en Grecia, los lágidas en Egipto y los seléucidas en Siria. Israel queda dentro del dominio de los lágidas. Viven un periodo de paz, ya que los faraones egipcios son respetuosos con las diferencias nacionales. Los judíos viven repartidos en tres centros: Babilonia, Egipto y Palestina. El año 198 antes de Cristo el rey seléucida Antíoco III arrebató a Egipto el dominio de Palestina. Quiere imponer a toda costa la cultura griega y comienza para los judíos palestinos la época de los mártires. En el año 167 antes de Cristo Antíoco IV suprime los privilegios de que gozaban, igualmente la circuncisión y el sábado. Incluso el templo es profanado, instalando en él una estatua de Zeus, padre de todos los dioses, según la creencia griega.

Una familia, que no puede soportar tanto, se rebela. Judas Macabeo encabeza la rebelión, mata a un emisario del rey Antíoco y logra liberar a Jerusalén, restableciendo el culto judío en el templo el 15 de diciembre del año 164 a. C. El hecho se conmemorará con la fiesta de la Dedicación, que todavía hoy celebran. Llegan a fundar la dinastía de los Macabeos o asmoneos, que acaba corrompiéndose hasta que en el año 63 a. C. los mismos judíos piden el arbitraje de Roma. Ésta envía a Pompeyo, dando comienzo la dominación romana”.

Conociendo este hilo conductor de la historia, no te perderás en la lectura. Se trata de la historia de una familia muy celosa que se rebela ante las profanaciones que los poderosos de turno están haciendo de lo que ellos han recibido de sus mayores como algo sagrado y digno de respeto. En los tiempos que hoy corren, estas enseñanzas constituyen una gran lección para nosotros, aunque adaptándolas a los tiempos modernos. Ni fanatismos, ni fundamentalismos, pero tampoco indiferencia o pasotismo ante tanto ataque como nuestras creencias y prácticas están sufriendo de parte de los poderosos de turno y de los no creyentes. Ha dicho el Papa que la fe tiene que ser apologética, es decir, tenemos que defender nuestras creencias con el mismo empeño con que respetamos las creencias e increencias de los demás.

Algunos llaman a estas dos obritas *“Libros de los mártires de Israel”*. Mártires para algunos judíos, no para todos. Donde unos veían mártires, otros sólo veían a retrógrados inmovilistas anclados en el pasado. Me explico. Es de suponer que cuando los monarcas seléucidas quisieron imponer a toda costa la moderna cultura griega, muchos judíos lo verían bien: siempre ha habido progresistas que reciben con los brazos abiertos cualquier innovación. Éstos intentarían compaginar, con más o menos acierto, la fidelidad a sus tradiciones con la apertura a los nuevos tiempos. Frente a ellos, los conservadores de siempre, cerrados y exclusivistas. Éstos tenían que contar con los enemigos de fuera y con los de dentro, *“los falsos hermanos”* de que habla San Pablo. Si bien es cierto que nunca te bañas dos veces en el mismo río porque cuando te bañas la segunda vez ya son otras las aguas, también lo es que la historia es cíclica y se repite como el movimiento pendular del reloj de pared que

tienes en casa. Todo depende del color del cristal con que se mire. Y el cristal con que miran los autores de estos libros es favorable a los Macabeos, como podremos comprobar.

2. - El primer libro de los Macabeos. Ya puedes comenzar a leer el 1º capítulo, que nos hace una descripción de la sociedad de Israel, tal como te he contado antes. El pueblo está dividido: *“En aquel tiempo surgieron en Israel unos hijos malvados que sedujeron a muchos diciendo: Vayamos y establezcamos una alianza con los pueblos que nos rodean”* (I Macabeos 1, 15). Éstos son los **progresistas** que, seducidos por los encantos de la cultura griega, sucumben ante ella y hacen sucumbir a muchos en Israel. Este capítulo primero termina presentándonos a la resistencia **conservadora**: *“Pero muchos en Israel se mantuvieron firmes y se llenaron de valor... prefirieron morir antes que mancharse con comida o profanar la santa Alianza”* (I Macabeos 1, 62-63). La descripción del panorama es tremenda. Estamos en momentos de prueba y persecución. Para el autor, los progresistas son *“unos hijos malvados”*, mientras que los conservadores son los buenos que mantendrán la identidad de Israel, apoyados siempre por la providencia divina.

En el capítulo segundo surge el sacerdote Matatías que encabeza la rebelión armada. Padre de cinco hijos ve a *“su templo como un hombre sin honor”* y se retira a Modín, a 30 kilómetros al noroeste de Jerusalén. Estando allí dispuesto a vivir la Alianza, se presenta un judío a sacrificar a los dioses paganos. Matatías *“se llenó de justo celo y fue corriendo a matarlo sobre el altar. Y en ese mismo momento mató también al funcionario real que obligaba a hacer sacrificios, y derribó el altar”* (I Macabeos 2, 24-25). Es la declaración de guerra al invasor. Éste persigue a un grupo de mil seguidores de Matatías y le da alcance un sábado. Como en el sábado la ley prohibía toda actividad, se dejan matar sin defenderse. Ante tan inútil matanza, deciden que en adelante se defenderán cuando les ataquen, aunque sea un sábado. Más tarde, Jesús aclararía que *“el sábado fue hecho para el hombre y no el hombre para el sábado”* (Marcos 2, 27). Matatías designa a su hijo Judas como sucesor en la lucha contra el invasor. Lee este capítulo 2º.

En vez de detenernos a explicar cada capítulo del libro, nos vamos a detener sólo en los puntos que necesiten alguna aclaración. Todo el resto del libro está dividido en **tres bloques**: hazañas de Judas Macabeo (capítulos 3 al 9, 22), de su hermano Jonatán (9, 22 al 12) y de Simón, hermano de los anteriores (capítulos 13 hasta el final del libro). En **el primer bloque** puedes leer los siete capítulos dedicados a Judas Macabeo. El hilo conductor del texto es que Dios ha elegido a esta familia para salvar a su pueblo del politeísmo. Fíjate que preparan la guerra con ayunos, oración y penitencia, porque se trata siempre de una guerra santa en la que Dios salva a su pueblo: *“No temáis por su número ni os acobardéis por su fuerza. Recordad cómo vuestros padres fueron salvados en el Mar Rojo... Clamemos al cielo para que nos favorezca... Todos los pueblos sabrán que hay Uno que rescata y salva a Israel”* (I Macabeos 4, 9-11). Esto es lo único importante, lo demás está en función de esto. Por ejemplo: las proezas que se cuentan son las propias de un héroe nacional

y, lógicamente, están exageradas. Las fechas no coinciden en los dos libros de los Macabeos. Y, sobre todo, la crueldad nos escandaliza: eran las leyes de la guerra. “¡Ay de los vencidos!”, según un dicho de la época.

Sí merecería la pena detenernos en explicarte el establecimiento de la fiesta de la Dedicación del Templo, pero ya te la expliqué en el vocabulario del primer libro, (.....página 149). Judas lucha incansablemente defendiendo la tradición de sus padres, frente a los enemigos de fuera y a los “*impíos de Israel*” (los progresistas). En el capítulo 7º sale un sumo sacerdote progresista que le da más murga de la prevista porque el rey sirio Demetrio ve en él a un aliado que le conviene por su enfrentamiento con Judas. En una dura batalla contra Judas muere el general sirio Nicanor y el rey Demetrio manda a un gran ejército a aplastar a Judas. Aunque éste hace un pacto de defensa mutua con los romanos, no puede eludir la batalla y cae en ella como un héroe. Sus hermanos “*Jonatán y Simón recogieron el cuerpo de su hermano Judas y le dieron sepultura en Modín, en la tumba de sus padres*”. Todo el pueblo hizo duelo por Judas y decían: “*¡Cómo ha caído el héroe que salvaba a Israel!*” (I Macabeos 9, 21).

El segundo bloque de este libro va desde el capítulo 9, 22 al 12 entero. En estos cuatro capítulos se describen las hazañas de Jonatán, segundo héroe Macabeo. Puedes leerlos. Batallas y gestos de hábil diplomacia ocupan todo el texto. Jonatán es más diplomático que guerrero. Por algo le pusieron de mote “*El astuto*”. Y por eso lo verás dando bandazos en sus relaciones internacionales: se casa con quien le conviene, según los vientos que corren en cada momento. Está pendiente de las rivalidades que surgen en los grandes imperios que le rodean para sacar partido, apoyándose en su privilegiada situación geográfica. Pero como la última jugada siempre sale mal, Jonatán murió asesinado por quien creía su aliado porque “*se fió de él*” (I Macabeos 12, 46-48). Con él los judíos tuvieron los niveles de independencia y libertad necesarios para mantener su identidad religiosa y su fe en el Dios único, que es lo que interesa a esta familia de patriotas. Simón, que lo hereda, seguirá su línea

y llevará a Judea a la independencia plena como nación.

Y en **el tercer bloque**, que abarca los capítulos 13 al 16, se nos cuentan la vida y hazañas de Simón Macabeo, que sustituye a su hermano Jonatán caído en el campo de batalla. Su vida, como la de sus hermanos, es una lucha continua para purificar el templo y la fe del pueblo, según el dictado de la ley de Dios. Con esto está dicho todo. Lee estos cuatro capítulos y lo comprobarás. Como su hermano, utiliza conjuntamente la espada y la diplomacia, renovando los viejos tratados de paz con Roma, Esparta y los reinos vecinos. El libro termina con la muerte de Simón, a manos de su yerno Tolomeo que se aprovecha de su estado de embriaguez para asesinarlo. *“La tierra de Judá gozó de tranquilidad durante todos los días de Simón”* (I Macabeos 14, 4). Éste puede ser el resumen de la vida de este tercer hijo de Matatías. El autor del libro y el pueblo lo consideran un rey ideal, al estilo de David. A Simón le sucedió su hijo Juan Hircano, fundador de la dinastía Asmonea, como ya hemos dicho.

3. - El segundo libro de los Macabeos. Ya te dije que este segundo libro se centra en la vida de Judas, el más importante de los Macabeos. Por tanto la historia la tienes explicada en el punto 2º de este mismo capítulo. Lo que este libro añade al I Macabeos es su hondo contenido religioso. Se trata de una reflexión que hace el autor al creyente judío sobre su propia historia a la luz de la fe. El teólogo catequista que lo escribe no pretende hacer historia, papel que corresponde a los historiadores, como él mismo dice (II Macabeos 2, 30). Por esto nos vamos a centrar en dos temas que trata muy bien este libro: el martirio y la resurrección de los muertos. Tú puedes leer todo lo demás, aunque limitemos nuestra explicación a estos dos puntos.

La vida es un gran valor. Tenemos que amarla y defenderla siempre, desde que surge en el seno materno hasta que se termina por voluntad de Dios. Sólo Dios es autor y dueño de la vida. Pero la vida no es un valor absoluto. El único Absoluto es Dios. Para el creyente la vida debe estar supeditada a Él y a la defensa de la fe. La fe y la fidelidad a Dios están por encima de la vida y el creyente debe posponer el valor de la vida a la fidelidad a Dios. En esto consiste el martirio: en estar dispuesto a dar incluso la vida por defender los principios en que la persona cree. La misma palabra *“mártir”* significa *“testigo”*. El martirio es el testimonio que se da de la fe. La situación que vive el pueblo judío está descrita en II Macabeos 6; medítalo y comprenderás por qué llaman a estos libros: *“Libros de los mártires de Israel”*. Te resumo este capítulo:

“El rey envió a un senador ateniense para que obligara a los judíos a abandonar las costumbres tradicionales y a no gobernarse por la Ley de Dios; tenía orden de profanar el templo de Jerusalén y dedicarlo a Júpiter... El templo estaba repleto de libertinaje y los paganos se divertían en él con prostitutas. En el altar se sacrificaban las víctimas prohibidas por la Ley. No se podía celebrar el sábado, ni las fiestas tradicionales, ni confesar públicamente que se era judío... A propuesta de Tolomeo, se decretó para las ciudades griegas vecinas que actuaran igual contra los judíos, obligándoles al banquete sacrificial, y matando a los que no quisieran aceptar las costumbres griegas. Se estaba viendo venir la desgracia”.

En este mismo capítulo, que te he resumido brevemente, cuenta el caso de dos mujeres que fueron martirizadas por no renunciar a su fe y cómo mataron también a un respetable anciano, Eleazar, que se negó a comer carne de cerdo, prohibida por la ley. Es uno de los testimonios más bonitos de toda la Biblia. Terminó apaleado pero sin renegar de su fe a los noventa años: *“Así terminó su vida, dejando no sólo a los jóvenes, sino a toda la nación, un ejemplo memorable de heroísmo y virtud”*. El testimonio de Eleazar hace verdadera la frase de Tertuliano: *“La sangre de los mártires es semilla para los cristianos”*: cuantos más judíos morían por su fe, más estaban dispuestos a confesarla. Si en el capítulo sexto destaca el testimonio de este anciano, en el séptimo es una madre de siete hijos la que se convierte en testimonio

de fidelidad a Dios. Vamos a verlo porque es una de las páginas más bonitas de la Biblia.

“Arrestaron a siete hermanos con su madre. El rey los hizo azotar con látigos y nervios para forzarles a comer carne de cerdo, prohibida por la Ley. Uno de ellos habló en nombre de los demás: ¿Qué pretendes sacar de nosotros? Estamos dispuestos a morir antes de quebrantar la Ley de nuestros padres. Fuera de sí, el rey ordenó poner al fuego sartenes y ollas. Las pusieron al fuego inmediatamente, y el rey ordenó cortar la lengua al que había hablado en nombre de todos, que le arrancaran el cuero cabelludo y le amputaran las extremidades a la vista de los demás hermanos y de su madre. Cuando el muchacho estaba ya inutilizado del todo, el rey mandó aplicarle fuego y freírlo: todavía respiraba. Mientras se esparcía a lo ancho el olor de la sartén, los otros con la madre se animaban entre sí a morir noblemente: el Señor nos contempla y de verdad se complace de nosotros...”

Cuando murió así el primero, llevaron al segundo al suplicio; le arrancaron los cabellos con la piel, y le preguntaban si pensaba comer antes que lo atormentasen miembro a miembro. Él respondió en la lengua materna: ¡No comeré! Por eso también él sufrió a su vez el martirio como el primero. Y estando para morir, dijo: Tú, malvado, nos arrancas la vida presente. Pero cuando hayamos muerto por su Ley, el rey del universo nos resucitará para una vida eterna. Después se divertían con el tercero. Invitado a sacar la lengua, lo hizo enseguida y alargó la mano con gran valor. Y habló dignamente: De Dios las recibí y por sus leyes las desprecio. Espero recobrarlas del mismo Dios. Y el rey y su corte se asombraron del valor con que el joven despreciaba los tormentos”.

El resto del capítulo continúa describiendo el martirio de los demás hermanos. *“Todavía quedaba el más pequeño, y el rey intentaba persuadirlo no sólo con palabras, sino que le juraba que si renegaba de sus tradiciones lo haría rico y feliz, lo tendría por amigo y le daría algún cargo. Pero como el muchacho no hacía el menor caso, el rey llamó a la madre y le rogaba que aconsejase al chiquillo para su bien. Tanto le insistió, que la madre accedió a persuadir al hijo: se inclinó hacia él, y riéndose del cruel tirano, habló así en su idioma: Hijo, ten piedad de mí, que te llevé nueve meses en mi seno, te amamanté y te crié tres años y te he alimentado hasta que te has hecho un joven. Hijo mío, te lo suplico, mira el cielo y la tierra, fíjate en todo lo que contiene y verás que Dios creó todo de la nada, y el mismo origen tiene el hombre. No temas a ese verdugo, no desmerezcan de tus hermanos y acepta la muerte. Así, por la misericordia de Dios, te recobraré junto con ellos.*

Estaba todavía hablando cuando el muchacho dijo: ¿Qué esperáis? No me someto al decreto real. Yo obedezco los decretos de la Ley dada a nuestros antepasados por medio de Moisés... Pero tú, que has tramado toda clase de crímenes contra los hebreos, no escaparás de las manos de Dios. Pues nosotros sufrimos por nuestros pecados. Y si el Dios vivo se ha enojado un momento para

corregirnos y educarnos, volverá a reconciliarse con sus siervos. Pero tú, impío, el hombre más criminal de todos, no te ensoberbecas neciamente con vanas esperanzas, mientras alzas las manos contra los siervos de Dios, que todavía no has escapado de la sentencia de Dios, vigilante todopoderoso. Mis hermanos, después de soportar ahora un dolor pasajero, participan ya de la promesa divina de una vida eterna; en cambio, tú, por sentencia de Dios, pagarás la pena que merece tu soberbia”.

Como ves, el texto tiene dos enseñanzas claras: el testimonio del creyente a la hora de defender su fe, hasta con la vida y, sobre todo, la fe en la vida eterna. Todos los autores coinciden en que ésta es la aportación fundamental del libro y una de las revelaciones más importante de Dios en el Antiguo Testamento. También Ezequiel 37, cuando dice la parábola de los huesos secos que recobran vida, está apuntando a la idea de la resurrección, pero es, sin duda, en la boca de este joven atormentado donde se explicita de forma más clara la esperanza en la vida eterna y la resurrección futura. Más adelante, en este mismo libro de II Macabeos 12, 38-46, vemos cómo tras una batalla en la que Judas Macabeos vence a un enemigo, van a enterrar a los caídos en la batalla y se dan cuenta de que todos los muertos llevaban debajo de su ropa escondidos unos pequeños ídolos, cosa que estaba prohibida por la ley. Judas comprende que la muerte de aquellos soldados es un castigo de Dios por ese pecado. Creyendo en la vida eterna y, preocupado por la salvación de esos soldados...

“El noble Judas arengó a la tropa a conservarse sin pecado, después de ver son sus propios ojos las consecuencias del pecado de los caídos. Después recogió dos mil dracmas de plata en una colecta y las envió a Jerusalén para que ofreciesen un sacrificio de expiación”. Y Comenta el mismo texto: “Obró con gran rectitud y nobleza, pensando en la resurrección. Si no hubiese esperado la resurrección de los muertos, habría sido inútil y ridículo rezar por los muertos. Pero considerando que a los que habían muerto piadosamente les estaba reservado un magnífico premio, la idea es piadosa y santa. Por eso hizo una expiación por los muertos, para que fueran liberados del pecado”.

Fíjate si hace tiempo que la idea de celebrar sacrificios por nuestros difuntos es antigua. En tiempos de Judas era el sacrificio cruento de animales que se ofrecían a Dios. A partir del sacrificio de Cristo en el altar del calvario, son su Cuerpo y Sangre los ofrecidos al Padre para la remisión de los pecados de los nuestros: para que si en algo quedaron manchados a su paso por la tierra, como consecuencia de la condición pecadora del hombre, se purifiquen con la oración, el sacrificio y la limosna de la Iglesia militante que somos nosotros. Es el dogma de la *“Comunión de los Santos”* en que creemos los católicos: nosotros ayudamos a nuestros difuntos ofreciendo oraciones, sacrificios y limosnas por su salvación definitiva y nuestros difuntos nos ayudan intercediendo ante Dios por nuestras necesidades y santificación. En el capítulo 15º de este libro sale esta idea cuando dice que el profeta Jeremías, ya muerto, *“intercede continuamente por el pueblo y la Ciudad Santa”*. Muchas veces acudimos a santos, cuyas vidas ni siquiera conocemos, y se nos olvida rezar a

nuestros difuntos para que intercedan ante Dios Padre por nosotros: ¿Quién mejor que tu madre para que interceda por ti ante Dios?

PROPUESTA DE TRABAJO:

Lecturas:

II Macabeos 7

Hechos de los Apóstoles 7, 55 a 8, 3

Juan 11, 1-14

Preguntas:

1. - Dice el Catecismo de la Iglesia Católica que la resurrección de los muertos es una doctrina que Dios reveló progresivamente a su pueblo. Medita despacio la respuesta de cada uno de los hermanos al rey y fíjate cómo cada uno de ellos nos revela un aspecto nuevo de esa verdad fundamental de nuestra fe.

2. - La doctrina de Jesús choca con el pensamiento reinante en la sociedad. De aquí viene la persecución. El primer mártir cristiano fue el diácono Esteban. Haz esa lectura de Hechos y piensa hasta dónde estarías tú dispuesto a soportar la persecución por el nombre de Jesús.

3. - Una verdad que forma parte de nuestro credo es la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Lee y reflexiona el diálogo de Jesús con Marta, la hermana de Lázaro al que resucitó de entre los muertos.

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

- ALONSO SCHÖKEL, L.: **Biblia del Peregrino**. Tomo I. Mensajero. Bilbao. 1996.
- AUNEAU, J.: **Itinerario por el Antiguo Testamento**. Verbo Divino. Estella (Navarra). 1996.
- BAGOT, J. P.: **Para leer la Biblia**. Verbo Divino. Estella (Navarra). 1998. 6ª Edición.
- BARRADO FERNÁNDEZ, P.: **Salomón**. Pliego de Vida Nueva. PPC. Madrid. 2001.
- BAUER, J. B.: **Diccionario de Teología Bíblica**. Herder. Barcelona. 1967.
- BIBLIA PARA LA INICIACIÓN CRISTIANA. Conferencia Episcopal Española. Madrid. 1977.
- BIBLIA DE JERUSALÉN. Descleé de Brouwer. Bilbao. 1975.
- CANELLAS, G.: **El juez bíblico**. En La Biblia. 1990.
- CANELLAS, G.: **Y Dios les dio un rey**. En La Biblia. 1990.
- CEPEDAL, T.: **Curso de Biblia**. Perpetuo Socorro. Madrid. 1999.
- CHARPENTIER, E.: **Para leer el Antiguo Testamento**. Verbo Divino. Estella (Navarra). 1994.
- DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO DE LA BIBLIA. Herder. Barcelona. 1993.
- FARMER, W. R.: **Comentario Bíblico Internacional**. Verbo Divino. Estella (Navarra). 1999.
- FECHA, J. R.: **Buscadores de Dios** (I y II tomos). S. E. Atenas. Madrid. 1992-93.
- FECHA, J. R.: **Buscadores de Dios** (III tomo). Sígueme. Madrid. 1998.
- GARCÍA LÓPEZ, F.: **El Deuteronomio**. La Biblia. Casa de la Biblia. Madrid. 1997.
- GERARD, A. M.: **Diccionario de la Biblia**. Anaya. Madrid. 1995.
- GONZÁLEZ LAMADRID, A.: **Libros de Samuel**. En La Biblia. Casa de la Biblia. Madrid. 1997.
- JIMÉNEZ HERNÁNDEZ, E.: **Historia de la Salvación**. Grafite. Bilbao. 2000.
- LEÓN-DUFOUR, X.: **Vocabulario de Teología Bíblica**. Herder. Barcelona. 1967.
- LOEW, J.: **En la escuela de los grandes orantes**. Narcea. Madrid. 2000.
- MARTÍNEZ GONZÁLEZ, E.J.: **Samuel**. Pliego VIDA NUEVA n° 2290. PPC. Madrid.
- MARTINI, CARLO M.: **Vivir con la Biblia**. Planeta. Barcelona. 2000. 2ª Edición.
- MERTENS, H. A.: **Manual de la Biblia**. Herder. Barcelona. 1989.
- MICHAUD, R.: **Los Patriarcas**. Verbo Divino. Estella (Navarra). 1997.
- NAVARRO PUERTO, M.: **Rut**. Pliego VIDA NUEVA n° 2293. PPC. Madrid. 2001.
- ROBERT, A.: **Introducción a la Biblia**. Herder. Barcelona. 1967.
- ROSSANO, P y Otros.: **Nuevo Diccionario de Teología Bíblica**. Ediciones Paulinas. Madrid. 1990.
- SAGRADA BIBLIA: **Pentateuco**. Universidad de Navarra. Eunsa. 1997.
- SAGRADA BIBLIA: **Libros poéticos y sapienciales**. Universidad de Navarra. Eunsa. 2001.
- SAGRADA BIBLIA: **Libros históricos**. Universidad de Navarra. Eunsa. 2000.
- SALAS, A.: **Un pueblo en marcha**. Ediciones Paulinas. Madrid. 1993.
- SALAS, A.: **Los profetas**. Editorial Biblia y Fe. Madrid. 1991.

- SURGY, P.: Las grandes etapas del misterio de salvación.** Terra Nova. Barcelona. 1963.
- VARIOS.: Itinerario por el Antiguo Testamento.** Verbo Divino. Navarra. 1996.
- VARIOS.: Diccionario Enciclopédico de la Biblia.** Herder. Barcelona. 1993.
- VARIOS.: Personajes del Antiguo Testamento.** Verbo Divino. Navarra. 1998.
- VARIOS.: Comentarios al Antiguo Testamento.** La Casa de la Biblia. Salamanca. 1997

BIBLIAS UTILIZADAS EN LAS CITAS:

- Sagrada Biblia, Antiguo Testamento (Libros Históricos).** Eunsa. Navarra. 2000.
- Biblia para la Iniciación Cristiana,** Conferencia Episcopal Española. Madrid. 1977.
- Biblia del Peregrino,** Luis Alonso Schökel, EGA. Bilbao. 1996.
- Biblia de Jerusalén,** Descleé de Brouwer. Bilbao. 1975.
- Sagrada Biblia,** Nacar Colunga. Madrid. 1960.

ORACIÓN PARA COMENZAR

Señor, me dispongo a estudiar tu Palabra. Nos dejaste dicho, por boca del profeta Isaías, que ella es como la lluvia y la nieve que bajan del cielo para empapar la tierra, haciéndola germinar para que tengan semilla el sembrador y pan el que come. Tu Palabra está viva y es eficaz: siempre cumple tu encargo. Yo sé también, Señor, que para que ella cumpla en mí tu voluntad tengo que abrirle el corazón, haciendo silencio en mi interior. Hay mucha palabrería en nuestro entorno y resulta difícil oír tu voz. Envíame, Señor, tu Santo Espíritu. Concédeme el don de inteligencia para comprender tu Palabra y mueve mi voluntad para seguir sus indicaciones. Como el joven Samuel, aquí estoy a tu disposición: *¡Habla Señor, que tu siervo escucha!* Amén.

ORACIÓN TRAS CONCLUIR LA LECTURA

Te doy gracias, Padre, por tu Palabra y por lo que tu Espíritu Santo me ha enseñado en este rato de lectura. María, tu hija querida y madre nuestra, oía todo lo que se decía de Jesús y lo guardaba en su corazón, meditando cada palabra. Ella es la cristiana perfecta, modelo para todos los que queremos acercarnos a ti. Que también yo sepa guardar hoy en mi corazón tu Palabra y la medite día y noche, a ejemplo de María. Ayúdame a poner en práctica esta Palabra; que no sea oyente olvidadizo sino, al contrario, que en cada decisión de mi vida tu Palabra sea luz que me ilumine para actuar siempre según tu voluntad, acercándonos más a ti y a mis hermanos, los hombres. Te lo pido, Padre, por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

TEXTOS MARGINALES

- 1.- Los 16 libros que van desde Josué hasta II Macabeos se llaman Libros Históricos.
- 2.- La fidelidad de Dios a su pueblo y la infidelidad de éste para con su Dios es la clave para entender el contenido de los libros Históricos.
- 3.- La Historia Cronista se compone de cuatro libros: Los dos de Crónicas más Esdras y Nehemías.
- 4.- Los protagonistas de Rut, Tobías, Ester y Judit no son personajes propiamente históricos.
- 5.- La expresión “dar al anatema” significa la destrucción total de lo conquistado.

- 6.- Los Libros Históricos narran la Historia de la Salvación que Dios hace con su pueblo.
- 7.- El libro de Josué es una historia idealizada por Israel, una hazaña bélica.
- 8.- En el libro de Josué, Dios pide fidelidad a cambio de protección.
- 9.- El pecado, aunque sea de un solo hombre, rompe la paz e introduce el dolor y la muerte en la comunidad.
- 10.- La tribu de Leví fue la única que no recibió tierra en el reparto. Su lote fue el Señor.
- 11.- “Escoged a quién vais a servir. Yo y mi casa serviremos al Señor”.
- 12.- En la asamblea de Siquén es cuando realmente termina el cumplimiento de la promesa hecha por Dios a Abrahán.
- 13.- Antes de la monarquía el vínculo de unión entre las tribus se buscó en el culto, la fe común y la sangre.
- 14.- El juez bíblico fue un héroe carismático que surgía en el momento preciso impulsado por el Espíritu de Dios.
- 15.- El momento histórico de los jueces es muy importante, porque fue cuando Israel se configuró como pueblo.
- 16.- Las juezas son figuras de María por su intervención en la Historia de la Salvación.
- 17.- Sansón es el más conocido de los jueces de Israel.
- 18.- Para un semita la palabra “conocer” significa “tener relaciones sexuales”.
- 19.- Rut es considerada en la tradición bisabuela de David en virtud de su incorporación voluntaria al pueblo de Israel.
- 20.- Dios no se deja ganar en generosidad por Rut y en todo momento se muestra providente con ella.
- 21.- La ley del goel o rescatador estaba dada por Dios para proteger a las viudas.
- 22.- Con Elí termina propiamente el tiempo de los jueces. Samuel es el hombre de transición de los jueces a la monarquía.
- 23.- Ana, la madre de Samuel, es estéril como las madres de Isaac, Jacob, Sansón o el Bautista.
- 24.- El Magníficat de la Virgen María está inspirado en el cántico de acción de gracias de Ana, la madre de Samuel.
- 25.- “Habla, Señor, que tu siervo escucha”, fue la respuesta de Samuel ante la Palabra de Dios.
- 26.- Se ha dicho que el profetismo en Israel nace con la llamada de Dios a Samuel.
- 27.- Samuel, como antes lo hizo Moisés, intercede por su pueblo en los momentos de apuro.
- 28.- Dios rechazó a Saúl para siempre por no haberle obedecido.
- 29.- La llegada de la monarquía se hizo necesaria para reunir a todos frente al enemigo común.
- 30.- La monarquía se inauguró en el santuario de Guilgal con gran alegría del pueblo.
- 31.- Las desviaciones y el mal comportamiento de la mayoría de los reyes fueron las causas del destierro en Babilonia.

- 32.- Siempre ha hablado Dios a su pueblo mediante signos visibles y acontecimientos más o menos importantes.
- 33.- Jonatán, el hijo de Saúl, se sintió unido a David y lo quiso tanto como a sí mismo.
- 34.- David, el más importante rey de Israel, nació hacia el año 1030 antes de Cristo.
- 35.- La historia de los reyes nos muestra la infinita paciencia de Dios con su pueblo, como hoy la tiene con nosotros.
- 36.- La elección de David por parte de Dios es gratuita y se produce en un contexto familiar.
- 37.- El día de su unción David se sintió lleno del Espíritu de Dios.
- 38.- Es una costumbre hebrea poner en Dios el origen de todo, de lo bueno y de lo malo. Así dice que Dios envió un mal espíritu a Samuel.
- 39.- La lucha de David frente a Goliat significa nuestra lucha ante lo que no podemos vencer por nuestras propias fuerzas y sí con la ayuda de Dios.
- 40.- Los panes de la Presencia o Presentación eran sagrados y sólo los sacerdotes podían comerlos.
- 41.- La amistad de David y Jonatán es sana, desinteresada y seriamente comprometida.
- 42.- David es una de las personas más importantes en la Historia de la Salvación y figura de Jesús.
- 43.- David consolida en su persona la unidad de todo el pueblo de Dios que pasó de ser una nación deshecha a un reino fuerte y unido.
- 44.- David subió al trono hacia el año 1000 antes de Cristo y reinó unos cuarenta años.
- 45.- Jerusalén, antes de ser conquistada por David, se llamaba Jebús y pertenecía a los jebuseos.
- 46.- Al traer David a Jerusalén el Arca de la Alianza la convierte no sólo en capital del reino, sino también en centro espiritual de todo Israel unido.
- 47.- Dios anuncia a David: Tu casa y tu reino durarán para siempre en mi presencia. La Iglesia es la nueva casa de David.
- 48.- El destierro en Babilonia es interpretado por los teólogos de Israel no como un castigo sino como una corrección de Dios a su pueblo.
- 49.- Posiblemente en tiempos de David todavía no se conocía la ley del apedreamiento de las adúlteras. Por eso se salvó Betsabé, la esposa de Urías.
- 50.- David lloró su pecado e hizo penitencia. El salmo 50 salió de su corazón arrepentido.
- 51.- En la vida de David encontramos muchos rasgos de la vida de Jesús. Por eso es considerado como figura del Mesías Salvador.
- 52.- Sólo desde la fe y con una actitud de humilde escucha nos podemos acercar a los textos sagrados.
- 53.- El reinado de Salomón estuvo tan lleno de luces como de sombras, pero dejó un buen recuerdo como rey sabio y buen gobernante.
- 54.- La oración de Salomón pidiendo a Dios sabiduría para gobernar a su pueblo es de las más bonitas que se conservan en la Biblia.

- 55.- Mientras fue fiel a Dios, todo le fue bien a Salomón. Cuando se apartó de la Alianza, empezaron a venir las desgracias a Israel.
- 56.- El templo construido por Salomón en Jerusalén debía tener, más o menos, las medidas de cualquiera de nuestros templos.
- 57.- San Ambrosio, en el siglo IV después de Cristo, fue el primero que clasificó a los ángeles jerárquicamente.
- 58.- Al final de sus días, el Señor se irritó contra Salomón porque había apartado su corazón del Dios de Israel.
- 59.- A la muerte de Salomón, su reino se dividió en dos: Israel al norte y Judá al sur. Así estuvieron 335 años.
- 60.- Todos los reyes de Israel merecen un juicio condenatorio en la Biblia. De los de Judá solo se salvan del todo Ezequías y su nieto Josías.
- 61.- La causa principal de la división del reino fue la negativa de las tribus del norte a seguir pagando los fuertes tributos que había impuesto Salomón.
- 62.- De los reyes de Israel siempre se dice en la Biblia: “Hicieron el mal a los ojos de Yavé, irritando al Señor”.
- 63.- En el reino del sur, Judá, siempre se mantuvo la misma monarquía. Jesús tenía que nacer de la casa y familia de David. Y así fue.
- 64.- Según la Biblia, “todos los males le vinieron a Israel porque pecaron contra el Señor, que lo había sacado del país de Egipto”.
- 65.- El Señor está con Ezequías y cuida de él y de Jerusalén, la capital de Judá, el reino del sur.
- 66.- El primer grupo de exiliados del reino del sur, Judá, salió de Jerusalén el año 597 antes de Cristo.
- 67.- Elías vivió en el reino del norte (Israel) en tiempos del rey Ajab y de su hijo Ocozías en el segundo tercio del siglo IX antes de Cristo.
- 68.- El relato de la viuda de Sarepta es una muestra patente de que Dios nunca se deja ganar en generosidad.
- 69.- Ni la orza de harina se vació ni la alcuza de aceite se agotó en la casa de la viuda, como lo había dicho el Señor por boca de su profeta Elías.
- 70.- El pan y el agua que alimentaron a Elías en el desierto, son figuras de la Eucaristía que nos alimenta en nuestro caminar diario.
- 71.- El profeta Elías es como un adelanto del que será el mayor de los nacidos de mujer, Juan el Bautista, precursor de Jesús.
- 72.- La subida de Elías al cielo, arrebatado por un carro de fuego no hay que tomarla al pie de la letra, sino de manera simbólica.
- 73.- El siglo IX antes de Cristo es el de los profetas carismáticos, como los siglos VIII al IV antes de Cristo lo serán de los profetas escritores.
- 74.- La palabra de Eliseo se cumplió siempre, como se cumplió la de Elías y la de todo profeta auténtico.
- 75.- Eliseo es un hombre de campo, sencillo, que vive de cerca los problemas de la gente y ante los que reacciona con exquisita sensibilidad.
- 76.- Naamán es extranjero, pero también a él llega la compasión de Yavé, Dios y Padre de todos.

- 77.- Los profetas carismáticos, sobre todo Elías y Eliseo, son los auténticos defensores del Dios único en una sociedad corrupta e idólatra.
- 78.- La “historia cronista” abarca cuatro libros: los dos de Crónicas más Esdras y Nehemías.
- 79.- Los que vuelven del exilio constituyen el “pequeño resto de Israel” que comienza de nuevo a preparar la venida del Mesías.
- 80.- El significado de las distintas listas es para recalcaros que la promesa no ha cambiado de mano.
- 81.- La interpretación religiosa que los teólogos judíos dan al exilio es verlo como una corrección de Dios por las infidelidades de Israel.
- 82.- El 14 de agosto del 587 antes de Cristo fue probablemente la fecha de la caída de Jerusalén y del incendio y destrucción del templo de Salomón.
- 83.- Es lógico que los judíos que se integraron bien en Babilonia no volvieron más a la tierra prometida.
- 84.- Esdras fue un sacerdote judío en el exilio, experto en la Ley de Moisés y posible consejero del rey babilónico para asuntos judíos.
- 85.- Nehemías era un judío deportado que se había ganado la confianza del rey, llegando a ser el copero real.
- 86.- Con el Judaísmo la Palabra de Dios y la celebración del sábado pasan a ocupar el lugar central de la vida de Israel.
- 87.- El libro de Tobías es considerado una joya de la literatura judía.
- 88.- En el libro de Tobías se da una lucha entre Rafael, que representa el bien, y Asmodeo, que representa el mal. Rafael acaba imponiéndose.
- 89.- Un tema fundamental en el libro de Tobías es la generosidad con el necesitado: la limosna libra de la muerte y expía los pecados.
- 90.- Judit es una judía auténtica: cree, reza, y espera que la salvación de Dios vendrá en su momento oportuno.
- 91.- Judit es figura de María porque salva a su pueblo del poder del mal.
- 92.- El argumento del libro de Ester es la lucha entre el bien y el mal. Dios se pone de parte del bien, cuando se le pide con humildad.
- 93.- Ester termina rezando a gritos al Señor: “¡Aparece, Señor!, ¡Manifiéstate, Señor!”.
- 94.- En la fiesta de Purím lo que se celebra es el triunfo del bien sobre el mal. Era una vieja fiesta a la que se le dio un nuevo significado.
- 95.- Hay un tercero y cuarto libro de los Macabeos que todas las iglesias consideran como “apócrifos” y no inspirados por Dios.
- 96.- La familia de los Macabeos no pudo soportar ver a Zeus, el padre de los dioses griegos, ocupando el lugar del Arca de la Alianza en el templo.
- 97.- Matatías es el padre de los Macabeos y el primero que comienza la rebelión armada, que después continuaron sus hijos.
- 98.- Judas fue el que tomó el mando de la familia, una vez muerto Matatías. Apodado Macabeo, dio nombre a toda la familia.
- 99.- La vida es un gran valor, pero no es un valor absoluto. El único valor absoluto es Dios.

100.- La gran aportación de la historia de los Macabeos es la fe en la vida eterna y la resurrección de los muertos.